

HISTORIA  Incógnita

# NAZIS EN LAS SOMBRAS

La historia inédita de los espías  
del III Reich en Argentina

**Julio B. Mutti**

Prologado por Xavier Alcalá

HISTORIA  Incógnita

# NAZIS EN LAS SOMBRAS

La historia inédita de los espías  
del III Reich en Argentina

**Julio B. Mutti**

Prologado por Xavier Alcalá

 nowtilus  
saber



Nazis en las sombras

# Nazis en las sombras

JULIO B. MUTTI



**Colección:** Historia Incógnita

[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Título:** *Nazis en las sombras*

**Autor:** © Julio B. Mutti

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y Adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Editor:** Raúl Calvo Quesada

**Conversión a e-book:** Paula García Arizcun

**Diseño y realización de cubierta:** Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición impresa** 978-84-9967-713-2

**ISBN impresión bajo demanda** 978-84-9967-714-9

**ISBN edición digital** 978-84-9967-715-6

**Fecha de edición:** mayo 2015

**Depósito legal:** M-12227-2015

A mi esposa e hijos. A toda mi familia.



# Índice

Agradecimientos

Al lector ante un gran libro

Introducción

Capítulo I. Los primeros *Reichsdeutsches*  
y los primeros nazis en el Río de la Plata

Capítulo II. Niebuhr y el *Affaire*  
Patagonia

Capítulo III. La *Speeaktion*. El primer  
grupo organizado de espionaje.

Capítulo IV. El nacimiento de la Red Bolívar y la Orga-T

Capítulo V. La estación experimental en las islas del Tigre

Capítulo VI. El contrabando de personas y materiales valiosos entre el Tercer Reich y la Argentina

Capítulo VII. Tandil y General Madariaga

Capítulo VIII. La caída de Niebuhr y la primera gran redada

Capítulo IX. El «Tío» Kusters, Talita y una aventura patagónica

Capítulo X. Becker recargado

Capítulo XI. Objetivo Paraguay

Capítulo XII. Alianza militar secreta

Capítulo XIII .El «emporio de la radio»

Capítulo XIV. En busca de las armas de Hitler. El caso Osmar Hellmuth

Capítulo XV. Ruptura forzada

Capítulo XVI. A la caza de los agentes nazis

Capítulo XVII. Las misteriosas cajas sumergibles

Capítulo XVIII. La tregua

Capítulo XIX. La llegada de «Cobija» y «Valiente»

Capítulo XX. Ataque diplomático desde Washington

Capítulo XXI. La gran ofensiva contra los espías nazis

Capítulo XXII. Fiebre de divisas

Capítulo XXIII. El último espía

Epílogo

Notas Bibliográficas

Apéndice I. Agentes y colaboradores del espionaje alemán en Argentina

Apéndice II. Nombres falsos y en clave de algunos protagonistas de la historia narrada

# Bibliografía

# Agradecimientos

Quiero agradecer profundamente el inestimable aporte de un grupo de personas, que ha colaborado desinteresadamente con la presente investigación.

En primer lugar agradezco el indispensable análisis técnico de José Ricardo Ahumada sobre los materiales

de la Orga-T incautados por Coordinación Federal en los años cuarenta. Sin su dedicada ayuda hubiera sido imposible interpretar las cientos de fojas del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* donde son descritos los innumerables elementos de radiotelegrafía utilizados por los agentes alemanes. En los archivos del autor existe un amplio informe técnico que por razones de espacio no se ha incluido en la versión final de la presente obra.

Agradezco infinitamente el aporte del capitán Jerry Mason (retirado) de la US Navy, quien ha puesto a disposición su enorme archivo de documentos microfilmados de la Kriegsmarine. Ha

resultado fundamental el análisis, no sólo para la presente obra, sino también para trabajos publicados años atrás, de los documentos *KTB (Kriegstagebücher)* de la fuerza de sumergibles alemanes.

Gracias a Xavier Alcalá por su valorado consejo y su imprescindible empujón.

Agradezco el aporte de Pablo Javier Junco, historiador marplatense, quien ha hecho su aporte para lograr una correcta descripción de la Mar del Plata de los años cuarenta. Gabriel Pavlovic es el responsable de aportar la fotografía original de la avioneta del espía Werner Koennecke, con la cual los alemanes realizaron operaciones en el norte del



país y en Paraguay.

Estaré eternamente en deuda con Hilda Hingst, hija de Bernardo Hingst, un colaborador del servicio secreto germano, quien abrió desinteresadamente las puertas de su casa y los rincones más recónditos de sus memorias. A ella debo también una sentida carta familiar de aquella época, sobre la angustiante situación de su padre, la cual se conserva en los archivos del autor, y la fotografía nítida de una vieja pieza de madera con el escudo de Hamburgo y la firma grabada de más de veinte espías del servicio.

También debo mencionar el aporte realizado por Juan Hingst, hermano de

Hilda.

Agradezco la comprometida ayuda prestada por Salvador Lugo Díaz, quien se esforzó dedicadamente en la misión de explorar la posibilidad de que los telegramas cifrados por las máquinas Enigma de la Orga-T pudieran ser descifrados por los archivistas de Bletchley Park.

Gracias a Ricardo Schuller por relatar espontáneamente la historia de su padre, a Pedro Alberto Phillipuzi por su trabajo de investigación realizado sobre el Archivo General de la Nación y al doctor don Daniel Sánchez por su bien valorada ayuda con los expedientes judiciales.

Reconozco enfáticamente la  
incontrastable diligencia y  
predisposición del personal del Archivo  
General del Poder Judicial de la Nación,  
especialmente al incansable David;  
también la abnegada paciencia e infinita  
cordialidad de Sergio y Jesús del Archivo  
Parlamentario de la Honorable Cámara  
de Diputados.

Gracias a Santos, a Raúl y a todo el  
equipo de Nowtilus por creer.

# Al lector ante un gran libro

La vida es algo que vamos encontrando mientras vivimos, aunque ya de mayor uno piense que también encontró lo que fue buscando. Digamos, entonces, que la vida es el resultado de la casualidad y la voluntad.

Escribo esto porque en la rebotica de mi magín desde hace mucho hay un mundo borroso que deseo aclarar. Esa aspiración me hizo andar por circuitos en los que la casualidad se dio a favor de mis intereses.

¿Cuándo escuché por primera vez algo sobre los nazis en Argentina? No puedo acordarme porque me crié escuchando historias de guerra, declarada y oculta, en España y en los países donde todo el mundo tenía parientes: Cuba y Argentina. De pequeño me gustaba la aventura de subir a un castillo en cuya descomunal puerta de madera alguien había grabado una cruz gamada. Los viejos decían que

el grabador era miembro de la tripulación de uno de los submarinos que se aprovisionaban en las rías dominadas por aquella fortaleza.

Guerra. Nazis. Argentina. Décadas de escuchar fábulas, la mayor de ellas que Adolf Hitler acabó sus días tranquilamente mirando el Mar Austral desde la costa del golfo de San Jorge. Nada lo prueba, pero sí es cierto que en Comodoro Rivadavia, la mayor ciudad de la Patagonia, vivió un sosias de Hitler –Alexander Schikorr– que participaba en las actividades de los nazis de la zona, numerosos y descarados.

El otro mito menor, leyenda con base real, es el de los submarinos que

afloraban en las costas patagónicas, y que acabaron trayendo grandes personajes del Tercer Reich e inmensos capitales. ¿Ocurrió realmente? Lo cierto es que los alemanes construyeron «planchadas» en las playas desiertas del Chubut y de Santa Cruz para el desembarco de botes de goma. Aún resisten a la brutalidad del mar y la arena.

No es invención que Argentina contaba con una pujante colonia alemana cuando Hitler ascendió a canciller y atizó la hoguera que acabaría con tantos millones de europeos. Tampoco lo es que esa gran colonia hizo muestras públicas de patriotismo hasta los momentos finales del Reich de los

mil años. Y, finalmente, cualquier anciano argentino puede señalar con el dedo la casa de cualquier alemán que apareció después de la Segunda Guerra Mundial sin saber sus vecinos cómo...

¿Cuántas conversaciones sobre los alemanes (no todos nazis) en la Argentina habré tenido? Muchas, con sorpresas como la de que un pariente me contase que en Buenos Aires era compañero de aula de la hija de un responsable del Holocausto, o que mi suegra me presentase a la viuda aporteñada de un oficial del *Graf Spee*.

Mi interés por la realidad que supera la imaginación fue creciendo con los años; y así es como me topé con los



libros de Julio Mutti sobre «el verdadero final de la Segunda Guerra Mundial». Los leí con fruición y agradecimiento: me confirmaban ideas sobre cómo sucedieron los hechos, alejados de lo peliculero, mucho más sencillamente o más complicadamente que lo aceptable en un guion cinematográfico. El cine no da para reproducir cuanto sugiere la lectura de libros bien armados.

Después tuve el placer de conocer a Julio Mutti, de charlar con él al lado del edificio judicial donde llevaba tiempo procesando un enorme legajo: la investigación sobre los agentes secretos alemanes en Argentina durante la conflagración mundial. Su imagen

próxima confirmaba lo percibido a través de sus textos: era un hombre trabajador y preciso...

He ahí, en las páginas que siguen, el resultado de su labor minuciosa. Sepa el lector que se encuentra ante un gran libro, que podría haber sido simplemente un libro grande. Mutti supo expresar la esencia de dos mil quinientas páginas de prosa policial para organizar un relato que supera cuanto pudieran imaginar novelistas avezados. Y logra pintar un vasto retablo de la relaciones entre un pueblo disciplinado, enfatuado, que miraba al resto del mundo con desdén, y otro pueblo hijo de mil pueblos en cuyo

comportamiento todo es posible porque introduce demasiadas variables en su ecuación socio-política.

Julio Mutti nos pinta la confrontación entre la Alemania nazi y el último país americano en darle la espalda por orden del tándem Estados Unidos-Gran Bretaña. Los agentes alemanes, divididos por estratos, por células dependientes de Canaris o de Himmler, se aprovechan del sentimiento antiyanqui de los criollos argentinos, comparten con el poder democrático o de facto más de lo que pueda ser confesable ante sus gobernados. Cegadoras sumas de dinero, sofisticados recursos técnicos,

contrabando de personas, materias primas estratégicas y medicamentos escasos: todo vale para resistir... hasta que Alemania se hunde en lo que el autor llama, con acierto, el averno.

La acción es de novela de intriga, montada con técnica de «capas de cebolla». Se busca a «Sargo», el fantasma supremo del espionaje alemán en Argentina. Al final Mutti nos mete en el meollo de la persecución, con escenas que cualquier amante de la épica del misterio quisiera haber vivido.

Lo dicho, un gran libro; y una recomendación al lector: no se acelere, lea con calma aunque el ritmo que imprime el autor lo provoque; disfrute

cada página, tome notas y vuelva a leer.

Quizá, después de este certero trabajo, Julio Mutti acepte un nuevo desafío: entrar en el inframundo de los agentes secretos de los Aliados en Argentina. Ellos tampoco estuvieron quietos (y se movieron contra los alemanes con una ventaja inmensa: podían descifrar las comunicaciones del enemigo. Los códigos Enigma ya estaban rotos cuando los militares argentinos pronazis tomaron el poder en 1943).

Xavier Alcalá

# Introducción

Los nazis y la Argentina. Los nazis en la Argentina. Fuga de criminales de guerra, oro robado a judíos o Estados ocupados, relaciones con gobernantes, científicos, submarinos, etc. Diferentes capítulos de una historia que se ha contado por partes, fragmentada, incompleta. Muchas veces transitando sobre la fina

línea que divide la realidad de la fantasía; esquivada, borrosa, una frontera muchas veces invisible o demasiado tenue.

Resulta indudable que no se ha narrado aún la totalidad de la trepidante historia escrita por los nazis en Argentina; menos todavía se ha documentado completamente su crónica sudamericana. Uno de aquellos escabrosos capítulos parece ser eludido sosegadamente, una y otra vez, por los historiadores. Apenas algunas luces en la oscuridad, destellos en la penumbra, han sido la excepción a la regla. El espionaje nazi en la Argentina, durante la Segunda Guerra Mundial, parece haber sido un asunto demasiado

complejo de abordar desde el comienzo.

Hasta la década de los noventa apenas se podía recurrir a los viejos interrogatorios realizados por potencias extranjeras. Especialmente, la inteligencia de los Estados Unidos sometió a largas sesiones a los espías alemanes expulsados de Argentina entre 1944 y 1947. Un material muy importante, pero atestado de puntos oscuros, lagunas difíciles de llenar y agentes extraviados. El profesor Ronald Newton, Leslie Rout y John Bretzel incluyeron gran parte de la información desclasificada por los archivos norteamericanos en diferentes trabajos de enorme importancia, publicados hace



ya casi treinta años. Perseguían objetivos diferentes a los de la presente investigación. No buscaban desentrañar la enrevesada historia del espionaje alemán en Argentina, sino que estudiaron seriamente, entre otras cuestiones, la amenaza nazi-fascista en el mismo país o la historia de los servicios secretos, pero en toda América Latina. Tocaron parcialmente a las organizaciones de espionaje nazis en el país sudamericano, pero dentro del marco de otras importantes investigaciones. Apenas algunas páginas sobre el intrincado asunto en Argentina.

Acaso se tornaba imposible narrar la historia completa del espionaje nazi en

las Pampas Húmedas sin contar con las declaraciones del magistral Siegfried Becker, el espía alemán más sagaz, entrenado e importante que actuó en Occidente. Los norteamericanos jamás pudieron ponerle sus manos encima y es por ello que su testimonio, clave para el presente trabajo, no puede contarse entre las numerosas compilaciones de declaraciones existentes en el país del norte.

En la década de los noventa la historia pudo haber dado un giro importante. El periodista y escritor nacido en Washington, pero de ascendencia argentina, Uki Goñi, hizo un hallazgo de enorme importancia para

la historia del espionaje alemán en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. En una vieja estantería del Archivo General del Poder Judicial de la Nación sudamericana, el joven escritor halló varias carpetas olvidadas desde finales de la década de los cuarenta. *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* podía leerse en grandes letras sobre las amarillentas, ajadas y desgastadas carátulas.

Años después, antes del final de esa década, mientras la CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina) ignoraba una vez más el asunto del espionaje nazi en Argentina,

Goñi publicó *Perón y los alemanes*. Una investigación magistral sobre las verdaderas relaciones que existieron entre el expresidente y los germanos, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El puntapié inicial para la presente investigación. La utilización del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* permitió a Goñi entregar algunos detalles inéditos sobre la estructura y las relaciones de las redes de espionaje dependientes del Tercer Reich, sin embargo, siempre circunscripto al objetivo perseguido por su pesquisa: las relaciones de los alemanes con Perón.

La historia de cómo este extenso

dosier, la base del presente trabajo, escapó a la purga desatada después de la asunción de la presidencia por parte de Juan Perón en el año 1946, es de por sí un asunto revelador. Si bien los intersticios políticos e intrigas en el seno del poder de turno resultaron ineludibles de abordar, los nueve cuerpos del enorme archivo hallado por el investigador estadounidense no sólo eran capaces de revelar las relaciones de aquellos intrépidos espías con los gobernantes argentinos. También atesoraban secretos, detalles, direcciones, nombres, fotografías, desembarcos, poder, dinero, corrupción, pruebas irrefutables y la historia completa del

espionaje nazi en Argentina. Una enorme cantidad de información que tomó más de dos años en ser procesada por el autor de la presente obra. Todo lo que no pudo ser revelado por las declaraciones existentes en los Estados Unidos se hallaba aquí mismo, sobre un viejo estante, en un polvoriento sótano de la capital Argentina.

Relatos de primera mano aportados por nonagenarios protagonistas terminaron de ensamblar una historia tan apasionante y llena de suspenso, como otras veces triste y olvidada.

«Los nazis no tenían nada que espiar en Argentina», suele escucharse de quien repara en la falta de información y

trabajos relacionados a este esquivo asunto. Nada más alejado de la realidad. Pero ¿qué debían espiar los nazis y hasta dónde llegaron con sus actividades? ¿Cuáles eran realmente sus objetivos y los recursos para cumplirlos? ¿Cuántos agentes operaban en el país? ¿Pueden ser nombrados uno a uno? Preguntas que serán respondidas, de manera contundente y documentada, durante el transcurso de las siguientes páginas.

El capítulo que abre la presente obra es el único que no presenta como tema central al espionaje germano. Es una mirada retrospectiva sobre la importancia estratégica que Argentina pudo tener para los alemanes desde

tiempos muy remotos. El lector podrá retrotraerse a los años anteriores al surgimiento del nazismo en Alemania hasta llegar, finalmente, al germen depositado en Buenos Aires por aquellos entusiastas marinos hamburgueses. Aquellos mismos navegantes que trajeron al Río de la Plata las ideas y doctrinas hitleristas. Un germen que prosperó, es cierto, pero siempre circunscrito a la comunidad germana como el gran objetivo por conquistar. Una afirmación que hoy en día cuesta aceptar en Argentina, lugar donde se suelen escuchar insistentes leyendas sobre un enorme poderío del partido nazi... Poderío que en realidad nunca se



alcanzó más allá de la sociedad germano-criolla radicada en la nación sudamericana.

El lector podrá comprobar que los grupos de espionaje alemanes en Argentina, durante la Segunda Guerra Mundial, transitaron por dos etapas muy diferentes. Durante los primeros años, hasta 1942, el liderazgo fue ejercido por el agregado militar de la Embajada alemana, Dietrich Niebuhr. Por lo tanto, existió una clara supremacía del Abwehr (inteligencia militar del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas alemanas) sobre otras organizaciones de espionaje germano que operaban fuera del Reich. Aquel

primer período, signado por la falta de verdaderos agentes profesionales, fue el menos efectivo desde el punto de vista de la recolección y el envío de información hacia Alemania. Los principales éxitos en aquellos tempraneros años estuvieron determinados por la *Speeaktion*, la fuga de oficiales internados pertenecientes a la tripulación del acorazado *Graf Spee* y por el montaje de un sistema de contrabando eficiente de personas y materiales de gran valor, mediante la utilización de vapores españoles.

Llegado este punto, el autor develará una cadena de contactos que llevaron al agente austríaco Eugenio

Langer, uno de los grandes organizadores del mencionado contrabando, hasta los pasillos de la Casa Rosada. Un hecho revelador, el cual nos muestra la realidad sobre las relaciones germano-argentinas en tiempo de la guerra europea. Resulta sumamente trascendente y novedoso el hecho de poder ubicar agentes secretos alemanes «acordando» con un Gobierno argentino de origen democrático y muy anterior a la aparición de Juan Perón en la gran escena. Comúnmente, la creencia popular indica que los nazis se instalaron cómodamente en Argentina bajo el ala protectora del mencionado expresidente. Sin embargo, se

demostrará fehacientemente, a la luz de nuevos documentos revelados, que los agentes germanos llegaron mucho antes al despacho presidencial.

La segunda etapa en la crónica de los grupos de espionaje, desde mediados de 1942 hasta el final de la guerra, fue el período de mayor eficiencia, y sobre todo profesionalismo, para los espías nazis en Argentina. Ese año se produjo un hecho trascendente: el epicentro de la inteligencia alemana debió cambiar forzosamente de capital debido a la entrada de Brasil en la guerra. Las redes secretas con base en Río de Janeiro fueron desbaratadas y pocos agentes pudieron escapar con rumbo hacia el

sur.

Dos profesionales brillantes llegaron a Buenos Aires para liderar la segunda etapa. Uno de ellos era Wolf Franczok, brillante ingeniero de las SS, a cargo de la creación de la red de radiotelegrafía clandestina más importante fuera de Alemania al servicio del espionaje del Tercer Reich. Su tarea era meramente técnica: tenía la responsabilidad de enviar, a través de sus estaciones, los mensajes cifrados que los grupos de recolección le entregaban.

Johannes Siegfried Becker, «Sargo», capitán de las SS, retornó a Argentina también por aquella época. Había actuado en Brasil y luego de un efímero

retorno a Alemania se estableció en la capital rioplatense para liderar la Red Bolívar, nombre que recibió la sumatoria de todos los grupos de espionaje alemán allí establecidos. Su autoridad era continental.



Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

Desde ese momento se hizo evidente la nueva supremacía del SD (Sicherheitsdienst o Servicio de Seguridad, organización de inteligencia de las SS), dependiente de la RSHA (Reichssicherheitshauptamt u Oficina Central de Seguridad del Reich). Un hombre supo apreciar muy claramente los nuevos vientos que soplaban desde Alemania. Ante tal giro de los acontecimientos, Hans Harnisch, el agente más importante del Abwehr en Buenos Aires para aquellos momentos, un nombre que se repetirá asiduamente con el correr de las páginas, supo migrar hábilmente hacia la organización de Heinrich Himmler.

Las estaciones clandestinas de la Orga-T, la red de radiotelegrafía dependiente de Wolf Franczok, nos harán recorrer la extensa geografía argentina. Recónditas estancias, páramos desolados, islas misteriosas, caminos intransitables, cajas enterradas o desembarcos de drogas y divisas falsas. Nada pudo escapar a la perseverancia y dedicación de largos años de investigación. La historia completa, desbordante de información nunca antes revelada, acerca de los servicios de espionaje nazis en Argentina, finalmente quedará documentada hasta el mínimo detalle.

Julio B. Mutti



Buenos Aires  
Septiembre de 2014

# Capítulo I

Los primeros

*Reichsdeutsches* y los

primeros nazis en el

Río de la Plata

Mucho tiempo antes de que, a comienzos del siglo XX, el joven alemán Theodor Plievier abandonara su hogar materno para vagabundear por las lejanas y desconocidas Pampas Húmedas, los huesos de los primeros germanohablantes llegados al Río de la Plata llevaban ya largas décadas descansando bajo la fértil tierra prometida del sur. No pocos de ellos abatidos en guerras civiles, incluso durante las célebres batallas por la independencia argentina. Plievier relató sus aventuras en un libro intitulado *Das Grosse Abenteuer* publicado en su patria durante la década de los treinta. Según algunos historiadores, se trató de una

publicación popular entre la inmigración alemana que elegía la Argentina como destino.

Aquellos primeros alemanes, llegados a manera de mercenarios producidos por la «mano de obra» ociosa de guerras napoleónicas anteriores, vertieron su sangre teutona en una joven y prometedora tierra, desbordante de materias primas y recursos naturales.

Una vez establecida la joven nación sudamericana, una lenta pero firme corriente inmigratoria germana se desencadenó en dirección al sur. Hasta bien entrado el siglo XX, dicho flujo de alemanes acogidos por la República

Argentina, no se diferenci6 mucho de las vertientes humanas que se dirigían hacia otros países receptivos. Los Estados Unidos, Brasil, Canadá o Australia, por ejemplo. Los inmigrantes agrícolas pronto fueron entrando en la cuenta de que no se trataba de un vasto territorio virgen, totalmente desocupado y de posibilidades ilimitadas. Alguien lo había colonizado antes que ellos y a través de los métodos capitalistas más extremos, explotadores y orientados totalmente hacia a la exportación.

Como todos sabemos, los británicos no pudieron conquistar por la fuerza Buenos Aires durante sus frustradas incursiones de principios del

siglo XIX. Por lo tanto, decidieron que era muchos más provechoso y rentable conquistar Argentina y sus infinitos recursos mediante el capital y las inversiones. Un modelo «anglodependiente» que se mantendría casi inamovible hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Gran cantidad de inmigrantes agrícolas alemanes, ilusionados con establecer sus propios emprendimientos, fracasaron debido a aquel esquema económico. Muchos otros, en cambio, lograron abrirse paso a través de pequeñas explotaciones agropecuarias no destinadas a exportaciones, sino a abastecer a los criollos y a la creciente

comunidad inmigratoria.

El mayor flujo de inmigración alemana hacia Argentina, sin lugar a dudas, se produjo una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, tal como lo menciona Ronald Newton en su extraordinaria obra *El cuarto lado del triángulo*. Para 1914, año del inicio de la gran contienda, un total de cien mil germanos residían en el país sudamericano, siendo once mil de ellos ciudadanos del Reich. Una vez firmado el armisticio y restablecidas las líneas transatlánticas, el puerto de Buenos Aires se vio inundado de alemanes, a tal punto, que en la década siguiente los germanos representaron la tercera lengua

inmigrante detrás de españoles e italianos; pueblos tradicionalmente formadores de la base de la sociedad actual argentina.

La preferencia alemana por la pujante nación sudamericana durante aquel período tuvo que ver con la renuencia de los viejos enemigos del Reich a aceptar a sus ciudadanos dentro de sus fronteras. Y, por supuesto, al recíproco rechazo de los alemanes a emigrar hacia los países que habían humillado en la derrota al otrora poderoso imperio guillermiano. Incluso, una gran masa de germanoparlantes se desplazó desde Brasil y los Estados Unidos hacia el Río de la Plata.



Decepcionados en alguna medida por algunas de las condiciones descritas, una parte importante de aquellos entusiastas viajeros volverían a emigrar de la Argentina en busca de mejores horizontes. Las condiciones no eran tan extraordinarias como algunos intereses les habían prometido inicialmente. De los años de guerra quedaban capacidades ociosas y el omnipresente predominio británico en la orientación de la economía criolla.

Los años de la conflagración mundial habían impedido a las grandes empresas alemanas transferir fondos hacia Europa. Debido a ello, habían invertido y crecido exponencialmente

compañías como Staudt, Siemens, Banco Germánico, Lahusen, Bunge, Mallman, Torquinst, Banco Transatlántico y otras tantas. Gracias a su prosperidad, estas empresas absorbieron gran parte de la mano de obra ingresante.

Se puede afirmar, entonces, que entre los inmigrantes que permanecieron y sus descendientes, se conformó una comunidad estable germanoparlante de unos doscientos cincuenta mil individuos; con un próspero empresariado, técnicos muy calificados y académicos, pero también con una enorme presencia agrícola ganadera distribuida a lo largo de todo el

extenso mapa de la república.

Aquel numeroso grupo de inmigrantes llegado tras finalizar la Gran Guerra conformó el núcleo de la sociedad germano-argentina. De esa manera, el terreno fértil que encontró el nazismo en la Alemania posterior al régimen del káiser Guillermo, no fue muy diferente al que hallaría años después cuando decidiera expandir sus ideas en la Argentina, entre otras naciones; siempre con la comunidad germanoparlante como único objetivo expansionista. Basta con citar brevemente la descripción del perfil del emigrante teutón según el profesor Ronald Newton en la década de los

noventa para darse una idea de lo anteriormente mencionado: «Exsoldados, exvoluntarios de Freikorps, funcionarios de la monarquía que no podían reconciliarse con Weimar; comerciantes entrenados, empleados administrativos y tenderos arruinados por la inflación de 1922-1923; estudiantes sin perspectivas, ciudadanos expulsados de enclaves en el este...». No obstante, la aristocracia germano-argentina sería un hueso un tanto más duro de roer para los nacionalistas extremos que pronto amarrarían en Buenos Aires.

Los años de ebullición de la política alemana de inicios de la década del

veinte tuvieron su repercusión a menor escala dentro de la comunidad residente en Argentina. Ya desde el año 1918 se desarrollaron las tumultuosas asambleas populares (*Volksversammlungen*) en el club socialista alemán Vorwärts y en tabernas al estilo bávaro, donde los principales referentes de la comunidad encontraron su ámbito de expresión. Tanto en Alemania como en ultramar, los alemanes se volcaban rápidamente en la política y los extremos pronto destacarían.

Antes de sumergirnos en los agitados comienzos del partido nazi en Buenos Aires, es preciso mencionar que los primeros contactos oficiales de

militares argentinos con elementos del Ejército regular alemán, de reminiscencias nacionalistas, data de mucho antes de que los hitleristas tuvieran algún tipo de influencia más allá de una taberna múniquesa maloliente.

Entre el año 1900 y 1936 se suscitaron, en diferentes etapas, una serie de misiones militares alemanas en el país sudamericano. Un sistema de rotación de unos quince oficiales especializados, destinados a asesorar y adiestrar al Ejército argentino, el cual poco a poco fue tomando un corte netamente prusiano, incluso en sus uniformes. Luego de un impase

producido por la Gran Guerra, los entrenadores germanos volverían al ruedo en Argentina durante 1920, al comienzo de manera encubierta y luego abiertamente.

La segunda camada de oficiales, excombatientes de la Primera Guerra Mundial, fue liderada por un general de corte rabiosamente nacionalista, Wilhelm Faupel, quien más de diez años después sería embajador de la Alemania nazi nada menos que en España ante Franco y director del Instituto Iberoamericano de Berlín.

Aquel temprano fascista dirigió los cuadros militares alemanes en la capital argentina hasta 1926, año en que

fue reemplazado por Johannes Kretschmar, más simpático y menos radical que su antecesor. Los contactos necesarios para el segundo desembarco de Faupel en Sudamérica (había servido en Argentina antes de 1914) fueron facilitados por el exagregado naval de la Armada Imperial alemana durante la época de la guerra, August Möller, un *Kaisertreuen* (leal al káiser) que se quedó a vivir en la nación austral luego del armisticio, aprovechando las relaciones establecidas durante el desarrollo de sus intrigas en el período bélico.

Möller fue uno de los referentes de la derecha germano-argentina durante la época de entreguerras, un momento



previo a la aparición de los primeros nazis en Buenos Aires. Aquel exmarino participó en intrigas tendentes a consolidar las ideologías nacionalistas y antirepublicanas, a hostigar a funcionarios de Weimar y a intentar boicotear el periódico prorrepblicano alemán *Argentinisches Tageblatt*, entre otras cuestiones concernientes a la comunidad teutona. Otro pasatiempo de Möller fue buscar refugio en Argentina para forajidos de los Freikorps, fuerzas paramilitares revolucionarias de derechas que se formaban en Alemania a base de soldados desempleados ávidos de sangre comunista. Así como este personaje

introducía elementos derechistas en Argentina, como contrapartida, trabajaba asiduamente en la obstaculización del ingreso de agentes izquierdistas a dicha nación. Se valía para ello de sus contactos en la Dirección de Inmigración, logrados a través de su director, afín a los ideales de Möller, Juan P. Ramos.

Para la década de los veinte el exagregado naval se hallaba estrechamente vinculado a las incipientes organizaciones de derecha alemanas de Buenos Aires, entre ellas el Stahlhelm, el Tannenberbund, círculos de veteranos de guerra, organizaciones promonárquicas y grupos de prensa

nacionalistas, muchas de las cuales abrirían el paso, a principios de los treinta, para la llegada de los primeros nazis a la Argentina.

Las enormes y costosas campañas electoras que debieron afrontar los nacionalsocialistas en Alemania, durante la segunda mitad de la década de los veinte y comienzo de los treinta, hicieron que sus líderes pronto se fijaran en los *Reichsdeutsches* y *Volksdeutsches*, los hijos de alemanes residentes en el extranjero. Buscaban expandir sus ideas, pero también una fuente adicional de financiamiento. Para aquella época hacía tiempo que Adolf Hitler había decidido conquistar el poder a través de medios

democráticos, al menos los utilizados a mediados de los veinte; lejos en el tiempo habían quedado los años de lucha armada, los cuales desembocaron en el intento de golpe de 1923. Las elecciones de 1930 habían representado el resurgir del nazismo. Había pasado del 2,6 % de los votos en 1928, a captar un 18,3 % del electorado. Los datos completos pueden consultarse en *Hitler al asalto del poder*, de Raymond Cartier.

El ala de izquierda del NSDAP (Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores), liderada por el diputado del Reichstag Gregor Strasser, fue la primera en intentar organizarse de manera tal para poder captar nuevos

seguidores del nazismo en ultramar. Bajo el auspicio de Strasser, un nazi radicado en Hamburgo, de nombre Bruno Fricke, fue el precursor en montar una improvisada oficina que tenía como objetivo organizar a los alemanes residentes en el extranjero bajo la doctrina hitlerista. Este grupo extraño pero poderoso de nazis anticapitalistas y cercano a las ideas socialistas de izquierda reclutó en 1931 a una gran cantidad de marinos germanos con el objetivo de esparcir la semilla del nacionalsocialismo hacia todos aquellos puertos donde sus naves amarraran. A mediados de ese mismo año los primeros barcos de las líneas Hapag-

Lloyd y Hamburg-Süd, cargados de ideales fascistas, arribaron al puerto de Buenos Aires. Fricke conocía bien Sudamérica, ya que había vivido un tiempo en Paraguay, donde en 1928 había reunido el primer grupo de nazis organizados que se conozca en dicho continente. Sin embargo, sus excesos hacia la izquierda hicieron que Strasser lo reemplazara por el doctor Hans Nieland, quien a su vez bautizó la oficina como la *Auslandsabteilung der Reichsleitung* del NSDAP (Departamento Exterior de la Dirección del Partido Nacionalsocialista).

La mencionada ala pro izquierdista del partido cayó en desgracia a finales de

1932. Su máximo exponente, Gregor Strasser, uno de los pocos dirigentes nazis que podía algún día hacer sombra a Hitler, renunció a todos sus cargos y quedó apartado completamente del ascendente movimiento. Aquella misma sección socialista revolucionaria y antielitista del NSDAP, a la cual perteneció el mismísimo Joseph Goebbels, había sido sofocada para siempre. Nieland siguió a su jefe y la oficina de ultramar quedó nuevamente vacante. Para 1933, luego de la llegada de Hitler a la Cancillería alemana, la idea de la división extranjera del partido fue retomada. Un incondicional de Hitler fue puesto a cargo de esta, su nombre

era Ernst Bohle. Desde ese momento y en adelante, la Auslandsorganisation (AO) sería la encargada de aglutinar a todos los nazis en el extranjero y, a partir de la reorganización de la política exterior bajo la visión cosmopolita del nacionalsocialismo, a todos los súbditos del Reich.

En la Buenos Aires de comienzos de los años treinta, aquellos primeros marineros nazis llegados con la misión de adoctrinar a sus connacionales se valieron inicialmente de algunas publicaciones locales nacionalistas. No tardaron en colocar anuncios en lengua alemana para convocar a bordo de sus propias naves a los miembros de la



comunidad germana que quisieran conocer, de boca de los propios hitleristas, las «bondades» de su sistema político, económico y social. Por supuesto no faltaron a la cita los panfletos, los discursos antisemitas, las críticas al Gobierno de Weimar y las reivindicaciones anti-Versalles. No hubo inicialmente un gran entusiasmo entre los germano-argentinos de Buenos Aires, el DNVP seguía siendo el partido nacionalista preferido por los alemanes en Argentina y, hasta que Hitler lo disolviera unos años después, no habría grandes cambios al respecto.

De todas maneras, un buen grupo de alemanes residentes se interesó por la

doctrina nazi y pronto comenzaron a organizarse de manera independiente a los marinos que transportaban el germen desde Europa.

Bastante tiempo antes de que Alemania reconociera formalmente la existencia de células organizadas del NSDAP en el país, un grupo de fanáticos desorganizados colocó un aviso en el diario nacionalista de habla germana *Deutsche La Plata Zeitung*; invitaban a su comunidad a una reunión fundacional de lo que ellos denominaron una «asociación nacionalsocialista». El anuncio, aparecido el 17 de febrero de 1931, era firmado por seis entusiastas partidarios

de Hitler radicados en Argentina, los cuales pueden ser tildados como los primeros nazis de la nación sudamericana. Ellos, según nota publicada en el periódico *Deutsche La Plata Zeitung* del mismo día eran los señores Seydt, Gerndt, Lederle, Schriefer, Horstensmeyer y Mosig.

Para el 7 de abril de ese mismo año el Landesgruppe Argentinien (Grupo de Campo Argentino) fue fundado con apenas cincuenta y nueve miembros. Eran liderados por Rudolf Seydt, un exaltado excapitán, andrajoso vendedor y adepto a contraer deudas. El reconocimiento oficial desde Alemania llegó recién el 31 de agosto del mismo

año, siendo el grupo argentino el cuarto en ser incorporado al movimiento fuera del país originario del nazismo, luego de Paraguay, Suiza y los Estados Unidos. Para ese momento, hacía ya unos meses que la esvástica había ondeado por primera vez entre la húmeda brisa de Buenos Aires. En mayo de 1931, Seydt había conducido a un grupo de revoltosos nazis a la ceremonia anual en memoria de los caídos en el Cementerio Alemán. Un mes después, bajo el lema de «Deutschland Erwache» (Alemania despierta), tuvieron su primer mitin en solitario en la Deutsches Vereinshaus, algo así como un *club house* alemán, sito en la calle Moreno, 1059, del centro

porteño.



Landesgruppe Argentinien. Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

Aquellas actividades iniciales de los nazis en Argentina estaban lejos de preocupar o alarmar al gobierno local o a los criollos. A decir verdad, las manifestaciones nacionalistas no eran cosa extraña en aquella Buenos Aires.

Tal vez por afinidad ideológica, el Gobierno del presidente Uriburu era más adepto a combatir a la izquierda y, de esa manera, dejar mano libre a los grupos de derecha. Carlota Jackisch recoge sus palabras en *El nazismo y los refugiados alemanes*: «El embajador argentino en Alemania, Laboulaye, diría algunos años más tarde al secretario de Estado alemán V. Weizsäcker, que las actividades de los grupos nazis se habían podido desarrollar desde el comienzo sin problemas porque en la Argentina es un país donde, en general, cada uno hace lo que quiere».

Si bien los primeros nazis no causaron revuelo entre los argentinos,

los conflictos dentro de la comunidad germana residente se dieron casi desde el comienzo. Sus repercusiones llegaron hasta las más altas esferas de la legación oficial alemana. El primer altercado a gran escala estuvo dado por el uso por parte del grupo de Seydt de la mencionada Deutsches Vereinshaus. Un lugar de encuentro para la comunidad germanoparlante, el cual en realidad era propiedad del DVA, Deutsches Volksbund für Argentinien, algo así como una liga del pueblo alemán en Argentina. El director del diario republicano *Argentinisches Tageblatt* de nombre Ernst Alemann (argentino-alemán), representante de la comunidad

alemana que respaldaba la República de Weimar, se mofó a través de su publicación de las ideas y los discursos nazis. Un ofendido Seydt se quejó amargamente de las críticas y, para asombro de propios y extraños, retó a duelo a Alemann. La principal preocupación de los republicanos era que los radicales nacionalistas de Seydt estuvieran utilizando una propiedad que en realidad era subsidiada desde Alemania por el mismo Gobierno del canciller Brüning, a quien lo nazis argentinos atacaban sin piedad y difamaban sin prejuicios. La disputa llegó hasta la oficina del encargado de negocios de la misión alemana en



Buenos Aires, Friedrich von Keller, quien estuvo en Buenos Aires desde 1928 hasta 1933 sin rango de embajador. El diplomático debió poner paños fríos a la disputa. De todas maneras, la comunidad alemana de Argentina, así como Alemania en general, se dirigía inexorablemente a la derecha. Los republicanos se vieron frustrados cuando el presidente del DVA, Martin Arndt, respaldó a los nazis y amenazó con renunciar si Keller no permitía que los nacionalistas utilizaran la Vereinshaus.<sup>1</sup>

Los meses previos a la toma de poder por parte del NSDAP en Alemania fueron confusos y casi no han

sobrevivido registros de las actividades del Landesgruppe Argentinien. Sí sabemos a ciencia cierta que Seydt fue reemplazado en 1932 por Eckardt Neumann y, a su vez, este fue sustituido antes del fin de ese año por uno de los fundadores del grupo, Rudolf Gerndt, quien era editor del periódico *Deutsche La Plata Zeitung*. El movimiento apenas contaba con algo más de trescientos miembros para ese entonces.

Con la llegada de los nazis al poder en 1933 y la creación de la Auslandsorganisation de Bohle, el tumultuoso Landesgruppe de Argentina no causó la menor impresión en Berlín; al menos en comparación con la

organización chilena a cargo de Willy Köhn. Bohle pidió a Köhn que se involucrara en la reestructuración del grupo argentino, con lo cual, a instancias de este último, se nombró al farmacéutico Gottfried Brandt como sustituto de Gerndt, quien se mantuvo como líder local hasta 1935 cuando sería reemplazado por Fritz Kusters.

Antes de continuar con el relato sobre el período de tiempo del florecimiento del nazismo en Argentina y el establecimiento de la estructura que daría cobijo a una de sus organizaciones de espionaje más grandes fuera de Alemania, es preciso establecer, ya desde un comienzo, un punto de vista claro, y

a mi entender inequívoco y comprobado, sobre las reales intenciones alemanas con respecto al país sudamericano. Dicho punto de vista, en realidad va totalmente a contramano de la mitológica creencia popular local y, por qué no, de la del mundo entero.

Desde la misma creación del Auslandsorganisation de Bohle en 1933 se comenzaron a enviar instrucciones muy precisas sobre cómo los grupos nacionalsocialistas debían moverse dentro de las fronteras de los países que habitaban y cómo debía ser su actitud con respecto a los gobiernos locales y sus políticas. No cabe ningún tipo de duda

sobre que el objetivo de los nazis en Argentina siempre estuvo ligado a su propia comunidad, la germanoparlante. En ningún momento existió plan alguno tendente a introducir doctrinas nacionalsocialistas en el sistema político argentino. Si el sistema criollo intentó replicar en algún momento alguna ideología nazi-fascista, no es un asunto que haya tenido que ver con una acción emprendida por los alemanes residentes. Aquella manera de proceder, la cual rigió las acciones de los nazis en Argentina desde el comienzo, siempre se mantuvo como una de las reglas fundamentales exigidas desde Berlín.

Sin embargo, resulta innegable el

hecho de que los alemanes violaron claramente la soberanía argentina una y otra vez desde 1933. Ejemplos de ello son la introducción de sus doctrinas y costumbres en los colegios germanos, intromisión en asuntos comerciales de empresas radicadas en el país, montaje de una red de espionaje de tamaño considerable, así como la implementación de un sistema de comunicación radiotelegráfico clandestino, el contrabando de materiales y personas desde y hacia Europa y la violación de las aguas territoriales argentinas, entre otras cuestiones.

Todos estos hechos, que como en

parte veremos más adelante repercutieron en asuntos internos argentinos, siempre persiguieron un objetivo relacionado en exclusiva con intereses directamente alemanes o tendentes a adoctrinar a la comunidad residente en Argentina. El punto de conflicto entre la Alemania nazi y la soberanía argentina, además de la jurisdicción, estuvo centrado fundamentalmente en que los germanos creían tener el derecho de adoctrinar, y de alguna manera dirigir, a sus súbditos radicados en otros países. Incluso a sus hijos nacidos en esos estados extranjeros. Una postura contraria al sistema de *Ius soli* adoptado tradicionalmente por

Argentina.

Para el Estado sudamericano, los descendientes de los inmigrantes alemanes eran indudablemente argentinos; mientras que sus padres y la comunidad germana los educaban casi como cien por ciento alemanes. Aunque a la hora del proselitismo o de la propaganda nazi no se diferenciaba entre uno u otro, con el objetivo de evitarse inconvenientes, los nazis no dejaron que los *Volksdeutsches* (hijos de alemanes) se afiliaran al partido, dando un mensaje claro de exclusividad nativa.

Se cree que apenas unas cuarenta y cinco o cincuenta y cinco personas nacidas en Argentina, pero con doble



nacionalidad, habían sido aceptadas por Bohle en la filial local. Las directrices emitidas desde Berlín eran muy claras desde un comienzo e incluso amenazaban con represalias sobre aquellos germanos que se inmiscuyeran en asuntos de incumbencia argentina. Bohle, según recoge Carlota Jackisch, era muy preciso en esta delicada cuestión: «Aquellos alemanes que se inmiscuyan en cuestiones que son sólo de incumbencia del país en que habitan serán castigados por el partido y el Reich. La nueva Alemania no está dispuesta a permitir que sus ciudadanos en el extranjero enturbien las relaciones del Reich con estados extranjeros. Esta

línea directriz, que ya fue impartida por la AO en 1931, puede ser leída en el reverso del documento que posee todo miembro del partido que reside en el exterior».

En enero de 1933, el mismo mes en que Hitler llegó a la Cancillería del Reich, el presidente Hindenburg nombró en reemplazo de Keller a Heinrich Ritter von Kaufmann-Asser como líder de la legación alemana en Buenos Aires. Este diplomático experimentado estaba destinado al fracaso de antemano por una sencilla razón: tenía ancestros judíos. Sólo permaneció en su puesto entre marzo y diciembre de ese año. Antes de

cumplirse un mes de la llegada de Kaufmann, los nazis, apoyados por el Volksbund de Arndt, llenaron el mítico teatro Colón de la capital Argentina, y llevaron a cabo lo que sería la primera gran reunión nazi a favor de la nueva Alemania de Hitler en esa capital. Arndt se había volcado definitivamente al nazismo y fue uno de los principales oradores, sin embargo, sería expulsado del partido en 1934 por fomentar algunas doctrinas consideradas contrarias al movimiento.

Los desorganizados nazis del Landesgruppe pronto comenzaron a destacarse por protagonizar desmanes, pugilatos y refriegas en algunas ciudades

argentinas. Por tal motivo, ya desde un comienzo, la elite empresaria germano-argentina se intentaría despegar de esta poco rentable propaganda; y con esa actitud esquivada y desconfiada hacia el nazismo se mantendría durante los largos años que precedieron a la guerra.

El *Argentinische Tageblatt* se encargaba de mantener informada a la comunidad alemana de los excesos de los nazis. En 1934 destacó una gran refriega en Bahía Blanca y en 1935 el caso de Hans Wilke, un empleado del Banco Germánico miembro del NSDAP, conmocionó a la sociedad al ser este detenido con bombas caseras destinadas a acabar con la vida del

director del mencionado diario republicano.

Todas aquellas desprolijidades y bravuconadas desesperaron más a propios que a extraños. Pronto hubo novedades desde Alemania. Bohle nombró a Fritz Küsters líder del Landesgruppe y echó del partido a Brandt.

Otro asunto que enfrió mucho las relaciones entre la comunidad empresaria germano-argentina y los primeros nazis fue el vigoroso antisemitismo que los nacionalsocialistas quisieron importar desde las empresas originarias hacia sus grandes filiales en Argentina. No sólo chocaron contra un

muro legal, ya que por supuesto en el país sudamericano el ser judío no era suficiente para disolver una sociedad, sino que también gran parte del empresariado germano omitió despedir a empleados de esa religión; en otros casos también se negó a emplear nazis poco útiles. A partir de 1936 los empresarios fueron cediendo poco a poco al hitlerismo, especialmente a la presión para despedir a sus empleados israelitas, destacando el dirigente nazi Heinrich Volberg como el encargado principal de presionar al empresariado alemán de la Argentina. Uno de los casos emblemáticos fue el del director judío del Banco Transatlántico,

Leopoldo Lewin.

El 10 de diciembre de 1933 había llegado a la Argentina a bordo del *Cap Arcona* el reemplazo de Kaufmann. En este caso los nazis habían elegido muy bien su hombre. El barón Edmund von Thermann y su esposa Vilma eran la excepción del cuerpo diplomático de carrera alemán, ámbito en el cual se desarrolló una de las mayores resistencias al régimen de Hitler, desde el comienzo hasta el final de su gobierno. El hábil y oportunista Thermann se había afiliado al partido apenas los nazis llegaron al poder. Sus nada desdeñables contactos en las SS le valieron además un cargo honorífico en

dicha organización. El excónsul general de Danzig durante los anteriores ocho años despertó un enorme entusiasmo entre los nazis locales, quienes aquel día recibieron al nuevo representante oficial ataviado con su uniforme de las SS, entonando la *Horst Wessels Lied* a los cuatro vientos.

Aquel éxtasis inicial pronto se fue apagando con el correr de los meses. Thermann pronto se dio cuenta de que el carácter revoltoso y desprolijo del movimiento contrariaba los intereses de su legación, y que era mucho más redituable cultivar las amistades de los grandes empresarios y las «elites» de la sociedad alemana radicadas en el Río de



la Plata. Esta última, siempre fría y desconfiada de los círculos radicales del NSDAP.

Por su parte el Landesgruppe argentino encontró en el diplomático, devenido en SS-Mann, un dirigente elitista, procapitalista y falto de la actitud revolucionaria del partido. Aquella disputa se iría incrementando con el paso de los años; algo que inicialmente fue inofensivo para el diplomático, llegó a perjudicarlo años más tarde ya retornado a Alemania.

Si bien Thermann gozó de una autonomía considerable, y puede decirse que resultó exitoso en materia comercial y en la organización de entidades

alemanas, las responsabilidades y ejecución de la actividad más exitosa de los nazis en Argentina, las redes de espionaje, recayó sobre otros personajes sobre los cuales hablaremos a su debido tiempo.

Con sus espaldas protegidas por sus amigos de la alta sociedad y el empresariado germano residente en Argentina, Thermann fue ascendido en 1936 al rango de embajador y su oficina al de embajada, por supuesto. Había logrado explotar la orientación de la economía argentina hacia el bilateralismo, decretando en 1934 un extenso acuerdo de intercambio comercial compensado. La nación

sudamericana iría lenta pero firmemente incrementando su participación en las compras alemanas, por la que obtuvo un saldo comercial superavitario a cambio.

Al parecer el líder chileno del NSDAP (luego jefe sudamericano) no era muy adepto a los negocios claros. La resistencia de los nazis argentinos terminó por fin de desbancar al hombre que aquel había nombrado al frente del Landesgruppe local. El reemplazante de Küsters en Buenos Aires fue Alfred Müller, un inmigrante vendedor de hojalata que dedicaba gran parte de su tiempo a editar el periódico partidario *Der Trommler* (algo así como el

tamborilero), el cual seguiría apareciendo hasta 1945. Nada cambió en el movimiento local, el cual siguió demostrando poca organización, escasa capacidad y lento crecimiento. Thermann siguió siendo visto como un rival para el Landesgruppe y fue Müller quien lo denunció ante sus superiores durante una visita que realizó a Alemania en 1940. Un viaje del que nunca regresó.

Gottfried Sandstede, un empleado de la Oficina de Ferrocarriles Alemanes, la cual funcionaba dentro de la empresa naviera Delfino, fue designado por un breve tiempo en 1941 para reemplazar a Müller. Pero en realidad este hombre

era un precoz agente del SD (Sicherheitsdienst o Servicio de Inteligencia de las SS; también mencionado como agente de la Gestapo) de quien ya nos ocuparemos más adelante, por lo tanto tenía asuntos más lucrativos de que ocuparse. Fue entonces reemplazado por Wilhelm Wieland en 1942 hasta la disolución total del movimiento producido el año siguiente.

El NSDAP local había sido ya prohibido en Argentina en 1939 después de que las miles de esvásticas ondeantes y los choques con grupos de izquierdas registrados en el acto masivo del Luna Park impactaran a la opinión

pública criolla un año antes. De todas maneras, la organización siguió operando, pero bajo la denominación de «Círculo de Cultura y Beneficencia Teutonia». Aquel lejano mitin dirigido exclusivamente a la comunidad germanoparlante realizado en un estadio tradicional de la ciudad de Buenos Aires el 10 de abril de 1938, despierta aún hoy entre los argentinos, sensaciones tan fuertes como, en algunos casos, sumamente equivocadas. En cada aniversario de aquella reunión llenan las páginas de algunos periódicos viejas fotografías de esvásticas y banderas argentinas bajo lemas en alemán. El Luna Park atestado de quince mil almas

genera una imagen que termina de conformar una escena que es casi siempre mal interpretada.

El Landesgruppe Argentinien, es decir, el órgano político del partido nazi en el país, nunca superó los dos mil ciento diez miembros. Es decir, algo más del diez por cien de la concurrencia registrada aquel día. En el Luna Park se dio una convocatoria en la que participaron casi todas las organizaciones de alemanes en argentina. La esvástica era la bandera oficial del Reich, y si bien por supuesto el adoctrinamiento nacionalsocialista era siempre parte de los discursos y el montaje, la regla de dirigirse exclusivamente a la comunidad

alemana no fue transgredida. Dicha comunidad celebraba, aquel 10 de abril, la anexión de Austria al naciente imperio de Hitler, un asunto de exclusiva incumbencia alemana. No eran quince mil argentinos los que concurrieron a la cita, tal como se ha afirmado recientemente, sino que los individuos naturales de esa nacionalidad eran una notoria minoría. Según el punto de vista alemán, y de los hijos de alemanes, casi no había argentinos dentro del estadio. Incluso se ha llegado a afirmar recientemente que setenta mil criollos estaban afiliados al partido al momento de llevarse a cabo el acto citado. Un verdadero disparate, teniendo en cuenta



que los hijos de germanos no eran argentinos para la tradición alemana y que, además, su número era escandalosamente inferior.<sup>2</sup>



Alfred Müller en el estrado dando un discurso en La Plata en 1939. *Deutsche La Plata Zeitung*.

Para ser exactos, para el año 1937 Brasil registraba una mayor cantidad de

afiliados al partido, así como una mayor participación con respecto a la cantidad total de alemanes residentes. Los directamente afiliados al partido eran los nazis más activos, mientras que los *Opferrings*, o simpatizantes, podían triplicar ese número.

Para cuando la guerra llegó a Europa, o al menos cuando comenzó a vislumbrarse en el horizonte la posibilidad de un conflicto en pocos años, no sólo parte de la comunidad empresaria alemana comenzó a ver las cosas de manera más patriótica, sino que los *Opferrings* se expandieron por toda la geografía local.

Los verdaderos excesos nazis en

Argentina no tuvieron que ver con la política o con su partido. Sí, por ejemplo, tuvieron relación con un tema tan complejo que vamos a evitar meternos de lleno en él por no tratarse del objetivo del presente trabajo. La penetración nazi en el sistema escolar argentino fue un hecho palpable y real. Despertó con toda razón en 1937 las primeras señales de alarma contra el nazismo en el Gobierno argentino. Si bien los alemanes creían estar actuando en el adoctrinamiento exclusivo de su comunidad dirigiéndose a colegios de instrucción germana, vale la pena destacar que los programas educativos fueron y son de exclusiva incumbencia

del Estado argentino. No obstante, los nazis, no tuvieron reparo alguno en alentar a los establecimientos alemanes a utilizar canciones patrias, emblemas y todo tipo de costumbres educativas vigentes en el Reich.

Para cuando los nazis germano-argentinos, esa sería la denominación correcta, llenaron el Luna Park en 1938, casi todos los *Reichsdeutsches* y *Volksdeutsches* de clase trabajadora y media habían dado ya su aceptación al Führer alemán. Ya no quedaba casi ninguna de las múltiples y heterogéneas asociaciones culturales, sociales y comerciales alemanas sin ser penetrada por los hitleristas locales. Los nazis

habían ganado el favor de su comunidad en Argentina y no se lo debían a su desorganizado partido local, tal como hemos visto, sino al mismo sentimiento imperante en el Reich.



*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*, Luna Park, Buenos Aires, 10 de abril de 1938. Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

Tal como era característico en la estructura nazi, las organizaciones

alemanas en Argentina eran muy numerosas y hasta en algunos casos superponían sus funciones. Destacaban el Frente Alemán del Trabajo, luego Unión Alemana de Gremios. Alrededor del uno por cien del ingreso de cada afiliado era retenido por la organización y un porcentaje de lo recaudado girado a Alemania. También gran cantidad de clubes, como el Club Alemán de Buenos Aires, la Cámara de Comercio, asociaciones de asistencia al inmigrante, etc.

Una sensación de renacimiento de las cenizas, de la vuelta al lugar de las potencias centrales y de la salida de la miseria de los años de Weimar; por

supuesto, todos logros adjudicados al gran líder. La restauración del honor perdido era un sentimiento indetenible, imposible de disimular para el alemán promedio de cualquier parte del mundo... Se iría sumando a este nuevo orden un grupo que al comienzo había sido muy frío con los nazis en Argentina: los líderes de la comunidad empresaria e industriales, algunos de los cuales llegarían a ser piezas fundamentales en el armado de las redes de espionaje y las relaciones nazis con la alta política.



## Capítulo II

# Niebuhr y el *Affaire* Patagonia

Cuando el oficial retirado de la Armada Imperial, Dietrich Niebuhr, arribó por primera vez al puerto de Buenos Aires a bordo del *Sierra Ventana* en 1931,

difícilmente imaginó que cinco años después regresaría al lejano país sudamericano con el cargo de agregado naval y aeronáutico de la Embajada del Reich. Aun menos habrá imaginado que el almirante Canaris, jefe del servicio de contrainteligencia militar de la Alemania nazi, el famoso Abwehr, le encomendaría la supervisión y manejo de los fondos de las organizaciones secretas de información en los principales países de la región.

Niebuhr llegaba en aquella oportunidad procedente de Bremen y su viaje tenía exclusivamente fines comerciales. Es decir, que se encontraba en Sudamérica por negocios. Su primo,

Karl Niebuhr, era director de dieciocho firmas alemanas radicadas en Argentina. Sin embargo, el mundo empresarial, al parecer, no era lo que el marino tenía planeado para su futuro. Después de su regreso al Reich retornó a su viejo oficio; se unió a la Marina de Guerra en 1932, o a lo que quedaba de ella tras Versalles. Niebuhr fue prontamente reclutado por el Abwehr, y ostentó, casi desde el comienzo, un cargo de cierta importancia dentro de dicha organización: jefe de la división de inteligencia naval. Tiempo después sería enviado a Sudamérica.

Luego de un acuerdo con el Auswärtiges Amt, (oficina extranjera del

Ministerio de Exteriores), Canaris nombró en 1936 al capitán de navío como administrador residente de contrainteligencia militar conjunta para la región; aunque oficialmente sería el *attaché* de la embajada en Buenos Aires, cargo que lo depositó desde entonces nuevamente en dicha ciudad.

Niebuhr gozaría de una enorme independencia con respecto al embajador Thermann, tanto en la organización del servicio secreto como en la utilización de los fondos disponibles para tales fines. Sin embargo, como narraremos más adelante, muchas veces recibiría instrucciones o agentes reclutados desde

Alemania con los cuales no se sentiría muy satisfecho. Durante los largos seis años que permaneció en su cargo, antes de ser expulsado por las autoridades argentinas, las organizaciones de inteligencia y espionaje alemanas bajo su liderazgo pasaron por etapas muy diferentes en cuanto a su profesionalismo y eficiencia.

A lo largo de los tranquilos primeros años de Niebuhr al frente del servicio, el espionaje nazi en Argentina fue bastante limitado, casi intrascendente, a veces desprolijo. Sus primitivos agentes se ocupaban de tareas muy puntuales, delegadas especialmente en compatriotas residentes y no así a

verdaderos espías profesionales. De hecho Hitler había prohibido, entre 1937 y 1939, las actividades de espionaje en los países occidentales, seguramente con el objetivo de evitar otro punto de conflicto que caldeara los ánimos, ya crispados, por sus crecientes desafíos al orden establecido después de la Primera Guerra Mundial, incluidas sus ambiciones expansionistas. La tarea principal del servicio secreto germano en Argentina, durante los años de entreguerras, fue la obtención de información estratégica ordinaria. El mismo tipo de información que cualquier nación solía recolectar en aquellos años para luego ser enviada a su

oficina central. Detalles sobre la conformación de las Fuerzas Armadas argentinas, simpatizantes del régimen nazi entre los criollos importantes, organizaciones políticas locales, indicadores macro de la economía argentina, etc., llenaban los esporádicos informes que Niebuhr enviaba fundamentalmente a través de mensajeros, de una clave personal o empleando comunicaciones inalámbricas comerciales.

El agregado naval estableció contactos tempranos con algunos empleados de compañías germanas importantes de Buenos Aires. Por ejemplo puede citarse el caso de Hans

Hermeyer de la Bayer, quien luego pasaría a ser un engranaje muy importante del servicio activo de espionaje.

Otra de las actividades fundamentales durante aquel temprano período habría sido el establecimiento, en vistas de una guerra europea inminente, de una vasta red de posibles puntos de reabastecimiento y suministros a lo largo de la desolada costa argentina. El objetivo: ser utilizada por corsarios de superficie y sumergibles de la Kriegsmarine que surcarían los mares del sur una vez desatada la conflagración.

El establecimiento de dichas



«bases» aún hoy es motivo de intensas controversias. Sin embargo, lo que es seguro es que Thilo Martens (representante de la Lloyd Norte Alemana) fue la persona que Niebuhr puso detrás de la organización de aquella sensible misión, la cual fue expuesta, largas décadas después, en el informe CEANA. Un órgano gubernamental creado en los años noventa en Argentina para echar un poco de luz sobre este asunto y otros relacionados al nazismo. Sobre la existencia o no de las bases de reabastecimiento, la CEANA, en lugar de esclarecer el episodio, produjo el efecto contrario. Lo que es un hecho inculcable es que ya en 1939 los

británicos estaban denunciando su existencia a través de una nota presentada en el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino.

Como era característico en la enorme estructura de organizaciones nazis, cada una de ellas quería tener su propio «informante», no sólo en Buenos Aires, sino también en cada ciudad importante del globo. Por ejemplo, la Gestapo recibía el mismo tipo de informes que enviaba Niebuhr al Abwehr, incluso iba un poco más allá. Vigilaba de cerca a disidentes, revisaba visas otorgadas en la embajada y enviaba información a Alemania sobre algunos viajeros sospechosos. El representante de

esta temida organización se supone que era el «agregado civil» de la Embajada del Reich, Christian Zinsser y luego su reemplazo, Gottfried Sandstede. Este último justamente uno de los primeros agentes que sin duda envió información de inteligencia a Alemania desde Argentina, además de también desempeñarse como agregado de prensa y segundo jefe del Landesgruppe detrás de Müller (de acuerdo al interrogatorio de Thermann de 1945).

Entre las personas que colaboraban con la pequeñísima sucursal de la Gestapo en Buenos Aires se contaban a los especímenes más torpes de un servicio de informantes que se

caracterizó, hasta bien entrada la guerra, por su improvisación y falta de profesionalismo. Se cree que un tal Wilke, un personaje detenido con bombas molotov, y un par de alemanes expulsados entre 1935 y 1938, operaron contratados por aquella extraña «oficina» de la que muy poco se sabe a ciencia cierta. Niebuhr nada tuvo que ver con estos proyectos de espías, pseudoagentes, así como tampoco con algunas otras operaciones desprolijas que se llevaron a cabo hasta 1941. La función del agregado naval era más bien independiente, de supervisión y administración de fondos. En la mayoría de los casos ni siquiera transmitía él

mismo los mensajes cifrados que contenían los informes.

De todas maneras, la Gestapo delegaría más adelante todas sus funciones en los agentes mucho más profesionales del SD, supervisados aun más de cerca por Niebuhr o, más tarde, su sucesor.

Sandstede operaba desde una oficina de los Ferrocarriles Alemanes, sita en la empresa naviera Delfino, compañía representante de intereses alemanes en Argentina desde hacía décadas. En realidad era una fachada. Aquel nazi proselitista reclutaba tantos agentes para el servicio de inteligencia como compatriotas para el partido, el

cual llegó a comandar brevemente. Una de sus acciones más trascendentes, con toda seguridad, fue la de reclutar en 1936, durante un viaje de vacaciones por Alemania, al agente «todo terreno» Wilhelm Seidlitz, a quien llevó a trabajar a su oficina de Buenos Aires. Sobre este último espía hablaremos largamente más adelante. Por su parte, la oficina de Delfino, ya a finales de los años treinta, comenzaba a ser uno de los lugares clásicos donde los espías nazis echarían raíces...

En 1939 la cuestión se puso un poco más seria. En lugar de rellenar solamente algunos informes, las células de espionaje nazi comenzaron a pasar a

la acción en la Argentina. Luego de un comienzo bastante alentador, llevando a cabo la exitosa *Speeaktion*, los agentes nazis dejaron en evidencia, durante aquellos primeros años de la guerra, que en realidad su servicio de inteligencia en Argentina no estaba bien preparado para la creciente acción que la nueva realidad demandaba. No era todo lo profesional que debía ser una organización de este tipo.

Hay que ser muy claros en un aspecto muy puntual: durante los años previos a la guerra y durante el período en que Brasil mantuvo su neutralidad, este último país fue el eje principal en torno al cual giró toda la organización de

espionaje e inteligencia nazi en el cono sur. No sólo su mayor tamaño, sino también su importancia estratégica dada por su cercanía a las rutas aéreas y marítimas más importantes y el movimiento de tropas americanas, entre otras cuestiones, hicieron que los grupos de espionaje radicados en Brasil desviarán para sí la mayor parte de recursos técnicos, económicos y humanos disponibles. Por su parte, la organización secreta en Argentina operaría hasta 1942 de manera independiente, pero casi como una subsidiaria de la red brasileña.

Mucho más profesional e integrada por elementos de mayor importancia,



como Johannes Siegfried Becker, el servicio en Brasil era liderado por Friedrich Kempter, alias «Koenig», o «King» para los ingleses, y Gustav Engels, alias «Alfred». Niebuhr también supervisaba a este grupo, viajaba regularmente a Río de Janeiro y giraba divisas para financiar sus actividades clandestinas.

La salida de Brasil del bloque de países no beligerantes llevaría a Argentina a convertirse en el nuevo epicentro de las operaciones de espionaje nazis en Sudamérica, y desplazó varios kilómetros hacia el sur el centro de gravedad de los agentes secretos del Tercer Reich. Los alemanes derivaron

rápidamente agentes, fondos y operaciones hacia dicha república; pero aquel hecho trascendente no ocurriría hasta 1942. Por el momento debemos repasar algunos episodios anteriores, los cuales no pueden ser pasados por alto.<sup>3</sup>

## *EL AFFAIRE PATAGONIA*

Volveremos ahora sobre las actividades de espionaje nazi en Argentina. El tema central que realmente ocupa a este trabajo. Hemos mencionada que en 1939 una serie de hechos, entre ellos por supuesto el estallido de la guerra, pusieron al servicio nazi decididamente en acción. A fines de marzo de ese año estalló un escándalo que alcanzó dimensiones estrafalarias en la Argentina, pero que también llegó hasta la enorme, imponente y recién inaugurada oficina de Hitler en la nueva Cancillería del Reich.

El asunto de las escuelas germanas penetradas por los nazis y los desmanes desatados por los festejos del *Anchluss* en el Luna Park habían sembrado ya la duda y la desconfianza sobre los nacionalsocialistas dentro de la sociedad criolla. Las inquietudes al respecto no sólo alcanzaban a la comunidad local, sino también al gobierno y a algunos elementos de la propia comunidad germanoparlante.

Dado el escenario descrito en el párrafo precedente, con toda seguridad, no debieron ser pocos los argentinos que creyeron al pie de la letra los estridentes titulares del periódico *Noticias Gráficas* (propiedad del opositor al presidente

Ortiz, José Augusti) de la tarde del 30 de marzo de 1939: «Una invasión nazi armada se estaba organizando tras bambalinas, y los miembros locales del partido estaban largamente implicados en el asunto». Se revelaba un supuesto plan nazi para la invasión de parte del territorio argentino.

Las mañanas del 31 de marzo y del 1 de abril, los diarios más importantes de la capital argentina se hacían eco de la noticia, la cual además era respaldada por un informe que un único denunciante de nacionalidad alemana había presentado ante, nada menos, que la Presidencia de la Nación. En realidad el origen del asunto databa de unos días

atrás. El denunciante, Heinrich Jürges, había presentado los documentos que mencionaba la prensa alrededor del 20 de marzo, y fue luego inmediatamente detenido por los argentinos.



Izquierda: Alfred Müller, líder del partido nazi argentino. Derecha: el denunciante disidente Heinrich Jürges.

Hasta que la noticia tomó estado público, poco habían hecho las

autoridades locales para esclarecer el asunto. Al parecer, Jürges, alertado de que su detención y posterior inacción de los argentinos era una posibilidad palpable, había dejado instrucciones precisas de filtrar todo el material comprometedor a tres periódicos que él sabía, con toda seguridad, darían a conocer los hechos: los ya mencionados *Noticias Gráficas*, el *Tageblatt* y el matutino *Última Edición*. Aquellos estruendosos y discordantes anuncios, y su repercusión en la opinión pública, obligaron al presidente Ortiz a moverse de inmediato. El 1 de abril *Crítica* titulaba con grandes letras en su portada: «Müller, jefe nazi en Argentina,



está detenido», un día antes la noticia había sido publicada por *Ediciones Gráficas*. La cobertura de la prensa sería rabiosa. Los periódicos antifascistas, como los mencionados antes, darían rápidamente por válidos los documentos de Jürges, aun mucho antes de que alguien se pronunciara oficialmente sobre la veracidad de los documentos presentados.

La citación a indagatoria y posterior detención de Alfred Müller, para aquel momento líder del Landesgruppe argentino, tenía su principal motivación en que su firma aparecía en el supuesto informe secreto filtrado por el alemán disidente. Conrad von Schubert,

consejero de la embajada, era otro de los supuestos firmantes del documento, con lo cual se hacía evidente la participación de la legación en la «conjura macabra».

El famoso «informe de inteligencia» supuestamente firmado por Müller y Schubert, quienes no eran agentes de ninguno de los pequeños grupos del servicio secreto que operaban en ese momento en Argentina, estaba dirigido a Franz von Epp, director de la Oficina de Colonias del partido. El memorando secreto aludía a una ardua tarea de recolección de información sobre la Patagonia argentina y chilena, la cual incluía defensas militares, mapas, croquis, fotos aéreas, estancias de origen

alemán y todo tipo de información que sería necesaria para una invasión armada. El dossier implicaba en el asunto a varias organizaciones alemanas infiltradas por los nazis, como la Cámara de Comercio, el Frente de los Trabajadores e incluso firmas privadas, las cuales se suponía utilizaban a sus dependientes para recolectar información. Incluso se informaba que varias organizaciones y organismos argentinos habían sido infiltrados por los alemanes complotados. Las conclusiones del informe indicaban, palabras más o palabras menos, que esta «tierra de nadie» estaba «disponible para ser tomada por el Reich» debido,

fundamentalmente, a que ningún gobierno argentino se había ocupado de poblarla o brindarle los servicios públicos necesarios para la vida desarrollada.

Müller quedó detenido a disposición del juez federal de instrucción Miguel Jantus y del fiscal designado Paolucci Cornejo. Estos últimos desataron una ola de interrogatorios a nazis reconocidos, así como también una serie de allanamientos a locales partidarios y a la casa parda de Moreno, 970. Incluso algunas cajas bancarias de seguridad pertenecientes al movimiento fueron revisadas en el marco de la febril

pesquisa.

Los alemanes entraron en pánico, al menos algunos de ellos. Rápidamente convocaron una acalorada reunión entre los principales referentes y funcionarios de la comunidad. Se juntaron en el edificio del Banco Germánico, probablemente en el piso de la embajada. Durante la agitada cita falleció de un infarto el conocido empresario germano Christian Lahusen.

Los resultados del allanamiento fueron exitosos, al menos si tenemos en cuenta que se secuestraron documentos que complicaban a los nazis y algunas de sus actividades (como por ejemplo pruebas que indicaban que la casa

Kloeckner deducía a sus empleados de cualquier origen 1,5 pesos moneda nacional para los fondos del Frente del Trabajo alemán). Sin embargo, todo el asunto Jürges-Patagonia era una farsa absoluta.



Christian Lahusen, famoso empresario alemán fallecido en medio del *Affaire* Patagonia.

*Crítica* publicó el asunto Kleckner bajo el título «Obreros argentinos son obligados a sostener el rearme alemán». Si bien esos fondos iban a parar a la embajada, la cual utilizaba la mayor

parte del dinero para financiar sus actividades legales y clandestinas, una pequeña parte era girada a Alemania. Un título más acorde hubiera sido «Obreros argentinos son obligados a sostener las actividades de espionaje alemanas». De todas maneras, en ese momento quedaron a cubierto todos los agentes existentes.

A favor del presidente Ortiz debemos mencionar que aquella quimera resultó evidente casi desde el comienzo. El supuesto informe no era un original, sino una serie de montajes fotográficos realizados por algún experto falsificador, tal vez el mismo Jürges, a juzgar por los antecedentes presentados



por la Gestapo. La invasión nazi a la Patagonia era un verdadero contrasentido, el cual, sin lugar a dudas, ha sobrevivido en forma de leyenda hasta nuestros días. La guerra del espionaje había estallado en Buenos Aires antes que la guerra en Europa.

Todo el proceso, el cual duró varios días, y el eco que se hacían los medios de prensa internacional sobre el *affaire*, hicieron que Berlín perdiera la paciencia. Mientras *Crítica*, *El Mundo* y los demás diarios ya mencionados llenaban sus páginas con noticias estridentes y disparatadas, aludiendo a ejércitos nazis y armamento enterrados en el sur del país, el embajador argentino Labougle

fue llamado el 25 de abril a comparecer ante el secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, Ernst von Weizsäcker. El funcionario le dirigió al diplomático argentino una exaltada reprimenda. Según expresó ardientemente el secretario, el Reich no toleraría que sus ciudadanos fueran encarcelados injustamente por cualquier estado extranjero. Tal como ha testimoniado el exembajador en Berlín, Eduardo Labougle en su libro *Misión en Berlín*, Weizsäcker amenazaba directamente con tomar reprimendas hacia ciudadanos argentinos y daba al presidente Ortiz veinticuatro horas para liberar a Müller.

El reo no podía ser liberado sin una audiencia formal y los nazis se demoraron en nombrar a un abogado para representar al jefe local del partido. Sin dudas era un asunto complicado conseguir un letrado dispuesto a representar a un nazi, incluso en 1939. Sin embargo, el doctor Justo Bergadá Mujica aceptó el trabajo, el cual, por otro lado, estaba condenado al éxito desde el comienzo. Bergadá Mujica fue perseguido luego por la Comisión Especial del Congreso, a la cual nos referiremos más adelante, durante los años siguientes. Tal vez por ese motivo nadie quería aceptar el trabajo...<sup>4</sup>

El 27 de abril, el escrito presentado

por el defensor de Müller fue contundente. Aseveraba fundamentalmente que el dossier que supuestamente incriminaba a su defendido era una burda falsificación. El hecho de no tratarse de un original impedía que la legislación argentina lo tomara como un elemento probatorio.<sup>5</sup> Además, las contradicciones en las cuales había incurrido Jürges sobre el origen de la información eran propias de un aficionado. El desacreditado disidente nazi había sido liberado ya mucho antes, el día 4 de abril y desde su casa atendía envuelto en una bata a los periodistas de *Crítica*, ratificando una y otra vez la veracidad de sus dichos.

En aquella reunión convocada de improviso en la Embajada alemana, los funcionarios habían radiado un mensaje cifrado a Berlín solicitando que se les remitiera el prontuario de Heinrich Jürges. De acuerdo a la Gestapo, aquel lóbrego personaje había sido encontrado culpable de defraudación por un tribunal de Bremen en 1923, por indebida portación de armas en Schwelm en 1924 y, por supuesto, el mismo año, había sido penado por grave falsificación de documentos en Hagen, lo que le había valido la condena de cuatro años de cárcel. Según los propios alemanes todo aquel amplio prontuario no le impidió ser apto para

desempeñarse como secretario de Joseph Goebbels. Por supuesto, Otto Meynem, encargado de negocios en Buenos Aires (Thermann se encontraba en ese momento en Alemania), hizo público el informe de antecedentes de Jürges, el cual también fue incluido en el escrito de Bergadá Mujica.



Juez federal doctor Jantus.

Paolucci Cornejo pidió el sobreseimiento de Müller y el doctor Jantus lo otorgó el 4 de mayo, y el jefe del partido fue finalmente liberado de su calabozo de la cárcel de Devoto. La

desilusionada prensa antinazi de Buenos Aires, al ver que todo era una farsa, comenzó poco a poco a cambiar el eje de las acusaciones. Ahora veían en la muerte de Lahusen la mano de la Gestapo, rumor echado a correr también por Jürges. También cayeron insistentemente sobre los párrafos del fallo de Jantus, el cual atacaba a la Embajada del Reich por, como se denuncia en un artículo de *Crítica* del 6 de mayo de 1939, no colaborar activamente con la información que se le había requerido.

Es evidente, y no puede sobrevivir duda alguna, que todo el asunto resultó una falsedad orquestada para perjudicar



a los nazis argentinos. Pero, ¿qué buscaba Jürges? y ¿bajo el designio de quién había actuado?... Interrogantes que hasta hoy en día no se han esclarecido debidamente, o al menos no existen pruebas documentadas para responderlas sin temor a equivocarse.



El fiscal Paolucci Cornejo.

Hubo un acontecimiento puntual que deja entrever de manera borrosa la mano del servicio secreto de los Estados Unidos en todo aquel asunto. La estatización de varios ramales ferroviarios en 1937 había hecho que la

Argentina demandara la compra de locomotoras, vagones y repuestos de todo tipo para sus nuevas adquisiciones.

La nación sudamericana, fiel a su política de bilateralismo de aquellos años, había beneficiado un acuerdo con la Alemania nazi en detrimento de un entendimiento con proveedores norteamericanos. El motivo fundamental radicaba en el trato formal de intercambio comercial, muy activo y actualizado, existente entre ambas naciones, basado en la compensación de mercaderías. La operación acordada con el Gobierno del Reich incluía la importación de «sesenta y cuatro locomotoras, novecientos vagones de

carga, cuarenta vagones dormitorio y equipo de ferrocarril variado [los cuales] se canjearían por cien mil toneladas de trigo argentino y ocho mil toneladas de lana», a juzgar por lo mencionado por el profesor Newton, un negocio millonario. A pesar del enorme disgusto de los estadounidenses, y en particular de General Electric, el acuerdo estaba listo para firmarse cuando estalló el *Affaire Patagonia*.

La compañía americana había presentado una oferta de precios muy bajos para el envío inicial, lo cual, creía, le haría ganar un mercado de repuestos muy lucrativo. Es evidente que la falta de un acuerdo bilateral actualizado con

el país del norte para 1939 perjudicó el negocio para GE en detrimento de los alemanes. No cabe duda que una ruptura de relaciones con Alemania, producida por el serio asunto patagónico, hubiera sido comercialmente lucrativa para los americanos.

De todas maneras, una vez que estalló la guerra, se hizo imposible para Hitler cumplir con el acuerdo ferroviario. El material se hizo esencial para movilizar a las Wehrmacht a través de Europa.

El estigma nazi ya no desaparecería de la atmósfera argentina. Ya para mayo de 1938, un grupo de diputados

encabezados por Damonte Taborda y Enrique Dickmann había protagonizado un encendido debate en el Congreso dirigido contra las actividades nacionalistas extranjeras. En aquel momento sembraron la semilla que terminaría germinando en la creación de la CEIAA (Comisión Especial para la Investigación de las Actividades Antiargentinas). Resulta particularmente revelador citar a la historiadora Carlota Jackisch que en un artículo de la *Revista Libertas* del 8 de mayo de 1988 dice:

La apreciación del problema de las actividades nacionalsocialistas que tenían estos diputados era esencialmente incorrecta. Ya el propio nombre que se le otorgaría a la comisión señalaba el error de

enfoque del problema [...]. La teoría de la quinta columna nazi en la Argentina, según la cual los grupos nacionalsocialistas tuvieron la intención de derribar al Gobierno argentino, es, a partir de los datos de archivos hoy disponibles, totalmente insostenible.

La CEIAA terminó finalmente de constituirse en junio de 1941 bajo la presidencia de Damonte Taborda y Juan Antonio Solari fue nombrado en el rol de secretario.

## Capítulo III

*La Speeaktion.* El primer grupo organizado de espionaje.



## EL ANDALUCÍA STAR

El ardiente sol de diciembre se derramaba sobre las refractantes aguas del Río de la Plata. Unos pocos minutos antes del caluroso mediodía del 18 de diciembre de 1939 comenzó a dibujarse en el horizonte la pequeña silueta de un perezoso remolcador atestado de marinos. El *Coloso*, la pequeña nave propiedad de la ya mencionada empresa Delfino, representante de la Hamburg Süd Amerika y la misma donde tenían escritorios los agentes nazis Sandstede y Seidlitz, había sido despachado unas horas antes junto a su gemelo, el *Gigante*, en dirección a las aguas del Río

de la Plata que dividen la Argentina del Uruguay. Una operación perfectamente coordinada entre ambas orillas, supervisada desde la Embajada en Buenos Aires por Edmund von Thermann y comandada desde las sombras por Dietrich Niebuhr, dio como resultado la llegada sorpresiva de casi toda la tripulación del acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee*. El legendario buque ardía en el horizonte producto del autosabotaje ordenado por el capitán Langdorff. Los ingleses también jugaban su papel en la guerra de inteligencia y los rumores de grandes flotas aguardando al corsario enemigo frente a la desembocadura del Plata fueron

demasiado para los aturdidos oficiales alemanes. Sin embargo, la verdad era que sólo los cruceros *Ajax* y *Achilles* improvisaban un pequeño bloqueo no muy lejos de Montevideo.

El *SS Tacoma*, un vapor mercante alemán internado en el puerto de la capital uruguaya, fue clave en la operación montada por los germanos. Después del ultimátum dado por el Gobierno uruguayo, muy penetrado por influencias inglesas desde los tempranos meses de la guerra, Langdorff dio la orden de zarpar el día 17 de diciembre, pero sólo con un mínimo de tripulantes indispensable para maniobrar la nave. Mientras el

corsario estallaba a unas pocas millas del puerto, concentrando la atención del numeroso público expectante, el *Tacoma* levaba anclas con casi el total de los marinos de la nave de guerra a bordo. Se dirigía al encuentro del *Coloso* y el *Gigante*, a los cuales se les uniría la barcaza arenera *Chiriguana* y una lancha del *Spee* con los últimos ocupantes del acorazado. Previamente, el agente alemán Rodolfo Hepe había sido enviado a Montevideo para coordinar las acciones entre ambas orillas.

Sin duda, Niebuhr, los funcionarios de la embajada y los agentes de la oficina de Delfino se anotaron un punto a su favor gracias a la

victoriosa maniobra. Sin embargo, no hay que perder de vista que la operación de desinformación británica privó a los alemanes de una formidable e irremplazable unidad de combate por el resto de la guerra.

Aquella audaz operación era sólo el comienzo. El verdadero desafío apenas estaba por comenzar: sacar a los elementos más calificados de la tripulación de la Argentina y brindarles los medios necesarios para retornar a Europa; una misión para la cual era necesario unir a todos los servicios de inteligencia y recursos disponibles en el país sudamericano.

Según los interrogatorios de Walter

Schellenberg atesorados en la NARA (National Archives and Records Administration), la colaboración entre los distintos grupos de espionaje alemán, ya sea del Ejército o de otras ramas de las Wehrmacht, no era algo que se produjera con frecuencia, sin embargo, en la Argentina fue una constante casi desde el comienzo. Los hombres del SD (Sicherheitsdienst), del Abwehr y de la embajada, coordinaron sus esfuerzos. Lograron, algunas veces con la ayuda de la comunidad alemana, evadir de Sudamérica a alrededor de ciento cuarenta marinos muy necesarios en los frentes de batalla. La mayoría de ellos eran oficiales y técnicos

cualificados, muchos de los cuales, como veremos a continuación, tuvieron una posterior actuación destacada en la guerra.

Niebuhr se aseguró de mantener a los elementos más importantes de la tripulación del *Spee* cerca de Buenos Aires. Envío al interior del país mayoritariamente a marineros jóvenes y no cualificados; de esa manera sería más sencillo tener a mano a los individuos preferidos para las fugas que pronto comenzarían a desencadenarse.

Se había formado la Oficina de Administración y Roles del *Graf Spee* al mando del capitán de navío Walter Kay, quien ante el suicidio del capitán

Langdorff, quedó en su lugar como el oficial a cargo de la tripulación. Kay montó sus escritorios en el edificio del Banco Germánico, mismo lugar donde funcionaba la Embajada, y tenía entre sus responsabilidades, al menos como unas de ellas, la organización, esparcimiento, bienestar, empleo y mantenimiento de los marinos. En las sombras, Kay participaba activamente en la selección y posterior fuga de los oficiales. También se hallaba implicado en otro aspecto que era contrario a las reglamentaciones locales: el total subordinamiento de la tripulación a las normas marciales alemanas, a pesar de encontrarse en suelo argentino.



La oficialidad y el personal técnico de importancia comenzaron a desaparecer casi de inmediato, beneficiados por el régimen laxo impuesto por las autoridades argentinas. Estas últimas, luego de las primeras fugas y ante la negativa de los oficiales a dar su palabra de no evadirse, emitieron el Decreto n.º 59459. La nueva reglamentación confinaba a la oficialidad del acorazado a la isla Martín García (alrededor de doscientos cuarenta fueron llevados allí), como medida de seguridad. La realidad era que muchos ya se habían ausentado para ese momento y el confinamiento de los restantes en la isla mencionada tampoco

detendría las aventuradas evasiones.

Ante la noticia del traslado hacia Martín García, las células nazis en las islas del Tigre, cercanas al nuevo lugar de confinamiento, comenzaron a ser activadas por agentes del SD con conexiones en el partido. Wilhelm Seidlitz, hombre clave de la *Speeaktion*, procuró que los lugareños del delta aportaran lanchas y su conocimiento de los serpenteantes brazos fluviales, lo que les permitió a los alemanes seguir sacando marinos por las noches, aun en plena penumbra. Mientras algunos empedernidos fugitivos lograban colarse entre sus distraídos vigilantes, otros eran atrapados en el intento.

El comandante de la corbeta argentina que custodiaba la costa de la isla Martín García era el capitán Eduardo Aumann; más vale retener en la memoria este nombre.

La estadía de Paul Ascher en Buenos Aires fue muy breve; se trataba del tercer oficial al mando del acorazado, uno de los de mayor valía y experiencia. Ascher, quien llegó clandestinamente al Brasil y de allí voló por LATI a Roma, no viajó a Alemania con las manos vacías. Entre su equipaje llevaba el libro de bitácora del *Spee*, documento que increíblemente había quedado en manos de los oficiales internados. De acuerdo a las declaraciones de un detenido

germano ante la comisión del Congreso argentino, la cual investigaba apasionadamente las evasiones, este circuito de líneas aéreas fue seguido por varios oficiales fugados. Alfredo Haun, tal era el nombre del súbdito alemán, sabía bien de qué hablaba. Había estado en estrecho contacto con los oficiales, a quienes enseñaba el idioma español.

Ascher, de acuerdo a los archivos de la Kriegsmarine, fue asignado luego de su retorno al mítico acorazado *Bismarck*, y murió el día de su hundimiento, el 27 de mayo de 1941. Las fatuas posteriores versiones que ubican a este oficial en Buenos Aires durante 1944 parecen no tener ningún tipo de asidero.

Una de las fugas más espectaculares fue la del suboficial armero Heinrich Wild, oculto, prófugo durante cuatro meses en la ciudad de Buenos Aires. Cambió tres veces de escondite hasta albergarse en el edificio de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. En aquella época, el mencionado edificio estaba siendo construido por la empresa alemana Siemens. Allí permaneció con la complicidad de los ejecutivos de la firma germana hasta que Niebuhr organizó su huida junto a otro tripulante. Intentaron cruzar la cordillera por Salta y Catamarca, pero el automóvil en el que viajaban sufrió serios desperfectos. Después de

permanecer todo el invierno en la provincia de La Rioja cruzaron en mula hacia Chile, donde viajaron al sur de ese país y permanecieron escondidos en la ciudad de Osorno.

Ambos escapistas volvieron a viajar hacia el norte para hacer escala en Lima, Perú, donde embarcaron en un mercante japonés. Luego de hacer tocar Tokio ingresaron en territorio chino para finalmente llegar a la capital de la Unión Soviética, Moscú. Recordemos que en aquella época los rusos no sólo estaban fuera de la guerra, sino que además eran una especie de aliado de Alemania, producto de los acuerdos comerciales y el pacto de no agresión.

Desde Moscú hasta Berlín sólo restaba un poco peligroso viaje en tren a través de las estepas rusas. Todo el increíble episodio fue desarrollado en profundidad por el investigador uruguayo Diego Lascano en su libro *Historia de los marinos del Graf Spee*.

Muchos de los oficiales del *Spee* evadidos fueron asignados a flotillas de U-bootes luego de retornar a Alemania; por supuesto, una vez completado el curso de adiestramiento para este tipo de embarcaciones. Dos de aquellos intrépidos marinos fueron protagonistas de una fuga bastante particular: Willi Dietrich y Dietrich Bludau. Hoy sabemos que viajaron al sur de

Argentina y cruzaron la cordillera con ayuda de colonos alemanes. Tal vez lograron escapar por el paso Puelo, al sur de Bariloche, ya que existe un archivo de la Policía de esa ciudad citado por el investigador Ricardo Laurence, el cual contiene la siguiente información:

En la investigación de la policía de Bariloche en el expediente «Extripulantes del *Graf Spee*», violación cláusula Decreto PEN n.º 58556, se ha llegado a establecer en forma cierta que en los primeros días de agosto, cuatro súbditos alemanes oficiales del acorazado mencionado, guiados por un vecino de El Bolsón, (150 km al sur de Bariloche), Francisco Weitschhoski, también de esa nacionalidad, consiguieron, burlando la vigilancia policial, internarse en la



República de Chile por el paso Puelo.

Estos dos oficiales llegaron a Chile y luego a Alemania para ponerse a disposición de la Marina alemana.

Además de Dietrich y Bludau otros oficiales del *Spee* también sirvieron como comandantes en unidades de la marina de guerra alemana luego de huir de Argentina; estos fueron: Wolfgang Riekeberg, Heinz Kummer, Hans Joachim Schwebke, Friedrich Mumm, Jörg Rätsch, Hermann Kottmann, Jurgen Wattenberg, Gunther Schlebusch y Johann Reckhoff. Queda claro, entonces, el motivo por el cual lo mejor de los oficiales del *Spee* fue puesto en fuga hacia Europa con la vital

intervención del servicio de inteligencia liderado por Niebuhr.

A la vez que la *Speeaktion* se desarrollaba plenamente en Argentina, el Abwehr cayó en la cuenta de que necesitaba ampliar su servicio de información clandestina en Buenos Aires si quería mantener activo el flujo constante de informes secretos desde aquellas remotas latitudes.

Mientras en 1940 Niebuhr insumía gran parte de su tiempo en la organización de las fugas de los marinos del *Spee*, la oficina de Hamburgo (Ast), reclutó en forma directa un espía con el objetivo de formar un nuevo grupo de información, y ponerlo, a su vez, bajo el

control parcial del agregado naval de la Embajada. Podríamos decir que a pesar de la improvisación y cierta incapacidad que caracterizó a este grupo, se trató del primer equipo nazi dedicado exclusivamente al espionaje organizado. Tenía entre sus principales funciones la de informar sobre el movimiento de barcos mercantes enemigos en el puerto de Buenos Aires. Un asunto delicado.

El primer cabecilla fue un nazi rabioso, empresario y carente del estereotipo de espía, al menos en lo que refiere a un bajo perfil mediático. Ottomar Müller, alias «Otis», nombre en clave con el cual firmaba sus informes para el servicio, fue la piedra

basal de este grupo.

Müller había llegado como un humilde jornalero a bordo del *Rugia* en 1923, y se convirtió con el correr de los años en un próspero empresario. Lo que seguramente más molestaba a Niebuhr sobre este personaje eran sus nada discretas transmisiones radiales pronazis, conocidas como *La hora de Alemania* emitidas por Radio Callao, una actividad poco recomendable para dedicarse al espionaje profesional. Pronto, Müller sumó a su equipo a Hans Napp, alias «Berko», un alemán llegado en 1921 a bordo del vapor *Gelria*, con un dudoso prontuario y una inclinación peligrosa a girar cheques sin

fondos.

Müller y Napp se dedicaron, con la ayuda de algunos locales y de los fondos aportados por Niebuhr, a vigilar exhaustivamente a los barcos mercantes de bandera enemiga que partían especialmente desde el puerto de Buenos Aires, repletos de alimentos y materias primas con destino a Europa. La información recabada era enviada a Brasil, principalmente a través de mensajeros o simple correo postal. A su vez, los nazis de la red brasileña reenviaban los informes a Alemania desde un transmisor radiotelegráfico con base en Río de Janeiro. Durante aquella temprana época, el grupo argentino no

tenía estación radial activa propia.

Se suponía que la información enviada por los espías desde Buenos Aires podría ser utilizada por la Kriegsmarine para intentar echar a pique las embarcaciones aliadas cargadas de las preciadas mercaderías argentinas. Para Nieburh, como él mismo declara en su interrogatorio recogido en NARA, aquellos informes eran de poca importancia y excesivamente remunerados, al menos así se lo confesó a sus captores aliados en 1945. De todas maneras, el desagrado del agregado naval por tener que supervisar a dos agentes que no consideraba competentes puede haber influido sobre sus posturas

declaraciones.

Existe cierta controversia sobre si los informes enviados en aquel momento por el espionaje nazi desde el puerto de Buenos Aires resultaron provechosos para algún tipo de hundimiento. El servicio de inteligencia de los Estados Unidos llegó a la conclusión, un tiempo más tarde, de que la pérdida del vapor de pasajeros *Andalucía Star*, perteneciente a la Blue Star Line de Londres, fue facilitado por los informes suministrados por este grupo de espías. Los norteamericanos estaban persuadidos de que los sumergibles de Dönitz se habían valido de cierta ayuda para ultimar a la nave en

cuestión, al menos así lo denunciaron ante el Gobierno argentino a fines de 1942. Seguramente, la partida del gran vapor, de casi quince mil toneladas, producida el 25 de septiembre de 1942, así como su destino, Freetown, y su importante carga compuesta de toneladas de carne congelada y huevos argentinos, no pasaron desapercibidos para los observadores pertenecientes al espionaje nazi.

Con la misión de buscar indicios de veracidad dentro de los archivos alemanes es posible internarse en la nada sencilla tarea de traducir los registros que el BdU (Befehlshaber der Unterseeboote, comando de



sumergibles alemanes) compiló durante toda la guerra. Si el informe de los espías llegaba efectivamente hasta los temidos lobos grises, allí deberían haber quedado vestigios sobrevivientes que lo pudieran probar. Y la pesquisa no fue vana.

A través de los mencionados documentos oficiales, la fuerza submarina de Dönitz llevaba el registro de todas las incidencias relacionadas con la batalla en el océano, día por día. Un vistazo inicial, superficial, podría llevarnos a la idea equivocada de que los registros no echan demasiada luz sobre el asunto del *Andalucía Star*. Indican apenas que el encuentro entre presa y cazador se produjo cerca del Ecuador, el

6 de octubre de 1942, mientras el *U-107* perseguía a otra nave aliada más veloz y también en ruta desde Buenos Aires, el *Pacific Star*. Sin embargo, a medida que se analizan más y más archivos ajados por el paso de los años, la perspectiva de la existencia del flujo de información clandestina desde Buenos Aires comienza a aparecer...

Si bien los U-boote alemanes permanecían patrullando las rutas entre Brasil y Freetown, podemos afirmar que la información enviada desde Buenos Aires efectivamente llegó al alto mando alemán. Para respaldar dicha afirmación basta con comprobar, siempre a través de los archivos mencionados, que el

BdU estaba bien informado sobre el nombre y la carga de las embarcaciones aliadas que partían desde la capital argentina. Por ejemplo, el registro del hundimiento del *Gledene*, un vapor de cuatro mil cuatrocientas toneladas, ocurrido al atardecer del 8 de octubre de 1942, luego de ser golpeado por un torpedo del *U-125*, (un día después del ataque al *Andalucía Star*), pone de manifiesto que los alemanes sabían muy bien que dicha nave había partido de Buenos Aires con destino a Freetown. Apenas una semana más tarde, en el caso del *Trafalgar*, un mercante noruego hundido por el *U-129*, los alemanes dejaron registro de que estaban bien

informados acerca de que dicha nave transportaba «carga variada» desde la capital argentina en ruta hacia Nueva York.

El 21 de noviembre de ese año, el *U-163* había perseguido infructuosamente al buque *Empire Starling*, de seis mil toneladas, el cual los alemanes tenían la certeza de que había sido cargado con artículos varios y repuestos en Buenos Aires con destino a Trinidad. Estos son sólo algunos ejemplos que nos dan la pauta de que el servicio de inteligencia de Müller y Napp, o en su defecto el de Hepe, lograba hacer llegar los informes secretos hasta la estación de Río de Janeiro. Más

tarde, anoticiada la oficina del Abwehr en Hamburgo, esta lograba hacer llegar de alguna manera las novedades al comando de sumergibles de Dönitz, el cual, a su vez, registraba los datos en los archivos consultados.

Retomando al caso puntual del hundimiento del *Andalucía Star*, recordemos que hemos mencionado que los archivos del BdU son bastante poco precisos sobre aquel episodio. Sin embargo, los registros KTB del *U-107* (es decir su libro de bitácora), y los del resto de los sumergibles que se ubicaban en las cercanías de Freetown en aquellos días, son bastante más esclarecedores. Lo suficiente para darnos una buena idea de

lo sucedido.

El comandante Harald Gelhaus, del *U-107*, dejó asentado en su «entrada» del 7 de octubre de 1942, a las 00:00 h, que «el vapor avistado se trataba del mismo del cual había sido informado en un mensaje sólo para oficiales comandantes». Hagamos la aclaración de que los sumergibles de Dönitz recibían tres tipos de mensajes. Aquellos que podían ser descifrados directamente por el radio-operador, los cifrados sólo para oficiales y los cifrados para la clave exclusiva del oficial comandante.

De todas maneras, la prueba fundamental de que el BdU guiaba a sus

unidades hacia el *Andalucía Star* utilizando información proveniente de la inteligencia quedó asentada en la bitácora de otro U-boote.<sup>6</sup> El *U-156*, comandado por el famoso Werner Hartenstein, protagonista del incidente del *Laconia*, sucedido apenas unos días antes de los hechos relatados, formaba parte del mismo grupo de lobos grises que operaba en las mencionadas aguas tropicales del Atlántico central de nombre en clave «Eisbar». Hartenstein dejó asentado en su libro de bitácora, el día 2 de octubre de 1942, un mensaje entrante del BdU en el cual se daba cuenta que: «el *Andalucía Star* había partido de Buenos Aires el 25 de

septiembre, en ruta 7° S 26° O, 1° S 14° O hacia Freetown, a una velocidad de catorce nudos [...] El vapor se encontraría en una posición favorable el día 6 de octubre en la ubicación FE5619».

Todo el asunto indica una posible combinación de información entre los reportes enviados por los agentes desde Buenos Aires y la interceptación de radiomensajes de los propios mercantes que los alemanes estaban intentando leer a través del B-Dienst, (Beobachtungsdienst, servicio de monitoreo), su propio programa de ruptura de códigos navales.

Hartenstein, a pesar de su cercanía,



no podía concurrir a la cita. Su sumergible se hallaba atestado de naufragos del *Laconia*. Sus compañeros de manada rápidamente ubicaron el *Andalucía Star*, hallándolo el día exacto en que el BdU había pronosticado el encuentro en el vasto océano y enviándolo al fondo del mar con su preciosa carga.

Los americanos sabían de lo que hablaban cuando acusaron, a finales de 1942, al espionaje nazi del puerto de Buenos Aires del hundimiento del vapor británico de la Blue Star Line. Tal vez exageraron un poco el asunto al endilgar toda la culpa al grupo local del Abwehr; o tal vez no. De todas maneras,

a la luz de los documentos alemanes del BdU, la valiosa información de inteligencia enviada desde Buenos Aires jugó su rol en los hechos descritos.



El *Andalusia Star*, hundido el 1942 con información del servicio de espionaje de Buenos Aires. Colección Fraser Darrah.

El agente nazi Rodolfo Hepe, ya mencionado en el asunto del *Spee*, declaró años más tarde ante las

autoridades argentinas que recordaba perfectamente haber enviado a sus superiores información sobre el movimiento en el puerto de Buenos Aires de naves de la Blue Star Line. Esas declaraciones se recogen en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7, foja 1312.

La negativa absoluta de algunos historiadores a reconocer la influencia de los informes enviados desde Buenos Aires, tal vez tenga que ver con el desconocimiento de los archivos oficiales que hemos citado y de cómo estos demuestran la manera en que el BdU guió a sus sumergibles al encuentro del *Andalucía Star*.

Es cierto que la ruta exacta era casi imposible de averiguar por medio de los agentes en Buenos Aires, ya que sólo los capitanes de los buques tenían acceso a ellas; se guardaban en sobres cerrados y de estricto acceso restringido. De todas maneras, tal como lo demuestra la bitácora del *U-156*, los alemanes podían conocer gracias a sus espías portuarios, la fecha exacta de partida, la carga transportada y el puerto de destino, con los que podían llegar a veraces conclusiones sobre las rutas de los mercantes enemigos...

Las actividades del grupo liderado por Ottomar Müller no se limitaron al espionaje en el puerto de Buenos Aires.

Al menos las intenciones de estos espías eran bastante más ambiciosas aunque sus logros fueron parciales y sus métodos, a veces, poco eficientes.

Müller era el principal agente en Buenos Aires relacionado con las actividades de este grupo durante 1941. En julio de ese año, «Otis» hizo saber a Alemania que estaba tratando de comprar los planos de un proyecto de bomba secreto, adquiriéndolos de un oficial del Ejército argentino, cuyo nombre se ignora»; denunciaban textualmente los norteamericanos en su dossier presentado al Gobierno argentino a finales de 1942. Aparentemente, la respuesta desde Europa a la propuesta

del agente secreto no se hizo esperar. La oficina del Abwehr aconsejó de inmediato a Müller que obrara con suma cautela, por cuanto la venta de ese proyecto «bien pudiera ser una trampa». Una posibilidad bastante probable a juzgar por la falta de concreción del asunto y por el hecho de que, en aquella época, los argentinos recibieron mucha información sobre las actividades de esta cuadrilla de espías liderada por el locutor de Radio Callao.

Además de continuar con el envío de informes regulares sobre los movimientos de mercantes aliados, la oficina del Abwehr pidió a Müller, en junio de 1941, que averiguara si el

Gobierno británico compraba ganado a la Argentina y si este era remitido mediante embarques realizados en los puertos del norte; probablemente se refirieran a Rosario y otros puertos ubicados sobre el río Paraná. También en junio de 1941, seguramente previendo la realización de operaciones clandestinas en las aguas jurisdiccionales argentinas, la oficina de enlace del Abwehr pidió a su agente en Buenos Aires que consiguiera las cartas de navegación correspondientes a las costas del país sudamericano. Müller no tuvo muchos problemas en hacerse con dichos documentos, y los remitió pronto a su enlace en Río de Janeiro,

Kempton, quien a su vez los hizo microfotografiar por el doctor Niemeyer, especialista de la compañía Zeiss, lo que hizo mucho más sencillo su contrabando hacia Alemania. A comienzos de 1944, cuando el Abwehr envió un velero desde Francia hacia la Argentina, cargado de material para los grupos de espionaje nazis de ese país, seguramente el capitán Garbers utilizó las cartas que algunos años antes Müller había traficado a través del servicio de información clandestino. Seguramente también, entre los papeles que destruyó apresuradamente el *kapitänleutnant* Hans-Werner Kraus, la tarde del 31 de julio de 1943, mientras el *U-199* se



hundía no muy lejos de la costa este de Río de Janeiro, se encontraban las cartas de navegación argentinas contrabandeadas por «Otis», un elemento fundamental para un comandante de U-bootes que había navegado las aguas marinas cercanas a la desembocadura del Río de la Plata, repleta de bancos de arena.

Datum und Uhrzeit	Art der Beobachtung, Wind, Wetter, Seegang, Sichtweite, Richtung der Luft, Mondphase usw.	Vorkommnisse
0000 Cat		Auf der Westseite des Dampfes gelichtet und festgestellt, daß es ein großer Dampf war, durch den Sackelassen habe ich sehr an 2000. Verlegen, die ich jetzt erst wieder aufgeweckt.
0000 0000	NT 5561 50 1er, 5g 1, 0 mittlere bis gut	Der Dampfer steuert nach SW, läuft 15,5 km. Es ist der mit Myrror angelegte "Andaluca Star". <i>Gentileza</i>
0000	6 32' N 145 40' W III G	Ich habe mich nun Schrecklich habe mich... ...entweder... ...aber die Ziellänge um 16 m kleiner ein und auch den Streuwinkel befolgte ich... ...3 Treffer, der erste schloß etwa 20 m vom Heck des Dampfers ab... ...mittlere bis gut
0001	NT 5562 50 1er, 5g 1, 0 mittlere bis gut	Der zweite Dampfer ist nicht mehr gesehen... ...auf dem Kurs, die "Andaluca Star" gesteuert hat zurück mit der... ...nach andere Dampfer kommen
0000	NT 5567	
0010	SW 2/3er 1er, 0 5g mittlere bis gut, teilweise Regenstauer	Abgabe PT: 1) 2 Dampfer gejagt von Kap. Mason, NT 5177 Über 5730 nach 5560, 5441 "Andaluca Star" Verbleibt. 2) 4 Star, 3 Aten & 6 Aten, 92 ohne Gelände
0000	NT 5723 5 2g 1g 1, 0 9g mittlere Sicht	
0030		PT entschlossen, die PT-Freiein sofort... ...auf dem Kurs, die "Andaluca Star" gesteuert hat zurück mit der... ...nach andere Dampfer kommen

Documento KTB del U-107 que hace referencia a la información recibida sobre el *Andaluca Star*. Gentileza del capitán Jerry Mason.

Es importante abrir aquí un pequeño paréntesis para reparar en que el dossier denunciante, remitido por los norteamericanos, basaba sus datos en la interceptación y descifrado de mensajes enviados en código Enigma entre Río de Janeiro y Hamburgo, mayoritariamente en junio de 1941. Un mes antes, los ingleses habían logrado romper dicho código secreto gracias a la captura de la máquina de cifrado a bordo del *U-110*. Un secreto que los Aliados no querían divulgar bajo ningún concepto.

Evidentemente, Müller y Napp, no estaban del todo satisfechos con el respetable flujo de información que enviaban desde Buenos Aires. Al menos

eso se puede deducir de sus planes para el segundo semestre de 1941.

Con la Wehrmacht arrollando en los campos de batalla europeos, al parecer, aquellos dos fanáticos nazis entrados en sus cuarenta años decidieron jugar a los comandos especiales. Müller informó a sus superiores en Alemania de que había reclutado a un compatriota de nombre Walter Freiwald, que de acuerdo a sus propias palabras era buzo profesional, con el agregado de conocer en detalle el fondo del puerto de Buenos Aires. Freiwald, quien recibió el nombre en clave de «Tannin», se ofrecía a actuar como un agente de sabotaje. Su plan

consistía en colocar bombas de tiempo adheridas a los cascos de los mercantes enemigos fondeados en la rada porteña. Los explosivos detonarían una vez que la nave sabotada hubiera dejado su amarradero y, en tal caso, el enemigo podría deducir erróneamente que habían sido atacados por un sumergible alemán. Müller informó que «Tannin» estaba disponible para viajar a Europa y adiestrarse en la utilización de explosivos. Si bien el Abwehr rechazó la propuesta del viaje de Freiwald a Alemania, no descartó la operación de sabotaje y pidió a su agente que se mantuviera en contacto con el nuevo recluta.

Probablemente la operación nunca se llevó a cabo por la implacable resistencia de Niebuhr a aceptar una misión de este tipo en su jurisdicción. El agregado naval era mucho más consciente de los pocos beneficios y muchos dolores de cabeza que una operación de tal magnitud podría ocasionar a la estructura de su servicio secreto en Argentina. Niebuhr ya había argumentado con vigor en contra de una unidad de sabotaje creada por el Abwehr en 1940 para Sudamérica llamada Operación Polo Sur, la cual finalmente nunca entró en acción.

El ataque perpetrado con explosivos al mercante *Gascony* en el puerto de

Buenos Aires durante junio de 1940, el único de su clase, no tuvo conexión alguna con los frustrados planes de 1941. Sin dudas se trató de un acto aislado, realizado por un solitario agente dependiente del agregado naval, de nombre Wilhelm Lange. Este último personaje, víctima de una tremenda reprimenda por parte de sus superiores, no debe ser confundido con Heinz Lange, agente del SD, ni con Eugenio Langer, a quien nos referiremos más adelante. Roul y Bretzel en *The Shadow War* indican que dicho atentado habría sido ordenado por un oscuro agente del Abwehr llamado Albert von Appen, quien al estallar la guerra habría viajado

desde Chile a Alemania para entrenarse en actividades de sabotaje.

En septiembre de 1941 llegó a Buenos Aires, procedente de Río de Janeiro, Freidrich Kempfer, uno de los jefes del servicio secreto en Brasil, el cual en aquellas fechas representaba el centro neurálgico del espionaje nazi en la región. Kempfer mantuvo varias reuniones con Müller y Napp concernientes al envío de los informes secretos a través de una casilla de correos que había conseguido en Río. «Otis» tenía también la intención de montar un radiotransmisor propio que le permitiera enviar informes cifrados a Alemania sin depender de la estación



brasileña. De esa manera, Müller informó a sus superiores en el Reich que planeaba adquirir los equipos necesarios a través de la casa Siemens, por unos cinco mil pesos moneda nacional y que el operador de la estación sería un tal Georg Hohenstein. Uno de los objetivos, hasta ese momento pospuesto, del Abwehr en la Argentina, había sido justamente el de montar una estación de radiotelegrafía clandestina que enlazara en forma directa con Alemania. Niebuhr recibió las instrucciones de que debía apoyar el proyecto y, de esa manera, los nazis pusieron alegremente manos a la obra.

Al parecer, el Abwehr pronto llegó

a la conclusión de que los argentinos, y tal vez las redes de inteligencia aliadas, habían descubierto la existencia de Müller y sus actividades. Apenas un mes después de dar luz verde a la construcción de la emisora, el cuartel general en Alemania radió un mensaje cifrado a Río de Janeiro. Se daban claras instrucciones a «Otis» para que dejara sin efecto el plan y cercenara de inmediato cualquier contacto con Niebuhr. Efectivamente, para ese momento, los Aliados habían roto ya el código Enigma y estaban al tanto de la identidad del nada discreto «Otis». De alguna manera, el Abwehr logró ponerse al tanto de este último hecho. En

octubre de 1941, la central de Hamburgo directamente solicitó a Müller que cesara toda actividad de espionaje y que entregara completamente su organización a Napp. A su vez, a este último, se le ordenaba interrumpir todo contacto con «Otis» y realizar los esfuerzos necesarios para formar un nuevo grupo libre de agentes ya utilizados.

«Berko», el nuevo jefe, debía procurarse nuevas direcciones para sus escritorios con el objetivo de despistar a sus enemigos. De esa manera, se movió a la calle Reconquista, 331, en pleno centro porteño, y redujo al mínimo indispensable las conexiones con el

servicio marítimo. Niebuhr entregó a Napp los cinco mil pesos moneda nacional que había solicitado Müller, la mitad de los cuales fueron destinados a reactivar el proyecto de la emisora y la otra a reembolsar gastos que su antecesor había realizado. El nuevo líder del grupo adquirió los equipos técnicos directamente a través del director gerente de la Siemens en Argentina, Jorge Enrique Richter.

Napp que había nacido en la ciudad alemana de Sankt Goar en 1901, vivía en Martínez, en la calle Pedro Goyena, 1259. Llegó a Argentina en 1921 y trabajó como mayordomo y agrónomo en las estancias El Burrito

situada en General Villega y en Uruguay en la estancia La Nueva Melen. Ottomar Müller nació en Minden en 1902 y llegó a la Argentina en 1924. Müller también vivía en Martínez, la misma localidad del norte de Buenos Aires donde residía Napp; calle Santa Rosa, 395.

En los nuevos escritorios de Napp funcionaba la empresa DIN (Deutsche International Norm), por supuesto de origen germano. «Berko» pronto comenzó a reunirse allí con un par de nuevos agentes que se incorporaron a su cuadrilla. Guillermo Scheckemback, dueño del hotel Viena ubicado en Lavalle, 368, y su empleado Osvaldo

Hirner fueron dos de sus reclutas. También colaboraban con Napp y su grupo Martin Schneider, austríaco y encargado del bar Aldeano; Martin Schwartz, empleado de la Siemens-Schuckert, encargado de la sucursal de dicha firma en la calle Santa Fe, 2199; Felipe Humber, un misterioso sudafricano del que poco se sabe; un italiano de nombre Víctor Testoni y un alemán radicado en Villa Ballester de nombre Ricardo Hoffmann. La historia del joven Ludwig Schuller, uno de los mejores espías portuarios, merece un párrafo aparte.

Ludovico Schuller era un novicio germano-argentino de padres alemanes,

nacido en las Pampas y de apenas diecinueve años cuando la guerra desató su furia sobre Europa. En 1941 sintió el llamado de la patria teutona y dejó su tierra natal con la firme idea de enrolarse en las Wehrmacht. Tal como sucedió con tantos jóvenes bilingües, no tardó en ser absorbido por la inteligencia castrense. En varias oportunidades fue infiltrado tras las líneas enemigas; haciendo gala de una valentía incontrastable cumplió las peligrosas misiones encomendadas con una intrépida determinación. Oculto en los bosques se dedicaba simplemente a aflojar los bulones de las vías férreas que eran utilizadas por los ejércitos

adversarios; algo que parece simple, pero que no estaba exento de un enorme riesgo. Gracias a su fervor, arrojo y osadía, y por tratarse de un ciudadano argentino, Ludovico no tardó en ser enviado de regreso a Buenos Aires. Nuevamente en Sudamérica se incorporó a las filas del Abwehr de la calle Reconquista.

La cobertura de su retorno al Río de la Plata debió ser total; ni su propia madre fue informada de su regreso. Sumido en el anonimato, durante casi dos años vistió con harapos, se instaló bajo un par de chapas frente al puerto de Buenos Aires y se convirtió en uno de los mejores



informantes sobre el movimiento de vapores enemigos. Ludovico se caracterizaba por una singular destreza para desenmascarar a las embarcaciones aliadas que ingresaban a la rada camufladas bajo banderas neutrales. No era extraño verlo deambular entre los marinos recién llegados, extraordinariamente camuflado como un desarrapado indigente, rogando por un cigarrillo y ocultando el inconfesable objetivo de identificar el idioma hablado por los tripulantes.

Según ha confesado el propio hijo de Schuller al autor, los preciados informes de su padre eran entregados puntualmente en la calle Reconquista,

junto a un cabaré. Allí se preparaban los informes secretos que eran enviados a Alemania, detrás de la enorme puerta negra de hierro forjado que aún ve pasar en silencio a los apurados transeúntes del centro porteño.

La historia de Ludovico Schuller fue atestiguada por su hijo, Rodolfo Schuller, al autor. Al caer las redes de espionaje del Eje en desgracia, el espía portuario fue detenido y pasó una larga temporada en la cárcel de Devoto, hasta que finalmente fue expulsado junto a tantos otros agentes.

El medio de transporte utilizado por Ludwig, o Ludovico, Schuller para retornar a la Argentina, así como su

fecha exacta de arribo, es una verdadera incógnita. El CEMLA (Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos) apenas registra un viaje del año 1927, a la edad de seis años, acompañado, al parecer, de su madre Karolina.

Luego de la guerra, definitivamente radicado en su país natal, Ludovico no perdió el contacto con sus viejos camaradas. Villa General Belgrano y Bariloche eran los destinos preferidos de sus amistades. Trabajó durante largos años en la curtiembre La Federal, propiedad de un tal Bühler, ubicada en la calle Gurruchaga. Rodolfo, su hijo, aún recuerda que su abuela vivía en una enorme casa «tipo delta», en la localidad

de Florida, calle Santa Rosa, esquina Valle Grande. Allí daba asilo durante unos meses a compatriotas que llegaban desamparados desde la desguazada Alemania; aprendían el idioma y también nuestras costumbres.

En el hotel Viena del centro porteño se habían llevado a cabo las reuniones de 1941 entre Kempter y los representantes de las redes locales. Hirner estaba radicado en La Plata, el segundo puerto en importancia del norte de la provincia de Buenos Aires. Por tal motivo, este último se constituyó en el principal informante del movimiento de las embarcaciones que enviaban carne fresca a las islas británicas

desde dicha terminal. Scheckemback, por su parte, tomó a su cargo el espionaje portuario en la capital argentina, para lo cual se valió de la ayuda de un agente que operaba en los muelles, el ya mencionado Martin Schneider.

Además del tráfico marítimo, Napp continuó enviando informes de todo tipo: económicos, políticos, sobre revistas técnicas estadounidenses, así como cualquier tipo de información referida a tropas y movimientos aliados en la región que llegaran a su poder. Incluso enviaba cualquier dato que trascendiera sobre asuntos relacionados con fuerzas militares brasileñas.

El equipo reunido por Müller primero, y por Napp después, fue el más importante de aquellos primeros años. Sin embargo, no fue el único. Otro pequeño grupo, también supervisado por Niebuhr, comenzaba a desempeñar tareas de inteligencia en Buenos Aires similares a las del «Grupo I», tal como el servicio de contraespionaje aliado denominó a los espías aglutinados en torno a Müller y Napp. Se trataba de una rama independiente y «desconectada» del resto de los agentes, liderada por el alemán Rodolfo Hepe y su yerno Rolf Edmund Stickforth.

Hepe, de sesenta años de edad,

había vivido en Argentina por largo tiempo. Se había desempeñado prolongadamente como inspector portuario para la compañía naviera de Antonio Delfino, la misma que dijimos que era un nido de nazis. Para los años en que las actividades de espionaje aumentaron, se encontraba trabajando como agente de la línea Hamburg Süd Amerika y como inspector de los remolcadores y lanchas de La Porteña. Quién mejor que Hepe, conocedor del puerto de Buenos Aires como la palma de su mano, para informar acerca de los movimientos de los mercantes aliados.

Niebuhr sabía que si el «Grupo I» caía en desgracia podría mantener el

flujo de información portuaria a través de Hepe. Además de observar los movimientos de buques, este último agente recolectó e informó a sus superiores durante varios meses, entre 1941 y 1942, de las estadísticas de exportaciones argentinas con destino a Gran Bretaña, las cuales remitía a Brasil por correo postal. Desde allí eran retransmitidas a Alemania donde eran particularmente apreciadas. Hepe obtenía la valiosa información de una gráfica que se encargaba de imprimir dichas estadísticas para un semanario del *Buenos Aires Herald*, pero fundamentalmente, del acceso a los manifiestos de las embarcaciones



británicas.

Al igual que el equipo de Müller y Napp, esta segunda fuente de información enviaba el total de sus dossieres secretos a Alemania a través de las redes instaladas en Río de Janeiro. Hepe y su yerno vivían en la misma casa de la calle Estomba, 2445. Stickforth se vio particularmente comprometido en 1942 luego de las redadas contra espías en Brasil, ya que un agente de nombre Christensen lo delató en los interrogatorios a los que fue sometido allí. Hepe no debe ser confundido con Ernest August Paul Hoppe.

Tal como en el caso del mencionado Thilo Martens, existía un

pequeño grupo de colaboradores que no pertenecían claramente a ninguna de las dos organizaciones clásicas de espionaje presentadas hasta el momento. Estos agentes reportaban en forma directa a Niebuhr. Tadeo von Schulz Hausmann von Szimonsky era director gerente de la famosa firma Bromberg & Cia., con escritorios en Bernardo de Irigoyen, 330. Este ejecutivo fue trasladado por el Abwehr desde Chile en septiembre de 1941, donde se había desempeñado como gerente en la Lloyd Norte Aleman, misma empresa que Martens, con sede en Valparaíso. En Chile, Hausmann, alias «Cakero», era jefe de su propio grupo de agentes nazis, el cual

informaba sobre los movimientos marítimos de los puertos localizados sobre el Pacífico. Una vez en Buenos Aires, se mantuvo en contacto directo con Alemania a través de la casilla de correo 389 de esa capital, la misma que utilizaba la Bromberg. Hausmann también recibía cables cifrados desde el Reich a través de la dirección cablegráfica «Alegre». Wilhelm von Pochhammer, Antonio López y Heinrich «Tom» Reiners, eran conocidos colaboradores de Hausmann.

Otro caso similar era el de Walter von Simons, el conocido director de la agencia de noticias alemana Transocean, arduamente investigada por la Comisión

del Congreso creada para perseguir a los nazis en 1941. Simons venía de trabajar en la oficina de la misma empresa en el Perú, donde su agencia había sido cerrada a través de un decreto presidencial de 1940 por realizar «actividades indeseadas». De acuerdo con el servicio secreto norteamericano, este ejecutivo de noticias había trabajado en 1941 vigorosamente para conseguir los planos del puerto colombiano de Buenaventura. Una vez en Buenos Aires se hallaba dedicado a mejorar las comunicaciones con Alemania. Ya para comienzos de 1942 era evidente que la relación de Alemania con Brasil se deterioraba rápidamente. Casi de

inmediato, el Abwehr dio instrucciones a Napp de interrumpir las comunicaciones con Río de Janeiro. A partir de ese momento debía utilizar para enlazar con Alemania, fundamentalmente, su canal de la embajada, es decir Niebuhr.

El grupo brasileño, el más importante de Sudamérica hasta la ruptura con Alemania, estaba liderado por el mencionado Kempter, pero también lo integraban Albrecht Engels, empleado de la firma AEG de Río, y Herbert von Heyer, empleado de Theodor Wille & Cia. Por la Embajada alemana estaba involucrado el agregado naval ayudante, Hermann Bohny. De

todas maneras, Dietrich Niebuhr también se hallaba acreditado en Río de Janeiro y era superior de Bohny, por lo tanto, el verdadero jefe en las sombras del grupo brasileño era el *kapitän* «Diego», tal como se lo conocía por su nombre en clave.

Para marzo de 1942, justo cuando los nazis comenzaron a realizar sus primeras transmisiones radiotelegráficas clandestinas de prueba desde Argentina, la policía brasileña literalmente borró del mapa a la organización de espionaje alemana en Brasil. Casi nadie escapó a las redadas y la mayoría de los agentes del Eje terminaron tras las rejas. Apenas cuatro meses después, ese país

declaraba la guerra a Alemania. No solamente el Abwehr, sino también el SD, debieron mover su base de operaciones sudamericana. Por supuesto Buenos Aires pasó a ser el centro neurálgico de sus actividades. El último puente con el mundo occidental. Otros agentes nazis conocidos por operar en Brasil fueron el doctor Heinz Trutler, fugado luego de las redadas a Buenos Aires, Gerardo Margella Mello y Oswaldo Riffel Franca, quienes fueron detenidos en septiembre de 1942 e implicaron con sus declaraciones al agente de Niebuhr, Thilo Martens. Se cree que Adolf Mech era una especie de mano derecha de Engels, a quien

acompañó en un viaje a la Argentina en 1941.

Si bien la embestida de los Estados Unidos contra la neutralidad argentina comenzaría a ser furibunda durante la segunda mitad de 1942, la neutralidad de la nación sudamericana sería mantenida hasta febrero de 1944. De todas maneras, una buena parte de las redes de espionaje nazis con centro en Buenos Aires no saldrían indemnes ese año.



## Capítulo IV

# El nacimiento de la Red Bolívar y la Orga-T

El año 1942 comenzó con la partida del embajador von Thermann en el mes de

febrero. Retornado definitivamente a Alemania e involucrado en actividades indeseadas en el país anfitrión de su misión. Durante los anteriores ocho meses, la recién formada Comisión Especial para la Investigación de Actividades Antiargentinas (CEIAA), liderada por el diputado Raúl Damonte Taborda e integrada por una larga lista de opositores del presidente argentino, había desatado un frenesí de actuaciones destinadas a «desenmascarar» las intrigas nazis en el país. A mediados de año, Ramón S. Castillo reemplazó al muy enfermo Roberto Marcelino Ortiz como primer mandatario. Si bien la comisión del Congreso argentino, tal como ya

hemos mencionado, tenía una concepción equivocada de las verdaderas intenciones de la «quinta columna nazi», se nutrió desde un comienzo con información bastante bien orientada para la persecución de su objetivo, incluidas, tal como afirman algunas fuentes, aquellas provenientes del norte... La comisión emitió cinco informes entre agosto y noviembre de 1941.

Ya en su primer dossier fechado el 29 de agosto de ese año, la Embajada alemana y su principal representante quedaban comprometidos en actividades que violaban la soberanía nacional y la legislación argentina.

Destacaban dentro de las páginas de dicho documento pruebas contundentes de que los alemanes forzaban a trabajadores y empresarios germanos a aportar sumas de dinero destinadas, luego se supo, a financiar las actividades de la legación alemana y la propaganda partidaria nazi.

El 5 de septiembre, apenas unos días más tarde, el segundo reporte detalló extensamente los gastos en que incurría la embajada, seis veces superior a la de su par británica. También tocaba el escabroso asunto del uso irregular de la valija diplomática (mencionado en el archivo HCDN, CEIAA, informe de la CEIAA n.º 2, de 5 de septiembre de

1941).

La tercera entrega de la comisión parlamentaria, del día 17 de ese mismo mes, entre otras cuestiones, revelaba la metodología de propaganda pronazi y el material secuestrado que comprobaba tal actividad proselitista.

Para finales de noviembre, la comisión había dejado en evidencia que la Unión Alemana de Gremios era en realidad el disuelto Frente del Trabajo. Las fugas de los marinos del *Spee*, con participación de la Embajada, y la penetración del sistema educativo fueron otros de los temas principales atacados por Taborda y su eufórica muchachada.

Hasta ese momento, las actividades de Niebuhr y sus agentes secretos habían quedado a cubierto. Habían logrado eludir a los insistentes legisladores devenidos en cazadores de nazis, aun a pesar de haber sido motivo de algunas superficiales investigaciones por parte de la CEIAA; como por ejemplo la frustrada citación a declarar de Sandstede, o el escándalo de la valija diplomática. Este último asunto levantó una densa polvareda en torno a los nazis. La comisión de Taborda había interceptado en junio de 1941 el correo de carácter diplomático entre las embajadas del Reich en Perú y Argentina. Al abrir los bultos, los

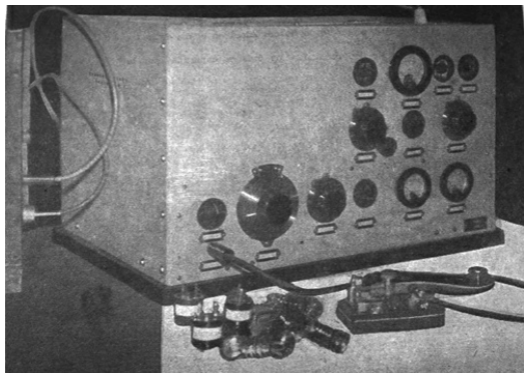
diputados hallaron un transmisor-receptor radiotelegráfico y algunos mensajes cifrados en código secreto. Como era de esperarse, este hecho desató un escándalo, que más allá de haber traído graves y adversas consecuencias para los diplomáticos, no puso al descubierto, al menos esa vez, a los espías alemanes.

El radiotransmisor secreto y un recibo del «fondo de invierno», recaudado por los alemanes en argentina con supuestos fines benéficos, terminaron de liquidar a Thermann. Dicho recibo del Winterhilfe estaba firmado por el mencionado diplomático. El nazi Heinrich Volberg,

dirigente encargado de «recaudar» fondos entre las empresas germanas, había dado indicios en sus interrogatorios que permitieron seguir la ruta del dinero, y luego se comprobó que los cien mil pesos moneda nacional habían sido usados con fines proselitistas y propagandísticos.

Los dos primeros informes de la comisión bastaron para acabar con el embajador. Las evidencias fueron demasiado duras para él, incluso para el presidente Castillo, quien hizo todo lo posible por aquietar las aguas, las cuales, de todas maneras, terminaron arremolinándose para engullir al embajador.





El primer radiotransmisor secuestrado a los alemanes en Argentina antes de la creación de la Orga-T.

Luego de una intensa negociación con el Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich, a comienzos de 1942, se llegó a un acuerdo. Ambas naciones llamarían a sus respectivos representantes diplomáticos de regreso a

sus capitales, de esa manera, la salida de Thermann no luciría tan abrupta. Por su parte, Sandstede, aprovechando su posición de funcionario de la embajada, se negó a ser indagado, pero no tardó en dejar el país. Tiempo después ocuparía un puesto en el Auswärtiges Amt, en el Ministerio de Exteriores de Ribbentrop en Berlín.

A decir verdad, el embajador alemán realmente casi no había participado en las actividades organizadas por Dietrich Niebuhr. De esa manera, y para alivio del agregado naval, el funcionamiento del servicio secreto no se vio afectado por la partida del cabizbajo diplomático.

Mientras Thermann terminaba su larga estadía en Argentina, el grupo de espionaje de Müller-Napp, y los otros más pequeños descritos en detalle en el capítulo anterior, eran seguidos muy de cerca por el servicio de contraespionaje aliado en Buenos Aires. Por otro lado, una nueva organización de inteligencia nazi comenzaba a formarse en las sombras de la capital argentina. Una nueva ramificación del Abwehr, independiente y en asociación con los agentes del SD que llegaban en retirada desde Brasil, formarían, desde 1942, una de las redes de espionaje nazi más exitosas que han existido. Tal vez, la organización más importante de su tipo

en el hemisferio occidental, formada, en este caso, por agentes sumamente entrenados y capacitados, al menos en lo que a sus cuadros de liderazgo se refiere.

El Abwehr, dirigido por el célebre almirante Canaris, era la oficina de inteligencia de las Fuerzas Armadas alemanas, la cual operó bajo esa denominación desde la finalización de la Primera Guerra Mundial. El SD o Sicherheitsdienst era la oficina (Amt VI) de inteligencia exterior del RSHA. Esta última organización, perteneciente a las SS de Himmler, era la Oficina Central de Seguridad del Reich, a la cual pertenecía la temida Gestapo o la igualmente brutal Kripo, de la cual

dependían todas las fuerzas de seguridad del Estado. Ambas organizaciones de inteligencia compitieron entre sí hasta que en 1944 el SD terminó por devorar completamente al Abwehr, tras la caída en desgracia de Canaris.

La Red Bolívar fue el nombre en clave que dieron los alemanes a la sumatoria de sus servicios de inteligencia con epicentro en la ciudad de Buenos Aires (Abwehr y SD). A su vez, es preciso aclarar que se conoció como la Orga-T (Organización Técnica) al grupo técnico independiente destinado a operar una vasta red de estaciones clandestinas de radiotelegrafía, la cual tuvo como objetivo fundamental

proveer a los grupos de espionaje de una vía de comunicación eficiente y rápida que permitiera enviar los informes encriptados con destino a Alemania.

## LA RED BOLÍVAR Y SUS PRINCIPALES REFERENTES

*Hans Harnisch. De próspero ejecutivo a uno de los cerebros del espionaje alemán tras bambalinas.*

Hans Rudolf Leo Harnisch, o Juan Harnisch, tal como era conocido en Buenos Aires, era un próspero ejecutivo de alto rango nacido en Hamburgo a finales del siglo XIX. Había llegado a la Argentina en 1920 a bordo del vapor holandés *Gelria*, procedente del puerto de Ámsterdam y ostentando el título de representante comercial de la compañía

Albert Wust. Entre ese año y 1925, Harnisch viajó recurrentemente entre la capital argentina y Alemania hasta que se radicó definitivamente en Buenos Aires. Ostentaba un nuevo y prometedor empleo como representante de Otto Deutz, cuyas oficinas operaban en aquellos años en la avenida Pueyrredón, 602.

En 1936, luego de pasar una década al servicio de la compañía oriunda de Colonia, Harnisch dio un salto de calidad en su carrera de ejecutivo. Ingresó a trabajar a la compañía de aceros Böker & Cía. S.R.L., calle Moreno, 437. Böker era una empresa argentina, pero sus dueños



eran alemanes; destacaba entre sus accionistas la familia Koennecke, muy bien relacionada con la alta sociedad alemana de Buenos Aires. Entre 1936 y 1939, justo antes del estallido de la guerra en Europa, el joven gerente realizó al menos tres viajes a la Alemania nazi, más precisamente a la ciudad de Hamburgo. Allí, además de realizar negocios para la firma, cultivó las relaciones comerciales, industriales y políticas. En el último viaje se afilió al partido nazi, algo muy conveniente si regularmente se visitaba la patria.

Es muy dudoso que Harnisch haya sido un nazi fanático, al menos en un sentido extrovertido. Sin embargo, para

1940, estaba persuadido de que una pronta victoria de Hitler le traería como consecuencia grandes negocios, y tal desenlace era lo que se vislumbraba en el horizonte para aquel año. En enero de 1941 Harnisch viajó nuevamente a Hamburgo. En esta oportunidad tomó un vuelo a Río de Janeiro y desde allí viajó, ya en el mes de marzo, hasta Roma por LATI; un medio de transporte más adecuado para un director de empresas. Desde la capital italiana, un largo recorrido en tren lo depositó en Múnich y luego en Hamburgo. Esta vez los motivos de su viaje eran un poco más variados. Durante 1940 el millonario Ricardo

Staudt, también de origen germano, había estado intentando vender la sucursal argentina de Bromberg a Böker. Luego de que Harnisch revisara los balances y tomara a su cargo la operación, alguien decidió no concretar la transacción. A finales de año, Staudt volvió a la carga, pero en este caso encargó a Harnisch que asumiera el puesto de director gerente de Bromberg, para lo cual debía viajar a Alemania y convencer a los accionistas de esa nacionalidad de pasar a ser una compañía argentina. Podrían evitar, tomando aquel rumbo, ser afectados por posibles medidas que pudiera tomar el Estado argentino contra las propiedades

locales del Eje.

Las negociaciones de Harnisch en Alemania fracasaron, al menos en lo referente al encargo del millonario Staudt. De todas maneras, el joven empresario se movió en círculos importantes de la industria germana y del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ante los industriales locales quedó posicionado como una autoridad en el conocimiento de los mercados y negocios sudamericanos; mientras que los funcionarios del Ministerio lo pusieron al tanto de que, apenas terminara la guerra, el Reich tenía previsto gastar la enorme suma de nueve millones de *Reichsmarks* en productos

sudamericanos.



Hans Harnisch. Archivo Coordinación Federal.

Tal vez, Harnisch nunca soñó con convertirse en un agente del espionaje alemán, menos aún en uno de sus jefes

en Argentina. Sin embargo, las oportunidades de negocios que esto representaba, sumado a la posibilidad de auxiliar a su patria desde el extranjero, lo convencieron rápidamente. Cuando el teniente Hillmann le ofreció ingresar al Abwehr con el objetivo de enviar regularmente informes económicos desde Buenos Aires, no dudó un instante. Por su parte, rápido de reflejos, Harnisch ofreció a los funcionarios del Ministerio dedicados a asuntos comerciales, un salvoconducto directo a través de sus oficinas privadas en Sudamérica. Su propuesta tenía como objetivo saltar al encargado de negocios oficial destacado en Buenos Aires, Otto

Meynem, temiendo que sus ambiciones se vieran afectadas por la intervención de este. La contrapropuesta del Ministerio fue la de asignarle a Harnisch un puesto en la legación alemana, un hecho que de acuerdo a las palabras del mismo Harnisch se llevó a cabo, pero no está del todo claro con qué título.

El ejecutivo de Böker regresó a Buenos Aires por la misma vía que utilizó en el viaje de ida. Para octubre de 1941 estaba nuevamente instalado en sus escritorios de la calle Moreno cuando fue citado por la Embajada para asumir el puesto oficial, de acuerdo al memorando llegado desde Alemania. Una vez allí se reencontró con Dietrich

Niebuhr, a quien hasta ese momento había conocido sólo a través de esporádicas reuniones sociales. Casi de inmediato comenzaron a departir sobre asuntos relacionados con la nueva función del gerente de Böker como espía del Abwehr. El agregado naval y supervisor del servicio secreto nazi pronto vio en su nuevo agente a una persona capaz, inteligente, sagaz y muy bien relacionada; un cuadro muy diferente al de sus otros elementos, Napp y Müller, a quienes despreciaba profundamente.

El ascenso de Harnisch dentro de la organización secreta de espionaje fue meteórico. Pronto se convirtió en el



agente más importante del Abwehr en Argentina y en uno de los tres máximos jefes de la mentada Red Bolívar; no sólo gracias el envío de sus informes económicos, sino también por los planes mucho más ambiciosos que pronto se pondrían en marcha, algunos de los cuales lo llevarían hasta los despachos más importantes de la Casa Rosada.

Si bien Harnisch se convertirá de ahora en adelante en uno de nuestros ejes del relato, lo dejaremos de lado al menos por un tiempo para ocuparnos de otro de los grandes cerebros detrás del espionaje nazi en Argentina desde 1942.

## *Wolf Emil Franczok, «Don Antonio», el genio de las comunicaciones tras la enorme red de radiotelegrafía*

El genio responsable de la red de enlace radiotelegráfica clandestina al servicio del espionaje nazi en Argentina, la cual resultaría la más grande fuera de Alemania, fue Wolf Emil Franczok. El nombre en clave de su organización era la Orga-T que, como veremos en el transcurso de este trabajo, alcanzó su esplendor durante 1943 y comienzos de 1944. Franczok era un joven brillante que había obtenido un doctorado de la Universidad de Berlín en 1939. Casi inmediatamente luego de graduarse se

unió a las SS y debido a sus notorias cualidades fue absorbido prontamente por el servicio de inteligencia de dicha organización. El *SS-Obersturmführer* se dedicó, luego de su ingreso a los dominios de Heydrich, a conseguir un pasaporte falso, lo que finalmente lograría, de acuerdo a sus propias declaraciones, mediante la legación Suiza en Italia.

Una vez de regreso en Alemania y bajo la identidad falsa de Gustav Utzinger, de nacionalidad suiza, ingresó en 1940 a trabajar en la compañía Telefunken como ingeniero. Existía en Alemania una gran demanda de técnicos de origen neutral producida por el

enrolamiento de los nacionales alemanes en la Wehrmacht. Mientras era entrenado por el SD en las actividades de espionaje y algunas otras «artes negras», Franczok, siempre bajo el nombre de Utzinger, se dedicó a mejorar su fachada de ingeniero extranjero. Realizó un breve viaje a la neutral Suiza para conocer su falso país de origen, un hecho que demuestra cuán atento estaba a los detalles de su oficio de espía.

Gracias a sus muy buenos conocimientos de inglés y castellano, el joven agente fue asignado a la sección internacional de la Telefunken» dedicada al trato comercial con países

americanos. En el corto lapso de tres meses, y antes de que terminara el año 1940, el prometedor ingeniero de veinticinco años fue propuesto para viajar a Río de Janeiro con la finalidad de transformar una subsidiaria de su empleador en una empresa brasileña y, de esa manera, asegurar el flujo de cuarzo de roca, una materia prima de gran importancia para Alemania. El servicio de inteligencia de las SS tomó con gran entusiasmo la nueva asignación de Franczok y se apresuró a darle instrucciones para que, una vez en Brasil, se pusiera en contacto con las redes de espionaje allí establecidas. Tenía el objetivo primario de brindar

soporte técnico radiotelegráfico, su especialidad.

El agente solicitó al SD que se le diera la posibilidad de montar su propia red de radiotelegrafía independiente, así como de reclutar a sus propios agentes y contar con autonomía financiera. Una aspiración que no llegó a concretar en Brasil, pero sí en la Argentina un tiempo más tarde.

El doctor Utzinger, tal como era conocido Franczok en aquel tiempo dentro del servicio secreto, se dedicó en 1941 durante su estadía en Brasil a construir aparatos receptores y transmisores de radiotelegrafía. Sin embargo, la que parece haber sido su

actividad más redituable durante aquel año fue la de cultivar las relaciones con militares y diplomáticos paraguayos, de visita o estacionados en el país sudamericano.

La mayoría de los aparatos construidos por el ingeniero del SD durante esa primera etapa no fueron utilizados en Brasil, al menos las redes preexistentes parecían contar ya con el material técnico necesario. De esa manera, a comienzos de 1942, algunos equipos irían a Paraguay. El único radiotelégrafo clandestino que Franczok instaló en Brasil durante su estadía fue un aparato montado en una estancia alejada de las grandes urbes junto al

agente Benno Sobisch.

Tal como hemos mencionado, la policía brasileña desbarató completamente durante los primeros meses de ese año al servicio de espionaje nazi que operaba en su territorio. El doctor Utzinger, nombre que incluso había trascendido en la prensa, fue uno de los pocos que logró huir a tiempo. Viajó rumbo a Asunción a bordo del vapor *Río de la Plata*, previa escala en Buenos Aires, en abril de 1942. Al llegar a su destino, sugestivamente y casi de inmediato, un decreto del poder ejecutivo lo nombró «profesor de meteorología y radiocomunicaciones de las Fuerzas Armadas del Paraguay». Al



parecer, su llegada a ese país no era un hecho improvisado y los contactos hechos previamente en Brasil se revelaban muy influyentes en tiempos de apuros. Por intermedio del agente Heinz Lange, Franczok había sido presentado al general Ayala, embajador paraguayo en Río de Janeiro y a su agregado de negocios, el señor Manuel Bernardes.

El agente logró, de alguna manera, transportar algunos de los equipos que había construido en Brasil. Gracias a su nuevo empleo montó en tiempo récord una moderna red de enlace radial para los militares paraguayos. Aquella tarea parece no haberle llevado más de tres

meses, en el transcurso de los cuales se hizo proveer por medio de las autoridades paraguayas de un pasaporte falso a nombre de Juan Manuel Stewart; una identidad que, junto a la ya mencionada de Utzinger, sería una de las más utilizadas tiempo después en Argentina.

Para el período de junio-julio de 1942, Franczok apareció nuevamente en Buenos Aires bajo su flamante nombre falso de Stewart; esta vez para quedarse definitivamente. El ingeniero se presentó ante los círculos de espionaje nazi de la capital como «oficial instructor de la Dirección de Aeronáutica del Paraguay» y poseedor de la más estrecha amistad

del mayor Pablo Stagni, jefe de la aviación de ese país. Los contactos del agente recién llegado pronto se revelarían veraces, lo mismo que la influencia de Stagni sobre las altas esferas del Gobierno paraguayo. El coronel Benítez Vera, jefe de caballería, y el coronel Villalba, jefe de policía de Asunción, eran otras de las importantes amistades paraguayas logradas por el técnico del SD.

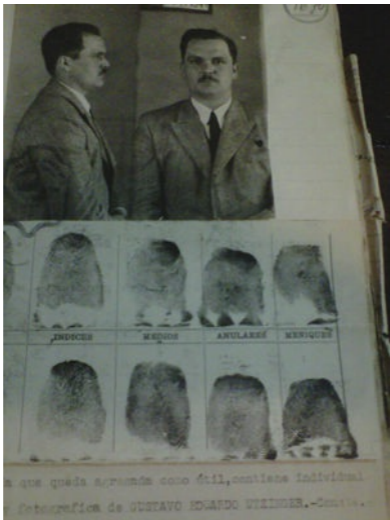
Después de su arribo definitivo a la Argentina, Franczok se reunió con Dietrich Niebuhr. Casi de inmediato intentó persuadir al agregado naval de la necesidad de montar una red clandestina de enlace con Alemania, así

como también le habló de otros intrincados asuntos relacionados con Paraguay, a los cuales nos referiremos más adelante. Niebuhr, a instancias de sus superiores en Alemania, pronto accedió y comenzó a facilitar los fondos necesarios para el enorme proyecto radiotécnico.

El recién llegado ingeniero del SD fue enviado, casi inmediatamente después de la reunión con Niebuhr, a inspeccionar una modesta estación radiotelegráfica que los entusiastas, pero poco especializados, agentes subordinados de Harnisch habían intentado montar en las islas del Tigre. Se trataba del primer experimento

independiente de enlace de onda corta llevado a cabo por el servicio secreto alemán.

Si bien el nombre en clave de Franczok dentro del SD era «Luna», pronto comenzó a ser conocido dentro de la red local como «Don Antonio»...



Wolf Franczok. Archivo Coordinación Federal.

Franczok detalló largamente lo aquí vertido en el interrogatorio del 23 de agosto de 1944, recogido en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa

793/45, cuerpo 2, foja 388 y siguientes.

*Becker, «Don Pepe»*

El tercer eslabón de la cadena de mandos de la naciente Red Bolívar no se hallaba en Argentina en el momento en que Franczok comenzó a montar las estaciones, a mediados de 1942.

Tal como hemos narrado, Hans Harnisch lideraba la rama perteneciente al Abwehr, la inteligencia del Ejército alemán. Por su parte, el servicio de informaciones del SD, de la órbita de las SS, no había logrado establecer un grupo eficiente de información en Argentina. En momentos en que esta

organización comenzaba a devorar a la liderada por Canaris, aquello no era un hecho aceptable en las oficinas de Himmler.

El hueso más duro de roer para la Coordinación Federal y el servicio de contraespionaje aliado fue, sin dudas, el capitán de las SS Johannes Siegfried Becker; nombre en código «Sargo». El mejor agente de espionaje al servicio de la Alemania nazi en el hemisferio occidental.

Becker desembarcó en Argentina durante 1940 con la clara misión de establecer un grupo de espionaje dependiente del SD y con cobertura sudamericana. Sin embargo, sus inicios



en el país sudamericano se remontan algunos años atrás y no son, con toda seguridad, tan gloriosos.

El futuro superagente del SD de Himmler había nacido en Liepzig, provincia de Sajonia, el 21 de octubre de 1912. Luego de finalizar los estudios secundarios a la edad de dieciséis años, ingresó como aprendiz a la firma I. L. Graupner & Sohene, dedicada a la importación y exportación de bienes. En los dos años y medio que pasó en dicha organización, su deseo de conocer el mundo se vio acrecentado debido al trato habitual que tenía con ciudadanos de otras nacionalidades. Deseaba ser un hombre de mundo...

Una vez terminada la pasantía laboral, pasó a formar parte de la gran masa de desempleados de la República de Weimar, y ocupó su tiempo principalmente con un curso dictado por la Universidad de Liepzig, en el pueblo de Koenigsbruek, relativo a la formación física de los jóvenes. En realidad se trataba de un seminario encubierto para formar futuros aspirantes a oficiales del Ejército regular.

El Reichskuratorium für Leibesertüchtigung era un curso destinado a burlar las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles. Militares en retiro de alta graduación daban un acercamiento a las Fuerzas

Armadas para posibles futuros oficiales de infantería. Actuaban a espaldas de los países extranjeros pero también ocultos del Gobierno de Weimar. Se dictaban cuatro cursos de seis semanas de duración cada uno y se egresaba con el título oficial de profesor de educación física, aunque en realidad se trataba de una instrucción militar.

Después de finalizar su primera instrucción militar, Becker fue empleado en el Sindicato del Carbón de Alemania Central en 1933. En el mismo año, y gracias a los cursos mencionados anteriormente, el joven de veinte años fue aceptado como recluta de la División Germania, perteneciente

al Ejército regular con cuarteles en Hamburgo. Ascendió en dicha formación hasta el grado de subteniente.

Durante abril de 1935 Becker pidió la baja de las Wehrmacht. La razón era que comenzaría a trabajar para el NSDAP, ya en el poder desde un par de años antes. Su ingreso al mundo de los nazis fue a través de la organización Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV), dependiente del partido y destinada principalmente al trabajo social. Becker se encargaba de organizar el intercambio estudiantil y vacacional para los jóvenes de etnia alemana radicados por toda Europa, fuera de las fronteras del Reich. Esta nueva

ocupación, si bien no le permitía al joven Johannes viajar personalmente, lo llevaría nuevamente a desempeñarse en un plano internacional, aquel en el que se había sentido tan feliz en años anteriores.

Tras dos años, y ochenta mil *Volksdeutsches* incluidos en el programa, Becker decidió que era tiempo de cumplir con sus sueños de mundo. Sus ambiciones de conocer un suelo diferente al natal lo llevaron a pedir a un amigo de apellido Hendrix, gerente de la compañía exportadora de artesanías alemanas *Ausfuhrstelle des Deutsche Handwerks GMBH*. de Berlín, que le consiguiera un empleo fuera de las

fronteras del Reich. Pronto su amigo lo ubicó en una firma extranjera que pretendía representar los intereses de la Ausfuhrstelle a miles de kilómetros de la capital germana; casualmente en la lejana Buenos Aires. Federico C. Koller era el nombre de la pequeña compañía radicada en Argentina. La representación le fue adjudicada a Koller con la condición de que en su nómina se aceptara a un ignoto empleado de origen alemán, Johannes S. Becker, sin sueldo, pero con una participación del veinte por cien en las ganancias líquidas. Federico Koller, aparentemente, venía intentando desde hacía tiempo hacerse con dicha representación, incluso había

hecho gestiones anteriores tendentes a tal fin en nombre de una empresa llamada Eckart von Peltser, avenida de Mayo, 1370, a la cual estuvo asociado. Por lo tanto, no tuvo problemas en aceptar a su nuevo «socio» minoritario.

A principios de mayo de 1937 el vapor *Monte Pascoal* amarró en Buenos Aires. Envuelto en una fría bruma otoñal, Becker desembarcó por primera vez en la capital donde, difícilmente imaginó en ese momento, lideraría para toda Sudamérica a las redes del temido SD, el servicio secreto de las SS de Himmler. Existe una versión controversial que lo ubica al frente de tropas armadas en Argentina durante

1940, ello puede recogerse en un informe confidencial sin firma en AHCDN, CEIAA, caja 1.1 y 1.2, legajo 6, cuerpo 3.

Una vez con el suelo argentino bajo sus pies, lo primero que hizo Becker fue constatar que tanto él como la Ausfuhrstelle habían sido estafados por el tal Koller. Aquel lóbrego personaje no sólo nunca había sido socio de Peltser, sino que además había vendido para provecho propio todas las muestras comerciales que se le habían remitido por adelantado desde Berlín.

El frustrado joven se fue a vivir a una habitación subalquilada, ubicada en la calle Venezuela, 1862. No tuvo más



remedio que hacerse cargo de la representación por su propia cuenta. Su empleador no lo abandonó, le giró el dinero necesario para montar sus escritorios comerciales, los cuales estarían ubicados en un lugar estratégico, el séptimo piso de 25 de mayo 145 (oficina 713), es decir en el edificio del Banco Germánico, apenas un piso por encima de la Embajada del Tercer Reich.

Becker puso manos a la obra en los negocios. Sin embargo, luego de un año de operaciones frustrantes, decidió volver a Alemania debido a la baja rentabilidad que la representación de la Ausfuhrstelle le estaba redituando. Dejó

a cargo de la oficina a un colaborador de nombre Schoell y emprendió el largo retorno a bordo del *Monte Olivia* en julio de 1938. Viajaba dispuesto a desvincularse de su empleador, pero también con la idea de retornar a Buenos Aires con nuevas representaciones.

Una vez en Berlín, Becker se encontró con la novedad de que su viejo amigo ya no era el gerente de la compañía. En su lugar debió tratar con un nuevo ejecutivo de apellido Cozen, quien a su vez logró convencer al joven de continuar con su labor en la capital argentina a cambio de un acuerdo más beneficioso y un subsidio mensual.

Además, el hábil Johannes, logró hacerse con la representación oficial de otras firmas manufactureras y exportadoras, como la Bennfeld de Berlín y Heinrich Müller de Dresde.

El vapor *Conte Grande* depositó a Becker de regreso a la Argentina. Para 1939, poco antes del estallido de la guerra, el futuro espía se había asentado en los negocios. Incluso había logrado asociarse a un próspero alemán de cuarenta años de nombre Rodolfo Hinze, con quien se dedicaba a la importación de material óptico desde Alemania, aprovechando para ello su licencia aduanera.

El comienzo de las hostilidades

sorprendió a Becker en pleno apogeo de sus actividades comerciales. Casi como cualquier alemán en edad de enlistarse radicado en Argentina, se presentó ante la legación de su país solicitando ardientemente ser enviado de regreso a la patria para combatir al enemigo. Becker no tuvo más que bajar un piso desde su oficina. Sin embargo se le dijo, como a tantos otros, que el viaje no podía ser realizado tan fácilmente debido al bloqueo impuesto por Gran Bretaña. De todas maneras aquello no fue un problema para Becker, así como tampoco lo fue para tantos otros que encontraron medios alternativos e ilegales para retornar a Alemania a través

de la red de contrabando de personas y materiales valiosos que montó, desde 1940, el joven servicio de inteligencia nazi. Un mérito del grupo dependiente de la embajada. Sobre este tipo de operaciones hablaremos largamente en breve.

Después de liquidar sus negocios en la capital y de «comprar» un lugar como polizón en el buque portugués *Cunene* a cambio de cien dólares americanos, Becker dejó Buenos Aires el 10 de enero de 1940. A cargo de la oficina quedó otro colaborador de nombre Gunther Maringer, por supuesto también de origen alemán. Luego de dos largos días en la bodega

del vapor neutral, el polizón decidió presentarse ante los oficiales del barco y contar una historia tan bien estudiada como falaz. «Clemente Pérez» fue, aparentemente, el primer alias de una larga lista que este reconocido espía nazi utilizaría a lo largo de los años siguientes.

El don de Becker era innato. Pronto convenció al capitán portugués de que era un músico argentino deseoso de reunirse con su orquesta en Madrid, la cual lo había dejado varado en Buenos Aires, enfermo e internado en un hospital porteño. El comandante del buque sucumbió ante los encantos del joven teutón, a quien condenó apenas a

realizar tareas livianas a bordo para pagar su estadía.

Un par de semanas después, durante una escala del vapor lusitano en la isla de Madeira, donde el *Cunene* se detuvo a descargar el trigo argentino, Becker intentó por medio del cónsul germano local obtener asilo y transporte directo a Alemania; pero sus gestiones fueron infructuosas. Apenas dos días después se hallaba contando la misma historia del músico a las autoridades portuarias portuguesas y a los agentes británicos de información que se hallaban controlando los buques neutrales. Becker sospechó que los británicos no se habían tragado el

anzuelo, con lo cual, en lugar de seguir el itinerario previsto, se escabulló a bordo del vapor italiano *Conte Grande* en ruta hacia las islas Canarias. Desde allí voló a Madrid, luego fue en tren a Barcelona y por vía aérea hasta Roma. En la capital italiana fue auxiliado por el cónsul local, luego de haber agotado los mil ochocientos dólares que llevaba consigo desde Buenos Aires.

El 2 de abril de 1940 Becker se presentó en el Wehrkreiskommando Ausland de Berlín, oficina donde debían enlistarse los alemanes residentes en el extranjero. Al día siguiente, una rápida, y hasta hoy poco clara, visita al RSHA lo depositó en el escritorio del mayor



Rossner, del SD, quien ya no permitiría que Becker se uniera al Ejército regular. Sus profundos conocimientos de los círculos industriales y comerciales argentinos eran demasiado buenos; hablaba idiomas, era sagaz, apuesto e inteligente. Además era un miembro de las SS. Rossner era un oscuro personaje de la RSHA Amt VI. Aparentemente en 1942 aparece al mando de uno de los comandos asesinos de las SS, Sonderkommando R, en Rusia. Sospechaba que el hombre que había estado a punto de enviar a Buenos Aires para liderar al SD no estaba a la altura de las circunstancias. Y a decir verdad no se equivocaba. Heinz Lange era un alemán

que había vivido durante diez años en Paraguay, donde su mayor logro había sido casarse con la hija del cónsul de Villa Roca, de apellido Brixner. No había retornado a Europa para combatir, sino para intentar un intercambio de su propiedad en Paraguay por una en Alemania perteneciente a algún judío caído en desgracia. Lange fue prontamente asesorado por Becker en cuestiones culturales de la vida porteña y, lo que es más importante, puesto al tanto de que Seidlitz y los hermanos Sandstede, podrían ser sus principales contactos en la capital Argentina.

Ahora bien, si debemos suponer,

tal como Becker lo relató, que aquel fue su primer contacto con el servicio de inteligencia nazi, entonces debemos preguntarnos ¿cómo es posible que supiera de la existencia de las actividades clandestinas de Seidlitz y sus secuaces? Este último agente reconoció ante sus interrogadores en 1944 que conocía a Becker desde 1937, asunto que pone de manifiesto que en realidad «Don Pepe», como sería conocido Becker luego en Argentina, tuvo algún tipo de contacto con el servicio desde el su primera llegada a la Argentina.

También es muy probable que Becker haya estado ligado a las actividades de grupos supuestamente

armados de las SAS durante su primera estadía en Sudamérica, desde 1937 hasta 1940. Prueba de ello sería un viejo informe de inteligencia secreto redactado para un diputado opositor del Congreso argentino, dossier que luego iría a parar, en 1941, a los archivos de la CEIAA.

Tras el periplo que lo depositó nuevamente en el Reich, el nuevo recluta del SD tomó un curso acelerado en las oficinas del RSHA. No sólo debía conocer cómo organizar a su grupo, sino que debía manejar el encriptamiento, cifrado y los diferentes códigos del servicio secreto.

Inicialmente, la decisión de las altas esferas era depositarlo nuevamente en

Argentina, por encima del poco confiable Lange. Los oficiales del SD pretendían que el desarrollo de todas las redes de espionaje en Sudamérica estuviera bajo su dirección. A mediados de junio de 1940 Becker dejó nuevamente Alemania vía Roma.

Aun con resultados muy distintos, los objetivos impartidos por Rossner a Becker para su primer período al frente del SD sudamericano no difieren demasiado de los perseguidos por la Red Bolívar desde mediados de 1942. Las informaciones enviadas debían detallar el ambiente social y político de los países de la región con referencia al conflicto bélico; el intercambio

comercial entre los países neutrales y las potencias enemigas; los resultados obtenidos por la propaganda del Reich y la de los enemigos industriales y comerciales entre las esferas del gobierno; las influencias inglesa y americana en la política exterior; la inclusión en listas negras de firmas alemanas y sus consecuencias; la situación económica y social de la colonia alemana; y las diferencias resultantes entre los americanos y los británicos al querer reemplazar los primeros a los segundos en el centro del campo económico y político sudamericano.

Si bien la organización de Becker

no tenía entre sus objetivos informaciones de tipo militar, no se debía desechar la presentación de cualquier noticia de esa índole. El agente del SD debía establecer un correo efectivo entre Alemania y Sudamérica, el cual, ante la inexistencia de radiotelégrafos clandestinos, se basaría fundamentalmente en correspondencia secreta mediante marineros españoles o aviadores de LATI y Cóndor. Uno de los «buzones» de Becker en Roma era la secretaria de Bruno Mussolini, presidente de LATI, de nombre Clara Fadda.

La suma de ocho mil dólares, más lo que le restara a Lange de una suma

similar entregada al momento de dejar Alemania, serían los fondos para los primeros seis meses de operaciones.

Una vez en Buenos Aires, Becker comprobó que Lange efectivamente se había conectado con Seidlitz, pero, habiéndose dedicado a auxiliar a los agentes de Niebuhr para llevar adelante la *Speeaktion*, nada había hecho sobre los objetivos planteados por Rossner. Pronto organizó los primeros envíos de información en relación con las indicaciones recibidas, utilizando para tales efectos los medios ya descritos.

A fines de 1940, luego de una breve estadía en Brasil, Becker viajó a La Paz, donde reclutó al colono germano



Helmuth Strehmel con el objetivo de que remitiera informes a Buenos Aires. Durante aquel viaje, «Don Pepe» también conoció en Bolivia al empresario Gustav Eickenberg, a quien luego mencionaremos relacionado con el espionaje nazi en Argentina.

Desde Bolivia se dirigió a Perú, donde reclutó al agente Gerson Ganter. Desde allí bajó a Chile, donde se encontró con la noticia de que Ricardo Weber, persona que había seleccionado con anterioridad para actuar como «corresponsal» del SD, había fallecido en un accidente aéreo. Aparentemente, se halló correspondencia comprometedora en su cadáver.

Por alguna razón en aquel momento, enero de 1941, Becker decidió mudar su oficina central de Buenos Aires a Río de Janeiro, convocó a Heinz Lange a Brasil y dejó a Seidlitz como el jefe de la «sucursal» argentina desde marzo de ese año.

Para el mes de abril, Becker se hallaba de regreso en Río. Allí Lange lo puso al corriente de que la oficina del SD enviaría a Brasil a un experto en radiotelegrafía destinado a aliviar los crecientes problemas que presentaban los correos a través de los barcos o los aviones; estos últimos cada vez más escasos. Por supuesto se trataba de Wolf Franczok.

Exaltado por la falta de fondos y el caso omiso que el SD hacía a sus reiterados reclamos, Becker dejó Brasil en octubre de 1941 con destino a Alemania. Eso fue lo que el capitán de las SS declararía a sus interrogadores argentinos varios años más tarde. Sin embargo, algunas otras cuestiones han trascendido sobre aquellos convulsionados días durante los cuales la primera misión del SD fracasó en Sudamérica.

Para comenzar, el exembajador Edmund von Thermann declaró a los Aliados en 1945 que en junio de 1940, cuando Becker retornó de Berlín, trajo consigo una valija «diplomática» que le

produjo escalofríos. En realidad, la maleta estaba cargada de explosivos. El exaltado diplomático ordenó a «Don Pepe» que arrojara la comprometedor carga a las barrosas aguas del Plata, donde aún debe estar enterrada en el lodo.

Becker tampoco mencionó en 1945 que su partida de Brasil habría sido precipitada por su involucramiento íntimo con la esposa de un ministro de aquella nación. Asunto nunca esclarecido debidamente.

Tras su fallida primera experiencia al frente del SD, ya de regreso en Alemania, el capitán de las SS se alistó en un pelotón que se hallaba destacado

en el frente ruso a fines de 1941. Pero Becker, según sus propias declaraciones, (*Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7), nunca combatió en el frente ruso. Tampoco parecen tener asidero los rumores que lo ubican como asistente del ministro Goebbels, lo que parece ser un error en los datos de los Aliados. El desmoronamiento total del grupo sudamericano del servicio de información de las SS lo puso nuevamente en el juego. Rossner lo convocó a su despacho, le comunicó que su misión no estaba acabada y accedió a gran parte de las antiguas reclamaciones de recursos y dinero hechas por «Sargo».

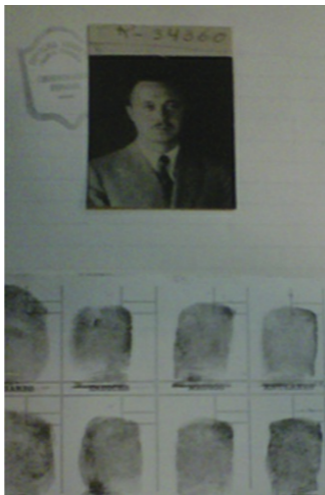
El problema que se presentaba ahora no era la financiación del servicio, sino el hecho de que Becker se hallaba varado en Alemania. Le tomó un año retornar a Buenos Aires desde el momento en que se le dio luz verde para reorganizar el grupo de espías del SD sudamericano. Los vuelos eran totalmente imposibles para ese momento y el viaje en barco muy peligroso debido a los cada vez más eficaces controles aliados.

En febrero de 1942, todavía en Europa, Becker reclutó a un argentino hijo de alemanes, quien se hallaba tramitando su retorno a la Argentina. Su nombre: Juan Otto Schurer Stolle. El

nuevo agente aceptó trasladar la suma de seis mil dólares y entregarlos a Seidlitz con el objeto de mantener activo a su grupo hasta que pudiera retornar definitivamente. Stolle operaría luego como agente del SD en Buenos Aires, específicamente como enlace entre el grupo de Becker y la Orga-T de Franczok, hasta su detención en 1944.

A mediados de 1942 el RSHA comenzó a desesperarse por la falta de informes procedentes de Sudamérica. Rossner pidió a Becker que a pesar de los peligros del viaje se arriesgara a volver a Buenos Aires. Se decidió que el SS viajaría vía España y bajo la identidad falsa de un excombatiente lisiado en el

frente ruso, nacido en Argentina, de nombre José Luschig.



Prontuario de Siegfried Becker. Archivo  
Coordinación Federal.

El gentil consulado argentino visó



de inmediato su pasaporte, aparentemente por vías normales y así Becker pudo partir rumbo a la Península Ibérica. Antes de dejar el edificio de la RSHA, Rossner le había dado la gran suma de veinte mil dólares y cinco mil francos suizos. Además, le prometió que al llegar a Argentina se le entregarían, a través de la embajada, la suma de doscientos ochenta y cuatro mil pesos argentinos: una pequeña fortuna.

Una lista de personalidades nombradas en «código» le fue entregada en aquella oportunidad para ahorrar caracteres a las peligrosas transmisiones radiotelegráficas. Por ejemplo «Ramez» era el código designado para el

presidente Ramírez y «Rose» para Roosevelt.

Una vez en España, a donde viajó bajo la falsa identidad de Luschig, Becker comprendió que no sería fácil superar los estrictos controles aliados. Al parecer, la única opción viable era la del «polizón». A bordo del *Rita García* se embarcó clandestinamente en el puerto de Sagunto el 1 de diciembre de 1942. Sus objetivos de «información» eran los mismos que describimos en detalle para la etapa de 1940; la dimensión y los resultados de su nueva organización serían bastante diferentes.

Las lecciones aprendidas por «Sargo» en el pasado, la mayor

financiación disponible, el apoyo de Walter Schellenberg, jefe del SD, y la colaboración del Abwehr en Buenos Aires, serían claves para el éxito de la misión emprendida a su retorno a la Argentina, producido finalmente el 3 de enero de 1943.

## EL CONTADOR DE LA RED BOLÍVAR

Werner Koennecke era un personaje extraño, ambiguo y, al parecer, algo temeroso. No cumplía con el estereotipo de espía, al menos no era del tipo de los que pasan a la acción. Sus conocimientos financieros y sus altas conexiones entre la comunidad germanoparlante eran indudables; sin embargo, no lo eran, en un principio, sus credenciales «nazis» para ingresar al círculo selecto del mundo del espionaje del Tercer Reich. Koennecke era un *Volksdeutsche*, es decir un hijo de

alemanes nacido en Argentina. Trabajaba como empleado de la ya mencionada Böker, subordinado de Hans Harnisch desde 1940. Sin embargo, el hecho de ser hijo de uno de los principales accionistas de la firma, le otorgaba un inocultable aire de «socio» dentro de la pujante organización.

El joven Werner, quien vivía en un enorme chalé que todavía se levanta a metros de la avenida del Libertador, en la calle Virrey del Pino, 1783, comenzó a trabajar en la compañía a los veintiséis años de edad. Se inició como un humilde asesor en la sección de ferretería.

Su relación inicial con Harnisch fue

algo turbulenta, especialmente debido a algunos comentarios contrarios al partido nazi local vertidos por el joven empresario. Se sentía particularmente afectado por los métodos poco amigables empleados por personajes como Völberg, quienes sacaban dinero a las empresas alemanas. Incluso se dice que en un principio, Dietrich Niebuhr, el jefe oculto de Harnisch, desconfiaba de Koennecke, de quien creía podría haber informado para los británicos en el pasado.

Lo que pronto supo Niebuhr a través del teniente Martin Müller, su colaborador más cercano, fue que el joven ejecutivo de Böker estaba

sumamente ligado a los intereses del Tercer Reich en Argentina. En primer lugar estaba casado con la hija de Ludwig Freude, un millonario alemán, referente de su comunidad y uno de los futuros grandes «tesoreros» de fondos nazis en la Argentina. Su esposa Lilly era amiga cercana de los Thermann. Su hermana, Anneliese Koennecke, estaba ligada a las organizaciones de mujeres nazis en la Argentina; enseñaba en la Goethe Schule con un particular acento nacionalsocialista en sus ideas; lo suficiente para que la CEIAA redactara un informe sobre sus actuaciones. Podemos concluir, entonces, que la oposición que profesaba Koennecke

para con el partido tenía que ver con ciertos rústicos personajes que lo integraban, y no así con el ideario nazi.

La relación entre Koennecke y Harnisch pronto se encauzó alentada por los buenos negocios que llevaban juntos. En especial la compra de los talleres Hempel, en 1942, la cual concretaron trabajando en equipo. Sobre esta fábrica de armamento y su producción de misteriosas cajas de seguridad subacuáticas, volveremos con suma atención en futuros capítulos.

Si bien se cree que Koennecke comenzó a facilitar informes de menor importancia a Harnisch, es decir al Abwehr, desde 1941, no comenzó a



jugar en grande al espía hasta mediados de 1942. En aquel momento ingresó en las ligas mayores del servicio secreto alemán en Argentina y no hay dudas de que su compañero de negocios fue quien lo enroló en las huestes del espionaje. Podemos afirmar que a pesar de no haber sido reclutado directamente en Alemania, Koennecke, al menos inicialmente, era un agente de la organización de Canaris y recibió el nombre en clave de «Rosso» dentro de esta.

A mediados de 1942, es decir durante el nacimiento de la Orga-T y la Red Bolívar, Harnisch comunicó a Koennecke que Franczok había llegado a

la Argentina. Lo puso al tanto de que Niebuhr se proponía finalmente concretar los ambiciosos planes tendentes a establecer una red clandestina de enlace radiotelegráfico a gran escala, la cual permitiría la rápida transmisión en clave de los informes de inteligencia aportados por los grupos del SD y el Abwehr. Se preveía que las actividades de estos últimos crecieran en Argentina exponencialmente, producto de la completa neutralización del servicio en el Brasil generado por el ingreso a la guerra de este país.

En primer lugar se le solicitó a Koennecke que aportara un testaferrero de confianza, ya que el servicio se proponía

invertir en grande. Se adquirirían una serie de estancias alejadas de la capital con el objeto de instalar las estaciones de transmisión de Franczok. El joven empresario no sólo consiguió rápidamente al testaferro de confianza, de conveniente apellido italiano, sino que además se ganó la confianza de Niebuhr, quien, de esa manera, se decidió a nombrarlo responsable de la administración de las enormes sumas de dinero que aquella importante operación involucraba. Koennecke no sólo debía controlar la compra de las chacras, sino también los grandes gastos en insumos electrónicos que derivarían de la construcción e instalación de los

aparatos. Todo el dinero saldría de los fondos reservados del agregado naval de la embajada, es decir de los recursos de Niebuhr. De acuerdo al mismo Koennecke, se trató de una buena oportunidad para redimirse con la causa nazi...

Para mediados de 1942 hacía ya un año que Koennecke había sido presentado al teniente Martin Müller, con quien comenzaría a tener un trato más cercano. A Niebuhr lo había conocido en eventos sociales, pero no fue hasta que llegó el momento de manejar las grandes sumas que «el jefe» quiso entrevistarse cara a cara con su nuevo hombre; quería estar

completamente seguro de las lealtades del *Volksdeutsche* antes de que pusiera las manos en el dinero.

Müller fue el encargado de conducir a Koennecke hasta el despacho de Niebuhr en la embajada. Una vez a solas, y de acuerdo a las propias declaraciones del joven germano-argentino, el jefe del Abwehr local lo impuso de las «obligaciones que contraía al pertenecer al servicio, relevándolo de prestar juramento de fidelidad a Alemania y al Führer por su condición de argentino, pero destacándole que su reserva debía ser absoluta»...

El «departamento de contabilidad» de la Red Bolívar y la Orga-T estaba

ubicado en el mismo local donde funcionaba la Embajada alemana, dentro del edificio del Banco Germánico. Niebuhr había asignado a Koennecke una oficina cercana a su despacho, en el sexto piso, al principio de un pasillo, lado derecho, que hacía ángulo con el corredor central y con una hermosa vista hacia el patio central del viejo edificio. Desde mediados de 1942, cada vez que el ejecutivo de Böker concurría a su despacho secreto en la embajada, el agregado naval extraía de su pesada caja de hierro forjado un gran sobre sellado y lo ponía en manos de su contador. En un gran cuaderno que se guardaba en el interior del mencionado

sobre, Koennecke asentaba cuidadosamente los movimientos de las distintas «cuentas responsables», tal como los espías nazis denominaron a los diferentes centros de costos que su organización demandó.

La primera de aquellas cuentas responsables, la más importante, era la que se encontraba a nombre de Niebuhr. Además de gastos de administración y sueldos, de estas cuentas salieron las enormes sumas de dinero utilizadas para la adquisición de las estancias por parte de los espías alemanes. Los gastos de mantenimiento de la chacra de General Madariaga eran solventados exclusivamente por aquellos

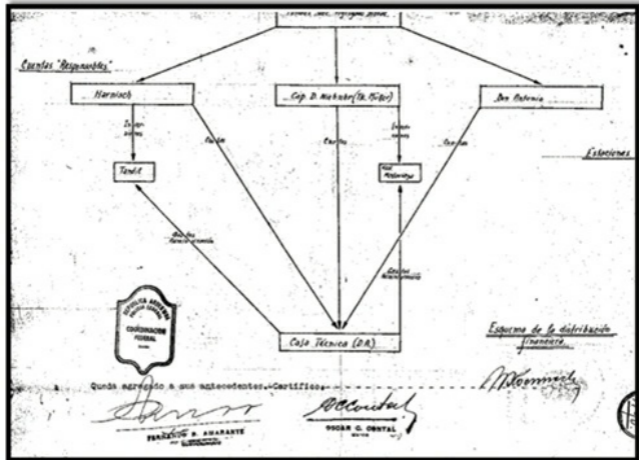
fondos.

La segunda cuenta en importancia era la que se hallaba a nombre de Hans Harnisch, de cuya solvencia dependían los gastos generados por la estación ubicada en la chacra Tandil.

Los gastos técnicos de la Orga-T eran llevados por Koennecke en la cuenta responsable a nombre de «Franczok-Don Antonio» (en el cuaderno figuraba como doctor Utzinger). Un noventa y cinco por cien de estos últimos gastos eran insumidos por las compras de material técnico, mientras que el resto eran asignados a dos subcuentas denominadas «taller» y «gastos personales».



Los tres grandes fondos responsables crearon una cuenta independiente, llamada «caja técnica», a la cual eran desviados fondos provenientes de los primeros.



Cuentas responsables de la Red Bolívar y la Orga-T. Diagrama confeccionado y firmado por Werner Koennecke. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Todos los responsables que recibían dinero de los fondos del agregado naval debían justificarlos,

cuidadosamente, a través de los respectivos comprobantes de gastos. Nada era improvisado. Koennecke revisaba detalladamente cada uno de ellos, hacía los asientos en las cuentas responsables y devolvía a Niebuhr el cuaderno contable. Aquel bloque de hojas cuadriculadas representaba una de las mayores pruebas de la actividad del espionaje nazi en Argentina y de las enormes sumas de dinero que estaba invirtiendo. No es una casualidad que el jefe local del Abwehr lo guardara celosamente dentro de su caja de seguridad y que Koennecke tuviera estrictamente prohibido sacarlo de la embajada. Seguramente, el mencionado

cuaderno fue una de las primeras pruebas que ardieron cuando Argentina rompió relaciones con el Eje en 1944. De todas maneras, su contenido fundamental sobrevivió gracias al testimonio de quien metódicamente fue rellenando sus páginas una a una.

Las tres cuentas responsables creadas por el agregado naval denotan un hecho que no ha sido común en la historia de las organizaciones de espionaje nazis de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de la estrecha cooperación entre diferentes organizaciones de espionaje. El SD (Franczok y luego Becker), el Abwehr de Hasrnisch y por supuesto de

Niebuhr compartieron los fondos y crearon una misma organización con un único fin.<sup>7</sup>

# Capítulo V

## La estación experimental en las islas del Tigre

Un viejo roble reposa, cansado y moribundo, sobre el verde césped que la

familia Hingst mantiene siempre prolijamente cortado a su alrededor. Los pasajeros de las lanchas de recreo que surcan el estrecho arroyo Caraguatá permanecen ajenos a la historia de ese robusto y añejo tronco, el cual alguna vez sirvió como antena de transmisión improvisada para un servicio de espionaje extranjero, durante los agitados días de principio de los años cuarenta.

Carlos Bernardo Andrés Hingst o Bernhard Hingst, tal como era conocido por sus connacionales, llegó a la República Argentina una calurosa mañana de febrero de 1912 a bordo del viejo vapor alemán *Cape Finisterre*. Atrás

quedaba la ajustada vida del Hamburgo del káiser Guillermo. Ante sus jóvenes ojos se abría un nuevo mundo lleno de oportunidades, en las lejanas y prósperas tierras de la «París sudamericana».

Bernhard no estaría solo en Buenos Aires. Su tío Federico había llegado varios años antes a la Argentina y era dueño de un restaurante ubicado en la calle Moreno, 745, de la capital. Durante un largo primer año, Hingst trabajó como mozo en dicho establecimiento, sin embargo, aquella no era la vida que había soñado. Pronto decidió buscar otros horizontes.

Mientras en Europa se desataba la Primera Guerra Mundial, Bernhard



recorrió varios puntos del interior de la Argentina e incluso pasó una temporada en el Paraguay. Adentrado en la extensa geografía criolla alternó empleos en diferentes chacras, algunas ubicadas en remotos lugares como Resistencia, Santiago del Estero y Corrientes.



Bernhard Hingst. Fotografía CEIAA, Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

Para 1916 el tío Federico había adquirido una pequeña isla en el delta del Tigre, para ser más precisos en las inmediaciones del río Luján, sobre el

arroyo Caraguatá. Pronto nombró a su sobrino como administrador del lugar, dados los conocimientos de agricultura logrados en sus recientes empleos. Así fue como aquel joven germano tuvo su primer contacto con las fértiles tierras frutales de las islas del Tigre, lugar en el mundo donde pasaría casi la totalidad del resto de sus días.

Vale la pena mencionar que la región geográfica conocida con ese nombre es parte del enorme delta del río Paraná, el cual tiene una superficie de diecisiete mil quinientos kilómetros cuadrados de intrincados canales. Serpenteantes brazos que dan origen a una enorme cantidad de islas. Si a esa

condición natural sumamos la cercanía con la ciudad de Buenos Aires, se transforma en un lugar inmejorable para ubicar, a comienzos de los años cuarenta, una estación clandestina de enlace raditelegráfico.

Durante 1921, Hingst contrajo matrimonio con Erna Tuskean, algunos años menor, cuyo padre era el propietario de otra isla sobre el mismo arroyo, a unos pocos kilómetros remontando el Caraguatá. Luego de casarse, Bernhard y Erna decidieron vivir en la chacra del padre de ella, la misma donde yace el viejo roble, hoy caído como resultado de una fuerte sudestada. En aquel lugar apartado, el

matrimonio Hingst tuvo dos hijos, Hilda en 1925 y unos años después Juan.

Casi como en cualquier pueblito de la Argentina, los Hingst no eran los únicos colonos alemanes asentados en las islas del Tigre.

Los convulsionados y difíciles años de la República de Weimar no sólo dejaron su marca en quienes residían en la patria. Los *Volksdeutsches* repartidos por el mundo, aun en lugares tan alejados como la Argentina, no eran ajenos a las penurias, revoluciones y contrarrevoluciones vividas en Alemania durante aquella época. Era un hecho común que un fuerte sentimiento

nacionalista aflorara como respuesta a las ajetreadas vicisitudes que brotaban desde Europa como el agua del delta. Los nazis siempre supieron explotar aquellas sensaciones, no siendo la excepción las incipientes organizaciones nacionalsocialistas que nacían en la república sudamericana en los comienzos de la década de los treinta.

Para 1933 Adolf Hitler había alcanzado la Cancillería del Reich en Alemania. Desde la lejana Sudamérica se hacía evidente que los difíciles años de la posguerra comenzaban a quedar en el pasado. Hingst, tal como la enorme mayoría de sus compatriotas y vecinos germanos, no tenía la menor duda de

que el nacionalsocialismo era la respuesta a todos los problemas de su lejana y amada patria.

La familia Hippner, radicada sobre el río Sarmiento de la misma localidad, visitaba frecuentemente la finca de los Hingst. Ernst Hippner era afín a las ideas nacionalistas de Bernhard, así como lo eran muchos otros pobladores de origen teutón del delta, entre ellos los Horn, los Sak y los Retienne. Estos últimos, dueños de una droguería que aún existe en la ciudad de Buenos Aires. Incluso el famoso agente nazi Osmar Hellmuth, «el Enviado», habitó, con fines no esclarecidos del todo, una isla en la zona de los canales.

Aún hoy en día, Hilda Hingst, más de setenta años después, recuerda cómo cada cierto tiempo llegaban a su isla varios jóvenes alemanes entusiastas del nacionalsocialismo. Muchos, la gran mayoría, ajenos a los tristes hechos tan largamente comentados que, en un futuro no muy lejano, aquel régimen totalitario desencadenaría sobre Europa.

De todos aquellos entusiastas nacionalistas de las islas, aparentemente Ernst Hippner, dada su condición de administrador del Club del Banco Germánico del Tigre, era quien tenía los contactos de mayor rango. Fue él quien conectó, entre 1940 y 1941, a Bernhard Hingst con Eugenio Langer, un



austríaco exrepresentante de la firma Staudt & Cía. en Tucumán y exresponsable del partido nazi en dicha localidad. Langer, a comienzos de los años cuarenta, se hallaba vinculado a los servicios de espionaje alemanes en Argentina.

Ambos pobladores del Tigre, Hingst y Hippner, eran afiliados al NSDAP argentino. Desde la prohibición de este movimiento, producida en Argentina en el año 1939, se convirtieron en delegados titulares del Círculo de Beneficencia y Cultura Teutonia, organización que reemplazó, casi completamente, al partido nazi. Dentro de los registros del círculo, los

cuales todavía sobreviven en parte dentro de una polvorienta carpeta del Archivo de la Honorable Cámara de Diputados, puede apreciarse que Hippner era el delegado oficial para la zona «Tigre-Delta». Por su parte su amigo Hingst era el responsable para la más modesta y menos poblada jurisdicción «Arroyo Caraguatá».

La actividad más importante de aquellos dos nacionalsocialistas del delta, a favor de la causa, residía en la venta de «bonos contribución» entre los miembros de la comunidad germana. El producto de su actividad era entregado, a modo de financiación clandestina, a la Embajada del Reich en Buenos Aires.

Parte de aquel dinero comenzaría pronto a ser reinvertido en las redes de espionaje del SD y el Abwehr dentro del mismo país, entre otras cuestiones no tradicionales.

El compromiso de ambos colonos con el nacionalsocialismo argentino, que de todas maneras no pasaba de reuniones propagandísticas de poca importancia destinadas a alemanes o hijos de estos, hizo que la Comisión Especial para la Investigación de Actividades Antiargentinas, ya desde su creación en junio de 1941, les pusiera un ojo encima. Ambos nombres aparecen en reiterados informes del archivo de dicha comisión. Sin

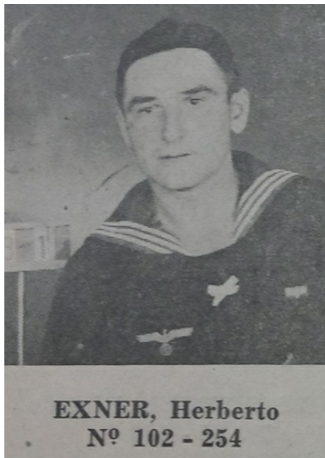
embargo, no fueron molestados al menos hasta fines de 1942, cuando sus actividades habían pasado ya de la mera propaganda proselitista.

No está del todo claro cuándo fue exactamente que los tranquilos agricultores del delta del Tigre decidieron pasar a la acción concreta. Casi con seguridad ocurrió luego del estallido de la guerra, más precisamente en el año 1940.

La finca que los Hingst aún poseen sobre el margen del arroyo Caraguatá dista escasos cuarenta kilómetros en línea de aire de la isla Martín García, conocido sitio de internación en el que se encontraban alojados algunos de los

marinos del acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee*. Tal como hemos visto, desde los primeros meses de reclusión, varios tripulantes comenzaron a fugarse, y algunos de ellos llegaron a retornar a Alemania y realizaron carreras extraordinarias en la Kriegsmarine.

Las evasiones hubieran sido imposibles de realizar sin el apoyo de las redes de espionaje del Abwehr y el SD local. Muchas eran coordinadas desde la misma Embajada del Reich en Buenos Aires. Especialmente se apuntaba a marinos calificados, oficiales y técnicos, pero algunos otros miembros de la marinería regular también se fugaron.



**EXNER, Herberto**  
**Nº 102 - 254**

Marino del acorazado *Graf Spee* escondido en casa de Hingst.

Herbert Exner era un suboficial de la Primera División del acorazado (cédula de internación n.º 254), quien en febrero de 1940 se evadió de su cautiverio en el Arsenal Naval. No está

claro si Hingst o Hippner colaboraron con la huida en sí, pero lo que es seguro es que el primero ocultó al marino en su casa del arroyo Caraguatá por un buen tiempo. Efectos personales y parte de su uniforme serían recuperados muchos meses después por la policía en aquel lugar. También fueron hallados en la finca Hingst recibos firmados por su dueño y por el cabo Jerichow (cédula de internación n.º 73). Jerichow era también integrante de la tripulación del barco pero empleado en la ya mencionada «Oficina Spee». Dichos recibos dejaban constancia de la recepción de las prendas de vestir pertenecientes al marino Exner y además

de la participación de la oficina en las fugas planeadas desde la Embajada.

Hilda Hingst a sus ochenta y nueve años, profundos ojos claros llenos de nostalgia y amor por su familia, aún recuerda claramente a aquel intrépido y desorientado marino a quien por un buen tiempo su padre alojó inocentemente en su casa.

Durante el mismo año 1940, la mencionada CEIAA fue puesta al tanto, a través de uno de sus informantes, de que varios dirigentes del movimiento nazi en Argentina reunidos en casa del despachante de aduanas Krammer, decidieron, a sabiendas de las detenciones contra sus pares uruguayos,



«trasladar las cajas enterradas en el Tigre hacia la capital federal». Es un verdadero misterio el contenido de aquellas misteriosas cajas. Es probable, como veremos en breve, que estuvieran relacionadas con el contrabando de materiales vitales hacia el Reich. También es posible que, por ubicación y accesibilidad, los bultos hayan estado escondidos en casa de Hippner sobre el río Sarmiento y no así en casa de los Hingst.

El espionaje alemán en la República Argentina tuvo dos etapas muy marcadas. La primera de ellas durante el período anterior a la guerra, algo improvisado y poco efectivo. Una

segunda etapa a partir de 1942, mucho más profesional, organizado y eficiente, liderado por Wolf Emil Franczok en la faz técnica y por Johannes Siegfried Becker en la organización del servicio de información propiamente dicho. Ambos eran agentes del SD y de acuerdo a los mismos Aliados, de los mejores agentes del Eje en Occidente.

Para comienzos de 1942, con la nueva y ambiciosa etapa a punto de iniciarse, la Embajada de Alemania en Buenos Aires, a través de su agregado naval Dietrich Niebuhr, ordenó a algunos de sus agentes más importantes que iniciaran las pruebas tendentes a instalar una serie de estaciones de

radiotelegrafía clandestinas que permitieran un enlace rápido y seguro con Alemania. Necesitaban transmitir eficazmente la información resultante de las actividades de espionaje en Argentina. Eran los albores de la Orga-T.

Si bien es probable que con anterioridad hubieran existido algunos radiotransmisores alemanes clandestinos improvisados en las afueras de Buenos Aires, el control ejercido por la Dirección General de Correos y Telégrafos sobre las emisiones clandestinas a partir de 1942 hizo pensar a las organizaciones nazis en buscar una manera más profesional de

enviar sus informes cifrados hacia Berlín a través del éter. La utilización de personal especializado se hacía indispensable. Esa fue la semilla que dio origen a la vasta red de radioestaciones nazis.

Probablemente, aquel inofensivo agricultor de frutales nunca imaginó que durante una noche de verano, de comienzos de los años cuarenta, llegaría a su isla una motonave que cambiaría su vida y la de su familia para siempre. Aquella noche espesa, húmeda, se vería involucrado en actividades proalemanas más allá de lo permitido por la ley.

La *Pichincha* amarró en el pequeño muelle de madera ajado por el agua y el

sol. El primer rostro que vio Bernhard aquella noche le resultó familiar, pero no así el segundo. Ernst Hippner bajó del bote y saludó a su antiguo camarada. No tardó en presentar a sus misteriosos acompañantes y dueños de la embarcación, se trataba de la familia Langer; Eugenio había llegado acompañado de su esposa y sus dos hijos.

Pronto surgió una gran amistad entre ambos clanes. Al punto de que se frecuentaban casi todas las semanas. No sólo los Langer pasaban algunos fines de semana en la isla, un lugar extraordinario para el descanso y el relax, sino que eran también cotidianas las

visitas de los Hingst a la residencia de aquellos en la localidad de Florida, provincia de Buenos Aires.

Bernhard, hasta ese momento, era un simple e inofensivo agricultor miembro del partido, aspecto que, más allá de sus nuevas actividades al límite de la ley, no cambiaría demasiado con el tiempo. Langer, el superagente de la Embajada alemana, por su parte, distaba mucho de ser un simple inmigrante de simpatías nazis. Destacaba su indispensable colaboración en la fuga de varios marinos del *Graf Spee*, ya desde 1940, momento en que participó en la evasión de dos extripulantes del acorazado a través del paso de San

Francisco, cerca de Tinogasta. El austríaco había trasladado personalmente hasta la frontera argentino-chilena a sus connacionales. Durante aquella misión, tal como veremos en capítulos siguientes, Langer conoció a un agente del servicio secreto que lo inició en este tipo de actividades. Guillermo o Wilhelm Seidlitz, empleado de la firma naviera Delfino, representante de intereses alemanes en Argentina.

Una vez en Buenos Aires, Langer fue uno de los grandes facilitadores de las evasiones desde la isla Martín García. Tal como hemos mencionado, un lugar no muy distante del delta del Tigre.

Seidlitz, por su parte, había sido reclutado antes de la guerra por el jefe del Abwehr en Argentina, el ya mencionado agregado naval de la Embajada alemana en Buenos Aires, Dietrich Niebuhr. Contaba con importantes relaciones de alto nivel dentro de las organizaciones clandestinas del Reich en la Argentina.

Langer, junto a dos españoles de apellido Amorín y Prieto, colaboraban con Seidlitz reclutando marinos de aquella nacionalidad en el puerto de Buenos Aires. Habían montado una red de contrabando de materiales escasos en Alemania, utilizando para el traslado de los bultos embarcaciones



principalmente de bandera española. Luego, una vez llegados a la Península Ibérica, las organizaciones de espionaje alemanas en la España falangista se encargaban de colocar la preciada carga por vía terrestre dentro de las fronteras del Reich. Aquella red contrabandista gozó en principio de cierto éxito, y logró colocar en Alemania buena cantidad de materiales valiosos como platino, mica, hormonas y diamantes industriales, entre otras valiosas cargas. Un asunto que merece ser tratado con mayor profundidad, tal como lo haremos en el próximo capítulo.

A fines de 1941, la *Pichincha* amarró una vez más en el pequeño

muelle de los Hingst sobre el arroyo Caraguatá. Langer traía a bordo un importante «tripulante»: Wilhelm Seidlitz. Este último no reveló en aquella primera visita a las islas las intenciones que tenía para aquel remoto lugar, al que sólo se podía acceder por vía fluvial. Se dedicó exclusivamente a ganarse la confianza de sus anfitriones.

Un par de meses después, tal vez en enero de 1942, Seidlitz se presentó nuevamente en la isla de Hingst; esta vez iba solo a la cita. Llevaba consigo una propuesta concreta para su camarada, algo que traería graves consecuencias para el agricultor de frutales. El agente alemán tenía la clara intención de

colocar un radiotransmisor clandestino que sirviera de estación de enlace con Alemania. La soledad de la pequeña finca se le había presentado ideal. Desde allí, según la idea inicial, se radiarían importantes telegramas cifrados redactados por el servicio de espionaje en Argentina, entre otros informes.

No debemos dejar de mencionar que corrían los inicios de 1942, y hasta ese momento, las estaciones de este tipo eran inexistentes. La mayoría de los informes fluían hacia Alemania a través de la red de contrabando controlada por Seidlitz y Niebuhr. Es decir, a través de las lentas embarcaciones de bandera española, o por simple correo postal.

En un principio la estación radiotransmisora del Tigre tendría el carácter de experimental, ya que la isla no contaba con red eléctrica pública. Para alimentar los aparatos se instalaría un *windcharger*, molino generador de energía, junto con un par de acumuladores.

Hingst, en una decisión que seguramente lamentó tiempo después, aceptó la propuesta de su nuevo amigo, la cual se le presentaba irresistible. Su esposa Erna, quien desconfiaba de todos estos enigmáticos asuntos, no fue puesta al tanto de la operación, al menos en un principio. Así quedó seleccionado el sitio donde funcionaría la primera estación

clandestina de radiotelegrafía de la famosa Orga-T.

Hans Lieberth era un joven chileno-germano que había intentado infructuosamente, al comienzo de la guerra, regresar a su patria para unirse a sus Fuerzas Armadas. Luego de una temporada en Bolivia, donde adquirió conocimientos de radiotelegrafía, entró en contacto con la firma Delfino. Allí ingresó en los intersticios del espionaje. Fue reclutado para el servicio secreto por el ya mencionado Guillermo Seidlitz con una remuneración de trescientos cincuenta pesos moneda nacional mensuales. En sus comienzos, Lieberth se dedicó a la reparación de aparatos de

onda corta pertenecientes a la organización. Sus responsabilidades e involucramiento con las actividades de espionaje irían en aumento, y llegó a administrar, tiempo después, su propia estación de emisión y recepción ubicada en la ciudad de Tandil.

A comienzos de 1942, Seidlitz encargó a Lieberth la construcción de un aparato de radiotelégrafo de onda corta. Sería destinado a una estación que se ubicaría en casa de un compatriota en las islas del Tigre. El lugar sería parte de una nueva red de enlace con Alemania a cargo de un agente especializado recién llegado a la Argentina, el doctor Gustav Utzinger...

Ocho días después de que Hingst aceptara que su casa se convirtiera en una estación clandestina de radiotelegrafía del servicio secreto alemán en Argentina, Lieberth llegó a la finca del arroyo Caraguatá; corría el verano de 1942.

El aparato se alojó en la casa de huéspedes. Lieberth tuvo un arduo trabajo para instalar, sin ayuda y bajo un tórrido sol de verano, todo el cableado necesario para el funcionamiento del equipo. Ante la falta de una estructura con la altura requerida, el técnico alemán decidió montar la antena en un roble de buen porte que se hallaba en la isla. La pieza final fue traída por Langer, Seidlitz

y un tripulante del *Spee*, tal vez Exner, a bordo de la *Pichincha*, en marzo de 1942. Se trataba del *windcharger*, el generador eléctrico que por acción del viento enviaba la carga deseada a un par de acumuladores.

Así fue como la estación experimental de enlace con Alemania, ubicada en la finca de Hingst, se puso en marcha durante el primer semestre de 1942. Sin embargo, y desde un comienzo, las cosas no marcharon como los agentes alemanes esperaban.

Si bien durante sus declaraciones efectuadas en cautiverio Bernhard Hingst afirmó que el aparato nunca llegó a conectarse con Europa, su hija



Hilda recuerda que el enlace, en realidad, sí sucedió. El equipo funcionaba, el problema era que el viento era escaso durante aquella época y los acumuladores no lograban abastecer correctamente a los aparatos de comunicación.

Ante los inconvenientes registrados para el correcto funcionamiento de la estación experimental, quien sería desde ese momento el jefe máximo del proyecto de las estaciones de radiotransmisión, recién llegado de un breve paso por el Paraguay, se hizo presente en casa de Hingst en julio de 1942. El brillante joven egresado de la Universidad de Berlín, Wolf Franczok,

bajo el falso nombre de Gustav Utzinger, llevaba adelante su primera misión de campo en Argentina. Casi inmediatamente luego de reunirse por primera vez con Niebuhr, y de sentar las bases del nuevo sistema de radiotelegrafía, este nuevo agente altamente especializado, con sumo sigilo y casi pasando desapercibido, hizo un minucioso estudio de la isla y de los equipos allí instalados. Sin tener casi contacto con la familia de su anfitrión, pasó dos días en el sitio intentando conectarse con Alemania.

Finalmente dio su veredicto. Resolvió dar por terminadas las transmisiones y reubicar el equipo en un

lugar donde el *windcharger* y los acumuladores funcionaran más eficientemente. Además, como el mismo Franczok declaró años después en uno de sus interrogatorios, el camuflaje era deficiente y el lugar estaba «marcado» desde hacía tiempo por los argentinos. «Don Antonio», como pronto comenzaría a ser conocido Franczok dentro del servicio, no era un agente improvisado.

Días después, Hingst se encargaría con su propia canoa de transportar el equipo hasta el pequeño puerto del Tigre. Allí lo entregó a una persona que no quiso nombrar al momento de dar su declaración. Si bien para fines de

1942 la estación había sido completamente desmontada, las andanzas del agricultor de frutales y su familia dentro del servicio secreto alemán en Argentina estaban lejos de terminarse.

Para finales de 1942, y luego de recibir varias denuncias sobre las actividades nazis en el arroyo Caraguatá, la mencionada CEIAA se decidió a enviar una comisión policial con el objetivo de allanar la finca de los Hingst. Para cuando el grupo de policías se hizo presente en dicho lugar, poco o nada quedaba de los aparatos de Lieberth. De acuerdo a los registros de la mencionada comisión del Congreso (caja 1.5 / 2.1,

legajo 6, cuerpo 10), podemos afirmar que nada sospechó la policía de la fallida estación de enlace que allí se había montado unos meses atrás:

«El día 12 de diciembre de 1942, la comisión en conjunto con investigaciones de la provincia efectuó otro allanamiento en el domicilio del súbdito alemán Bernhard Hingst, situado en el arroyo Caraguatá, 772, Tigre, encontrando en esa oportunidad entre otras cosas un pantalón de marinero, y según declaración de Hingst de propiedad del exmarinero del *Graf Spee* Herbert Exner, fugado en febrero de 1940 del Arsenal Naval. Además se encontró un recibo extendido por el cabo Alberto Jerichow, en el cual confirma la entrega de varias prendas de vestir de propiedad de Exner. Este

hallazgo comprueba que en primer término este exmarino se ocultó en el domicilio arriba mencionado [Hingst es delegado de la zona del Círculo de Beneficencia y Cultura Teutonia ex-NSDAP], sino también la intervención de la oficina *Spee* en esta, porque el cabo Jerichow pertenece al personal administrativo de ella...»

Bernhard Hingst no fue arrestado en aquella oportunidad. Pudo continuar con sus actividades a favor del régimen germano, al menos en lo concerniente a sus intereses en la Argentina. Durante 1943 siguió colaborando en asuntos menores con el servicio, pero no sería hasta 1944 que comenzaría, tal como le sucedió a todos los integrantes de

aquellas organizaciones, a complicarse verdaderamente su situación.

Durante comienzos de 1944 sobrevino una detención que puso a varios miembros de la organización en fuga. La presión ejercida por los Aliados sobre el Gobierno del general Ramírez era intensa, y desembocó finalmente en la ruptura de relaciones con el Eje. Un hecho que abordaremos en detalle en el transcurso del presente trabajo. Uno de los jefes máximos de la comunidad alemana y organizador de una de las ramas del servicio fue detenido a comienzos de año. Se trataba del alto ejecutivo de la firma Böker & Cia., Hans Harnisch. Pronto, personajes de

importancia del entorno de Hingst, como los mencionados Seidlitz y Eugenio Langer, quedaron en evidencia y comenzaron a ser intensamente buscados por Coordinación Federal.

Hilda Hingst, hija mayor del colono de las islas del Tigre, era particularmente cercana a la familia Langer. Aún recuerda las felices temporadas que solía pasar de visita en la casa de la localidad de Florida. Todavía inquietan su fino y ajado rostro aquellos días de confusión y zozobra. En febrero de 1944 Langer llegó a la isla desesperado. Pedía insistentemente al padre de Hilda que lo ocultara por un tiempo en su casa. Un día que la anciana mantiene grabado en



su memoria. Pero el mismo Langer era conocedor de que no podía permanecer demasiado tiempo en el delta del Tigre, al menos si tenía la esperanza de evadir con éxito la acción policial. De hecho sabía perfectamente que desde hacía mucho tiempo el lugar había sido identificado por las autoridades policiales. Probablemente, el austríaco sólo se ocultó temporalmente en la finca del arroyo Caraguatá hasta que pudo realizar los arreglos en otro sitio donde ponerse a salvo.

Luego de unos diez días Langer dejó las islas. Se perdió en el interior de la provincia de Río Negro, donde se ocultó en una estancia de dueños

alemanes. Para cuando la familia Hingst fue detenida casi por completo, en agosto de 1944, Langer aún se hallaba prófugo, aunque su pista estaba siendo seguida persistentemente.

La historia de Berhard Hingst no tuvo un final feliz. No como pudo haberla tenido la de algunos afortunados altos jefes del servicio de espionaje alemán en la Argentina. El agricultor de frutales del Tigre no tenía la suerte de haber podido acomodar su situación ante algunos intereses argentinos. Al igual que tantos otros miembros del servicio fue deportado a Europa durante la primera presidencia del general Perón. Muchos personajes de altos vuelos,

como Freude, Becker y Koennecke, fueron protegidos y mantenidos a resguardo, tal como veremos más adelante.

«Esta no es la gente que esperábamos», reaccionaron los atónitos funcionarios aliados en Alemania ante la llegada del pequeño grupo de «llenadores de cuotas» integrado por Hingst. Recordaba el alemán en un relato recurrente que narró más de una vez a sus hijos. Atrás había quedado la vida funesta en un calabozo de Devoto, más de un año detenido en Argentina, para luego ser enviado a Europa en carácter de expulsado, lejos de los afectos. No pudo regresar al país donde

se hallaba su familia hasta 1949. El 12 de octubre de aquel año finalmente terminó su pesadilla, retornó a bordo del *Marco Polo* procedente de Génova.



Las siguientes fotografías ilustran una pieza de madera firmada por los agentes nazis en cautiverio y obsequiada a Hingst en su cumpleaños.

Todavía reposa el añejo roble junto a las aguas amarronadas del delta del Tigre, en la vieja casa del arroyo Caraguatá. Los vetustos alambres oxidados y los restos de estructuras corroídas por los años denotan que alguna vez una antena y un dispositivo extraño fueron adosados al robusto tronco. Viejos vestigios de una época pasada, difícil, a veces triste; hechos que aún traen angustia y sensaciones encontradas a dos ancianos. Dos habitantes de la isla, lúcidos y llenos de anécdotas, quienes recuerdan aquellos

días a través de imágenes imborrables y una memoria que difícilmente pierdan.<sup>8</sup>

# Capítulo VI

El contrabando de  
personas y materiales  
valiosos entre el  
Tercer Reich y la  
Argentina



# LOS PRIMEROS AGENTES ALEMANES EN LA CASA DE GOBIERNO

Eugenio Langer llegó a la Argentina en el año 1924, procedente de su Austria natal. Un joven veinteañero, idealista y nacionalista, como tantos otros que en aquella época poblaban las cubiertas de los vapores repletos de alegres inmigrantes. Llegaba al nuevo mundo americano en busca de un futuro promisorio, alejado de una empobrecida Europa, a la cual todavía le esperaban tiempos más difíciles para finales de aquella década.

Durante sus primeros años en

Argentina, Langer se ocupó en una gran variedad de empleos para ganarse el sustento. Peón, recolector de maíz, técnico de acústica de instrumentos musicales –profesión que había aprendido en Austria– y finalmente viajante de comercio. Esta última profesión fue en la que logró encontrar una forma de vida estable. Para la segunda mitad de los años treinta se hallaba empleado en la importante firma alemana Staudt & Cía., para aquel entonces con sede en la calle Bernardo de Irigoyen, 330, de la ciudad de Buenos Aires. Allí se especializó en mercería y tejidos, dentro de la compañía exportadora berlinesa,

próspera en rubros varios –desde 1948 denominada Bromberg, Staudt & Cia. debido a la fusión de ambas empresas–. Langer fue enviado por su empleador a comerciar en la zona norte de Argentina, específicamente a la provincia de Tucumán. Ya para 1938 contaba con una cómoda oficina instalada en la capital, la cual servía de base para sus actividades comerciales, pero también políticas, ya que era miembro del partido nazi argentino. Luego de la prohibición del movimiento hitleriano en Argentina, y de que este pasara a llamarse Sociedad de Beneficencia y Cultura Teutonia como una especie de fachada, Langer se involucró de lleno en

las actividades nacionalsocialistas.

Para finales de ese mismo año ocurrió el fallecimiento del líder nazi en la provincia de Tucumán. Seguramente no fue una mera casualidad el hecho de que Alfred Müller, el jefe nacional del movimiento con sede central en Buenos Aires, nombrase personalmente al representante de Staudt como delegado titular sucesor.

Como es sabido, los alemanes radicados en Argentina no podían hacer política nacionalsocialista de manera abierta o pública desde la prohibición del partido. Para poder operar entre bambalinas se dedicaron a instituir una variada serie de entidades, organismos

benéficos, sociales y hasta deportivos para llegar a su público objetivo con las enseñanzas ideológicas del hitlerismo. Los nazis buscaban alcanzar a la comunidad germanoparlante y, de esa manera, adoctrinarla según las indicaciones de la Auslands Organisations, brazo exterior del NSDAP. Desde luego, no pretendían participar en política o asuntos internos argentinos, tal como algunas fuentes siguen afirmando equivocadamente. Y como varios miembros de la comisión parlamentaria liderada por el diputado Solari llegaron a creer.

De acuerdo a las indicaciones de Müller, Langer fundó en Tucumán la

Sociedad de Socorros Mutuos. Para disimular su real objetivo, el de servir a la comunidad alemana y al adoctrinamiento nazi, también aceptaba argentinos en su seno mediante el pago de una cuota mensual. Dicha entidad, apoyada por líderes locales y médicos de la provincia norteña, otorgaba medicamentos y todo tipo de asistencia médica a la comunidad local. Sin embargo, aquello era una especie de máscara que permitía funcionar a la Ayuda Social Alemana-Tucumán, también fundada por Langer, y donde se llevaban a cabo las verdaderas actividades pronazis de adoctrinamiento de los súbditos alemanes.

Todo germanoparlante que llegara a la provincia en busca de nuevos horizontes, padeciendo una situación de cierta precariedad, pasaba obligatoriamente por la organización de Langer. Allí se lo proveía de todo lo necesario para la subsistencia, incluso casa y trabajo. Por supuesto, la ideología y propaganda del movimiento eran fáciles de insertar o promover entre los agradecidos beneficiarios de la caridad de la entidad.

Hasta aquel momento, previo a la guerra europea, Langer se había convertido en un referente de la comunidad germanoparlante del norte de la Argentina. También en un

ferviente dirigente nacionalsocialista. En septiembre de 1939 estalló la guerra en Europa. En el mes de diciembre de ese mismo año, la conflagración más grande de la historia se hizo palpable en el mismo estuario del Río de la Plata. El legendario acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee* encontró su eterna morada en el barroso fondo del río más ancho del mundo. Como se ha visto, mediante una operación montada por la Embajada alemana con el soporte del espionaje nazi organizado, la tripulación casi completa del barco fue conducida en buques auxiliares hacia el puerto de Buenos Aires. El 19 de diciembre de 1939, el presidente Roberto Marcelino



Ortiz firmaba el Decreto de Internación de los Marinos, n.º 50826, el cual establecía que la salida del país de cualquier tripulante del acorazado era ilegal. Debían permanecer internados en la Argentina hasta el final de las hostilidades. Casi de inmediato comenzaron las fugas.

En enero de 1940 el periódico *La Gaceta de Tucumán* publicó un artículo en el cual se informaba de que dos tripulantes del acorazado *Graf Spee* habían sido detenidos por la Policía de Salta mientras intentaban colarse por la frontera, en dirección a Chile. No muy lejos de allí, enterado de tal circunstancia, Eugenio Langer se puso

rápidamente en contacto con el cónsul, de nombre Becker, en la ciudad de Salta. El funcionario confirmó la veracidad de la noticia y sugirió al corredor de Staudt que se trasladara al lugar de los hechos para intentar destrabar la situación.

El Fiat «Balila» propiedad de Langer tomó a toda velocidad la vieja ruta que unía Tucumán con Salta, en dirección norte. Para aquella época los automóviles que se aventuraban en las rudimentarias rutas de ripio podían contarse apenas con los dedos de una mano. Por ese motivo, pronto llamó la atención del solitario conductor austríaco la presencia de otro vehículo

que, al parecer, llevaba el mismo rumbo. No pasó mucho tiempo hasta que Langer, aprovechando una parada al costado de la carretera, comprobó que el conductor y el pasajero del automóvil, marca Adler, parecían ser también de origen teutón. Aquel encuentro fortuito marcaría a fuego desde ese mismo momento la vida de Eugenio Langer. Acarrearía también importantes consecuencias para el futuro de los servicios secretos nazis en Argentina. Los ocupantes del misterioso segundo vehículo eran los agentes de la Embajada, Eugenio Erlinger y Wilhelm Seidlitz, quienes por órdenes superiores se hallaban en camino a Salta con el

objetivo de contribuir, en la medida de sus posibilidades, a la fuga clandestina de los marinos evadidos.

Una vez en Salta, Langer se presentó ante el jefe de la Policía invocando su condición de delegado de la Sociedad Alemana de Beneficencia y Cultura de Tucumán. El titular de la repartición, donde se hallaban alojados los marinos, se mostró interesado en resolver rápidamente la situación, dado el revuelo que el asunto había causado en la prensa local. Sugirió a su interlocutor que se contactara con la Embajada de Alemania en Buenos Aires para solicitar el retiro de los detenidos. Langer también tomó conocimiento

durante dicha reunión de que el asunto era más grande de lo que esperaba; otros dos marinos se hallaban ocultos en la localidad de El Tonal, de muy difícil acceso, que se encontraba en pleno monte entre Salta y el Chacho. Ante el doble problema que se le presentaba, y muy probablemente por indicaciones recibidas desde Buenos Aires, Langer decidió dejar en manos de la embajada el asunto de los detenidos y se dirigió de inmediato a El Tonal con el fin de recoger a los marinos que aún se hallaban prófugos. Debía facilitar su evasión hacia Alemania. Con la ayuda de los escasos colonos alemanes radicados en aquellos páramos desolados, remotos

e inhóspitos, pronto dio con los extripulantes del *Spee*. Sin perder el tiempo los condujo a toda prisa en el «Balila» con destino a su propia casa, en Tucumán. Luego de reaprovisionarse de combustible y dinero volvieron a partir en dirección a la frontera chilena, más precisamente hacia las proximidades del paso de San Francisco, no muy lejos de la localidad de Tinogasta. En dicho lugar finalmente se produjo la salida clandestina de la Argentina de aquellos dos marinos deseosos de retornar a la batalla.

Aquellos lejanos hechos, acontecidos durante el primer año de guerra, marcarían el destino del

inmigrante austríaco y de los servicios clandestinos de la Embajada del Tercer Reich en Buenos Aires.

Casi como una continuación de los sucesos del verano de 1940, Seidlitz pronto visitó a Langer en su casa de Tucumán. Seguramente no sólo quería agradecer los servicios prestados a la causa, sino que viajaba con la clara intención de reclutar a tan valioso elemento para el grupo del Abwehr, es decir para el grupo de la embajada liderado por el capitán de fragata Dietrich Niebuhr. Casualmente, para aquella misma época, se desencadenaría un hecho que llevaría a Langer a radicarse nuevamente en el centro de los

acontecimientos, es decir en la capital Argentina.

La firma Staudt, su empleadora, molesta por una reclamación salarial de su representante en Tucumán, quería deshacerse del austríaco. Para ello, sus dueños, sabedores de los peligrosos contactos políticos de Langer, habían recurrido a sus propios nexos dentro del partido. Enrique Volberg, famoso por sus intervenciones dentro de los intereses de diversas firmas alemanas, comenzó a presionar a Langer para que aceptara una suma muy por debajo de la correspondiente a modo de indemnización.

La nacionalidad de Eugenio Langer



podría ser un misterio. Al momento de ser detenido en 1944, por Coordinación Federal y bajo su verdadero nombre, declaró ser austríaco. Sin embargo, documentos de la Embajada estadounidense en Buenos Aires lo identifican como de nacionalidad checa.

La situación en la cual el dirigente nazi Enrique Volberg se vio involucrado en la negociación del despido de Langer tiene que ver con la estrecha relación entre Staudt y los nazis al inicio de la guerra. Luego, cuando la contienda bélica comenzó a ir mal para los alemanes, dicha firma entró en una disputa larga y amarga con Volberg,

debido a la intención inocultable de alejarse del nazismo que mostraban los empresarios. Volberg ostentaba el cargo de responsable de la oficina económica de las Auslands Organisation, es decir del brazo exterior del partido nazi. Su función era hurgar entre los libros contables de las compañías germanas radicadas en Argentina y determinar el monto que estas debían destinar a la causa hitlerista. En función de este trabajo se redactaban listas negras de empresarios alemanes «rebeldes» o poco comprometidos con la causa. También se presionaba a estas empresas a deshacerse de empleados de etnia israelita. Está claro que Langer temía las

represalias si no llegaba a un acuerdo con Volberg y su empleador. Por tal motivo aceptó siete mil pesos moneda nacional sobre un total de dieciséis mil correspondientes por indemnización. No es una novedad que la comunidad alemana en Argentina, durante aquellos años, resolviera sus pleitos en función de sus propias normas y no ajustados al derecho nacional.

Para marzo de 1940, dos meses luego del episodio de la fuga por el paso de San Francisco, Langer se hallaba de regreso en Buenos Aires, desempleado y listo para ponerse al servicio de las redes secretas alemanas. Una nueva reunión con Seidlitz, realizada en la oficina de

este en la naviera Delfino, sentó las bases para el primer encuentro entre el nuevo agente y el jefe de los servicios secretos, que se realizaría en el local de la Embajada del Reich.

## UN SALVOCONDUCTO SECRETO CON EL TERCER REICH

Aquel primer contacto entre Niebuhr y Eugenio Langer se produjo entre abril y mayo de 1940. En esa misma charla, y luego de comprobar por sí mismo las lealtades del austríaco, el agregado naval asignó al nuevo espía sus primeros encargos para el servicio secreto. Para ser un agente recién iniciado, la misión encomendada a Langer era de suma importancia y responsabilidad, y está claro que el austríaco no defraudaría a sus superiores.

Al contrario de lo que el común de

la gente suele creer, resultaba mucho más seguro operar clandestinamente a favor de los nazis en la Buenos Aires de 1940 en comparación con épocas posteriores. Y con esto nos referimos al período posterior a la caída de la democracia, ocurrida en junio de 1943 a manos de un grupo de oficiales revolucionarios. No se trataba de que en dicha facción de militares menguaran en las simpatías proalemanas, sino a otros factores que iremos dilucidando con el correr de estas páginas.

El encargo inicial otorgado a Langer era el de remediar, utilizando medios clandestinos, los numerosos problemas que hallaban los inmigrantes alemanes

que intentaban obtener un visado oficial, algo esencial para retornar a la patria natal con el objetivo de incorporarse a las filas de las Wehrmacht.

Para aquellos momentos, la maquinaria bélica germana acababa de conquistar Francia y se disponía a intentar doblegar a los británicos. Necesitaba arduamente disponer de la mayor cantidad de recursos humanos que pudiera reunir. Langer y Seidlitz pronto llegaron a la conclusión de que para ser exitosos en la empresa encomendada debían ponerse en contacto con alguien que les proveyeran de pasaportes falsos, listos para ser

utilizados por los alemanes deseosos de emigrar a Europa. En la Buenos Aires de 1940 sólo se necesitaba algo de dinero y algún contacto entre los personajes de dudosa reputación que frecuentaban los cafés de la calle Reconquista, entre el 400 y el 500; y si además aquellos contactos eran fascistas, mucho mejor.

Un grupo de españoles falangistas, más adicto a desarrollar sus negocios turbios que al franquismo, pronto entró en contacto con Langer. Dos hermanos con acceso directo a la Embajada española, Esteban Jesús y Benito Amorín, se transformaron en los contactos principales de Langer. Pronto comenzaron a proveerle pasaportes



originales, visados por dicha legación, a cambio de doscientos pesos moneda nacional por unidad; dinero entregado puntualmente por medio del teniente Martin Müller, ayudante de Niebuhr en la Embajada del Reich. En aquella época doscientos pesos moneda nacional equivalían al salario mensual de un empleado de clase media porteña. Una vez en poder de los alemanes, se les adosaba a los documentos una fotografía real del súbdito que quisiera embarcarse hacia Europa y, pasando como español, el individuo en cuestión estaba listo para salir de Sudamérica rumbo al frente de batalla.

Sin embargo, el flujo de alemanes

que salía gracias a los pasaportes provistos por los falangistas liderados por Esteban Amorín no era lo suficientemente caudaloso. Había que buscar un método para sacar más hombres de Argentina, aquellos dispuestos a morir por la causa de Adolf Hitler. El español, siempre hábil para buscar alguna manera de hacer dinero fácil, pronto tentó a Langer para sacar a sus compatriotas, aun sin pasaporte alguno, a través de barcos de bandera española. Utilizarían el pago de sobornos a los marineros. Por supuesto que una parte del dinero iba a quedar en manos de Amorín y sus secuaces. A pesar del entusiasmo de los agentes

fascistas, la negativa de los capitanes de los barcos de bandera española y de los gerentes de las empresas marítimas, hizo que inicialmente la empresa fracasara. No obstante, el asunto se retomó exitosamente unos meses más adelante.



Antiguo edificio del Banco Germánico de Sudamérica. Allí funcionaba en el sexto piso la Embajada del Tercer Reich en Buenos Aires.

Los primeros barcos en los cuales se intentó embarcar polizones alemanes

fueron el *Cabo de Buena Esperanza* y el *Cabo de Hornos*. El capitán Lanz, de este último, se negó a embarcar a los alemanes sin consentimiento de los dueños de los buques. Una entrevista con el gerente de la empresa dueña del vapor, de nombre Jáuregui, resultó infructuosa. Corría mayo de 1940.

Ese mismo mes, alertado por las dificultades que se presentaban también en países limítrofes para embarcar alemanes con destino al Reich, Niebuhr decidió enviar a Langer de viaje al exterior. Algunas veces como representante oficial y otras encubierto como un simple turista. Dada la experiencia que había forjado en

aquellos asuntos, su misión era la de intentar destrabar los problemas de visado que recaían sobre los súbditos germanos.

El primer destino del agente austríaco fue Bolivia. Allí, según sus propias palabras, «los inconvenientes consistían, como en otros países sudamericanos, en que para poder embarcarse y ausentarse del lugar era preciso conseguir el visado policial del pasaporte, viable en el caso de que el mismo documento hubiera sido visado a la entrada del interesado en el territorio en cuestión, pero difícil en el caso contrario, es decir cuando la persona inmigrante no hubiera llenado esa

formalidad por carecer del pasaporte o por haber entrado clandestinamente». Langer, haciendo gala de una habilidad inusitada para negociaciones políticas de alto nivel, hizo contacto con funcionarios del Gobierno de Bolivia. Los bolivianos hicieron posible a la legación alemana en La Paz encaminar el visado de salida de los alemanes «escasos de papeles».

A mediados de 1940 Langer se hallaba nuevamente en Buenos Aires. Sin embargo, por indicación de Niebuhr, pronto debió partir nuevamente al exterior. En este caso, la tarea era similar a la desarrollada en Bolivia, pero el nuevo destino era

Santiago de Chile. Al otro lado de la cordillera de los Andes también había problemas para embarcar ciudadanos alemanes y, a su vez, merodeaban algunos exmarinos del *Spee* detenidos por intento de fuga ilegal a bordo de barcos japoneses; asuntos, todos ellos, en los cuales Langer se estaba convirtiendo en experto. En el país trasandino aguardaba al agente alemán el presidente de la firma de navegación Bremer Lloyd, de nombre Schultz Hausmann, quien era en realidad el representante extraoficial de Niebuhr en Chile. La importancia de la misión hizo que no se escatimaran gastos. De inmediato se puso a disposición de



Langer un automóvil nuevo, marca Ford, para que el agente secreto pudiera moverse entre las diferentes localidades costeras.

Al poco tiempo de estar en Chile, Langer viajó al Perú, y comenzó a operar en ambas naciones sudamericanas en simultáneo y con un mismo y persistente objetivo: enviar compatriotas de regreso al Reich. Muchos alemanes que habían sido enviados clandestinamente a bordo de buques japoneses desde el país inca habían sido detenidos en alta mar por los norteamericanos, quienes requisaban con insistencia las naves. Por ese motivo, los japoneses, ajenos hasta ese momento

a la guerra, comenzaban a desistir de actuar como medio de transporte de los súbditos germanos que no contaran con el visado oficial. Langer pronto se puso en contacto con las autoridades japonesas en el Perú, solucionó hábilmente el problema y obtuvo la conformidad para que sus compatriotas pudieran seguir viajando desde los puertos del Pacífico.

Durante su breve estadía en esta última nación sudamericana, el agente alemán no sólo se dedicó a su tarea habitual de tráfico de personas, sino que también, a pedido de la embajada, actuó como un agente de la Ettapendienst del Abwehr. Su novedosa tarea consistió en

la compra de grandes cantidades de fueloil, destinado a los buques de bandera alemana que deseaban abandonar los puertos peruanos. Principalmente el puerto de El Callao.

Ante la negativa y las trabas impuestas por las autoridades peruanas sólo dos de seis buques alemanes lograron escapar de los puertos de esa nación. Los otros cuatro fueron incendiados por sus propias tripulaciones.

Para agosto de 1941, el ahora experimentado agente secreto Eugenio Langer retornó a Buenos Aires. Dietrich Niebuhr le había asignado un sueldo de trescientos pesos, monto exiguo, al

menos a los efectos de la importancia de la tarea que su agente estaba desarrollando y de las sumas de dinero que estas solían involucrar. Aparentemente, y al margen de la situación, Langer se mantuvo en la senda de la honestidad. Al menos en lo que al manejo de dinero se refiere. Durante el prolongado viaje al exterior del austríaco, los asuntos relacionados con el puerto de Buenos Aires y el embarque clandestino de personas y materiales, quedaron en manos de los ya mencionados Wilhelm Seidlitz y Esteban Jesús Amorín. Al parecer, y a diferencia de la actitud de Langer, estos últimos se beneficiaban con buenas

sumas de dinero resultantes de aquellos oscuros negociados. La sagaz influencia del mucho más antiguo agente Seidlitz y los espurios intereses que lo unían con Amorín parecen haber sido los motivos por los cuales Niebuhr dijo a Langer, a fines de septiembre de 1941, que ya no necesitaba de sus servicios en el puerto de Buenos Aires. Aquella decisión sorprendió al agente austríaco. En lugar de recibir una felicitación por sus caros servicios a la causa, fue cesado de sus funciones. Sin embargo, Amorín y Seidlitz, quienes desde ese momento se ganaron la cruda enemistad de Langer, no contarían con la astucia del austríaco para moverse en la alta política. Una

habilidad que pronto lo volvería a poner en el centro del asunto del contrabando de personas y de materiales muy valioso, desde y hacia la Alemania nazi.

Durante unos meses, y luego de ser temporalmente despedido por su jefe, Langer se abocó a sus asuntos personales. Se dedicó fundamentalmente a la administración de los negocios del señor Victor Russo y de su hijo, el doctor Ricardo T. Russo, con escritorios en la calle Sarmiento, 930, de la ciudad de Buenos Aires. Dicho emprendimiento lo mantendría parcialmente ocupado hasta 1944 y le retribuiría un ingreso más que decente para mantener a su esposa y dos hijos.

Sin embargo, movido por un fuerte sentido de pertenencia a la causa germana, Langer no tardó mucho en volver al ruedo de los servicios secretos.

Para noviembre de 1941, el ahora exagente estrella de la embajada pidió una cita con Niebuhr. Una vez frente al agregado naval denunció sin tapujos los oscuros negociados de los falangistas liderados por Amorín en asociación con Seidlitz, así como también las supuestas penurias vividas por los súbditos alemanes que ingresaban en aquel sistema de viaje clandestino. Langer también instó a los diplomáticos alemanes a llegar a un acuerdo subrepticio con el Gobierno del

presidente Roberto Marcelino Ortiz, el cual daría un marco de mayor seguridad a los embarques clandestinos. El revuelo que armó aquella reunión dentro de la Embajada alemana, al menos en un principio, pronto quedó en la nada absoluta. Para decepción del austríaco, todo permaneció como estaba hasta entonces, sin cambios. Sin embargo, no se quedaría con los brazos cruzados.

No se halla demasiado esclarecido el camino a través del cual Langer logró, a finales de 1941, abrirse paso hasta la mismísima Casa Rosada. Aparentemente, un contacto logrado en Chile, apellidado Krause, se encontraba casualmente en Buenos Aires para



propiciar un oportuno enlace con un oficial adscrito, nada menos, que a la Presidencia de la Nación. El primer contacto fue a través de un mayor, segundo adscrito de la Presidencia. Comenzaron con una reunión convocada ex profeso en el Yacht Club de San Fernando. Langer planteó sus necesidades casi desde el comienzo: visado provisorio para alemanes, aun en caso de que no tuvieran sus papeles en regla o, en su defecto, que no se tomara medida alguna si las autoridades argentinas detuvieran a hombres de esa nacionalidad intentando retornar ilegalmente a Europa. El mayor Botto, tal era el nombre del oficial argentino,

argumentó que en principio no podía responder en el momento, ya que las más altas esferas del Gobierno nacional debían ser consultadas. Unos pocos días después sonaba el teléfono del agente nazi en las oficinas de la calle Sarmiento. Botto lo invitaba a que se personara, nada menos, que a la Casa de Gobierno.

Langer concurreció solo a la cita, ya que debido a las internas antes descritas, recién informó a Niebuhr de sus intentos de abrir un canal con la presidencia en el último momento. Por su parte, los argentinos tenían al comienzo una clara y simple exigencia: para demostrar sus credenciales, el austríaco debía gestionar un

comunicado oficial de la Embajada alemana. En el documento, la legación debía manifestar que no oponía resistencia a la reciente resolución del ministro del interior, el doctor Miguel J. Culiacati, la cual autorizaba a los marinos del *Spee* internados en el país a contraer matrimonio; un tema particularmente molesto para los alemanes, quienes consideraban a dichos súbditos sujetos a las leyes marciales de las Wehrmacht. Los sudamericanos no sólo buscaban sacar provecho de su negociación con los alemanes a través de aquel pedido, sino que además querían estar seguros de que no estaban por caer en una trampa del servicio de

inteligencia de los Estados Unidos, el cual recientemente había intentado engañar al ministro de relaciones exteriores, el doctor Enrique Ruiz Guiñazú.

Como resultado de los nuevos e importantes contactos, Langer y Niebuhr se reunieron casi de inmediato en la embajada. Tanto el capitán de fragata como los funcionarios de la legación estuvieron de acuerdo en que era propicio conformar a los argentinos sobre el asunto de los marinos, en pos de llegar a un acuerdo que permitiera a los alemanes traficar ilegalmente con personas y mercaderías valiosas hacia el Reich. Pronto el espía nazi informó a

Botto de que la embajada no presentaría ninguna queja con respecto a la resolución del Ministerio del Interior. Sólo se limitaría a considerar desertores a los tripulantes que contrajeran matrimonio en el país sudamericano. Langer había demostrado una vez más su valía como agente secreto de los nazis en Argentina.

Gracias al acuerdo entre el Gobierno argentino y la Embajada del Tercer Reich en Buenos Aires, los súbditos alemanes comenzaron a fluir con mayor facilidad hacia los frentes de combate o como mano de obra para las fábricas de Hitler. Incluso, a partir de ese momento, la Policía Federal y la

Prefectura Naval Argentina comenzaron a liberar casi de inmediato, y sin mediar más trámite, a cualquier alemán que sorprendieran intentando fugarse ilegalmente del país.

A principios del año 1942, y sin perjuicio de las actividades que Amorín y Seidlitz seguían realizando para embarcar alemanes a bordo de barcos españoles, Langer se hizo cargo personalmente de los casos de varios ciudadanos de esa nacionalidad. Súbditos germanos deseosos de retornar a su patria, quienes no podían embarcar debido a la falta de papeles en regla. Recurriendo a sus contactos en las inmediaciones del puerto y procurando

abrir un nuevo canal de fuga diferente al de los falangistas, el espía se puso en contacto con la tripulación del vapor portugués *Inhambane*. Embarcación amarrada en ese momento en Buenos Aires. Inicialmente los portugueses exigieron cinco mil pesos argentinos por persona, suma que por supuesto pareció excesiva a los alemanes, quienes, de todas maneras, terminaron pagando quince mil para enviar cuatro súbditos con destino a Lisboa. Durante 1942 el *Inhambane* condujo un total de doce alemanes a cambio de la suma de cincuenta mil pesos. Si bien en su momento Langer afirmó que ese dinero era aportado por los mismos polizones

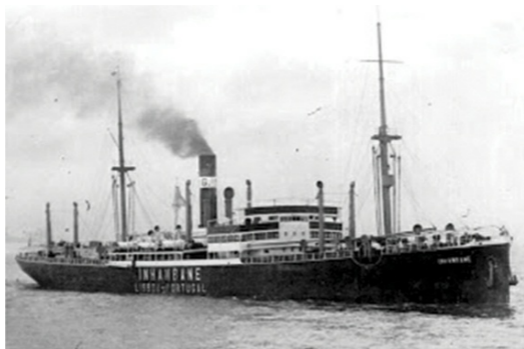
deseosos de retornar a Europa, es de suponer que buena parte procedía de las ganancias derivadas del contrabando de materiales valiosos que, a través del mismo mecanismo, pronto comenzó a ser enviado desde y hacia el Reich.

El procedimiento era simple. Un agente nazi conducía a los viajeros hasta un café ubicado en las inmediaciones del puerto, donde la tripulación del vapor portugués los recogía y los introducía subrepticamente a bordo. La mitad del dinero era entregado en efectivo antes del embarque y el resto era abonado por la Embajada alemana en Lisboa, una vez concluido satisfactoriamente el viaje.

Gracias al acuerdo secreto entre



Langer y Botto, o mejor dicho entre la Embajada alemana y la Casa Rosada, no había mucho que temer si las autoridades argentinas sorprendían a los escapistas en plena fuga ilegal.



Vapor portugués *Inhambane*, primero de esa nacionalidad en el cual se fugaron alemanes desde Buenos Aires hacia Europa.

La salud del presidente Ortiz

empeoraba progresivamente. Pronto quedó ciego por completo, por lo que presentó su renuncia definitiva al cargo el 27 de junio de 1942. Falleció un par de semanas más tarde, el 15 de julio de ese año. Aquel hecho no fue un impedimento para que Eugenio Langer siguiera utilizando sus contactos entre los allegados a la presidencia de Argentina. Para ese entonces había logrado cultivar la confianza del oficial mayor primero de la Presidencia de la Nación, César López, ferviente nacionalista y hombre de confianza del nuevo presidente, el doctor Ramón S. Castillo, y de su ministro, Ruiz Guiñazú. De acuerdo a las mismas

palabras del espía nazi: «La amistad con López se consolidó de inmediato, pues ambos estimamos que recíprocamente podíamos prestarnos ayuda, con miras a beneficiar a nuestros respectivos países». Tanto Ortiz como Castillo eran miembros de una coalición que incluía a una fracción de la Unión Cívica Radical y a los conservadores como fuerzas dominantes. Eran gobernantes constitucionalmente, aunque sospechados de fraude. A diferencia de lo que el común de la gente cree hoy en día, aquellos políticos de la década infame coquetearon con los nazis mucho antes de que Juan Perón y los oficiales del GOU (Grupo Obra

Unificación) coparan por completo las posiciones ejecutivas del Gobierno revolucionario de junio. Todos los documentos originales sobre el GOU aquí citados pueden ser consultados de manera completa en: Robert A. Potash. *Perón y el GOU*.

Abramos aquí un pequeño paréntesis para comprender el papel de la logia del GOU. Podemos afirmar que se trató de una de las facciones involucradas en la revolución de junio de 1943, habiendo nacido a principios de ese año. Los diferentes grupos se evidenciaron desde el mismo 5 de junio al no poder asumir el general Rawson la presidencia. Luego de la revolución, y

durante los más de dos años de mandato militar, el GOU fue transformándose en la fuerza dominante dentro de la Casa Rosada y los diferentes ministerios. El coronel Perón era uno de los principales exponentes de la misteriosa logia, la cual, no sin facciones resistentes, fue engullendo a los oficiales más importantes de las Fuerzas Armadas. Los coordinadores fundadores de la logia fueron nombrados por el Gobierno de facto en posiciones de trascendencia. El coronel Emilio Ramírez tomó la jefatura de la Policía Federal; el coronel Juan Perón fue puesto a cargo de la Secretaría del Ministerio de Guerra y Enrique P.

González, de la Secretaría Presidencial. En el GOU no había generales. Se trataba de una célula integrada por coroneles, jefes y oficiales a cargo de tropas. Adentrarnos en las revoluciones, contrarrevoluciones, intrigas y ardidés que se tejieron dentro del seno del GOU a comienzos de 1944, trasladados al Gobierno de facto, es una aventura que no emprenderemos en esta oportunidad.

De todas maneras, es importante destacar que la organización respondía, en un principio, a los designios del presidente Pedro P. Ramírez, cuyo yerno, el capitán Francisco Filippi, era miembro fundador del grupo. También

designaba jefe natural e indiscutido del Ejército al ministro de guerra, el general Edelmiro Farrell. Perón era el hombre fuerte de Farrell en el GOU, mientras que el coronel Emilio Ramírez y Filippi eran los adictos al presidente. La ruptura de ambas facciones desencadenaría, tal vez somos un poco simplistas al resumir tan graves hechos, la salida de Ramírez y el ingreso de Farrell a la Casa Rosada. Las bases revisadas del GOU, documento redactado el 10 de julio de 1943, reconocen al general Ramírez y al general Farrell como los jefes a los que se debe seguir en todo momento y sin condiciones. Es por ese motivo que los hechos desatados a comienzos de 1944

propiciaron la disolución de la logia secreta.

César López pronto dejó los asuntos nazis en manos del capitán Irigoyen, también adscrito a la Presidencia de la Nación. Este último se transformó, aproximadamente desde mediados de 1942, en el principal nexo entre el Gobierno argentino y los alemanes. El mismo día en que López presentó a Irigoyen al agente alemán, también llevó un nuevo encargo para Langer de parte de las más altas esferas. Los argentinos deseaban saber, valiéndose de los servicios de espionaje nazis en su propio país, «quién estaba detrás del otorgamiento de cartas de



ciudadanía argentina a extranjeros indeseables y qué procedimiento utilizaban los autores»; un segundo encargo tenía que ver con los métodos utilizados para la inmigración ilegal desde el Uruguay.

No es muy difícil sospechar que, aludiendo al término de «extranjeros indeseables», los argentinos buscaban averiguar cómo se introducían por sus fronteras los judíos que escapaban desde Europa; pero no es posible afirmarlo con una seguridad del cien por cien. Sí podría decirse, sin temor a equivocarse, que la Casa Rosada solicitó a mediados de 1942, los servicios de un agente nazi, a sabiendas de sus reales funciones, para

solucionar asuntos de incumbencia interna. Pareciera que nada era imposible para Langer, quien al cabo de un par de meses descubrió el accionar de un tal doctor Klappenbach, quien se hallaba detrás de aquellos intrincados asuntos.

Tal vez alentada por el éxito de sus gestiones, la relación entre el espía nazi y el capitán Irigoyen marchaba viento en popa. Tanto se estrecharon los vínculos que, durante el segundo semestre de 1942, Langer comentó al militar argentino que la mantención de su lancha *Pichincha* se estaba tornando demasiado onerosa para su humilde economía. Irigoyen se ofreció a

compartir la propiedad de la embarcación amarrada en San Fernando. El hecho a destacar es, sin dudas, que aquella motonave era frecuentemente utilizada por los servicios secretos nazis en sus operaciones encubiertas. Por ejemplo: la fuga de marinos del *Spee*. Desde ese momento, aquella misma lancha fue solventada y utilizada por una persona allegada a la Presidencia de la Nación. Durante ese mismo año, Langer facilitó su embarcación para trasladar los elementos necesarios que permitieran a la Organización Técnica nazi instalar su primera estación experimental de enlace con Alemania en las islas del Tigre.

También en 1942, la *Pichincha* fue utilizada para embarcar cuatro marinos del *Spee* fugados presumiblemente de la isla Martín García, quienes fueron recogidos por Langer en persona sobre un paraje en el río Barca Grande, cuya desembocadura se halla a menos de diez kilómetros del lugar de internación mencionado. Los tripulantes en fuga fueron desembarcados sin novedades en San Fernando. Aquella evasión fue organizada aprovechando la confusión de las celebraciones de carnaval y se realizó al amparo de las sombras de una calurosa noche de febrero. Langer y sus acompañantes, entre los cuales se encontraba el isleño Bernhard Hingst, se

acercaron silenciosamente a la costa de la isla Martín García haciendo señales luminosas con sus linternas. Un puñado de marinos, deseosos de continuar la batalla en Europa, debió nadar unos cuantos metros en dirección a la *Pichincha*, incluso uno de los forzosos bañistas se valió de la ayuda de un viejo caballo que los internos utilizaban para cabalgar por las tardes.

No obstante el asunto de la lancha, la relación más «rentable» para el agente nazi, en lo que a sus contactos con personal de la Casa Rosada se refiere, tuvo que ver con la recomendación que hizo el capitán Irigoyen al Ministerio de Guerra para que una sociedad a nombre

del mencionado doctor Russo, y en la cual Langer tenía intereses, fuera contratada como proveedora de dicha repartición. De acuerdo al mismo agente, se desempeñaron en el desarrollo de alimentos de emergencia para el Ministerio.

Para mediados de 1942 los nazis estaban tan seguros de los acuerdos logrados con los allegados a la presidencia argentina que comenzaron a pergeñar la idea de enviar los equipajes de los numerosos compatriotas que habían partido ilegalmente a bordo de los barcos españoles y portugueses. Los marineros de aquellas naves estaban dispuestos a llevar a cabo la tarea, ya que

era mucho más sencilla que contrabandear con personas. Simplemente transportaban el equipaje como propio a cambio de unos cientos de pesos. Por su parte, la embajada se ocupaba de la logística del equipaje una vez arribado a los puertos de Europa. El sistema resultó tan exitoso que pronto surgió la idea de traficar materiales de alto valor, o de suma escasez, en el mercado local. No sólo desde Argentina hacia Alemania, sino también a la inversa. A partir del segundo semestre de 1942, dichas cargas comenzaron a cruzar el Atlántico entre Buenos Aires y Europa, envueltas en la seguridad de una bandera neutral.

Si bien Langer se ocupaba exclusivamente de la logística, supo que los productos que eran contrabandeados hacia Alemania eran aquellos que por causa de la guerra escaseaban en dicho país o en los territorios ocupados. El platino destacaba entre los materiales valiosos enviados a Europa, pero también era habitual el envío de mica, hormonas y diamantes industriales. Los paquetes contenían pequeñas cantidades de estos elementos y eran entregados al agente austríaco, ya embalados, en el edificio de la Embajada alemana de manos del funcionario Franz Mammenn o del ayudante de Niebuhr, el teniente Martin Müller. También le



eran provistas las sumas de dinero necesarias para sobornar a los marinos españoles o portugueses que transportarían los preciados materiales. Los montos podían alcanzar los mil quinientos pesos por envío, dado el alto valor de la carga.

A través del mismo salvoconducto, del cual la Casa Rosada estaba al tanto por medio del capitán Irigoyen y de César López, el agente del servicio nazi recepcionaba otros materiales que eran enviados desde Alemania y que contaban con un muy alto valor. Dichos elementos eran luego vendidos en Argentina y utilizados para financiar las actividades de espionaje en Buenos

Aires. Filamentos de tungsteno, acero de alta dureza, termómetros y hasta drogas de altísimo valor eran insertados en el mercado negro porteño por los agentes alemanes.

En diciembre de 1942 la embajada local recibió un pedido especial desde Alemania. Se debía reunir la mayor cantidad de platino que el servicio secreto pudiera obtener, pero sin levantar las sospechas en el mercado. Luego se debía enviar por el salvoconducto habitual, previo acondicionamiento en finas planchas fáciles de manipular. El teniente Müller encargó a Langer, como no podía ser de otra manera, que se las ingeniara para

llevar a cabo la difícil tarea. El agente nazi recurrió a los servicios de un corredor de artículos varios de su confianza, llamado Carlos Hammer, habitual del café Satuma, entre Reconquista y Corrientes. De los diez kilogramos que el contacto de Langer consiguió, a través de un tenedor llamado Driay, los alemanes terminaron comprando alrededor de un diez por ciento. Eludieron a Hammer y adquirieron por su cuenta el resto para evitarse el gasto de comisiones. En total los alemanes gastaron una pequeña fortuna adquiriendo platino entre diciembre de 1942 y enero de 1943, la cual ascendió hasta la suma de sesenta

mil pesos. Una vez obtenido el metal, Langer lo enviaba a la casa Rodolfo Eise & Cía. sita en la calle Díaz Vélez, 3663. Allí era fundido en pequeñas planchas y se le otorgaba un certificado de pureza y calidad.

Para enero de 1943, la situación del agregado naval en Buenos Aires, Dietrich Niebuhr, quien en realidad era el jefe del Abwehr y la Ettapendienst para toda Sudamérica, se hizo insostenible. Las presiones extranjeras arreciaban. Argentina pidió su expulsión para guardar las formas y en febrero de ese mismo año, el marino se dispuso a retornar al Reich. Tan seguros estaban los nazis sobre su sistema de

contrabando desde y hacia Alemania, que Niebuhr pidió a Langer que le enviara unos cuantos suvenires rioplatenses para disfrutar en la delicada economía de guerra alemana que le aguardaba en Europa. Carnes enlatadas destacaban entre los tres cajones que fueron enviados a través de la compañía naviera Ibarra. Al parecer, alguien dentro de la firma se dio cuenta de la jugada y la operación le costó el puesto a un gerente de pasajes de nombre Luis Morales.

En mayo de año 1943 las cosas comenzaron a precipitarse en Argentina. Los rumores de golpe de Estado se multiplicaban y como era lógico ante un

cambio de autoridades, el acuerdo secreto a través del cual los nazis sacaban personas y traficaban materiales quedó suspendido tácitamente. El golpe de Estado perpetrado por el Grupo de Oficiales Unidos, liderado por el general de división Pedro Pablo Ramírez e integrado, entre otros, por el joven coronel Perón, no se llevó a cabo hasta el 4 de junio de 1943. Sin embargo, desde los primeros días de mayo, los alemanes supieron que ya no era seguro realizar envíos, o recepcionarlos, hasta que se aclararan las «inclinaciones» de los golpistas.

A la luz de lo antedicho, no resulta llamativo, entonces, que la caída del

salvoconducto secreto de los nazis, a través del cual estos enviaban y recibían materiales valiosos desde y hacia Alemania, se produjera en mayo de 1943. Momento a partir del cual, llamativamente, se desarrollaron una serie de movimientos extraños en las costas argentinas.

Los alemanes necesitaban seguir contrabandeando con los materiales que hemos mencionado. De esa manera, no resulta casual que la nueva situación política local coincidiera con la salida de puerto, durante aquellos mismos días, de un sumergible de la flota del almirante Dönitz estacionado en la Francia ocupada. La nave en cuestión se

internaría profundamente hasta la desembocadura del Río de la Plata... Tampoco parece ser un evento azaroso que al mes siguiente, junio de 1943, el propio agregado naval de la Embajada alemana pidiera al mencionado agente Seidlitz que estableciera algún punto seguro en el litoral atlántico bonaerense para el arribo de un sumergible germano. Aquel lugar estratégico finalmente fue establecido en la estancia El Porvenir, sita en el pequeño poblado de Mar del Sur y propiedad de Gustavo Eickenberg, empresario teutón y amigo de Seidlitz.

Para llevar adelante dicha operación de desembarco, el agente de la embajada



pidió ayuda a un viejo amigo. Un aviador y marinero adepto a la causa nazi, llamado Alberto Germán Wollkopf, propietario de sospechosas embarcaciones que iban y venían por el Río de la Plata uniendo Uruguay y la Argentina. La misión del capitán civil sería proveer una de sus embarcaciones, el velero *Alga*, con el objeto de salir al encuentro del furtivo lobo gris, no muy lejos de la costa de Mar del Sur. Al parecer, Wollkopf no quiso navegar con su *yatch* tantas millas hacia el sur desde su amarradero en San Fernando, motivo por el cual no habría participado de la operación; o en realidad, lo que es más seguro, esta se realizó mucho más hacia

el norte...

Apenas unos meses después, el marino germano-uruguayo se hallaba tras las rejas, acusado de facilitar sus embarcaciones para ser utilizadas en actividades de espionaje pro-Eje.

Uniendo la caída del salvoconducto secreto entre Buenos Aires y Berlín; la negativa de Wollkopf a recibir al sumergible tan al sur y; finalmente, un registro documental del BdU – Comando de Sumergibles de la Marina Alemana– ubicando a la altura del estuario del Plata al *U-199*, apenas unas semanas después de los hechos descritos, podemos intuir que el encuentro entre el *Alga* y el sumergible

de Dönitz, presumiblemente el mencionado, se produjo en un punto no muy lejano de donde las marrones aguas del Río de la Plata se unen con las azules del Atlántico Sur. Seguramente varias millas mar adentro. Muy lejos del alcance de la vista de los curiosos.<sup>9</sup>

Podemos agregar además que, a finales de mayo de 1943, un misterioso y oscuro agente alemán arribó a las costas argentinas con intenciones nunca debidamente aclaradas. Tal vez a bordo del *U-199* llegó Hans Zweigert, detenido rápidamente y puesto a disposición del juez federal Jorge Bilbao La Vieja.

El *U-199* partió del puerto de Kiel

el 13 de mayo de 1943 en su primer viaje al frente. El derrotero completo y las pruebas halladas en documentos del BdU sobre la breve estadía del *U-199* en el estuario del Plata pueden ser consultadas en *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial*, parte II, Julio B. Mutti, HistoryBook, Buenos Aires. 2013, página 74 en adelante. A la luz de todo lo expuesto aquí, y en el libro citado precedentemente, no sería entonces una sorpresa si algún día se decide recuperar el casco del *U-199*, hundido entre Río de Janeiro y San Pablo, y a bordo de dicha barco se hallan algunos kilogramos de platino.

Desde aquel momento las cosas se tornaron difíciles. Apenas unos meses después, en enero de 1944, era intensamente buscado por la policía tras la ruptura de relaciones entre Argentina y los países del Eje; asunto del que hablaremos largamente más adelante. Tras el escándalo del Caso Osmar Hellmuth, el país sudamericano se vio obligado a un timorato intento de desbaratamiento de las redes secretas nazis. Pronto comenzaron las redadas, las cuales en realidad no serían pujantes hasta agosto de ese mismo año. El nombre de Seidlitz fue uno de los primeros en aparecer en la prensa y pronto fue apresado, con lo cual, la

existencia de Langer y sus actividades no tardaron en ser conocidas. De todas maneras, el austríaco resultó un hueso difícil de roer para la policía. Recién seis meses después de la ruptura de relaciones pudo ser apresado por Coordinación Federal.

En el noroeste de la provincia de San Juan existe un olvidado caserío llamado Tocota. No muy lejos de allí, apenas unos diez kilómetros al oeste, funcionaba hace décadas una vieja mina de oro llamada Colo-Colo. Hasta ese lejano paraje llegaron, la mañana del 26 agosto de 1944, el oficial de Coordinación Federal Pablo Meliton Palmer con su ayudante, el inspector

Miguel A. Rafar. Hacía tiempo que estaban tras los pasos de un importante agente nazi, el cual desde el comienzo de la guerra había actuado a favor del Tercer Reich... Era langer, claro. Luego de haber hecho algunas averiguaciones en el departamento de Iglesia, en la misma provincia argentina, obtuvieron la información de que un extranjero, presumiblemente de origen germano, se había hecho cargo recientemente de la administración de la mina de Colo-Colo, casi perdida en plena cordillera de los Andes. Luego de atravesar los intrincados diez kilómetros de camino de montaña, a bordo de un jadeante Chevrolet de la década de los treinta,

Palmer y Rafar llegaron a la vieja mina entre nubes y chubascos de nieve. Buscaban a Eugenio Voss. Aquel era el nombre que habían mencionado los informantes locales para el nuevo empleado de la mina; sin embargo, el verdadero nombre de este viejo agente nazi era Eugenio Frank Langer.

Cansado de escapar y ocultarse en lugares tan remotos como Río Negro, las islas del Tigre o la desolada cordillera de los Andes, Langer no ofreció resistencia alguna. Ni siquiera intentó negar su verdadera identidad. Aquella fría mañana, en el desolado paraje de Tocata, el agente austríaco comenzaba su largo cautiverio en manos de las



autoridades argentinas...<sup>10</sup>

# Capítulo VII

## Tandil y General Madariaga

### TANDIL

Desde la cima del cerro del Venado, a cuatrocientos metros de altura sobre el

nivel del mar, puede apreciarse casi completamente la pujante ciudad turística de Tandil. La reserva natural Sierra del Tigre, donde se encuentra el cerro mencionado, es una extensión de ciento cincuenta hectáreas de flora y fauna natural enmarcadas en el más puro de los escenarios rodeado de las sierras. Animales de las más variadas especies conviven libremente gracias a sus amplios espacios, pudiendo encontrarse llamas, guanacos, pumas y zorros. Los innumerables turistas que recorren los senderos naturales cada año ignoran que muy cerca de allí, durante el año 1942, los agentes nazis adquirieron la primera de sus chacras. Alejados de la

capital argentina, perseguían el objetivo de instalar en el amplio terruño, una estación clandestina de radiotelegrafía.

Los ribetes de esta historia comenzaron a delinearse mucho antes del estallido de la guerra, en 1939. Cuando Tandil, ubicada a poco más de trescientos kilómetros al sur de Buenos Aires, era apenas una pequeña ciudad agroganadera.

Tomás Botega era un humilde tandilense. Harto de los trabajos agrarios y la paga insuficiente, se había dedicado a la construcción clandestina de pirotecnia. En su terreno, ubicado en la intersección de la calle Rivadavia y la prolongación de Provincias Unidas,

había montado dos precarios galpones, donde junto a un joven ayudante elaboraba peligrosamente la pólvora utilizada en sus productos. Un par de máquinas, una de pilones y otra para mezclar y lustrar la pólvora, era toda la tecnología con la que contaba el rudimentario establecimiento.

A pesar de no poseer la habilitación requerida del Ministerio de Guerra, Botega consiguió a principios de 1938 lo que en ese momento le parecía el contrato de su vida. Había obtenido, a través de un intermediario, un pedido valuado en ocho mil pesos moneda nacional de la época. Debía proveer a la Feria Veneciana de Olivos de

abundantes elementos de pirotecnia.

Un entusiasmado Botega viajó con su familia a Buenos Aires para entregar el pedido en marzo de aquel año. Sólo para darse cuenta de que había sido totalmente defraudado por el organizador del evento. El hombre había desaparecido sin dejar rastros. La maniobra había afectado en tal medida al humilde fabricante de pólvora que ni siquiera contaba con los recursos necesarios para que su familia y el peón pudieran retornar a Tandil.

Botega no fue el único proveedor defraudado. Para hacerse cargo de la iluminación del evento se había contratado a Domingo Ángel

Paramidani, un empleado de Philips Argentina SA, quien recientemente se había lanzado a la actividad autónoma. De alguna manera, Botega y Paramidani coincidieron en los airados reclamos ante la municipalidad de Olivos y entablaron una relación basada en la desgraciada suerte para el negocio que ambos habían tenido. Ante tal situación, mucho más desesperante para Botega, Paramidani, valiéndose de su amistad con el contador de dicho municipio, gestionó un préstamo de quinientos pesos para que el fabricante de pólvora pudiera retornar a su ciudad de origen.

Botega quedó en deuda con Paramidani, al menos desde el punto de

vista moral. Insistió una y otra vez para que el corredor de artículos eléctricos se transformara en su representante en Buenos Aires. El empleado de Philips finalmente aceptó, a pesar del desinterés que le generaba un rubro tan desconocido para él.

Durante los primeros meses de 1939, Paramidani logró algunos negocios redituables para Botega, a través de la comisión de festejos de la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires. Logró hacerse con una comisión del diez por cien. El corredor de la capital tenía buen ojo para los negocios y pronto entendió que el comercio de la pirotecnia no tenía demasiado futuro



envuelto en el contexto del estallido de la guerra.

Para finales del mismo año, ya con los Panzer de Hitler arroyando todo a su paso a través de los campos de batalla europeos, Paramidani persuadió a Botega de convertir la precaria fábrica. Su idea era producir exclusivamente pólvora para armamentos. Para impresionar a su posible socio, Paramidani puso sobre la mesa un pedido de dos mil kilos que dejaría a la nueva firma una utilidad del cincuenta por cien. La compañía que realizaba el pedido era nada menos que la Böker, la misma donde los futuros espías, Hans Harnisch y Werner Koennecke,

formaban parte del *staff* directivo.

El primer pedido de pólvora fue entregado en enero de 1940. Le siguieron varios otros destinados a la misma casa alemana. Las materias primas, nitrato de potasio y azufre, eran adquiridas en la droguería Retienne, Sarmiento, 1300, la misma que ya hemos mencionado en el capítulo dedicado a las actividades nazis en las islas del Tigre. Parece que todo quedaba en casa...

El negocio era tan redituable como Paramidani había prometido. Pronto se sumaron nuevos clientes, casualmente en su mayoría de origen alemán. H. Hennequin & Cia., Cia.

Electromecánica, Bromberg & Cia. y Compañía General de Construcciones fueron algunos de los nuevos interesados en la pólvora de Tandil.

Lamentablemente, Tomás Botega sólo pudo disfrutar durante un año de la prosperidad de su nuevo negocio. Falleció de cáncer en febrero de 1941. Paramidani intentó liquidar las ganancias y llegar a un acuerdo de continuidad con la viuda de aquel, pero sus esfuerzos fueron fútiles.

Al no existir las condiciones necesarias para continuar operando la fábrica de la calle Rivadavia, Paramidani decidió mudar completamente las instalaciones a un nuevo terreno que

adquirió en el barrio Villa Laza, sobre la calle Machado de la misma ciudad, cerca de la intersección de la actual avenida Perón. Allí, el ahora solitario empresario, invirtió la buena suma de treinta mil pesos argentinos en un nuevo galpón y en maquinarias. Obtuvo la autorización de Fabricaciones Militares y comenzó a operar bajo una nueva denominación, pero manteniendo sin problemas la clientela lograda.

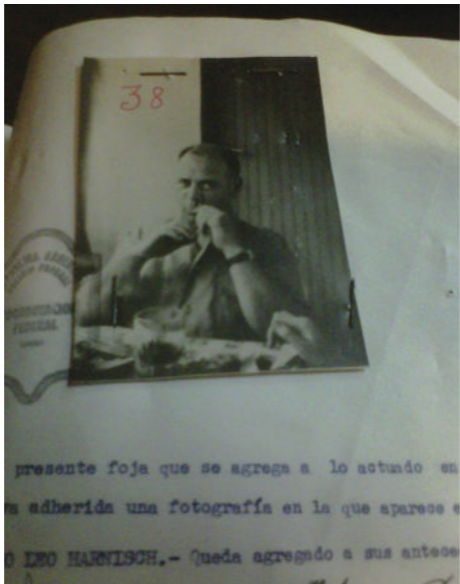
El representante de Böker, encargado de llevar los contratos con la fábrica de Paramidani, era nada menos que Werner Koennecke. Entre ambos, pronto surgió una estrecha amistad derivada de las relaciones comerciales y

también, de acuerdo a palabras del empresario germano-argentino, debido a la «coincidencia de ideas».<sup>11</sup>

Tal como hemos narrado, a finales de mayo de 1942, Niebuhr, por intermedio de Martin Müller y Harnisch, pidió a Koennecke que proveyera al servicio de un testaferrero confiable a través del cual adquirir, al menos, una chacra alejada de Buenos Aires. Por supuesto, la propiedad sería destinada a la instalación por parte de Franczok de una estación clandestina de radiotelegrafía.

El teléfono sonó una mañana fría de otoño de 1942 en el local de la Asociación Cristiana de Jóvenes de la

calle Reconquista. El señor Koennecke pedía insistentemente por Domingo Paramidani. Ambos empresarios se reunieron al día siguiente en la vieja confitería Mayo, en la esquina de Defensa y avenida de Mayo en el centro porteño.



Hans Harnisch. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Koennecke no se anduvo con rodeos. Ya desde un comienzo dejó

entrever que el favor que pediría a su amigo tenía implicancias relacionadas con actividades clandestinas. Si bien, aquella tarde de finales de mayo de 1942, Koennecke habló de un refugio en caso de ruptura de relaciones entre Argentina y Alemania, en las reuniones posteriores mencionó, sin lugar a dudas, el tema del radiotelégrafo. Es un misterio el motivo por el cual Paramidani no opuso ningún tipo de reparo al asunto, invirtiendo incluso mucho tiempo en los pormenores de la adquisición y posterior mantención de la estancia. No podemos afirmar, entonces, que Paramidani haya sido un nazi convencido o un agente del servicio



secreto. Pero si podemos caer en la conclusión de que fue uno de los más estrechos colaboradores argentinos de la Red Bolívar.

Para junio, el exitoso empresario de la pólvora había hallado un lugar muy adecuado para los fines del servicio. Se trataba de una chacra de quince hectáreas, alejada de los caminos principales, en pleno funcionamiento y no muy lejos del centro de Tandil. La propiedad pertenecía a un señor de apellido Carnero. Koennecke y Paramidani se dirigieron, sin perder el tiempo en el auto de este último, a la Sección Chacras y Quintas de Tandil. El dueño de la casa pidió la suma excesiva

de cuarenta y cinco mil pesos moneda nacional, ya que la propiedad no se hallaba en venta y no tenía interés en desprenderse de ella.

A pesar del monto exigido por Carnero, Niebuhr aprobó la operación, la cual se llevó a cabo en la escribanía Osa a través de los rematadores Ayciriex, ambos de Tandil. En agosto de 1942, el servicio de espionaje nazi en Argentina podía contar con la primera chacra de su propiedad destinada a la instalación de una estación de enlace con Alemania. Pronto los informes cifrados comenzarían a fluir hacia el otro lado del mundo desde la pequeña ciudad serrana.

La ubicación exacta de Dora aún sigue siendo un misterio. Con la información existente en los documentos que han sobrevivido es imposible llegar a una conclusión inequívoca. Probablemente se hallaba en lo que hoy se sigue conociendo como la «sección chacras», en el extremo noreste de la ciudad; muy cerca de la planta actual del famoso frigorífico Cagnoli.

Los alemanes comenzaban a invertir fuertes sumas de dinero, y ello no sólo se desprende del pago excesivo por la propiedad de Tandil. Casi de inmediato, Koennecke habilitó una serie de partidas presupuestarias para dotar a la estancia Dora, tal como la bautizó el

servicio secreto, de todos los elementos necesarios para alojar a los espías.

Hans «Maus» Lieberth, el mismo agente que había instalado la estación experimental de las islas del Tigre, sería el supuesto «administrador» de la chacra. Lieberth viajó con su familia a Tandil mientras se construía a toda prisa una ampliación del edificio principal y se amueblaba, sin reparo de gastos, la casa.

El primer contacto de «Maus» Lieberth con la radiotelegrafía fue en Bolivia durante 1937, mientras trabajaba para la Zieriaks Becker & Cía., representante de la RCA, Víctor. En marzo de 1942 Seidlitz lo reclutó para el

servicio. Luego, Lieberth se dedicó a frecuentar asiduamente la empresa Siemens donde conoció a varios agentes, entre ellos, Imhoff y Ullrich, este último encargado en aquella casa alemana. También a su futuro jefe «Don Antonio».

Paramidani fue quien llevó, en gran parte, la carga de las primeras mejoras y compras que Dora demandó. Por supuesto, el dinero invertido era reintegrado por Koennecke en cada visita a Buenos Aires que el empresario de la pólvora realizaba. Este último, también adquirió en la agencia de automóviles Larsen Wille y Rollado, de Tandil, un automóvil marca Ford de

1927, chapa de Buenos Aires 288-187, a cambio de mil seiscientos pesos y lo puso al servicio de Lieberth.

Además de los cuarenta y cinco mil pesos argentinos invertidos en la compra de la chacra, el servicio gastó, entre septiembre de 1942 y marzo de 1943, unos dieciséis mil adicionales en muebles y útiles, instalación eléctrica, peones, albañiles, pintores, sueldo de Lieberth (trescientos), herramientas, materiales e instalación eléctrica.

Paramidani fue obligado por los alemanes a colocar un aviso en un periódico local solicitando una familia para administrar la chacra. Aquello le daría una fachada real al asunto.

En el mes de septiembre, un entusiasmado Franczok montó en su automóvil todos los implementos técnicos necesarios y partió rumbo a Tandil. Edmundo Leeb, el jefe de compras de la Orga-T, y Max Frankenberger, el albañil del equipo, acompañaban a «Don Antonio» con el objetivo de instalar el primer equipo de transmisión y recepción en Dora. La usina eléctrica se instaló en una pequeña habitación de material, de no más de siete metros cuadrados, construida separada del edificio principal especialmente para tales fines. En uno de los ángulos del recinto se acondicionó una construcción hueca de cemento

armado, con el objetivo de instalar allí un elevador de tensión de corriente continua, el cual elevaba a treinta y dos mil voltios la energía producida por un generador. Este último aparato había sido dispuesto encima de una plancha de madera de tres pulgadas que ocultaba de la vista al elevador. La conexión con la batería de dos voltios y un tablero de fusibles e interruptores completaban la usina. El aparato de radiotelegrafía y las fuentes de poder fueron instalados a unos diez metros de aquel lugar, ubicados estratégicamente en el sótano de un galpón aledaño.

Luego de unas tres semanas de agotador trabajo se iniciaron las



primeras transmisiones entre Alemania y Tandil. Según los propios operadores, «no fueron muy intensas». Todas las emisiones y recepciones iniciales estaban a cargo de Franczok, quien solamente operaba la pequeña estación los días sábados y domingos, o, en su defecto, en horas de la noche. Luego de las primeras conexiones exitosas, «Don Antonio» dejó la estación Dora en octubre de 1942 para ocuparse de otros asuntos.

Durante la ausencia de su superior, Lieberth se dedicó a mejorar el aspecto de la explotación agropecuaria, la cual lucía algo abandonada. Para ello contrató dos peones locales con el fin de

que trabajaran el campo.

Al mes siguiente Franczok retornó a Tandil, esta vez acompañado del agente Werner Lorenz, otro de los operadores reclutados para irradiar mensajes cifrados hacia Alemania. Lorenz utilizaba el nombre falso de Enrique Nohl. Lo había tomado de un amigo radicado en Paraguay de quien había obtenido una copia de su certificado de nacimiento. Como los conocimientos radiotelegráficos de Lieberth eran precarios, Lorenz permaneció en la estancia Dora por un buen tiempo. Junto a su compañero fueron los encargados de radiar una serie de mensajes cifrados provistos por «Don

Antonio».



Hans Lieberth. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Para aquella época, los alemanes montaron en la chacra una gran torre destinada a un generador eólico (*windcharger*). Dicho aparato permitió, siempre que el clima fuera favorable, reemplazar el motor a nafta.

Antes de fin de año fueron construidas dos habitaciones con el fin de albergar al señor Paramidani, quien realizaba frecuentes visitas al establecimiento. Harnisch se hizo presente más o menos en el mes de diciembre para supervisar en persona la nueva joya del servicio, la estación clandestina de enlace.

A comienzos del año 1943 Lieberth fue enviado a Buenos Aires.

Debía perfeccionar sus conocimientos de radiotelegrafía. Por lo tanto, Lorenz quedó como único operador en Dora. No fue hasta abril de ese año que el administrador original retornaría a la estancia, ya habiéndose perfeccionado en el uso del manipulador radiotelegráfico. Durante ese mismo mes, Franczok envió a Tandil un nuevo equipo, ya que el anterior presentaba problemas de alimentación. El aparato fue instalado nuevamente con la ayuda de Leeb y Frankenberger, además de otros agentes como Carlos Illing y Enrique Neilling, quienes visitaron por primera vez la chacra llegando en compañía de «Don Antonio».

El brillante Wolf Franczok instruyó a Lieberth en el uso de las distintas llaves y el buen funcionamiento del nuevo equipo. Al mismo tiempo le facilitó una carpeta de hojas removibles, la cual contenía las indicaciones imprescindibles relativas a tiempo de llamadas, ondas y su denominación. Además la documentación poseía un prólogo que destacaba los deberes de los radiotelegrafistas; fiel al estilo alemán.

Desde ese momento Lieberth quedó totalmente a cargo de las transmisiones y recepciones de la estación Dora. Los mensajes cifrados para transmitir llegaban de mano de Paramidani, o por medio de los

mensajeros de «Don Antonio», especialmente Marcos Schulz.

Entre mayo y agosto de 1943, a pesar de que el equipo instalado seguía presentando algunas dificultades, Dora funcionó con pleno éxito. Se lograron intercambiar una gran cantidad de mensajes cifrados con la Alemania nazi.

Durante aquella época, aparentemente debido a su falta de capacidad para administrar la chacra, se decidió relevar a Lieberth de su cargo. Como Lorenz había sido destinado a otra estación, desde ese momento Tandil permaneció sin operador, exceptuando las breves visitas realizadas por «Don Antonio». El reemplazante de

Lieberth, enviado finalmente a otra estación en las afueras de la capital argentina, fue Gerardo von Schutz. Un germano cuarentón reclutado en Paraguay por medio de Franczok. «Don Geraldo», tal como era conocido en el servicio, se instaló con su esposa en Tandil, dedicándose de manera exclusiva a la administración del establecimiento, ya que ignoraba toda cuestión técnica relacionada con los equipos.

Las instalaciones en Tandil no fueron desmontadas hasta después de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Argentina y Alemania, acontecida a comienzos de 1944. En marzo de ese



año Johannes Szeraws, número dos de la Orga-T, fue enviado por Franczok a desmontar el equipo, y remitir sus componentes al taller de la calle Donado y posteriormente a la quinta Del Campo de Don Torcuato. Los elementos que no pudieron trasladarse a la capital federal fueron destruidos o enterrados por von Schutz; tal vez algunos de ellos aún permanezcan en la chacra, o lo que queda de ella, cubiertos por la tierra...

Durante las «épocas felices» no era extraño ver a algunos agentes del servicio veraneando en Tandil. Muchos de ellos compartieron asados y tardes estivales entre las sierras; tal es el caso de Hans Blume, Marcos Schulz, Werner

Sommermeier y Lina Maurer, entre otros.

## GENERAL MADARIAGA

El doctor Ángel Garrido González era un relativamente reconocido procurador de la ciudad de Buenos Aires, quien tenía su estudio en la calle Belgrano, 1358.

Según declaró ante Coordinación federal, el 1 de septiembre de 1944, en algún momento del año 1937, aquel licenciado en derecho, conoció a un nuevo cliente llamado Hans Harnisch. El gerente de Böker, un enigmático hombre, no se revelaría como un parroquiano más en la vida profesional de aquel individuo. Garrido representó

al agente del Abwehr en una causa relacionada con la disolución de una sociedad vinculada a la venta de maquinarias. Luego de aquel año, Harnisch se convirtió en un cliente habitual del estudio de la calle Belgrano, lo que generó entre ambos hombres una relación comercial estrecha, pero también, un excelente vínculo a nivel personal.

A mediados del año 1942, mientras Koennecke finiquitaba todos los detalles concernientes a la adquisición de la chacra de Tandil, Harnisch le comentó a su letrado que estaba interesado en la compra de una propiedad ubicada en el sur de la

provincia de Buenos Aires. Las ciudades de Maipú, Dolores y General Madariaga se presentaban como las más acordes a sus necesidades. Siguiendo la estratagema que Koennecke empleó con Paramidani, el espía dijo a su amigo que, ante la posibilidad de una derrota alemana en la guerra europea, temía por la suerte que pudieran correr sus intereses. Teniendo en cuenta que su esposa e hijos eran argentinos, quería proveerse de un lugar seguro de reclusión. Mientras tanto, la chacra serviría como lugar de veraneo y la explotación del campo podría entregarle algunas ganancias extra.

La diferencia entre los casos de

Paramidani y Garrido estuvo dada por el hecho de que el segundo ignoró las actividades clandestinas de Harnisch, al menos hasta que fue demasiado tarde.

Entre agosto y septiembre de ese año, el gerente de Böker y su representante se adentraron en las difíciles rutas argentinas de aquellos años. Recorrieron pacientemente las propiedades disponibles en las tres ciudades mencionadas.

De acuerdo a Garrido González, General Madariaga se presentaba ideal para los fines buscados. Su cercanía a la ciudad de Mar del Plata y las inmejorables condiciones del campo se presentaban irresistibles. La pequeña

ciudad se halla unos cien kilómetros al norte de la ciudad balnearia y a unos escasos veinte kilómetros de las costas bonaerenses de Pinamar.

La chacra elegida fue La Elvira, propiedad de la familia Sangorrin. La operación fue rápida. La suma inicial de treinta y dos mil quinientos pesos logró ser regateada por Harnisch hasta veintisiete mil quinientos sin mucho esfuerzo. La escribanía local del señor Manuel Tejeiro tuvo lista la escritura para que Garrido y Nicolás Sangorrin firmaran el traspaso legal de la estancia el día 4 de diciembre de 1942. Antes de terminar aquel año y con Dora en funcionamiento, los agentes nazis

podían contar ya con su segunda estación clandestina de enlace en el interior de la provincia de Buenos Aires.

El primer agente destinado a General Madariaga, desde aquel momento conocida en el servicio como La Otilia, fue Heinz Lange; el citado espía enviado por el SD a la Argentina en 1940. Luego de cuatro semanas, Werner Lorenz, el radiotelegrafista que se hallaba en Tandil asistiendo a Hans Lieberth, fue destinado de manera definitiva a la nueva estación. En enero de 1943, el mencionado operador de la Orga-T se hallaba establecido en la propiedad bajo el nombre falso de Enrique Nohl, habiéndosele dicho a



Garrido que esta persona, supuesto sobrino del Harnisch, sería la encargada de los asuntos inherentes a la chacra.

Si bien el testaferro se desligó de la explotación agropecuaria, habitualmente viajaba a General Madariaga los fines de semana acompañado de su familia. De hecho, cuando los alemanes tomaron posesión del La Otilia, Harnisch encargó a Garrido la adquisición de una casa prefabricada Thyssen Lametal, la cual se instaló como una ampliación del edificio existente. El jefe local del Abwehr también se había ocupado de adquirir un Ford 1939, matrícula 119-557, para ponerlo al servicio de la estancia.

La historia de Werner Lorenz, el radiotelegrafista permanente de la estación, tiene algunos pormenores que valen la pena ser mencionados. Al menos sin adentrarnos en demasiados detalles.

La guerra sorprendió a este joven electricista de paso por Sudamérica, contratado por la compañía Quebracho Brasil S. A. del país vecino. Tal como pasó a tantos alemanes en aquel lejano momento, no pudo embarcarse por ninguna vía de regreso a su patria, debido a los bloqueos impuestos por los británicos. Lorenz llegó a albergar la increíble idea de retornar a Europa mediante la construcción de un velero,

aun sin tener conocimiento alguno de cómo gobernar este tipo de embarcaciones. Viajó, una y otra vez, entre Paraguay, Argentina y Brasil, intentando infructuosamente el retorno. Franczok encontró a Lorenz en Paraguay en 1942, mientras se aprestaba a ayudar a un agente del servicio, de nombre Schnieter, a montar un pequeño atentado contra un cine de Asunción. El motivo que motorizaba tal hecho era que la sala se preparaba para presentar la película *El gran dictador*, de Charles Chaplin...

Franczok reclutó al joven germano en 1942 y lo puso a estudiar radiotelegrafía bajo la tutela de Werner

«Santos» Sievert, un avezado operador de la Orga-T. Una vez radicado en la Argentina, tal como hemos mencionado, Lorenz fue enviado a Tandil para auxiliar a Hans Lieberth.



Hans Blume. Operador de la Orga-T y radiotécnico.

En 17 de enero de 1943 Lorenz-Nohl llegó a La Otilia a bordo del

*Mercury* de Harnisch. Lo acompañaban este último, su esposa e hijo mayor. La pareja del radio-operador, Emmy Trappe, quien lo acompañaba desde su estadía en Paraguay, pronto viajaría a instalarse a General Madariaga. A la peonada se le dijo que se trataba del nuevo administrador de la chacra, quien además era el sobrino de Harnisch. Pronto se sumó a la comitiva el albañil del servicio, Max Frankenberger, quien de inmediato puso manos a la obra en la puesta a punto de una nueva instalación eléctrica y en la construcción de la casita Thyssen.

Mientras estas tareas se llevaban a cabo, Lorenz, trabajando exclusivamente

en la noche y a escondidas de los peones, se dedicó a la construcción del recinto donde se acomodaría el equipo de radiotelegrafía. El aparato fue ubicado en el sótano que se encontraba directamente debajo de la habitación del operador de la Orga-T. Se construyó un piso de madera y se revocaron las paredes del improvisado escondite para evitar la filtración de la humedad.

En el mes de marzo todo estuvo concluido. El servicio envió entonces al agente Werner Sommermeyer y a su esposa Ana Assmann para que ocuparan los puestos de caseros. El matrimonio fue ubicado en la casa prefabricada citada anteriormente. Emmy Trappe,

oficialmente encargada de los quehaceres domésticos, completaba el grupo. Al igual que el matrimonio Von Schutz, los Sommermeyer eran inmigrantes alemanes radicados en Paraguay, reclutados luego por «Don Antonio» Franczok en dicho país y traídos a la Argentina para administrar las explotaciones agropecuarias de la Orga-T.

El 18 de abril de 1943 fue el gran día. Durante la mañana llegó la comitiva especializada del servicio que pondría en funcionamiento el radiotransmisor. Wolf «Don Antonio» Franczok, Edmundo Emilio Leeb, Pedro Lehmann y Hans Blume llegaron

aquella mañana de otoño, y montaron en apenas un par de días todas las conexiones faltantes. Los muchachos de la Orga-T también traían el aparato construido en Martínez, embutido en su propio mueble, y todos los accesorios necesarios para comenzar a operar.

Exactamente el 20 de abril, Lorenz lo recordaba muy bien por ser el cumpleaños del Führer, «Don Antonio» inició exitosamente las transmisiones desde La Otilia. «Cuatro horas de excelentes intercambios.» Harnisch estuvo presente para ser testigo del gran momento.

Pedro Lehmann también había conocido por aquella época la estación



Dora de Tandil. Este agente era en realidad el experimentado espía Johannes Abrics Szeraws. Un marino mercante alemán, que al igual que el jefe de la Orga-T, era un experto en radiocomunicaciones. Se había desempeñado en Chile, donde la guerra lo había sorprendido, bajo los designios de Niebuhr. El jefe regional del Abwehr, durante una visita al país trasandino en 1941, le había ordenado la construcción de una estación clandestina de enlace radiotelegráfico. A esa tarea se había abocado con la ayuda del ya mencionado Hans Blume, siendo el único operador radiotelegráfico del espionaje alemán disponible para el

aparato instalado en Quilpué.

A finales de 1942, los norteamericanos revelaron la existencia de las redes nazis en Chile. Dieron a conocer el nombre de Szeraws, quien con la ayuda de la familia Bade, terratenientes de la zona sur del país vecino, logró fugarse hacia la Argentina. Una vez en Bariloche y producida la ruptura de Chile con Alemania, fue escondido por el conocido colono germano de esa localidad, Otto Meiling.

Szeraws fue un gran refuerzo para la Orga-T argentina. Gracias a sus condiciones técnicas, pronto fue designado por Franczok como el segundo al mando en la organización.

Oficialmente era absorbido por el SD argentino. Cuando «Don Antonio» desaparecía unas semanas por algún motivo, aquel se hacía cargo de sus asuntos.

Una de las primeras tareas de Lehmann-Szeraws fue la de instalar un equipo receptor en la casa de la señora Wichmann, una inmigrante alemana que le alquilaba una habitación en la calle Las Heras, 1087, de la localidad de Vicente López. Allí mismo se dedicó a descifrar los mensajes recibidos y a cifrar las respuestas que serían luego enviadas por escrito a Tandil o General Madariaga, para luego ser radiadas a la estación de Alemania. Para ello Franczok

le proveyó de una de las famosas máquinas Enigma del servicio secreto.

En el mes de mayo, «Don Antonio» y Szeraws volvieron a visitar a Lorenz en Madariaga. Llevaban en esta segunda oportunidad varios mensajes para transmitir y una máquina cifradora. El operador fijo de la estación pudo transmitir esta vez varios telegramas. Sin embargo, es de suponer que su velocidad no conformó al jefe de la Orga-T, ya que durante junio y julio fue enviado a la capital para perfeccionarse en el uso de las llaves. Una vez terminada la capacitación, Lorenz siguió transmitiendo desde La Otilia los telegramas cifrados que por medio de

Harnisch, el correo postal o cualquier otro agente que visitaba ocasionalmente el lugar le eran entregados. Tampoco era extraño ver en General Madariaga algún agente del servicio pasando una temporada de vacaciones.

Tal como sucedió en Tandil, la ruptura de relaciones diplomáticas entre Argentina y el Tercer Reich, producida en febrero de 1944, precipitó el final de la chacra de General Madariaga. El nuevo contexto exigía estaciones más sencillas de abandonar, de ser necesario, y la utilización de equipos portátiles. Aquella estrategia permitió al servicio técnico sobrevivir varios meses luego de la ruptura.

Ante tales acontecimientos, los cuales más adelante relataremos en detalle, quedó en evidencia para el doctor Garrido González el hecho de que Harnisch era un agente implicado en el espionaje alemán. Según sus declaraciones ante las autoridades argentinas nunca vio nada sospechoso en la chacra. Inmediatamente, luego de ponerse al tanto de estos hechos, Garrido partió raudamente hacia General Madariaga con el objetivo de despedir a cualquier persona que hubiera sido llevada por Harnisch al lugar. Lo asustaba la posibilidad de quedar implicado en un hecho de gravedad, tal como finalmente sucedería.

Lorenz le comunicó que los Sommermeyer se habían ausentado a la capital por razones de salud de Anna. Garrido dio instrucciones al operador de la Orga-T para que junto a Emmy Trappe dejaran la estancia y puso al frente de la explotación agropecuaria a un peón argentino de nombre Francisco Matienzo.

Para el mes de marzo de 1944, Lorenz y Trappe dejaron la estancia definitivamente. Con la ayuda de Lieberth retiraron todos los equipos de radiotelegrafía. Los aparatos fueron depositados finalmente en la quinta Del Campo de Don Torcuato, y se decretó el final de los días de la La Otilia como

una de las estaciones clandestinas de enlace con la Alemania nazi, la cual operó con éxito entre abril de 1943 y enero de 1944.





Wolf Franczok instalando una antena en una estación de la Orga-T. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Hans Lieberth dejó constancia en el

*Segundo Sumario de Espionaje Alemán,*  
AGPJN, de las características de sus  
transmisiones desde Dora, textualmente  
dice:

Noviembre de 1942: onda 8.000 kilocidos, características de llamada «HDZ», características de respuesta «HDZ». No existía un plan de trabajo y las transmisiones se efectuaban en la medida de lo necesario, particularmente después de la hora veinte. Posterior a noviembre de 1942: onda, se agregó una variable de 11.500 kilocidos, características de llamada «TQI1» y de respuesta «TIM2». La característica «HDZ» se seguía usando, pero eran más precisas las anteriormente consignadas, que particularmente se oían después de las veintiuna o veintidós horas. Desde junio

de 1943: onda, de acuerdo con el tiempo y con la hora se utilizaban tres distintas ondas, en 10.800 kilociclos, 11.300 a 11.400 kilociclos y en 12.400 kilociclos. Características de llamada, en 10.800 kilociclos era «CEN», denominándose esta onda «ba»; en 11.300 a 11.400 kilociclos, era «COB», denominándose «gh»; y en 12.000 kilociclos, era «EAQ». Se transmitía en horas fijas, siempre después de las dieciocho y treinta horas y en servicio «bk», es decir con interrupción inmediata cuando la estación contraria no había recibido bien el grupo de letras. A partir de julio de 1943 las características de llamada variaban diariamente según un formulario adjunto a los telegramas que se entregaba al operador.

# Capítulo VIII

## La caída de Niebuhr y la primera gran redada

El legendario ataque japonés a la base naval estadounidense de Pearl Harbor,

Hawái, tuvo lugar la mañana del 7 de diciembre de 1941. Después del ingreso de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, la gran nación del norte comenzó a ejercer una ingente presión sobre el resto de los países americanos. Perseguía con todas sus influencias, utilizando las armas que estuvieran a su alcance, que los países del continente abandonaran raudos la posición de neutralidad. Aquellas maniobras comenzaron casi inmediatamente después del estallido de las bombas japonesas. Aún humeaban los devastados campos de aviación hawaianos cuando dieron inicio las maquinaciones políticas.

Durante aquel convulso mes de diciembre, varios países centroamericanos, caribeños e incluso México, se apresuraron a alinearse con la causa del poderoso país devenido en regente del hemisferio. Las bases del alineamiento sudamericano se sentarían el mes siguiente, durante la III Reunión de Consulta entre los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas; más conocida como la Conferencia de Río. Del 15 al 28 de enero de 1942, las naciones americanas se reunieron en Brasil al compás del demoledor verano carioca. Sumner Welles, el subsecretario de Estado americano, encabezó las negociaciones

en nombre del Gobierno de Roosevelt. Desde el inicio desencadenó una inocultable presión sobre los representantes de dichos gobiernos para que abandonasen la neutralidad. Brasil jugó pronto sus cartas a favor de los Aliados. Sólo Argentina, representada por el ministro Ruiz Guiñazú, y Chile resistieron durante toda la conferencia sin claudicar a sus posturas de neutralidad absoluta. El resto de las naciones se apresuraron a romper las relaciones diplomáticas con las potencias del Eje, y comenzaron a aplicar medidas concretas sobre los intereses de aquellas naciones en sus propios países.

Como ya hemos visto, la

persecución de los agentes nazis en Brasil se desató casi desde ese mismo momento. Por lo tanto, Buenos Aires se convirtió en el nuevo cuartel general de los espías en Sudamérica. Dos largos años de neutralidad argentina quedaban por delante; los alemanes sabrían aprovecharlos y no perdieron tiempo para comenzar a desarrollar ambiciosos planes.

A pesar de los contratiempos sufridos en Río, al no poder alinear a la totalidad de las naciones americanas, los decepcionados norteamericanos estaban lejos de quedarse con los brazos cruzados. No iban a claudicar. Ante la negativa argentina de romper relaciones



con el Eje ante la agresión japonesa, decidieron entonces poner en evidencia a las redes de espionaje alemanas que operaban en dicha nación. Al menos a las que habían logrado identificar con la ayuda de los británicos y de la inestimable ventaja resultante de la ruptura del código Enigma.

Durante 1942, mientras los espías nazis se reagrupaban en Buenos Aires y daban rienda suelta a los ambiciosos planes que desembocaron en la creación de la Red Bolívar y la Orga-T, el embajador americano en esa capital recibió desde Washington un informe detallado sobre las actividades clandestinas de los alemanes. El dossier

incluía los alcances, los métodos utilizados y, lo que era más importante, la identificación de varios agentes. A ello debemos agregar la inequívoca conclusión de que el jefe de la organización era, nada menos, que el capitán Dietrich Niebuhr. Todo había comenzado en octubre de ese mismo año. Las fuertes declaraciones hechas por el subsecretario de Estado, Welles, acerca de las actividades de espionaje nazi en Argentina y la falta de medidas para combatirlo por parte del Gobierno local, habían herido hondamente las susceptibilidades de Castillo y sus ministros.

El 3 de noviembre de 1942 el

embajador americano Norman Armour entregó al ministro del interior argentino, José María Culaciati, el primero de tres dossieres que ponían en evidencia a los agentes nazis. Las instrucciones recibidas desde Washington indicaban que el embajador debía entregar el documento al ministro de relaciones exteriores, pero el americano no confiaba en Ruiz Guiñazú y en la trascendencia que pudiera darle a tal revelación.

El Gobierno de Castillo no tuvo más remedio que poner manos a la obra. Dio inicio a la primera redada seria de espías nazis llevada a cabo en la Argentina. Por suerte para el Abwehr y

el SD, los norteamericanos habían denunciado sólo al primer grupo de espías, al más antiguo, dejando expuestos a Hans Napp y Ottomar Müller, entre otros, y a varios de sus colaboradores. Tanto Harnisch, como el recién llegado Wolf Franczok, lograron quedar a cubierto. Sus equipos de colaboradores, mucho más profesionales que los denunciados esta vez, quedaron a salvo.

A finales del mes de noviembre del mismo año, el Gobierno argentino dejó entrever a la prensa que el ministro Culaciati había recibido tres memorandos de parte del embajador Armour referidos al asunto del

espionaje. Sin embargo, procuró por todos los medios que el contenido de dichos dosieres no viera la luz del sol. Recién el día 14 de noviembre, once días después de que los norteamericanos presentaran el primer memorando al poder ejecutivo argentino, *La Prensa*, el 14 de noviembre de 1942, página 6, entre otros periódicos porteños, publicaba la siguiente información emanada del Ministerio de Exteriores:

[...] el Gobierno realizará una investigación sobre el espionaje efectuado en nuestro territorio por agentes de los países integrantes del Eje. [...] como consecuencia del pedido realizado por el Gobierno argentino, por medio de la embajada en Washington, a raíz de las

declaraciones formuladas por el subsecretario de Estado Welles, el representante diplomático de los Estados Unidos en Buenos Aires, el señor Norman Armour, entregó en nombre de su Gobierno, con fecha 3, 4 y 10 del actual mes, tres memorandos confidenciales acerca del espionaje en territorio argentino por agentes de los países del Eje. [...] El poder ejecutivo ha visto con satisfacción esta colaboración y ha dispuesto el inmediato estudio de aquellos informes [...].

Finalmente, aquel grupo de espías del Abwehr poco profesionales, a los que Niebuhr execraba, serían los mismos que provocarían su caída. Lamentablemente para los alemanes, el agregado naval no sobreviviría al asunto.

Como si el contenido del informe fuera poca cosa, el 5 de noviembre de 1942 la Policía de la capital allanó las oficinas comerciales de Napp. Entre el botín obtenido se lograron secuestrar copias carbónicas de informes secretos dirigidos a Niebuhr. Por su parte, el agente del Abwehr fue detenido algunos días más tarde en su casa de la localidad de Martínez, gracias a la intervención de la Policía bonaerense. Uki Goñi relató en *Perón y los alemanes* cómo Napp, ya detenido, se quejó de que la Policía de la capital había sido sobornada para evitar su arresto, pero no así la fuerza provincial.

Para desgracia de su jefe, el asunto

de los sobornos no sería de lo único que el agente del Abwehr hablaría ante los argentinos... Antes de finalizar noviembre, el Ministerio del Interior daba a conocer la detención del agente Hans Napp y el hallazgo de la documentación gravemente incriminatoria en sus oficinas, el diario *La Prensa*, del 23 de noviembre de 1942, se hacía eco: «Napp confesó actuar bajo las inspiraciones directas del agregado naval y de aeronáutica de la embajada germana en nuestro país, el capitán de navío Dietrich Niebuhr. Con la información suministrada por Napp, otros súbditos alemanes han sido detenidos [...]. De esas diligencias



resultó la detención de Erico Spurkel, a quien se le secuestró una importante documentación relacionada con la grave pesquisa [...]».

En poder del agente se hallaron, tal como hemos mencionado, informes en elaboración para ser presentados ante Niebuhr. El contenido de estos trascendió en aquel momento y nos da una buena idea de las actividades del Abwehr en Argentina durante 1942. Napp tenía en su poder, principalmente, un detallado informe sobre el movimiento de vapores en el puerto de Buenos Aires, así como también, una lista pormenorizada de las mercancías transportadas hacia Europa.

Al mes siguiente se desató un inevitable conflicto entre Argentina y Alemania debido al pedido de detención contra Niebuhr, emitido por parte de la Corte Suprema de Justicia Argentina en concordancia con el poder ejecutivo.

Durante los primeros días de enero de 1943, el encargado de negocios de la Embajada alemana, Otto Meynem, quien se había convertido en el principal funcionario de la misión diplomática ante la expulsión de Thermann, concurrió en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Allí se entrevistó con el subsecretario, el doctor Roberto Gache, en cuyas manos depositó la nota oficial que luego sería enviada a la Corte

Suprema. La declaración por parte del Gobierno de Hitler sobre el asunto Niebuhr era terminante: el Tercer Reich se negaba a aceptar que un funcionario, alcanzado por la inmunidad diplomática, fuera puesto bajo la jurisdicción argentina en asunto alguno.

Ante aquella firme postura oficial de los alemanes, el Gobierno argentino no tuvo más remedio que expulsar al jefe del Abwehr. A mediados de enero, el Ministerio de Relaciones Exteriores del país sudamericano daba a conocer en un comunicado especial su decisión. A continuación algunos de sus pasajes más importantes, los cuales resumen el episodio desde el comienzo:

Con el motivo de las apreciaciones hechas en los Estados Unidos sobre el desarrollo de las actividades del espionaje alemán en Argentina, la Cancillería, en comunicado del 10 de octubre pasado, reiterando declaraciones anteriores, insistió en la seguridad de que el Gobierno argentino no desatendería ninguna denuncia concreta que se le hiciera llegar [...].

Respondiendo a estas manifestaciones [...] el Gobierno de los Estados Unidos, por conducto de su embajada en esta [capital], informó sobre los hechos que conocía con respecto a esas actividades, preparándose a ese efecto, por la nombrada embajada, tres memorandos en base a los cuales la Cancillería dispuso inmediatamente, y en el día mismo de la presentación, la investigación formal de los hechos denunciados. [...]

Concluida la investigación policial,

la Justicia Federal [...] dio traslado a la Corte Suprema de Justicia de la parte que comprometía al agregado naval de la embajada de Alemania, capitán Dietrich Niebuhr, de acuerdo con el procedimiento especial que deriva de la condición diplomática de este. [...]

Por oficio del 23 de diciembre pasado [1942], la Corte Suprema, haciendo suyo el dictamen del Sr. procurador general de la nación, se dirigió al poder ejecutivo comunicándole que, habiéndose decidido por ese tribunal, a méritos de los antecedentes conocidos, llevar adelante la investigación en lo concerniente a la actuación del capitán Niebuhr, correspondía que por medio de la Cancillería se recabe del Gobierno de Alemania la autorización necesaria para que el nombrado diplomático sea sometido a la jurisdicción del tribunal.

[...] Finalmente con fecha 9 de enero el encargado de negocios de la embajada ha comunicado a la Cancillería que su gobierno, atendido a los principios de inmunidad diplomática, no permite que el capitán Niebuhr sea sometido a los tribunales argentinos. [...] Las constancias de la investigación ya efectuadas proporcionan a este gobierno elementos de juicio suficientes para estimar que el capitán Niebuhr, abusando de su posición y privilegios, ha intervenido en actos incompatibles con su situación diplomática y con la posición neutral del país. En consecuencia, el encargado de negocios de la Argentina en Berlín ha recibido instrucciones para solicitar al Gobierno alemán el retiro del capitán Niebuhr y el cese de sus funciones diplomáticas en esta [...].<sup>12</sup>

El 26 de enero de 1943 un ofuscado y frustrado Niebuhr dejaba Sudamérica. Embarcaba en el *Cabo de Hornos* en el puerto de Buenos Aires, fue reemplazado provisionalmente por el teniente Martin Müller y luego, definitivamente, por el general Friedrich Wolf. Este último se desempeñaba como agregado militar en Chile, país que rompía relaciones con el Eje mientras Niebuhr dejaba la Argentina.

Casualmente, en el país trasandino, junto con Argentina, los únicos neutrales en el continente para aquellos momentos, se había producido una situación similar; los Estados Unidos habían denunciado el espionaje nazi y a

varios de sus agentes, desencadenando la ruptura total de relaciones con Alemania, Japón e Italia.

A favor del vituperado Gobierno del presidente Castillo debemos mencionar que actuó a conciencia, al menos de acuerdo a la información aportada por el memorando de los norteamericanos. Detuvo a los agentes mencionados en el dossier y expulsó al principal referente del espionaje nazi. En su contra se puede argumentar que pudo haber actuado mucho antes de recibir presiones e información por parte de los Aliados. Muchos de los agentes detenidos eran viejos conocidos.

Las detenciones y expulsiones no



fueron suficientes para los estadounidenses, quienes seguramente buscaban con esta maniobra que finalmente la Argentina abandonara la neutralidad. El hecho de no alcanzar el objetivo esperado, como sí sucedió en Chile, empujó a los norteamericanos a filtrar a la opinión pública el informe completo que Armour había entregado a Culaciati.

Para profunda decepción del Gobierno democrático argentino, a fines de enero de ese año, los estadounidenses, utilizando su influencia sobre los países integrantes del Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente,

con sede en Montevideo, hicieron público el informe sobre espionaje nazi en Argentina. Contaban con el consentimiento del resto de los países latinoamericanos, excepto Chile. El extenso detalle de todas las actividades del grupo del Abwehr, recientemente desbaratado, así como el nombre de todos los implicados, fue publicado con lujo de detalles en cada periódico de la capital Argentina. Aquel acto, tendente a forzar a la Argentina a romper relaciones con Alemania, ofuscó profundamente al Gobierno de Castillo. Ruiz Guiñazú consideró perjudicial y redundante el hecho de hacer público el informe y dio a conocer un comunicado el día 23 de

enero. La Cancillería argentina expresaba enérgicamente que el comité en cuestión había sido informado de los avances realizados sobre el particular así como de los resultados obtenidos. Especialmente se hacía hincapié en que lo último publicado no agregaba novedad alguna respecto a lo presentado por Armour meses antes; y que la divulgación de información sólo traería aparejada la dificultad de las investigaciones en marcha.

De todas maneras, aquellas revelaciones nada lograron sobre el Gobierno argentino, más que el efecto de endurecer las postura neutralista. No sería hasta un año más tarde, bajo un

Gobierno no constitucional y a la luz de nuevas y más complejas evidencias, que la Argentina rompería finalmente relaciones con la Alemania nazi.

# Capítulo IX

El «Tío» Kusters,

Talita y una aventura  
patagónica

LAS AVISPAS, SANTA FE

En el noroeste de la provincia de Santa Fe, unos ciento ochenta kilómetros al norte de la capital, se hallan los prósperos campos del departamento de San Cristóbal. A comienzos del siglo XX, miles de hectáreas de una calidad inmejorable para la actividad agroganadera eran explotadas principalmente en el cultivo de zapallos y afines. En la actualidad, algunas de las pequeñas localidades del departamento parecen no haber cambiado mucho desde aquellos lejanos años; a no ser por un mar verde, inmenso, que se mueve al compás de la brisa campestre. Un vasto manto de soja, legado de los cambios agrarios de los años noventa, parece engullir a las

añejas estancias como El Simbol, viejo establecimiento de la pequeña localidad de Las Avispas. Allí mismo, donde hoy se levantan algunos establos con reminiscencias alemanas de la ola inmigratoria de comienzos de siglo.

Por la ruta provincial número dos, apenas pasando el hermoso espejo de agua llamado laguna La Verde, donde algunos flamencos silvestres remojan sus interminables patas, se llega al caserío que se denomina Las Avispas. Un viejo camino de tierra sobre la margen derecha de la ruta lleva hasta el viejo establecimiento agro-ganadero, propiedad en el pasado de la familia Kusters, uno de los clanes de granjeros

alemanes establecidos allí durante el primer cuarto del siglo.

Uno de los primeros colonos teutones en instalarse en Las Avispas fue Walter Junkers, quien compró parte del loteo del establecimiento El Simbol en el año 1930. Allí se dedicó exitosamente a explotar las ricas tierras argentinas. Carlos Kusters, tío del que se transformaría en el célebre agente argentino-alemán Osmar Hellmuth, sobre quien volveremos inevitablemente más adelante, era otro inmigrante alemán de principios de siglo.

Kusters, excapataz de La Fidelidad, una estancia de la Bunge & Born, fue persuadido por su amigo Junkers para



adquirir otra porción del lucrativo loteo de El Simbol. Con el sudor y sacrificio de largos años de trabajo y un generoso préstamo del Banco Hipotecario, Kusters pudo finalmente adquirir su campo en el año 1937. Pronto lo dotó con seiscientas cincuenta cabezas de ganado vacuno, doscientas de lanar y cien de caballar. Una inversión total de ciento cincuenta mil pesos.

Para cuando Kusters adquirió su campo, tanto él como su amigo Junkers, hacía ya diez años que habían entablado relaciones con un corredor de la Otto Deutz. Habían adquirido del viajante varios motores para sus explotaciones agrarias. Se trataba nada menos que de

un joven Hans Harnisch, aún totalmente ajeno a cualquier actividad ligada al espionaje. Apenas un ambicioso hombre de negocios con ansias de progreso.

Cuenta la historia que entre 1932 y comienzos de 1943, los colonos radicados en Santa Fe perdieron el contacto con Harnisch. Eso es lo que se desprende, al menos, de las declaraciones del propio Kusters. Un asunto difícil de creer. Al menos si tenemos en cuenta que para cuando se produjo el reencuentro entre ellos, el sobrino de Kusters, el nombrado Hellmuth, y Harnisch se reunían frecuentemente por asuntos de

espionaje.

A pesar de haber mantenido el contacto, según parece a través de Osmar Hellmuth, Kusters no visitó a su viejo amigo hasta febrero de 1943. Bajo circunstancias bastante tristes, por cierto. La esposa del granjero de Las Avispas estaba mortalmente enferma para comienzos de ese año, con lo cual el matrimonio debió trasladarse hasta el Hospital Alemán de Buenos Aires. La señora Kusters finalmente murió en el mes de febrero. Angustiado por la mala situación económica en que había quedado por los gastos originados en la enfermedad de su difunta esposa, el colono teutón decidió recurrir a su viejo

amigo, Hans Harnisch.

El gerente de la Böker, quien recientemente había comprado para el servicio las chacras de Tandil y General Madariaga, hábilmente vio el rédito que podría sacar de la desesperante situación de su viejo camarada. Ofreció a este un crédito muy blando, de treinta mil pesos argentinos, a una benévola tasa del tres por ciento anual. A cambio, Kusters debía poner a disposición del servicio de información germano su chacra enclavada en el medio de la inmensidad del interior argentino.

En una reunión consumada en la afamada confitería El Molino, Kusters aceptó sin más la propuesta de

Harnisch. El gerente de Böker rápidamente entregó el préstamo, materializado con el dinero del SD, y organizó sin perder tiempo un encuentro entre Franczok y Carlos Kusters. Por supuesto el objetivo era inequívoco: instalar una estación de radiotelegrafía de la Orga-T en El Simbol.

Apenas diez días después de sellar el acuerdo, Harnisch y Franczok se montaron en el *Mercury* del primero y se dirigieron a San Cristóbal para una primera visita de reconocimiento. Unos días más tarde se sumó Frankenberger, el albañil, quien levantó una habitación que simulaba ser un cuarto de

huéspedes. En realidad estaba destinada a los aparatos y a diversos equipos de «Don Antonio». Los alemanes construyeron un armario especial, con «doble fondo», para guardar todo tipo de elementos técnicos que debían esconderse de la vista de los curiosos.

Entre abril y mayo, Franczok volvió a Santa Fe para instalar el equipo, el *windcharger* y los acumuladores. Por aquellos días, Osmar Hellmuth y Harnisch también visitaron la estancia; testigo de ello fue el viejo Junkers, quien nunca dejó de frecuentar a su vecino.

De acuerdo a las declaraciones de Franczok ante la Coordinación Federal, realizadas meses más tarde, la estancia de

Las Avispas fue usada apenas como reserva en caso de que las otras estaciones salieran de servicio.

En cierta oportunidad «Don Antonio» viajó sin aviso previo a la chacra de Kusters, llevaba la intención de radiar una serie de mensajes cifrados. Aquel viaje apenas sirvió para trasladar una serie de elementos técnicos, ya que para la frustración de Franczok, el propietario del lugar había alojado a un vecino en el cuarto del transmisor. Algo inconcebible para un profesional como el doctor Utzinger.

La estación de enlace clandestina del «Tío» Kusters sobreviviría mucho tiempo más que su desventurado

sobrino, y no sería allanada por la policía hasta la segunda mitad de 1944.<sup>13</sup>



## CONCEPCIÓN DEL URUGUAY, ENTRE RÍOS

Talita es una pequeña localidad rica en explotaciones agropecuarias. Sus fértiles estancias se ubican a unos seis kilómetros al sur de la importante ciudad entrerriana de Concepción del Uruguay. Se recuesta sobre el margen occidental del caudaloso río que lleva el nombre del país vecino, confundiéndose entre la abundante flora. Hacia el otro lado, la famosa ruta catorce atraviesa serpenteante los frescos campos de cultivo argentinos, fuente de alimentos de millones de personas.

Carlos Leitner era un agricultor austríaco que a corta edad huyó de su patria, espantado por el hambre y la miseria impuestos por la Gran Depresión. Llegado a Sudamérica en 1930, y luego de pasar una temporada en el mítico hotel porteño de los inmigrantes, partió hacia el norte en busca de mejores horizontes. El destino pronto ubicó a Leitner en el Paraguay, donde pudo ejercer con buena fortuna su oficio de granjero en diferentes tipos de emprendimientos. Además de conseguir una esposa nativa con la que tuvo tres hijos.

Radicado en Villarica, Leitner entró en contacto con la numerosa

comunidad germana de la zona, entre ellos el cónsul Federico Breixner, quien recordemos era el suegro del agente del SD Heinz Lange. Durante años, el austríaco tuvo un trato cercano con los Lange, incluso íntimo, luego del retorno de este último al Paraguay, producido en 1940, ya devenido en agente del servicio de información de las SS. De todas maneras no sería hasta 1942, con la presencia temporal de Franczok en el país guaraní, que Leitner sería reclutado como agente de la organización de espionaje nazi.

«Don Antonio» sedujo al agricultor a finales de aquel año, durante una breve visita al Paraguay. Le prometió que

lograría mejores ingresos si viajaba a la Argentina para hacerse cargo, como administrador, de una de las nuevas chacras del servicio secreto. A Leitner no sólo le gustaba la idea de mejorar sus ganancias, sino que además, por recomendación médica, debía buscar un clima más templado donde radicarse. Franczok hizo los arreglos necesarios para que sus importantes amigos paraguayos consiguieran, para el austríaco, una cédula de identidad falsa a nombre de Pedro Ramón González. Johnny Schnietter, el informante de Becker en ese país, fue el encargado de la gestión y la entrega del documento falso para el nuevo agente.

Los Leitner desembarcaron en Buenos Aires en enero de 1943. Ocuparon una casa del servicio en la intersección de las calles Sucre y Vidal. Allí fueron conducidos por Emilio Leeb, hombre designado por la organización para que nada faltara a la familia germano-paraguaya recién llegada. Permanecieron en dicho lugar durante el lapso de un mes, momento en el que Franczok impartió las instrucciones que designaban al austríaco como administrador de la chacra de General Madariaga.

Pero Carlos Leitner no era un tipo fácil. Casi de inmediato viajó solo al lugar donde se hallaban Werner Lorenz,

a quien ya conocía del Paraguay, y Harnisch, quien se presentó como «Boss», apodo que rara vez utilizaba el jefe del Abwehr. La antipatía entre este último y el agricultor austríaco fue casi espontánea. Causó profundo desagrado en Leitner el hecho de que se le dijera que su esposa debería ocuparse en lo sucesivo en las tareas domésticas. Un par de días después, el austríaco estaba de vuelta en Buenos Aires y el asunto magramente concluido.

Franczok pronto vio la oportunidad de aprovechar a Leitner para establecer una estación radiotelegráfica que sirviera de «reserva» a las más importantes de Tandil y

General Madariaga. El jefe de la Orga-T dio libertad al nuevo agente para elegir el lugar donde radicar su explotación agraria, y este optó por la provincia de Entre Ríos. Una hermosa chacra en Talita, propiedad de la familia Scatena se presentó ideal a las necesidades de los Leitner. Más aun si tenemos en cuenta que los hijos mayores del matrimonio quedaron pupilos en el instituto Crespo, de la localidad del mismo nombre, en la provincia de Entre Ríos, entidad a la cual la mayoría de teutones de la zona enviaba a sus hijos.

La venta se fijó en treinta mil pesos. Si bien a Franczok le pareció algo excesivo, terminó por aceptar las

condiciones impuestas por José Scatena. En los escritorios de la escribanía Rivero, en Concepción del Uruguay, Leitner entregó cuatro mil y firmó los papeles a su nombre, tanto los de la compra-venta, como los que documentaban la deuda de dinero que quedaba pendiente de pago.

Para los primeros días de abril de 1943 la chacra fue ocupada y Leitner entregó doce mil adicionales para completar algo más del cincuenta por ciento del precio de compra. Todo el dinero había salido de las arcas de la Orga-T y había sido entregado en efectivo por Wolf Franczok.

No fue hasta el mes de julio del



mismo año, cuando ya las estaciones radiotelegráficas principales de la Organización Técnica estaban en pleno funcionamiento, que «Don Antonio» envió a sus agentes a Talita. Enrique Schibli, uno de los principales integrantes del grupo de Franczok, a quien Leitner conocía del Paraguay, fue el encargado de conducir hasta la chacra el aparato radiotransmisor y al albañil Frankenberger. Este último debía acondicionar la pequeña habitación destinada a los equipos. Schibli entregó al agricultor, también en aquella oportunidad, dinero en efectivo suficiente para saldar la deuda de la compra del inmueble, cosa que Leitner

no hizo.

La estación quedó en estado de reserva. No fue hasta mediados de septiembre que Franczok en persona, a bordo de un Plymouth negro y acompañado de Schibli, el dueño del automóvil, se personaron en el lugar e instalaron los equipos. Las pruebas realizadas en ese momento lograron enlazar sin problemas con Alemania, y quedó desde ese momento la estación como una opción de reemplazo en caso de que alguna de las principales fuera desbaratada o saliera de funcionamiento.

Enrique August Schibli, alemán de treinta años, era un aviador de profesión que conocía muy bien la provincia de

Entre Ríos. Desde Carmelo, Uruguay, había ingresado clandestinamente al país en 1937. Fue reclutado por Franczok en 1943 y empleado en el taller de Donado, 1511, sobre el cual hablaremos en detalle. Además de ser empleado por la Orga-T, Schibli arrendó, junto a un socio de apellido Berend, un campo no muy lejos de Talita, camino a Gualeguaychú y en las cercanías del arroyo Paranacito, al que bautizó Sagastume. Entre fines de marzo y principios de abril de 1944, Schibli fue fugazmente detenido por la Policía entrerriana, la que no sólo sospechaba de sus actividades sino de las de Leitner. Según Schibli su detención fue

aprovechada por su socio, quien sin su autorización liquidó los activos de Sagastume, debiendo denunciar el hecho ante la misma policía que lo había detenido unos días atrás. Si bien Franczok pensó en utilizar el campo de Schibli para sus actividades, la idea nunca se concretó, ya que para mediados de 1943 el servicio estaba organizando una nueva estrategia de arrendamiento de quintas cercanas a la capital.

Hasta marzo de 1944, Schibli, dada la cercanía de algunos intereses personales, visitó regularmente el campo de Leitner. Incluso acompañado de su prometida en algunas de aquellas

oportunidades.

Entre diciembre y enero de 1944 se produjo un cortocircuito entre Franczok y Leitner, y no nos referimos a los equipos de la organización secreta. El jefe de la Orga-T visitó la chacra sorpresivamente sin hallar al austríaco en el lugar; ausente del país para liquidar sus asuntos en Paraguay. «Don Antonio» estaba al corriente del probable viaje de su agente, pero encontró inconveniente el momento elegido. Además, en aquella oportunidad se presentaron problemas técnicos que hicieron imposible operar el radiotransmisor clandestino. El viaje de Leitner al Paraguay a comienzos de

1944 fue aprovechado por el SD para enviar dinero al informante de Becker, Schnietter, unos ocho mil pesos argentinos

En marzo de 1944, dado el momento de zozobra que produjo la ruptura de relaciones con Alemania, Franczok ordenó a Schibli y Ulrich Daue, uno de los principales radiotelegrafistas de la organización, desmontar y enterrar en el campo de Talita el equipo instalado unos meses antes. Ulrich Daue era marinero y radiotelegrafista del famoso *Tacoma*, barco mercante alemán que participó en la maniobra que terminó en el hundimiento del *Graf Spee*. Había

ingresado clandestinamente a Argentina desde el Uruguay y se incorporó al servicio de información clandestino, convirtiéndose en uno de sus más experimentados operadores radiotelegráficos. Fue uno de los primeros agentes en ser capturados por Coordinación Federal y en su poder se hallaron mensajes cifrados en código Enigma que aún sobreviven, resistentes a revelar su contenido, dentro de los viejos archivos del poder judicial argentino.



Equipos de radiotelegrafía y máquina Enigma de la Orga-T incautados por Coordinación Federal. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Al mes siguiente, Schibli volvió a ser enviado por su jefe a la chacra de Leitner, esta vez llevaba claras instrucciones de «Don Antonio» para



despedir al austríaco de la organización. Se le exigió al agricultor el reintegro de los catorce mil pesos en efectivo, que estaban destinados a saldar la deuda con Scatena, asunto que efectivamente se concretó. La organización no reclamó a Leitner los dieciséis mil ya abonados. Dejaba la chacra a su nombre con la autorización para que la vendiera. Asunto concluido.

Durante aquella última visita Schibli desenterró el aparato, desarmó las piezas que serían de provecho para otros equipos y volvió a enterrar a veinte metros de la entrada de la casa las partes afectadas por la humedad. Allí seguramente permanecen, hasta hoy,

enterrados, algunos de los vestigios pasados del espionaje nazi en Argentina...

Leitner, por su parte, no correría mejor suerte que la mayoría de los agentes de Franczok. Fue detenido a finales de 1944 como consecuencia de hechos que relataremos oportunamente.<sup>14</sup>

## LAS HERAS, SANTA CRUZ

Las actividades nazis y la Patagonia argentina han estado en conexión ininterrumpida desde el fiasco del *Affaire* de 1939, al cual ya nos hemos referido.

Lo que las famosas leyendas nos suelen contar sobre un fariseo Cuarto Reich ubicado en aquella alejada zona del mundo no siempre resulta en la historia real de los hechos. Especialmente durante el desarrollo de la guerra, las organizaciones de espionaje alemanas dieron poca importancia a esta alejada región de la Argentina.

Prefirieron sin dudarlo un instante las solitarias costas al sur de Mar del Plata, al menos al momento de organizar desembarcos clandestinos de agentes y materiales. Sin embargo, la Patagonia argentina tiene también su pequeña porción de importancia dentro de esta apasionante historia de espionaje.

La belleza incomparable de la Patagonia argentina es directamente proporcional al sentimiento de vastedad y desolación que se suele sentir cuando se recorren sus interminables rutas y caminos. Ya sea a través de bosques húmedos de coníferas o de inmensos desiertos poblados a mares por arbustos color tierra. La sensación de infinito se

apodera por asalto del aventurero que se interne más allá del Río Negro. Sólo aquellos que han conducido por la interminable «ruta del desierto», o a través del ripio filoso que comunica la ruta tres con las desoladas playas de la caleta de Los Loros, por citar apenas algunas de los cientos de experiencias posibles, conocen de estas sensaciones; aquellas que despierta un lugar único por naturaleza.

En pleno siglo XXI, aun cuando su población se ha multiplicado varias veces y la fama mundial de sus increíbles atracciones naturales ha trascendido los continentes, no es posible desprenderse de esa sensación de soledad y vastedad

que a cada momento envuelve el horizonte. Apenas uno puede imaginar, teniendo en cuenta estas experiencias cercanas en el tiempo, lo que puede haber representado para un grupo de aventureros motoristas cruzar la inmensidad patagónica durante principios de los años cuarenta. Casi no es posible tomar real dimensión de lo que representaba un viaje de aquellas características, montados en pesados automóviles de neumáticos sin cámara, vulnerables a cada filo de la piedra, surcando ásperos y polvorientos caminos, hasta alcanzar por fin algún caserío enclavado en la nada misma. Grandes bidones de combustible

limitaban los enormes maleteros de los Plymouth o Packard americanos, dejando espacio sólo para el equipaje más indispensable. Las modernas rutas prolijamente asfaltadas, que hoy conectan la capital Argentina con Ushuaia, por mar y por cordillera, por supuesto eran una quimera hace más de setenta años.

Con algo de suerte que evitara grandes desperfectos mecánicos, los caminos consolidados debían ser transitados, hace más de medio siglo, a velocidades muy reducidas. Se empleaban días para alcanzar localidades lejanas como las de la provincia de Santa Cruz.

Cinco largas y agotadoras jornadas, y varios remiendos de neumáticos, tomó, a tres agentes nazis de la más extrema confianza de Franczok, unir la capital argentina con la fría y ventosa provincia de Santa Cruz. En el mes de octubre del año 1942, en pleno desarrollo del montaje inicial de la Orga-T, «Don Antonio» envió a tres de sus más cercanos colaboradores en una misión mitad «técnica» y mitad de reclutamiento. Pretendía instalar una nueva estación en las lejanas latitudes sureñas. El pesado automóvil americano utilizado para tan aventurada misión era propiedad de Edmundo Emilio Leeb, empleado de la casa Siemens, líder de la



«expedición» y sobre quien daremos más detalles al momento de presentar la fábrica de radiotelégrafos de la Orga-T. Acompañaban a uno de los lugartenientes de Franczok los ya mencionados Daue, operador radiotelegráfico, y el contrabandista de divisas Schurer Stolle.

El objetivo técnico del viaje era simple. Consistía en hacer regulares paradas a diario, exactamente a las 19:00 h, en medio de la vastedad patagónica. Durante las paradas, valiéndose de un radiotransmisor portátil conectado a las baterías del automóvil, Daue radiaba una serie de llamados en clave y la posición exacta de los expedicionarios

nazis. Las emisiones eran captadas por Franczok en Tandil. El resultado fue muy exitoso, tanto que tendría consecuencias sobre el posterior cambio de estrategia hacia una de estaciones móviles.

El segundo objetivo del grupo liderado por Leeb era el de reclutar para el servicio secreto al estanciero Guillermo Maurer, residente de la solitaria localidad de Las Heras, unos cien kilómetros al oeste de Caleta Olivia. El lugar se hallaba sugestivamente cerca de la vieja lobería nazi denunciada por las potencias aliadas como puerto de reabastecimiento clandestino de corsarios alemanes.<sup>15</sup> Leeb conocía a

Maurer debido a los esporádicos viajes que el chacarero alemán, de cincuenta años, realizaba a la capital argentina. Puede suponerse que la relación haya nacido del conocimiento entre Leeb y la hija de Maurer, de nombre Lina, quien también trabajaría para el servicio de información nazi encargada del montaje de un laboratorio fotográfico de última tecnología al servicio.

A pesar de que la estancia de Las Heras se encontraba varios kilómetros antes de llegar a Río Gallegos, la capital provincial, el equipo tenía como primera parada programada por Franczok una pequeña estancia ubicada en el camino que une dicha ciudad con el lago

Argentino. Por ese motivo siguieron viaje tras rebasar Caleta Olivia, y llegaron al final de la quinta jornada de viaje a Gallegos. Después de un merecido descanso, desde allí se dirigieron al día siguiente a la estancia del señor Lenzner, señalado por «Don Antonio» como otra opción para la instalación de los equipos clandestinos. Lenzner, antiguo conocido del jefe de la Orga-T, se negó a entrar en este tipo de actividades. No dejó a los muchachos de Franczok otra opción que jugar todas sus fichas a Maurer.

Tras tres días recuperándose del largo itinerario en el hotel Punta del Lago, Leeb condujo a toda prisa hacia el

norte, de regreso por el áspero ripio de la ruta tres.

Resulta llamativo que en ese punto del viaje Schurer Stolle se separara del grupo. Su destino durante esos días se mantiene misteriosamente en las sombras. Lo que es seguro es que se mantuvo en un lugar no muy alejado de la misteriosa lobería. Daue y Leeb, por su parte, se dirigieron a toda prisa hacia Las Heras, más específicamente al establecimiento Bajo Grande, propiedad de los Maurer, donde permanecerían unos cuantos días.

Maurer y su hijo Willi no tuvieron los reparos de Lenzner para ingresar a la organización del SD, «por concordar

ideológicamente con la causa alemana», de acuerdo a las declaraciones textuales de Leeb.

Alcanzados de manera satisfactoria todos los objetivos del viaje, los tres agentes nazis retornaron a Buenos Aires, casi veinte días y varios miles de kilómetros después. De inmediato, el taller de la calle Pacheco puso manos a la obra para la construcción del equipo destinado a Bajo Grande, así como de un mueble especialmente diseñado por el carpintero Herlinger. Todo estuvo listo para fines de noviembre, momento en el cual la Organización Técnica remitió por flete marítimo un gran y poco discreto bulto. A pesar de su

tamaño, la carga logró llegar sin contratiempos a destino.

Para el mes de diciembre de 1942, una segunda expedición de la Orga-T se internó en la profunda Patagonia. Leeb nuevamente conducía su vehículo particular a través de los complicados caminos del sur, pero esta vez el jefe de la organización lideraba a los tres agentes del SD; el radiotelegrafista Felipe Imhoff completaba el equipo de la expedición.

Franczok, Leeb e Imhoff, más de cuatro días después de partir desde la capital, llegaron a Bajo Grande. Allí fueron calurosamente recibidos por Maurer. El objetivo era dejar funcionando la estación, instalando el

radiotelégrafo y dotándola de un operador permanente. Las operaciones marcharon sin contratiempos técnicos y en tres oportunidades se hizo contacto con Alemania. Luego de este éxito inicial, «Don Antonio» y Emilio Leeb retornaron a la capital en enero. Imhoff quedó estacionado en el lugar.

Es evidente que para ese momento de los acontecimientos, las autoridades argentinas no tenían demasiado interés en rastrear cualquier tipo de estación clandestina de enlace radial que transmitiera dentro de sus fronteras. Por su parte, las potencias occidentales no tardaron mucho en detectar emisiones sospechosas; al menos lograron señalar a



la zona de Las Heras y sus alrededores como un posible origen de comunicaciones clandestinas alemanas. Estaciones ubicadas en Sudáfrica, los Estados Unidos y las islas británicas, utilizando medios radiogoniométricos, lograron llegar a la conclusión precedente, y dieron cuenta de ello, seguramente a través de medios extraoficiales, al diputado Juan Antonio Solari, uno de los empedernidos integrantes de la Comisión Especial Investigadora de Actividades Antiargentinas. Solari despachó un aeroplano vigía, el cual comenzó a sobrevolar el área en busca, al parecer, de alguna antena sospechosa.

Es probable que la extremadamente escasa población de la provincia en aquella época haya facilitado la ubicación aproximada de la estación Bajo Grande por parte de las potencias aliadas. De otra manera, no puede explicarse cómo las transmisiones emanadas desde otras estaciones, como las de Tandil y General Madariaga, las cuales tuvieron una actividad mucho mayor a las del rancho de Maurer, nunca fueran detectadas por los receptores de vigilancia occidentales. Al menos no hay constancia de ello. Sí hay constancia de la interceptación del contenido de los mensajes, descifrados gracias a la ruptura de los códigos alemanes, pero no sobrevivieron

detecciones mediante la utilización de medios radiogoniométricos,

Para el mes de marzo de 1943, y enterado de tales circunstancias, Franczok ordenó desmontar los equipos de Santa Cruz por miedo a que toda la operación fuera descubierta. Imhoff y su esposa, quien se le había unido hacía un par de meses, fueron reubicados. Maurer, o al menos su estancia, abandonó las andanzas del espionaje. Al menos es eso lo que declaró el 23 de agosto de 1944 y ha quedado recogido en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*.

Hoy en día representa una verdadera aventura llegar hasta la

estancia Bajo Grande. Es necesario recorrer un polvoriento camino, la ruta doce, que nace en Pico Truncado y serpentea unos cincuenta kilómetros hacia el suroeste, cruzando el río Deseado, entre hermosos valles sureños. La ubicación exacta del rancho es  $46^{\circ}57'0.000''$  S,  $69^{\circ}17'60.000''$  O.

# Capítulo X

## Becker recargado

El *Rita García* era un espléndido carguero santanderino de seis mil cuatrocientas toneladas de desplazamiento. Había sido protagonista de un espectacular varamiento a cien metros de la costa de Ancona, en el año

1936. Después de ser reparado en el dique seco de Euskalduna, en Bilbao, fue recuperado por su armador, don Francisco García, quien lo puso nuevamente a navegar gallardamente los océanos.

El vapor de bandera española había hecho el viaje hacia Buenos Aires, en más de una oportunidad, a través de aguas infestadas de peligros. Sin embargo, bajo el escudo protector de la neutralidad franquista, surcaba despreocupado el Atlántico Sur, una y otra vez.

Comenzaba a oscurecer el domingo 3 de enero de 1943 cuando el *Rita García* atracó en la vieja dársena D del

puerto Nuevo, en la capital argentina. Por tratarse de un buque carguero, presto a llenar sus bodegas del precioso trigo pampeano, su dotación no fue sometida a ningún tipo de control migratorio por parte de las autoridades argentinas. Nadie reparó en ese polizón, prolijamente vestido, que empapado en sudor cargaba un modesto baúl con una pequeña fortuna en divisas dentro.

Tras despedirse calurosamente del primer oficial de a bordo, de nombre Marcelino Díaz Camus, con quien había fraternizado cuando salió de su escondite en alta mar, el polizón del *Rita García* caminó lenta y nerviosamente hasta abandonar las instalaciones

portuarias. A pesar de los laxos controles argentinos, en especial despreocupados si reparamos en que se trataba de un buque que había trasportado a marinos del *Spee* en fuga, una tensa calma se había apoderado del solitario transeúnte. Pudo respirar tranquilo una vez que sus pies comenzaron a transitar las serpenteantes calles contiguas al puerto. En el bolsillo interior del suéter, el pasaporte a nombre de José Luschnig permaneció oculto, sin necesidad de recurrir a su uso. A pesar del intenso calor, ya no sudaba.

Más que la temperatura, la humedad de aquella noche de verano era sofocante, pegajosa, ineludible. A



pesar de que el manto de estrellas australes cubría ya la gran metrópoli, el escaso viento y el cemento tibio, recalentado durante una intensa jornada de sol, propiciaban que la temperatura se mantuviera holgadamente por encima de los treinta grados centígrados. Nada nuevo, sin dudas, para alguien que desde 1937 se había aclimatado a la extrema humedad de Buenos Aires y a sus calurosos veranos. De todas maneras, el contraste con el crudo invierno europeo era considerable. Le resultó inevitable recordar, al menos por un breve instante, los horribles rumores sobre el frente de Stalingrado. Los estragos que hacían, en aquel lugar tan

lejano, las temperaturas extremadamente bajas registradas aquellos días.

Un taxímetro solitario depositó a Johannes Siegfried Becker, el polizón del *Rita García*, en la confitería El Molino, ubicada en la intersección de las avenidas Rivadavia y Entre Ríos, justo frente al Congreso de la Nación. La singularidad de los cafés porteños no escapaba incluso a los extranjeros oriundos de los países más lejanos. Los broncees y mármoles de la fachada lucían tan brillantes y pulcros como Becker los recordaba.

A pesar de que aquella noche de domingo la ciudad culminaba un fin de semana extendido, el cual había incluido

un viernes feriado por el día primero de año, entusiasmados porteños llenaban las coquetas mesas de la clásica confitería. Seguramente, ninguno de los casuales comensales imaginaba la magnitud de la misión que aquel apuesto extranjero, que leía trajeado el diario *La Prensa* con un gesto despreocupado, estaba a punto de emprender en favor de la Alemania nazi.

El capitán de las SS hurgó en el periódico hasta hallar un anuncio de alquiler de una habitación amueblada a pocas cuadras de allí. Cargó sus escasas pertenencias y se dirigió hasta la calle Tucumán, 899, tercer piso, a poco más de diez calles de distancia de la

confitería. Allí se presentó como José Luschnig, tal como se leía en el pasaporte que el SD le había provisto para iniciar sus tareas en la clandestinidad.

Una de las reglas fundamentales que rigió la tercera estadía de Becker en Argentina, y su segundo intento de conformar un grupo de información eficiente del SD, estaba relacionada con su identidad. Su nombre real y su vida pasada de comerciante en Sudamérica debían ser eliminados por completo. Johannes Siegfried Becker debía ser un fantasma, una sombra para propios y extraños; sólo accesible para unos pocos. El pasaporte falso a nombre de

Luschnig no iba a resultar más útil que para un alquiler temporal. Sin dudas Becker pronto iba a tener que proveerse de nuevos papeles.

Tras acomodarse en el viejo edificio de la calle Tucumán, el cual aún se encuentra en pie, el agente del SD se dirigió a un lugar donde seguramente podría darse una cabal idea de la situación reinante en la capital. En la oficina de Delfino no pudo hallar a Seidlitz, quien se encontraba recluido en su casa de la calle Ugarteche, 3364, sexto piso, de la zona más exclusiva del barrio de Palermo. Este último había quedado, de alguna manera, a cargo de los asuntos del SD ante la precipitada

ausencia de Becker. Sus arriesgadas misiones en los sinuosos canales del delta del Tigre, entre otras audaces empresas tendentes a facilitar la fuga de los marinos del *Spee*, habían llamado largamente la atención de los servicios de contraespionaje aliados.

Por ese motivo, Seidlitz se hallaba confinado en su casa. Poco podía hacer ya, más que poner al día sobre el estado del grupo a su recién llegado jefe: Johnny Schnietter había retornado al Paraguay; Heinz Lange, el compañero de Becker reclutado en Berlín, se hallaba en Mendoza, presto a cruzar a Chile para intentar retomar allí las actividades de espionaje. La buena noticia era que

Schurer Stolle había logrado su cometido: la entrega de las divisas enviadas desde Alemania para Seidlitz, quien a su vez había puesto el dinero bajo el resguardo de Niebuhr. Aquella suma finalmente iría a parar a la financiación de la Orga-T, de cuya existencia y estado, casi operativo, se informó a Becker en aquella primera reunión; aunque seguramente ya lo sabía.

Otro de los agentes perseguidos por el contraespionaje aliado durante aquellos días era el ya mencionado falangista Esteban Jesús Amorín. La novedad impulsó a Becker a enviarlo al Uruguay, donde se creyó que pasaría

desapercibido.

«Sargo» se sintió complacido al menos de saber que podía contar con un servicio moderno de radiotelegrafía, el cual le permitiría enviar rápidamente sus preciados informes hacia Alemania. El problema era, en enero de 1943, que no había mucho de lo que el SD pudiera informar, pues sus agentes se hallaban dispersos, recluidos o poco activos. Si bien durante el segundo semestre de 1942 se había retomado el envío de informes secretos a través de los vapores españoles, era necesario poner manos a la obra de inmediato para reorganizar la cuadrilla de agentes. Invertir los nuevos recursos obtenidos y reclutar reemplazos



para los agentes descubiertos eran las primeras acciones que emprender.

Para relevar al desterrado Amorín en la importante función de enlace entre los nazis y los marineros españoles en el puerto local, fue designado otro agente de esa misma nacionalidad, de nombre Manuel de Miguel Arrastía. Además, se mantuvo en sus funciones a Juan Prieto. Helmuth Strehmel, el antiguo agente de Becker en La Paz, se hallaba en Buenos Aires y también fue incorporado al grupo. Al igual que un tal Eugenio Ellinger, a quien se asignó la tarea de acompañar a Heinz Lange para asistirlo en su nueva misión trasandina.

A todo esto era evidente que

Seidlitz, dadas las circunstancias mencionadas, no podría seguir operando como la mano derecha de Becker. No debía ponerlo en evidencia. Era necesario un reemplazo de calidad. La respuesta a este dilema fue Hans Hermeyer, gerente alemán de la importantísima firma Bayer en Buenos Aires. Seidlitz en persona fue quien propuso para el empleo al jefe de propaganda de la famosa compañía en el mes de febrero. Hermeyer impresionó de buena manera a Becker: un hombre de excelentes relaciones, agudos sentidos, profundos conocimientos y una acomodada posición.

La nueva mano derecha de Becker,

además de continuar con sus funciones en la Bayer, debía montar y dirigir, contando con las divisas aportadas por el capitán de las SS, una oficina comercial en el centro porteño. La pequeña firma debía servir como coartada para el cuartel general del SD en la capital argentina.

Mientras Hermeyer se abocó a montar la pequeña empresa pantalla, su nuevo jefe pudo dedicarse de lleno a reorganizar a sus informantes y poner sus papeles falsos en orden.

Si Becker pretendía obtener un registro de conductor o alquilar una finca decente, debía valerse de una identidad segura. En la Buenos Aires de

principios de los años cuarenta, no era un asunto muy complicado hallar algún funcionario corrupto que pudiera proveer de documentos a algún espía flojo de papeles. Precoz reflejo de nuestros días. Por intermedio de Schurer Stolle, y a cambio de unos cuantos pesos, un oficial de investigaciones de la Policía Federal, de apellido Calderón, fue el encargado de proveer al jefe del servicio secreto de un certificado de buena conducta, una cédula de identidad y hasta un pasaporte a nombre de Rodolfo Juan Moore. La identidad que adoptaría Becker no era en realidad falsa, para ser exactos. Moore era verdaderamente un argentino,

descendiente de ingleses, quien había partido hacia Europa para incorporarse a las huestes aliadas. Aparentemente, Calderón no era un improvisador en estos ardides. Instruyó a Becker para que memorizara el número de cédula y hasta para que imitara la verdadera firma de Moore, la cual obtuvo de su prontuario. Acto seguido, el oficial indicó al jefe del SD que se dirigiera a la calle Alsina, 1500, donde debía iniciar las tramitaciones como cualquier ciudadano, pero, por supuesto, bajo su oscura ala de influencia. Trescientos pesos de la época fueron suficientes para compensar los servicios prestados. A pesar de los recaudos, parece que la

operación no salió tan bien como los falsificadores hubieran querido. Moore, el verdadero, retornó a la Argentina un tiempo después y obligó a un contrariado Becker a descartar aquella identidad.



Johannes Siegfried Becker en su juventud, durante sus primeros años en Argentina. Archivo General de la Nación.

El agente recién llegado había asignado a Schurer Stolle la misión de

establecer el enlace con la Orga-T de Franczok, tarea que llevó a cabo con eficiencia y entusiasmo. El primer encuentro entre los dos «jefes» del SD en Argentina, es decir este último y Becker, se produjo a fines de enero en la casa que el ingeniero ocupaba en Olivos. Ambos se habían conocido en Brasil durante 1941, pero ahora las circunstancias eran diferentes. Sobre sus espaldas tenían la misión de poner en marcha la Red Bolívar.

El puntapié inicial, con la anuencia del desterrado Niebuhr, lo habían dado Franczok y Harnisch varios meses antes, durante una reunión nocturna en Martínez, en casa del agente del



Abwehr. El agotado Seidlitz había representado a Becker hasta ese momento, pero de ahora en adelante «Sargo» tomaba con firmeza las riendas de la operación. Aquella calurosa noche de enero en Olivos se sentaron las bases para que el flujo de información de inteligencia, que produciría el grupo de Becker, pudiera ser rápido y eficazmente transmitido a Alemania por medio de las estaciones de la Orga-T.

Franczok dejó en claro a Becker que su grupo era independiente de cualquier otro, poseía fondos propios y se hallaba bajo una exclusiva y única autoridad, la suya. A su vez, la Orga-T no tendría preferencias entre los tres grupos de

información: el SD, el Abwehr de Harnisch y el equipo de la embajada. En un principio se estableció que no sería propicio que agentes de distintos grupos se relacionaran. Sin embargo, a medida que los espías se iban sintiendo más seguros, esta regla no siempre se cumplió. Su transgresión facilitaría, mucho tiempo después, el desmantelamiento de las redes nazis. Stolle se seguiría encargando de representar a Becker ante «Don Antonio» y a su vez Schulz, el ayudante, sería el mensajero del ingeniero.

Luego fue el turno para Becker de conocer al jefe del Abwehr porteño. Harnisch recibió al capitán de las SS y a

Franczok en el mes de febrero, en su coqueta casa de la calle Pedro Goyena, 2351, localidad de Martínez; lugar donde, dicho sea de paso, en el futuro se cocinarían algunas importantes cuestiones. Por primera vez conferenciaban los tres jefes ejecutivos del servicio de informaciones de la Red Bolívar. En realidad «Don Antonio» se retiró temprano aquella noche, y dio pie a que los dos agentes restantes pudieran tantearse a solas. Ambos se llevaron una buena impresión de su contraparte. Puede decirse que durante aquella reunión, Harnisch, dados los acontecimientos que se desarrollaban en Alemania, puso oficialmente sus

servicios a disposición del RSHA de Himmler. El tipo y contenido de los informes que el empresario de Böker enviaba a la oficina del Abwehr en Hamburgo no distaban mucho de los que el SD había encomendado a Becker.

El capitán de las SS pronto abandonó la pequeña habitación rentada en la calle Tucumán. Valiéndose de sus nuevos documentos a nombre de Moore alquiló un cómodo departamento en el primer piso de Posadas, 1317. Completó la faena con la compra de un hermoso cupé Ford en una agencia de la calle Rivadavia, 3300, por cinco mil doscientos cincuenta pesos.

Las divisas que el SD había entregado a Becker en Berlín le habían reportado sesenta y dos mil pesos al cambio argentino que en la época estaba a 3,20 pesos por dólar y a 0,98 pesos por cada franco suizo. Si bien estaba muy lejos de hallarse en apuros económicos, el éxito de su misión dependía de la enorme partida de los doscientos ochenta y cuatro mil pesos que la central del RSHA le enviaría a través de triangulaciones entre empresas alemanas y la Embajada en Buenos Aires. Es muy probable que el dinero se hiciera efectivo a través de compensaciones entre subsidiarias porteñas y casas matrices en Alemania,

aunque no se ha hallado prueba documental hasta el momento

Una de las indicaciones fundamentales que había recibido el jefe del SD sudamericano de parte de sus superiores era la de no mezclarse con el personal diplomático. El SD, fiel al estilo nazi, no confiaba en los funcionarios de carrera de la Embajada. Y no estaban errados. Los ojos y oídos de Becker en el sexto piso de edificio del Banco Germánico –en el local de la legación germana– eran el ya mencionado agente Helmuth Strehmel. Poco le importaba a «Sargo» lo que sucedía allí, sin embargo, estaba ansioso por recibir el dinero prometido por la

central. La elección de Strehmel para la misión fue casi un hecho de azar, ya que dicho agente había logrado obtener un empleo en una oficina que operaba en el mismo edificio de la calle 25 de Mayo. Niebuhr era el encargado de recibir el dinero destinado al SD. Sin embargo, debemos recordar que el agregado naval debió dejar Buenos Aires en enero de 1943; exactamente veintitrés días después de la llegada de Becker. Aparentemente el dinero fue enviado casi de inmediato, ya que de acuerdo al mismo capitán de las SS, Niebuhr fue quien puso a su disposición la fuerte suma, justo antes de partir al exilio.

El SD había dado detalladas

instrucciones desde Berlín sobre cómo se debía distribuir su «inversión» en información sudamericana. Gran parte del dinero, exactamente cien mil pesos, debía ser destinado a la Orga-T de Franczok; ochenta y cuatro mil serían destinados a conformar el propio grupo; finalmente, los restantes cien mil serían depositados a nombre de la Embajada para ser utilizados como reserva. Becker destinó veinte mil de su parte para Heinz Lange y Eugenio Ellinger, quienes luego de una fugaz entrevista con Becker realizada en Córdoba, partieron hacia Chile. Una vez en el país vecino, el dinero debía alcanzarles para montar un pequeño sistema de



información y financiarlo durante cinco meses.

Algunas calles porteñas, especialmente las cercanas a la vieja avenida de Mayo, guardan casi intactos los ecos de un pasado lejano y elegante. Viejos edificios de más de cien años lucen orgullosos sus suntuosas fachadas, casi intactas, como si hubieran sido construidos apenas un par de años atrás. Sus paredes oscurecidas dejan entrever el vestigio de las décadas pasadas; una pátina que delata su añeja historia.

El antiguo edificio de la calle Reconquista, 331, allí donde el agente del Abwehr Hans Napp había montado su nido de espías alemanes, luce tan

imponente como antaño, erguido y orgulloso, plantado apenas a unos metros del Banco Central de la República Argentina, otra formidable construcción de época.

Seguramente debido a una mera casualidad, Hans Hermeyer, encargado por Becker de hallar el lugar destinado al centro de operaciones del SD en Buenos Aires, encontró adecuado un edificio ubicado apenas a ciento cincuenta metros de la antigua oficina de Napp. Justo en la intersección de las calles Reconquista y Cangallo (actual Perón), funcionaba en aquella época, y aún hoy en día, aunque el edificio ha sido completamente modernizado, la casa

matriz del Banco de Galicia. Justo frente a la basílica de la Merced, inesperado y mudo testigo en medio de una historia de espionaje y misterio.

La cercanía de la oficina del Abwehr, recientemente desbaratada, asunto que le costó la cabeza a Niebuhr, no fue impedimento alguno para Becker. El banco que funcionaba en la planta baja del edificio seleccionado, exactamente en Cangallo, 439, era ya uno de los más importantes del centro financiero porteño. La enorme cantidad de gente que diariamente concurría al lugar mejoraba el camuflaje para los agentes. Las oficinas del SD se montaron exactamente en el sexto piso,

departamentos 609 y 611.

Hermeyer era alemán, con lo cual no podía figurar legalmente como dueño de la empresa pantalla. El riesgo de caer en las listas negras de compañías alemanas era importante y si eso sucedía, la operación completa podría desbaratarse. Era necesario encontrar un socio argentino y el eficiente Hermeyer pronto dio con la persona indicada. Otro empleado de la química Bayer era el señalado. Carlos Mario Heguy, argentino y nacionalista. El nuevo testaferro del SD pronto firmó los contratos de alquiler y tomó las riendas de la dirección ejecutiva de la pequeña firma Casa Heguy, dedicada

fundamentalmente a las representaciones generales de comisionistas que actuaban en el interior del país. Una actividad que viraría rápidamente al comercio de distintos tipos de drogas industriales. El principal «accionista» en las sombras de la firma era el RSHA alemán, ya que el jefe del SD aportó la suma de veintiún mil pesos para dar inicio a las actividades. Hermeyer, confiado en el negocio, quiso participar en la sociedad y aportó de su bolsillo cuatro mil para la compra del mobiliario.

A fines del mes de febrero, con los escritorios instalados y la empresa inscrita legalmente, Becker en persona se

presentó para informar a Hermeyer y Heguy sobre las condiciones de trabajo: luego de las 16:30 h, la oficina comercial debía dejar de funcionar para dar paso a las frenéticas actividades del SD. El socio argentino debía abstenerse en lo sucesivo de hacer preguntas al respecto. Becker se había presentado ante Heguy con el nombre falso de Luschnig, poniendo como excusa de su anonimato a las mencionadas listas negras. El sueldo del testaferro se fijó en doscientos cincuenta pesos mensuales, más una buena participación en las ganancias anuales.

Es cierto que en un principio, Heguy no estuvo al tanto, al menos con

exactitud, de los asuntos que se desarrollaban en la oficina de Cangallo tras bastidores. Pero resulta una obviedad que pronto comprendió quiénes eran sus generosos socios. Prueba de ello fue, sin lugar a dudas, su participación en un nuevo emprendimiento comercial, llevado a cabo junto al joven Schurer Stolle. Un moderno negocio de venta de ropa deportiva fue abierto por ambos en la localidad de Vicente López. De acuerdo a las declaraciones de los empleados allí registrados, ajenos a las organizaciones de espionajes, el comercio fue señalado muchas veces como una cueva de nazis. Se cree que el capital necesario para

iniciar las actividades fue aportado en partes iguales por Becker y Franczok. Play era el nombre del local de ropa deportiva, que luego fue cambiado por Wing. Luego del ingreso a la sociedad de Heguy se trasladó a San Isidro. Además de la rentabilidad del negocio, se especulaba con usarlo como depósito de elementos de los grupos de espionaje, sin embargo, no hay pruebas de que se concretara tal hecho en alguna oportunidad.

A partir de marzo de 1943, nunca antes de las 16:30 h, la actividad de los espías de Becker en las oficinas de Cangallo se volvía frenética. El jefe del SD en persona supervisaba el cifrado en



código Enigma de algunos de los múltiples informes de todo tipo que se aprestaban a surcar el éter. Hermeyer, quien estaba siendo entrenado por Becker en las artes del espionaje, se presentaba habitualmente luego de las 19:00 h, ya que su empleo en la Bayer le ocupaba casi toda la jornada. Schurer Stolle, por su parte, se apersonaba temprano en la tarde, presto a retirar los mensajes cifrados para ser radiados por Franczok y su Orga-T. Otros agentes concurrían a su vez a entregar sus propios informes para cifrar. Entre estos últimos se podía contar al español Juan Prieto, quien no sólo traía sus propios dossieres, sino que además aportaba las

recopilaciones de prensa montadas por los informantes Schuler y Lindestruth. Ambos empleados de Delfino.

Para mantener activa la correspondencia entre Harnisch y Becker, se presentaba habitualmente Enrique «Charlie» Neilling, quien hacía las veces de correo o enlace con la oficina de la Böker. El falangista Arrastía era otro de los rostros habituales en el cuartel general. Su función era recoger los informes que serían enviados a través de los vapores españoles, es decir, los que no revestían la importancia suficiente como para ser radiados por Franczok y su grupo.

Una oficina internacional no habría

estado completa sin un componente fundamental, sus traductores. Aquella tarea recayó en el rumano Gustav Seraphin, quien ya había sido empleado por Hermeyer en el pasado en idéntica tarea, y en el argentino Pedro Ilvento. Este último pronto pasó a ser un informante, dadas sus excelentes relaciones en círculos militares, políticos e industriales.

Hermeyer y Becker dirigían el arduo trabajo de revisar, controlar, redactar y preparar para el envío final el material informativo. Otros aspectos fundamentales eran los de la clasificación del valor de la información y la urgencia que tendrían los superiores

de Becker en Berlín de tomar contacto con ella. Un asunto para el cual el capitán de las SS pronto comenzó a entrenar al gerente de la Bayer.

Para el mes de abril de 1943, el «cuartel general» de Cangallo y Reconquista bullía de febril actividad. Los preciados informes políticos, comerciales, económicos, financieros, etc, cruzaban el Atlántico en grandes cantidades hasta las oficinas del RSHA nazi.

En el plano internacional también estaba todo organizado. La información relacionada a Bolivia estaba cubierta por Strehmel, a quien por su contacto con el personal de la Embajada no se le dio a

conocer la existencia de la oficina de Cangallo, 439. Heinz Lange estaba encargado de los asuntos chilenos y Schnietter enviaba correspondencia desde Paraguay.

Becker quería saber también qué pasaba al otro lado del charco, por ese motivo se había enviado a Esteban Amorín a Montevideo. Allí reclutó un par de uruguayos para redactar informes, principalmente de política exterior. La circulación de los diarios uruguayos había sido prohibida por el Gobierno argentino y ya no se conseguían libremente en Buenos Aires. Las novedades eran enviadas desde la capital uruguaya directamente por

correo postal ordinario, luego en la calle Cangallo eran procesadas y enviadas a Alemania por el equipo del SD. El desgastado Amorín necesitó que Becker le «ajustara las clavijas» durante aquel mismo mes de abril. El jefe del grupo viajó en persona al Uruguay por dos días a bordo de un aeroplano de la empresa CAUSA; acto seguido, los informes desde Montevideo comenzaron a fluir nuevamente en buenas cantidades hacia el cuartel general de Buenos Aires.

El diario *Deutsche La Plata Zeitung* era el órgano propagandístico por excelencia de la comunidad alemana pronazi. En sus páginas abundaban,

desde antes del comienzo de la guerra, las alabanzas sobre las infinitas bondades del régimen nacionalsocialista imperante en la madre patria. Si bien dicho periódico era editado en idioma alemán, pronto los fervientes nacionalistas argentinos quisieron sumarse a la creciente masa de lectores admiradores del hitlerismo. La nueva sección redactada en español estaba a cargo del periodista nacionalista, de origen argentino, Guillermo Antonio Lasserre Mármol. Un nazi autóctono. Este derechista reconocido era también el principal redactor de la revista de aparición quincenal *Liberación*, voz cantante de la Unión Cívica

Nacionalista. Tal vez, la mejor conquista de la nueva mano derecha de Becker, Hans Hermeyer, fue la de atraer a este viejo lobo nacionalista al grupo del SD comandado por el capitán de las SS. El gerente de Bayer había conocido al periodista argentino en una oportunidad en que este lo visitara en la sede de la empresa ubicada en la calle Coronel Díaz. Llevaba el objetivo de ofrecer espacios publicitarios en las publicaciones donde Lasserre era editor. Recordemos que Hermeyer se desempeñaba como gerente publicitario de la importante química germana. Haciendo uso de su extrema habilidad para la pluma, Lasserre aceptó gustoso



emplearse a favor de sus amigos nacionalsocialistas. Pronto comenzó a redactar fructíferos informes políticos. Especialmente resultaban de utilidad sus dossieres sobre la actualidad política, el momento internacional y las relaciones con otras naciones.

Lasserre no era un informante más, sus reseñas no se nutrían de la prensa o de extensas vigiliass en el puerto de Buenos Aires. Sus importantes conexiones con el poder político y militar, un asunto que llevaría agentes nazis hasta los pasillos de la Casa Rosada antes de que terminara el año 1943, fue el rédito más destacado que el SD obtuvo de ese nuevo «amigo»

nacionalista.

La principal conexión con el poder político de Lasserre era su estrecha amistad con el coronel Arturo Brinkmann, un empedernido defensor de los grupos nacionalistas argentinos, nombrado después del golpe de junio de 1943 como jefe del Comando de la Primera Región de la provincia de Buenos Aires. Estaba a cargo de contrarrestar el espionaje aliado y de suprimir la resistencia ciudadana al régimen de facto. Este oficial pro-Eje pronto se transformaría en el estrecho y veloz camino que los nazis seguirían hasta importantes despachos, entre ellos el del ascendente coronel Perón, y

desencadenó hechos que sobre el final de 1943 terminarían resultando en la ruptura de relaciones diplomáticas entre Argentina y Alemania. Sobre tales asuntos, de los cuales el Caso Osmar Hellmuth es el más destacado, volveremos más adelante. Antes de ello deberemos ahondar, durante el transcurso del próximo capítulo, en otro asunto de alta política, en el cual estos inquietos espías germanos jugaron su papel fundamental a favor de la Alemania nazi; el Asunto Paraguay.



Johannes Siegfried Becker con pelo y bigotes teñidos de negro para despistar a sus perseguidores argentinos. Archivo General de la Nación.

Apenas un par de meses después de que la Casa Heguy abriera sus puertas

resultó evidente que la actividad con los comisionistas del interior aportaba escasas rentabilidades. Hermeyer, con la connivencia de Becker, decidió dar un giro a las actividades comerciales. La empresa pantalla del cuartel general del SD se dedicaría, desde ese momento, a la más rentable actividad de distribución de drogas industriales. Dos motivos fundamentales alentaron al cambio de rumbo. En primer lugar, los conocimientos en la materia que poseían Heguy y el mismo Hermeyer, derivados de sus empleos en Bayer. Por el lado de Becker la cuestión era mucho más alentadora. Había recibido claras novedades desde Berlín. Ellas indicaban

que no pasaría mucho tiempo antes de que por medios clandestinos le fueran remitidas desde Alemania buenas cantidades de drogas, casi inexistentes en el mercado local. La venta del material traficado le representaría un ingreso extra de gran escala. Como medios clandestinos de transporte debemos inferir, sin lugar a dudas, y como más adelante demostraremos, unidades marítimas alemanas destinadas al desembarco subrepticio de agentes y todo tipo de materiales; entre ellos, drogas.<sup>16</sup>

En el mes de abril de 1943, crucial para nuestro relato, Wolf Franczok finalizó el período de prueba de la Orga-

T. Pronto comunicó a Becker que su capacidad operativa le permitiría radiar el total de la producción informativa de su equipo. Se convino a tal efecto que Schurer Stolle y luego Marco Schulz retirarían tres veces por semana los mensajes listos para enviar al otro lado del Atlántico; siempre a través de las estaciones clandestinas de radiotelegrafía, algunas de las cuales ya hemos mencionado. En otras oportunidades, los ayudantes de Franczok estaban habilitados a retirar los sobres de la casa de Juan Prieto.

Un asunto que preocupaba particularmente a Becker era el cifrado y envío de los mensajes de alta

importancia. Los particularmente sensibles, los redactados por él en persona. Pidió a Franczok que estos delicados informes, seguramente destinados a sus superiores del SD, fueran tratados con suma delicadeza. El jefe mismo de la Orga-T debía ser el encargado de cifrarlos y transmitirlos, y evitar de esa manera que cualquier agente de menor nivel pusiera sus ojos en asuntos de vital importancia. De igual manera se debía proceder en caso de recibirse desde Alemania cables cifrados para «Sargo».

La convulsionada oficina de Cangallo, 439, el centro de operaciones del SD, comenzaba a quedar pequeña al



numeroso grupo de agentes que Becker, en tan escaso tiempo, había puesto en marcha eficientemente. El viejo agente Wilhelm Seidlitz, tal como mencionamos, había pasado un par de meses recluido en su casa, puesto en evidencia por su largo historial. Al menos, su monótono confinamiento se vio interrumpido cuando se le asignó la misión de conseguir un departamento amueblado, algo alejado del centro de la ciudad, en vistas a descomprimir a las afiebradas oficinas de Cangallo. Un cómodo departamento de la calle Oro, 2000, en el coqueto barrio de Palermo, se presentó ideal para el servicio. Allí Becker ubicó como «casero» a Juan

Prieto y su familia, y destinó el lugar como un anexo del cuartel general y como sitio de encuentro y reunión de gran cantidad de agentes.

Un par de meses antes del golpe militar que derrocaría al presidente Castillo, el grupo del SD comandado por Becker se hallaba en pleno funcionamiento. La primera etapa que consistía en reanudar los informes de inteligencia desde los diferentes países sudamericanos se había cumplido en apenas tres o cuatro meses. La contribución del Abwehr fue completa y hasta crucial. Para ese momento, Becker, Franczok y Harnisch habían formado un grupo compacto y profesional, el

cual pronto llevaría sus ambiciones, y los intereses de la Alemania nazi, hasta las altas esferas de la política sudamericana.

# Capítulo XI

## Objetivo Paraguay

Sobre el margen derecho del río Reconquista, al norte de la ciudad de Buenos Aires, se levanta el hoy internacional aeropuerto de San Fernando. A comienzos de los años cuarenta, apenas un grupo de galpones y

un par de polvorientas pistas de tierra daban forma a un pequeño pero bastante activo aeródromo.

En el año 1939 comenzó a funcionar en el lugar una compañía denominada Aerotalleres Argentinos S.R.L. Sus dueños, según el Boletín Oficial de 3 de marzo de 1939, eran Enrique A. Conde y León J. Pareta. La firma se dedicaba a la reparación de aeroplanos y al diseño y construcción de planeadores; faceta, esta última, en la cual logró cierto destaque. Algunos de sus aparatos de vuelo sin motor sobreviven hasta hoy en día, al menos como curiosas piezas de museo. Desde 1943, un ingeniero de apellido alemán,

Adolfo Kummer, se hizo cargo de la dirección técnica de la joven empresa, empleo que mantendría hasta finalizar la década. Casualmente, o no tanto, en febrero de ese mismo año Aerotalleres Argentinos rentó una pequeña parte de su espacioso hangar en San Fernando. Iban a acomodar en sus instalaciones a una hermosa avioneta De Havilland DH.80A Puss Moth c/n 2028, patente LV-RCA. El aeroplano había sido construido por la compañía británica en 1930. Luego de pertenecer a The British Air Navigation Co., entre otros dueños, fue traída a la Argentina en el año 1935 por un tal Guillermo Orr, quien la estacionó en un aeródromo de

Quilmes. Orr vendió su avioneta De Havilland a Pedro Montes, quien a su vez, a través de los Aerotalleres Argentinos S.R.L., la revendió a un joven acomodado germano-argentino. Seguramente sin sospechar que en realidad el comprador no era otro que Werner Koennecke, alto ejecutivo de Böker y el contador entre bastidores de la Red Bolívar.

Koennecke, a quien ya nos hemos referido en capítulos anteriores, quería ser aviador. En 1941 obtuvo un carné de piloto civil categoría A, *brevet* n.º 1260. Completó su preparación con la asistencia a un curso de navegación y meteorología, dictado por el exalférez de

navío Alberto de Sautú Riestra.

El hombre de las finanzas nazis no sólo pensaba poner su aeronave al servicio del espionaje, sino que además pronto pretendió obtener algún rédito. Había pagado doce mil quinientos pesos y quería recuperar algo de la inversión. Su idea era alquilar el aparato con fines comerciales, a razón de ciento veinte la hora de vuelo. Por recomendación de sus amigos de Aerotalleres contrató al piloto Juan B. Perlo, adscrito a la Dirección de Aeronáutica Civil del aeródromo de San Fernando, quien al servicio de Koennecke realizó varios viajes comerciales y de propaganda.

La operación de inteligencia que los



nazis montaron en Argentina durante el primer semestre de 1943, valiéndose de la oportuna ayuda de la avioneta De Havilland de Koennecke, fue un asunto de tal magnitud que llegó hasta la mismísima oficina del presidente.

El espíritu de este trabajo es claramente el de ahondar, lo más detalladamente posible, en la conformación de los diferentes grupos de espionaje alemanes en Argentina. Resulta ineludible, entonces, narrar en detalle al lector algunas operaciones montadas por estos grupos. Incluyendo, por supuesto, aquellas que tocaron de cerca a los gobernantes locales de turno o a sus esferas de influencia.

Una y otra vez se han mencionado las vinculaciones que supuestamente existieron entre grupos de militares argentinos, el general Perón y elementos fascistas; antes, durante y después de la guerra. Fiel al estilo argentino, las exageraciones y teorías conspirativas han estado siempre presentes. Sin embargo, no perdemos de vista que existe una gran cantidad de episodios innegables sobre el particular. Sobre ellos avanzaremos con paso firme durante la presente narración.

Por el momento podemos mencionar, a favor del expresidente argentino, que las vinculaciones de los nazis locales con la Casa Rosada datan

claramente de al menos tres años antes de su llegada a la presidencia. Al menos nominalmente hablando. Incluso, tal cual los hemos demostrado en el Capítulo VI de este trabajo, los contactos nazi-argentinos son anteriores al advenimiento de la revolución de junio de 1943, integrada, entre otras facciones, por un casi desconocido Perón y su recién nacido GOU.



Avioneta De Havilland DH.80A Puss Moth, matrícula G-AAXX, fotografiada en Gran Bretaña antes de pertenecer a Werner Koennecke bajo la patente nacional LV-RCA. Fotografía: gentileza de Gabriel Pavlovic.

Entre 1931 y el mencionado golpe de Estado, Argentina fue gobernada democráticamente por una coalición denominada Concordancia. Esta estaba integrada por el Partido Demócrata

Nacional, también conocido simplemente como Partido Conservador, la Unión Cívica Radical Antipersonalista y el Partido Socialista Independiente. Agustín P. Justo (1932-1938), Roberto M. Ortiz (1938-1940) y Ramón Castillo, que debió completar el período por la muerte de Ortiz (1940-1943), fueron los titulares del poder ejecutivo durante aquellos olvidables años. Tal como veremos a continuación, Ortiz, de origen radical, y especialmente Castillo, del Partido Conservador, fueron los responsables de cobijar a los primeros nazis que accedieron al despacho de un presidente argentino.

Para 1943, las reuniones periódicas entre dos de los tres jefes de la red de espionaje nazi en Argentina habían derivado en conversaciones informales sobre asuntos de alta complejidad en materia de política sudamericana. Becker y Harnisch, hombres de mundo, tenían particular interés en todas aquellas cuestiones relacionadas con la política exterior argentina. Especialmente, las que de alguna manera tenían incidencia sobre los intereses de la Alemania nazi.

Estos últimos dos avispados agentes, los verdaderos cerebros del espionaje nazis en Argentina, no solamente eran sagaces y sumamente

ubicuos. También eran personas bastante instruidas desde el punto de vista político, sean cuales fueran sus cuestionables ideales. La lectura que hicieron en materia de relaciones internacionales, especialmente sobre la situación de las naciones sudamericanas, fue bastante acertada y realista. Seguros de sí mismos, decidieron pasar a la acción durante 1943. La línea de pensamiento de aquellos conspiradores estaba bastante emparejada con la realidad. De ello dejó constancia para la posteridad Siegfried Becker, quien la expuso con lujo de detalles, y sin obviar nombres importantes, durante los interrogatorios de 1945.

Los alemanes venían siguiendo muy de cerca la evolución de las relaciones entre las naciones del continente americano; incluso desde antes del ingreso de los Estados Unidos en la guerra. Estaban muy bien informados acerca de las presiones que ejercían los estadounidenses sobre el bloque continental. Desde las tempranas conferencias panamericanas de Lima y La Habana, habían seguido el tema con empedernida atención.

Argentina se presentaba siempre como uno de los «rebeldes». Era aquel joven díscolo que «osaba» resistirse a las presiones yanquis. El clima se recrudeció con el ingreso del gran país del norte a la



guerra, luego del ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. Apenas un mes después, en enero de 1942 durante la conferencia de Río de Janeiro, los americanos desencadenaron todos sus argumentos para intentar que el continente en conjunto rompiera las relaciones con el Eje. Tal como hemos mencionado en el Capítulo VI, posiciones como las de Argentina y Chile lograron doblegar parcialmente a los norteamericanos. A partir de ese momento, lejos de rendirse, la Secretaría de Estado comenzaría a utilizar todo tipo de estrategias tendentes a doblegar a las más pequeñas naciones sudamericanas en rebeldía. Más todavía

desde que Brasil se sumó al esfuerzo bélico en agosto de 1942.

Chile y Argentina serían los últimos en ser sometidos por la presión. Este último país rompió relaciones con el Eje a comienzos de 1944, en el marco de intrincados asuntos que analizaremos más adelante. Las redes de espionaje germanas estuvieron íntimamente relacionadas.

Volviendo a los inicios de 1943, una pequeña nación paraguaya no lograba escapar de la situación descrita en el párrafo precedente. Se debatía entre las incesantes presiones norteamericanas, las cuales buscaban alinear totalmente a la pequeña nación

en contra de las potencias del Eje, y los deseos del entorno del presidente de facto, el general Higinio Moríñigo. Los oficiales nacionalistas que rodeaban al dictador guaraní deseaban mantener una posición de neutralidad similar a la argentina.

Harnisch y Becker, quienes habían vivido entre los sudamericanos por largos años, sabían del sentimiento antiestadounidense que reinaba en buena parte de los países de la región. Sin embargo, también estaban al tanto de que jamás había existido coordinación alguna entre dichas naciones. Sumando sus esfuerzos, podrían haber presentado algún tipo de

resistencia al involucramiento de los intereses extranjeros; concluyeron los jefes del espionaje alemán.

Una noche en casa de Harnisch, en la localidad de Martínez, entre cigarros y coñac, los cerebros nazis decidieron que era hora de brindar su «ayuda» para la creación del «dique de contención». Un bloque de naciones sudamericanas que se impusiera a los intereses yanquis. Qué mejor que comenzar por Paraguay, pensaron. Allí, los elementos más cercanos a Moríñigo eran todos contrarios a los norteamericanos. Además, para suerte de los alemanes, aquellos que rodeaban al dictador eran todos amigos de Wolf Franczok, el líder

de la Orga-T.

En palabras de Becker, cualquier ayuda que se prestara a la Argentina y al resto de las naciones sudamericanas deseosas de resistir a las presiones estadounidenses era indirectamente una ayuda eficaz que se prestaba en favor de Alemania.

La situación en el Paraguay era largamente conocida por los espías nazis. Debían las noticias frescas a los informes que los agentes de Becker, Schnietter y Rouff, enviaban a su cuartel general de la calle Cangallo. En aquel país, los partidos políticos habían perdido la influencia, pero no su popularidad, y resultó así que Moríñigo podía contar

sólo con la fidelidad de las guarniciones de la capital. Los pilares fundamentales del dictador guaraní eran el mayor Stagni, el coronel Benítez Vera, ambos amigos de Franczok, y el coronel Villasboa, jefe de la Policía. Para inicios de 1943 la presión estadounidense se tornaba insostenible para la pequeña nación paraguaya. Para colmo, su presidente de facto se disponía a emprender un viaje a los Estados Unidos. Seguramente no traería buenas noticias para los alemanes a su retorno. Alertados de este hecho, los nazis se decidieron a actuar, apelando desde un primer momento a los contactos de «Don Antonio».

Durante aquellos meses, a los nazis radicados en Buenos Aires les resultaba más sencillo llegar hasta las altas esferas del Gobierno paraguayo que hasta el presidente Castillo. De todas maneras se las ingeniaron para llegar hasta el primer mandatario argentino. La llave que abrió la cerradura de la puerta de la oficina presidencial fue el capitán de fragata Eduardo Aumann. El mismo comandante que hacía la vista gorda mientras los marinos del *Spee* se fugaban de la isla Martín García. Aumann se desempeñaba para 1943 como edecán naval del presidente, y por consiguiente, contaba con acceso a su despacho. A su vez, los alemanes llegaron hasta el

marino gracias a la amistad que unía a este con Harnisch, la cual databa del año 1922. Además, Aumann y el agente nazi tenían un amigo en común, el vecino de Harnisch, Juan Carlos Mazzini, a quien encontraremos más adelante albergando un taller de la Orga-T en su propia casa. La amistad entre Harnisch y Mazzini había nacido en Alemania, donde el argentino había viajado en 1921 para adiestrarse en una firma de Hamburgo. En 1924 ambos viajaron juntos a Buenos Aires. La esposa de Mazzini era alemana y amiga de Eduardo Aumann desde su niñez.

Pronto Franczok fue incorporado al reducido grupo de conspiradores nazis.



Sus contactos en el Paraguay se revelaban indispensables para alcanzar el éxito.

Luego de que Harnisch hiciera un viaje relámpago a Asunción, a fin de obtener el consentimiento de los oficiales que rodeaban al dictador paraguayo, se decidió a revelar las intenciones germanas a Aumann. El agente alemán no se anduvo con rodeos. Le pidió a su viejo amigo que hablara al presidente de la república sobre la posibilidad de llegar a un entendimiento con el Gobierno del Paraguay. El objetivo principal era que ambas naciones sudamericanas se opusieran en conjunto a las ambiciones

norteamericanas. El presidente Castillo, lejos de inquietarse acerca de ingresar en negociaciones internacionales bajo el auspicio de los nazis, no sólo alentó a su edecán a explorar la viabilidad del asunto, sino que lo autorizó a reunirse con representantes paraguayos en su nombre.

A principios del mes de mayo de 1943, Harnisch y Aumann se montaron en la avioneta De Havilland de Koennecke. Despegaron desde San Fernando con destino a Posadas, provincia de Misiones. Allí los aguardaban los representantes paraguayos, puestos al corriente por los alemanes y dispuestos a celebrar el

primer acercamiento formal a través de un delegado legítimo del presidente argentino. El mayor Stagni, enfundado en su uniforme de gala, había cruzado el río a bordo de una barcaza que partió de la fronteriza ciudad de Encarnación. En compañía del gobernador local, aguardaba impaciente en el hotel Savoy la llegada de los ilustres comisionados del mandatario argentino.

De acuerdo con Becker, el encuentro se desarrolló en un clima de absoluta cordialidad. Cada una de las delegaciones traía las condiciones establecidas de antemano para el acuerdo. Los argentinos pretendían asegurarse dos cuestiones básicas: en

primer lugar, buscaban el compromiso del presidente Moríñigo de que no ingresaría en ningún acuerdo de asistencia mutua de defensa, secreto o público, que perjudicara de alguna manera a Argentina. Léase entre líneas que no asumirían obligaciones favorables a los norteamericanos o brasileños en contra de la posición argentina. La segunda petición de Castillo era el reemplazo inmediato del embajador paraguayo en Buenos Aires y el ministro de Asuntos Exteriores; ambos, según los criollos, de clara tendencia favorable a los yanquis.

Los paraguayos, liderados por Stagni, en primer lugar plantearon sus

exigencias en materia económica. Pero no olvidaron las culturales. La nación guaraní quería asegurarse de que los argentinos los abastecerían de combustible de acuerdo a sus necesidades. También solicitaban acceso a un puerto libre y becas en las universidades e institutos militares. A su vez, también les pareció conveniente que algunos «trofeos» de origen paraguayo, de los cuales sus vecinos se habían apoderado durante la antigua guerra entre ambos países, fueran devueltos en un acto oficial. Una escuadrilla de la aviación paraguaya sería enviada por Stagni para que durante los festejos del 9 de julio recibiera el honor de tal

reconocimiento.

Ambos representantes se comprometieron a poner en consideración de sus respectivos presidentes las exigencias planteadas en aquella reunión preparatoria. Ni Castillo ni Moríñigo plantearon objeciones. El presidente argentino, muy satisfecho con los resultados, mandó llamar a Harnisch, a quien quería felicitar en persona. Después de todo, el asunto era idea de los alemanes...

Podemos decir entonces que la primera oportunidad en que un agente nazi importante se sentó frente al sillón de Rivadavia no era Farrell, Ramírez o Perón el presidente que se hallaba frente

a él. Este hecho no tiene en la Argentina de nuestros días la trascendencia que debiera tener. El hecho de que las andanzas de los nazis en el país sudamericano son una cuestión que se circunscribe de manera exclusiva a las esferas del general Perón pareciera un asunto aprendido de antemano.

Podemos deducir, sin temor a equivocarnos, que Castillo recibió a Harnisch en mayo de 1943. Tenía la absoluta certeza de que se trataba de un agente nazi operando a favor de los intereses del Tercer Reich. El agente del Abwehr, devenido en espía del SD de Himmler, se presentó en la Casa Rosada en las postrimerías de ese mes. Castillo

pidió a su edecán Aumann y a Harnisch que volaran nuevamente al norte. Esta vez directamente hasta Asunción. Debían formalizar el acuerdo con los paraguayos.

Hasta ese momento, en el cual el plan urdido por los jefes nazis en Argentina ingresaba en su fase de concreción, Becker no había informado a sus superiores del RSHA en Berlín. Ante la inminente oficialización del asunto, el jefe del SD local decidió informar a Alemania. Schellenberg dio luz verde a la operación con la única condición de que Becker no revelara su identidad. Era preciso proteger la misión de espionaje. Los alemanes habían



invertido gran cantidad de recursos y agentes para montar la central sudamericana de inteligencia en Buenos Aires y no deseaban arriesgarlos.

El 30 de mayo, Aumann convocó a Harnisch a su domicilio. Lo acompañaba el dueño de la avioneta, Werner Koennecke. Se dedicaron a trazar el itinerario y a poner en claro algunos asuntos de logística, como por ejemplo, quién pilotaría el aeroplano. Aumann mencionó en aquella oportunidad que el dueño del aparato debía estar tranquilo sobre el asunto. Serenó a Koennecke. Le informó de que gracias a la intervención del director general de Aeronáutica Civil, el doctor

Samuel Bosch, las autoridades del aeródromo de San Fernando no solicitarían documentación alguna a los viajeros. De esa manera, el vuelo permanecería en el anonimato.

El lunes 1 de junio, a las 07:30 h, Koennecke pasó a buscar al capitán Aumann por su domicilio y lo condujo en su automóvil particular hasta San Fernando. Al momento de presentarse ante las autoridades del aeropuerto, la mera muestra de la cédula militar del edecán del presidente fue suficiente para obviar cualquier control o requerimiento adicional a los pasajeros. Incluso, el espía nazi recordó tiempo después que el piloto ni siquiera exhibió su licencia

reglamentaria, tal como era habitual en estos casos. El plan de vuelo estipulaba una escala en la base aérea de la ciudad de Paraná. Luego, debían dirigirse hacia un aeródromo en la norteña Resistencia. Al parecer, eso fue lo que se le dijo a Koennecke, a quien en un principio se le ocultó que su aparato saldría del país. Temían que se negara a facilitarlo.

La avioneta De Havilland de Koennecke se aprestó nuevamente sobre la pista de San Fernando. Un largo viaje en dirección al norte le aguardaba. El misterioso piloto era el teniente Rubén Eduardo Laboulette, perteneciente a la Fuerza Aérea paraguaya y enviado especialmente por Stagni a recoger a los

conspirados.

Durante aquellos mismos momentos, en la Argentina se estaban por desencadenar graves hechos. Algunas nubes oscuras se cernían sobre la débil democracia nacional.

El golpe de Estado de junio de 1943 es un hecho con el que se podrían rellenar tomos enteros. Sin embargo, al menos intentaremos esforzarnos raudamente por resumir los hechos que, sin dudas, son de suma importancia para el presente relato.

El general Pedro Pablo Ramírez era el ministro de Guerra del Gobierno de Castillo, pero, en realidad, sus ambiciones eran otras. El 26 de mayo,

Ramírez se había reunido con opositores al presidente de origen radical. Estos se habían ofrecido sin tapujos a apoyarlo en las próximas elecciones como candidato al poder ejecutivo. Enterado de este hecho, y mientras Aumann y Harnisch se hallaban en Paraguay prestos a firmar el acuerdo con Moríñigo, el mandatario argentino en ejercicio pidió a Ramírez la renuncia a su Ministerio. Para ser sinceros, el trasfondo de los hechos era mucho más complejo, intrincado. Campo de Mayo, el cuco de cada gobierno de turno, se hallaba al borde de la eclosión.

Finalmente se desencadenó un golpe de Estado. Estaba integrado por

diversas facciones revolucionarias, entre ellas, el ya mencionado GOU. Las verdes columnas que fluían hacia la plaza de Mayo eran lideradas por el general Rawson. Ramírez y la enorme mayoría de las guarniciones cercanas a la capital habían tramado en las sombras el golpe contra la cuestionada democracia de la década infame. Entre un grupo de oficiales adherentes a los rebeldes se hallaba el joven coronel Perón. Su papel en aquella revolución parece permanecer en la eterna disputa de adictos y contrarios. Al parecer su rol fue muy secundario. De todas maneras, es innegable que gracias a aquella revolución comenzaría su ascenso

meteórico. El mismo que lo lanzaría a la presidencia constitucional a partir de 1946. Apenas tres años después.

Una vez llegados a la capital paraguaya, Aumann y el agente nazi fueron citados al despacho del presidente Moríñigo. Ambos bandos aceptaron las condiciones de palabra. El edecán invitó oficialmente al dictador guaraní a realizar una visita a Buenos Aires con el fin de firmar el acuerdo alcanzado bajo el auspicio de los nazis. Pero en Buenos Aires ya soplaban otros vientos, los que trajeron la tormenta relatada en el párrafo precedente. Becker recordó que casi simultáneamente a aquella reunión, una columna de ocho

mil rebeldes militares argentinos, bajo el mando del general Ramírez (como hemos visto en realidad los lideraba Rawson), partieron desde los cuarteles de Campo de Mayo en dirección a la Casa Rosada. Estaban dispuestos a deponer a Castillo por los motivos ya citados.

Luego de treinta muertos y cien heridos todo había acabado. El presidente saliente escapó en su auto, abordó el rastreador *Drummond* y marchó al exilio. Aumann quedaba varado en Asunción y con las manos vacías. El acuerdo internacional facilitado por la camarilla de Harnisch, Becker y Franczok quedaba en



suspenseo.

A pesar de aquel revés, las andanzas de los nazis en la Casa Rosada estaban muy lejos de acabarse; apenas sería necesario volver a interpretar las necesidades de los nuevos dirigentes criollos de turno.

Luego de una semana en Asunción, Aumann retornó por tren a la capital argentina. Para perjuicio de los nervios de Koennecke, su avioneta había quedado en Paraguay, bajo el resguardo de Stagni. Para el día 20 de junio, ya con el efímero Gobierno del general Rawson instalado en la historia, y el del general Ramírez en la Casa Rosada, el joven ejecutivo de Böker

entró en pánico. Temía perder su costoso avión y, lo que es peor, que los sombríos planes de la conjura, de la que había sido parte, fueran revelados. Harnisch, siempre mucho más interiorizado de los pormenores de las esferas políticas de Argentina, pronto tranquilizó a su colega. Lo despachó a la casa de Aumann a buscar novedades.

El exedecán de Castillo no sólo había sobrevivido al golpe, sino que ahora se revelaba como adicto a los nuevos dirigentes del país. Le dijo a Koennecke que enviara a su piloto personal, Perlo, al Paraguay, para traer al De Havilland de regreso. Los gastos corrían por su cuenta; no había de qué

preocuparse. El nuevo director aeronáutico civil, el teniente coronel Óscar E. Muratoria, había sido puesto ya al tanto de los «servicios» que los espías nazis prestaban a la nación. Nadie preguntaría mucho del Asunto Paraguay cuando el aparato decolara en San Fernando.

Existe una cierta suspicaz suposición. La de que Harnisch, y por consecuencia también Aumann, estaban al tanto de la proximidad de un golpe por parte de la camarilla liderada por Ramírez, Rawson y Campo de Mayo. Al menos, así lo declaró el alemán en 1947, sitado en el trabajo de Goñi, ya bajo cautiverio de los norteamericanos.

Si esto era efectivamente así, entonces, ¿por qué viajaron a Paraguay a firmar un acuerdo en representación de Castillo? La respuesta no parece ser muy complicada. El Gobierno de Moríñigo se debatía entre la insoportable presión de Roosevelt y la resistencia de la oficialidad que rodeaba al dictador. La posible ruptura definitiva del país guaraní con el Eje, cediendo así ante el poder de los americanos, era sólo una cuestión de semanas. Por lo tanto, no había tiempo que perder. Aunque el Gobierno de Castillo estuviera condenado, tambaleante, de todas maneras, el viejo conservador coincidía con los militares argentinos en su

aversión por las presiones yanquis y la mentada neutralidad.

Si bien Harnisch y Aumann habrían estado al tanto del golpe de junio, aparentemente desconocían la inminencia de la revolución, la cual estalló mientras cerraban el acuerdo en Asunción.

Para cuando los nazis ingresaron nuevamente a través de la enorme puerta de Balcarce, 50, los gobernantes argentinos habían cambiado. Sin embargo, las intenciones de la cúpula militar, lejos de ser diferentes a las de Castillo, eran las de seguir cultivando ciertas relaciones con los elementos del espionaje nazi. Los argentinos iban a

seguir utilizando las conexiones alemanas para concretar, unos meses después, el postergado acuerdo con los paraguayos. Incluso estaban dispuestos a llegar bastante más lejos en las triquiñuelas resultantes de sus coqueteos con los espías germanos. Finalmente, aquella conducta los llevaría indefectiblemente a involucrarse en un escándalo de proporciones internacionales; y a dejar en evidencia sus verdaderos lazos con los representantes locales del Tercer Reich.<sup>17</sup>

# Capítulo XII

## Alianza militar secreta

Hemos mencionado en capítulos anteriores a Guillermo Antonio Lasserre Mármol. Un periodista argentino, pero también un acérrimo nacionalista, cuyas

conexiones con elementos militares criollos se habían revelado sumamente atrayentes para los espías nazis. Aquellas buenas vinculaciones habían llevado a Hans Hermeyer, ya citado como mano derecha de Becker para 1943, a reclutar al citado cronista para las filas del SD.

Una vez consumada la revolución militar de junio de 1943, y suspendido momentáneamente el entendimiento con Paraguay auspiciado por los nazis, Becker decidió recurrir a Lasserre Mármol. Atesoraba el propósito de reflotar el complot.

Algunas de las trabazones de este conocido nacionalista eran muy importantes e influyentes. Además, su



estrecho engarce con nazis locales, a su vez simpatizantes de la causa de los grupos derechistas argentinos, databa de varios años atrás.

Lasserre había vivido por un largo tiempo en la provincia de Tucumán. Allí había blandido su filosa pluma en un diario llamado *El Norte Argentino*. Fiel a sus ideales se afilió al movimiento nacionalista de la Legión Cívica Argentina, bajo el gentil patrocinio de un amigo, el general Vecarezza, quien gobernaba con mano de hierro la provincia luego de la revolución del treinta. Durante su mandato, el militar designó a Lasserre Mármol con el insólito puesto de comisario de la Policía

Provincial. Pero además del áspero gobernador había otro actor principal en la tira. Durante la década mencionada, la dirección militar del movimiento nacionalista en Tucumán fue ejercida por el entonces mayor Arturo Brinkmann. Bajo el ala de este último acérrimo derechista, el periodista argentino trabajó durante años. No tardó en desarrollarse entre ellos una pujante amistad.

Para 1935 Lasserre se había trasladado a Buenos Aires. No tardó en hallar empleo en el periódico nacionalista *El Crisol*, propiedad del conocido profascista Enrique P. Oses. Fue durante aquellos años que el

periodista, cada vez más enrolado en los círculos nacionalistas de la capital, contactó con los primeros elementos nazis radicados en Argentina. Impulsados por una clara afinidad ideológica, los lazos se estrecharon en el marco de los desordenados mítines del, hasta ese momento legal, Partido Nacionalsocialista Argentino. Karl Arnold, un oscuro y tempranero agente del SD, y el ejecutivo de Bayer, Hans Hermeyer, se revelarían como los contactos más cercanos y perdurables del cronista.

El trato entre Lasserre Mármol y Brinkmann nunca se perdió. El oficial argentino era un militante incansable de

la derecha nacional. Trabajaba inagotablemente en pos de la unificación de los desorganizados grupos nacionalistas argentinos. Intentaba ardorosamente aglutinarlos bajo el liderazgo del general Juan Bautista Molina; otro oficial argentino, quien había tenido el grato honor de haber sido invitado por el mismo Führer alemán a presenciar un congreso del partido en Núremberg bastante antes de la guerra. Brinkmann se aseguraba de que la pluma de su amigo nacionalista fuera siempre favorable a la causa.

Casi en simultáneo con el estallido de las primeras salvas en Europa, Lasserre fue convocado a la Embajada

alemana. Su amigo Arnold lo había llevado ante la presencia del agregado de prensa, Gottfried Sandstede. El funcionario ofreció a Lasserre la dirección de la sección en castellano del *Deutsche La Plata Zeitung*, el periódico de mayor importancia entre aquellos directamente apoyados por los nazis. El argentino no dudó un instante. Casi de inmediato comenzó a trabajar como editor del diario dirigido por Emilio Tjarks. A finales de 1939, un oportunista Hermeyer, puesto al tanto del nuevo empleo de Lasserre, hizo una visita espontánea a la redacción de la calle Corrientes, 600. El gerente de Bayer y el periodista se entrevistaron allí

mismo, donde todos eran adictos a la idea. Si bien se conocían a través de Arnold, desde ese momento iniciaron una estrecha relación colaborativa que se mantendría a lo largo de los siguientes cinco años, casi de manera ininterrumpida.

Desde 1940, y de manera cada vez más intensa, Lasserre Mármol actuó como lo que se conoce habitualmente con el nombre de «doble agente». Trabajaba intensamente para el ascendente Brinkmann, convertido en coronel. Pero también sus apreciados informes eran remitidos con regularidad a la oficina del SD. Seguían el largo camino de Hermeyer, Seidlitz y los

vapores españoles a través del Atlántico.  
Lentamente llegaban a destino sin  
contratiempos.

Doctor Manuel A. Fresco  
Haedo



Esperámosle Molina y yo hoy 21  
horas restaurant Munich Libertad  
332. Saludos.

Brinkmann.

*W. Brinkmann*  
Las Yeras 3776

El coronel Brinkmann y su estrecha relación con el nacionalismo argentino más extremo. Una nota de puño y letra destinada al doctor Fresco, médico y político argentino, quien ejerció como gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1936 y 1940. Este último se destacó por una particular simpatía hacia el nazi-fascismo. Archivo CEIAA, AHCD

Los nazis consultaban



especialmente a Lasserre su visión de los gobernantes locales. También era habitual el intercambio de información de inteligencia relevante entre los alemanes, siempre a través de Lasserre, y los militares cercanos a Brinkmann. Fue a través del periodista argentino que los nazis se pusieron al corriente en detalle del perfil y las actividades de los diferentes grupos nacionalistas locales. No debe sorprendernos, entonces, que los alemanes pidieran consejos a su amigo Lasserre sobre a cuál de aquellas bulliciosas cuadrillas debían apoyar económicamente.

En cierta oportunidad Brinkmann envió gentilmente a los germanos un

informe detallado de los daños infligidos por el *Graf Spee* al *Exeter*. Hermeyer lo fotocopió en su oficina de la Bayer a todo vapor, para luego enviarlo a Berlín a través de los canales mencionados. A su vez, fue a través de los espías germanos que los grupos castrenses argentinos tomaron conocimiento de los planes estadounidenses tendentes a instalar una base militar en Punta del Este. Entre otras cuestiones sensibles que iban y venían entre ambas facciones.

Los alemanes, tal como reconocería tiempo después Guillermo Antonio Lasserre Mármol en este caso Hermeyer, solían retribuir amablemente a su informante argentino a través de la

ventanilla de pagos de la Bayer.

Retomemos ahora el episodio del fallido acuerdo con el Paraguay. Estancado para junio de 1943 debido a la revolución junista. Los alemanes decidieron no perder la oportunidad de explotar los contactos de Lasserre para reflotar el plan. Es decir, buscaban ingresar a la escena nuevamente a través de Brinkmann, cuyo jefe político no era otro que el coronel Juan Domingo Perón. Un personaje que, utilizando como base de operaciones a la logia de oficiales del GOU, iba ganando notoriedad, poder y preponderancia a paso redoblado. Pero apenas estaba comenzando a subir la colina.

Si Lasserre iba a entrar a jugar en grande, entonces debía conocer a Becker, el fantasma. Hermeyer pidió al periodista que se entrevistara personalmente con su jefe, el que se mantenía oculto en la seguridad de las sombras. Un «representante directo y confidencial del Gobierno de Hitler». Una persona de mayor peso que la misma Embajada, cuyos funcionarios no eran confiables y estaban viciados de una visión ajena a la realidad argentina; propia de «alemanes viviendo en Alemania». Pronto organizaron un encuentro. Siegfried Becker, acompañado de Hermeyer, se reunió con Lasserre en el restaurante del

Automóvil Club Argentino, ubicado en la intersección de las avenidas Pueyrredón y Alvear; en un coqueto barrio de Buenos Aires. «Sargo» se presentó ante el nacionalista argentino con una carta de presentación incontrastable. Buscaba impresionar hasta la médula a su interlocutor. Lejos de ofrecer una tarjeta personal, Becker lanzó sobre la mesa una fotografía que lo mostraba en el «Cuartel General del Führer junto a Hitler, Ribbentrop, Keitel y un par de uniformados más», según recordó el periodista en 1945. La existencia de dicha fotografía, así como su autenticidad, resulta un verdadero enigma.

Durante aquel almuerzo, Becker, a juzgar por sus propias palabras, «llegó al Asunto Paraguay, explicando la situación y los resultados obtenidos, los cuales veía en peligro por la inactividad argentina. Instó a Lasserre a interesar al coronel Brinkmann con el fin de que este hablara y animara al coronel Perón a los efectos de que se ocupara del asunto mencionado».

Según la jugosa declaración de Siegfried Becker del 16 de mayo de 1945 ante Coordinación Federal, la cadena de contactos que llevó el asunto hasta la oficina de Perón logró su cometido. La demorada alianza secreta entre Paraguay y Argentina, constituida

para resistir a los norteamericanos, fue un pequeño éxito para los agentes del SD.

A comienzo de diciembre de 1943, apenas unos días después de que Perón jurara como secretario de Trabajo y Previsión Social del Gobierno del general Ramírez, el dictador paraguayo Moríñigo desembarcó en la capital argentina. Llegaba en una visita oficial ante el primer mandatario argentino. Una semana después de su arribo, Franczok radió alegremente al otro lado del Atlántico un mensaje cifrado firmado por Harnisch. En él mencionaba que «la alianza entre Argentina y Paraguay se había

concretado satisfactoriamente. [...] Paraguay ha concluido una secreta alianza militar con la Argentina. [...] Paraguay comenzará a actuar de inmediato a favor de Argentina contra cualquier estado atacante». Aquellos eran algunos de los claros pasajes del telegrama enviado a Alemania. Por supuesto toda la operación se describía como un valioso logro a favor del Tercer Reich.

De todas maneras, Perón y otro importante coronel del GOU, un hombre de gran trascendencia, el coronel Enrique P. González, guardaban serios reparos para con el presidente del Paraguay. Sospechaban que Moríñigo



era ambiguo y de cierta tendencia proyanqui. Por lo menos así se lo hicieron saber, en duros términos, al edecán del mandatario guaraní, Jupp von Zastrow. Este, a su vez, se lo comentó al espía Harnisch, a quien conocía desde las negociaciones frustradas de principio de año; las realizadas a través de Aumann. Incluso, Harnisch confesó en 1947 bajo cautiverio norteamericano que Perón quiso saber en aquella oportunidad si el militar paraguayo (Zastrow) era capaz de estructurar tras de sí a un grupo de rebeldes para derribar a Moríñigo.<sup>18</sup>

Las creencias del grupo más endurecido se basaban

fundamentalmente en que Paraguay recibía, a diferencia de Argentina, grandes cantidades de pertrechos y armamentos de parte de los Estados Unidos.

Inicialmente, el general Ramírez no compartía la opinión de los pétreos coroneles del GOU. Prefería confiar en la palabra del dictador guaraní, quien había manifestado a su par argentino que, en caso de ser necesario, podrían utilizar las armas norteamericanas en contra de sus propios constructores.

Parece que Moríñigo quería quedar bien parado ante todos los bandos. Y el astuto Perón se había puesto al corriente de la estratagema. Los alemanes no eran

ajenos al hecho de que Paraguay recibía material estadounidense de guerra, pero decidieron confiar en la palabra del mandatario paraguayo, al igual que lo hizo el presidente Ramírez.

Los militares argentinos se sentían particularmente frustrados por el hecho de que los estadounidenses les negaran el acceso a los modernos equipos y aparatos de guerra que proveían, en grandes cantidades, a los países limítrofes incluido el Paraguay. Mientras los argentinos no abandonaran su neutralidad, mientras no derribaran el último puente nazi hacia América, no obtendrían armas. Todo esto era inflamado por un duro golpe

diplomático que los criollos habían sufrido en septiembre. El mes anterior, el ministro de Relaciones Exteriores, el vicealmirante Storni, había enviado una misiva secreta a Washington a través del embajador británico. Redactada en términos amistosos, tenía como destino al secretario de Estado, Cordell Hull. Los argentinos solicitaban un gesto de «amistad» a los americanos, el cual debía traducirse, de acuerdo al pensamiento del Gobierno de Ramírez, en la provisión de armamento de combate. Tanto el mensaje firmado por Storni como la durísima respuesta de Hull fueron publicadas en la prensa por los hábiles funcionarios de Roosevelt. Ante

el ridículo internacional en el que había incurrido el país, bastó con presentar al firmante del telegrama como el «chivo expiatorio» de todo el entuerto.

Lejos de sentirse intimidados, los aventureros pero poco intuitivos oficiales del GOU, redoblaron la apuesta. En lugar de ceder, prefirieron instar a los generales gobernantes para que intentaran comprar armamento a Hitler de manera encubierta y a través de los agentes secretos alemanes radicados en Argentina... ¿Cómo?, lo desvelaremos en breve.

Al momento de reunirse con Lasserre Mármol en el restaurante del ACA, Becker no obvió alardear sobre

que sus agentes se movían en territorio argentino con total soltura y tranquilidad. Manifestaba sin rodeos la existencia de un «entendimiento secreto» alcanzado entre el Tercer Reich y los militares argentinos. A la luz de testimonios de importancia, conocidos después de finalizada la guerra, parecería que Becker no mentía. Tiempo después, el jefe supremo del SD, *Brigadeführer* Walter Schellenberg, refirió ante sus captores aliados que «dicho acuerdo incluía la inmunidad de arresto para los agentes nazis en Argentina y un camuflaje de estos como miembros del servicio secreto del Ejército argentino. [...] A cambio se permitía el uso por

parte del Ejército argentino de la potente red de comunicaciones del servicio secreto alemán, se le proporcionaba información seleccionada de las fuentes nazis establecidas en países vecinos de Argentina y la colaboración para la conformación de un bloque sudamericano liderado por Argentina».

No podemos determinar, al menos mediante documentos oficiales que lo demuestren, en qué grado utilizó el Ejército argentino la red radial de Franczok. O si los espías nazis tenían algún camuflaje como «agentes argentinos». Pero sí podemos establecer, a la luz de lo narrado, que el resto de las afirmaciones de Schellenberg se

concretaron en gran medida, al menos hasta 1944. También podemos afirmar que los gobernantes militares argentinos conocían de larga data la actuación de los agentes alemanes, a los cuales utilizarían, una vez más, para intentar proveerse de aquel armamento de última generación que los estadounidenses les habían denegado airadamente.

Muy lejos estuvieron los conspiradores nazis y los gobernantes argentinos de conformarse con solamente alinear al Paraguay. Desde el mes de julio de 1943, ya cuando los alemanes lograron encauzar sus relaciones con el nuevo Gobierno de



facto, tal como veremos en el próximo capítulo, los esfuerzos tendentes a atraer grupos nacionalistas de países cercanos llegaron a concretarse. Un hecho que se hace evidente dentro de las gastadas páginas de los archivos del poder judicial que contienen las declaraciones de los espías nazis. Estos buscaban atraer a grupos nacionalistas castrenses para que derribaran a sus gobiernos de turno, los cuales iban girando rápidamente hacia la causa aliada.

Resulta especialmente jugosa la extensísima declaración del periodista Lasserre Mármol ante Coordinación Federal, quien tuvo a su cargo el intercambio con elementos

pertenecientes a lo más diverso del nacionalismo sudamericano. Con su extensa diatriba, la cual no ahorró en nombres de militares importantes y miembros del Gobierno argentino, se podrían completar varios volúmenes, mas no es la cuestión de fondo que ocupa a este trabajo. Al parecer los argentinos olvidaron «limpiar» las declaraciones del nacionalista de nombres «incómodos» para los militares revolucionarios. O al menos no lograron limpiarla a tiempo, tal como lo hicieran con los tempranos interrogatorios de Harnisch.

Entre los grupos nacionalistas sudamericanos destaca el particular caso

de los Integralistas brasileños, cuyos representantes, acompañados por Lasserre, llegaron hasta el despacho mismo del coronel Juan Domingo Perón. Incluso hubo gestiones con separatistas bolivianos de Santa Cruz de la Sierra, nacionalistas chilenos y algunos uruguayos. Nada en concreto se obtuvo de aquellas relaciones peligrosas, exceptuando el acuerdo secreto con el Paraguay y cierta asistencia al golpe de Estado en Bolivia de diciembre de 1943. Los militares argentinos habían apoyado la revolución nacionalista boliviana a través de los estrechos contactos entre Lasserre, los nazis y los rebeldes. Peor aún, los militares

argentinos parecían ser los únicos en no darse cuenta de que el futuro se presentaba oscuro y tormentoso para los nazis alemanes. O se daban cuenta, al menos una parte de ellos, pero estaban dispuestos a resistir las presiones que desviarán su tradicional postura neutralista. Presiones que veían, no sin cierto grado de realidad, como una inadmisible violación de la soberanía nacional. No pasaría mucho tiempo hasta que los planes de un «bloque sudamericano», resistente a las presiones rupturistas estadounidenses, se revelase como una amarga quimera.

# Capítulo XIII

## El «emporio de la radio»

UNA PEQUEÑA FÁBRICA  
CLANDESTINA DE  
RADIOTELÉGRAFOS, EN PLENO  
CORAZÓN DE BUENOS AIRES

Una vasta red de estaciones clandestinas de enlace con la Alemania nazi no podría haberse montado eficientemente sin antes proveer a los radiotelegrafistas del equipamiento necesario. Desde el establecimiento definitivo de Wolf Franczok en la Argentina, surgió la necesidad de establecer un taller donde fabricar los nuevos aparatos de emisión y recepción de onda corta. Los alemanes iban a utilizar la última tecnología existente al servicio de las comunicaciones.

Tanto los equipos portátiles como los más grandes, de tipo fijo, serían necesarios en buena cantidad. Los destinados a las estaciones fijas debían

adaptarse a la red doméstica de doscientos veinte voltios, o, en su defecto, estar preparados para ser alimentados por acumuladores conectados a fuentes independientes, tales como molinos eléctricos o grupos electrógenos.

Durante una de las primeras reuniones organizativas de la red, celebrada en Martínez, en casa de Hans Harnisch, los jefes del espionaje germano decidieron rentar una finca muy próxima a la propiedad de la Böker. Indudablemente la finca reunía las características ideales para hacer las veces de factoría improvisada, por lo que podría cubrir holgadamente las

necesidades momentáneas de Franczok. La casa, lindera desde los fondos con la de Harnisch, estaba ubicada en la calle Pacheco, 652, de la nombrada localidad bonaerense.



Donado, 1511. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El encargado de alquilar la



propiedad fue un argentino de cuarenta y seis años, amigo personal de Harnisch desde años atrás y de nombre Juan Carlos Mazzini. Si bien Mazzini, hasta ese momento, no era miembro activo del servicio secreto, rápidamente fue puesto al tanto del verdadero fin que perseguiría la locación del lugar. Al parecer, el sosegado correr de los meses iría involucrando al vecino de Harnisch poco a poco en asuntos delicados. No debemos olvidar que Mazzini había participado, aunque marginalmente, en el Asunto Paraguay debido a su estrecha amistad con el capitán de fragata Aumann.

En noviembre de 1942 los

alemanes tomaron posesión de la espaciosa finca. Mazzini y su esposa ocuparon la parte superior de la casa, y quedó a disposición de Franczok la planta baja, un amplio garaje y el sótano. Pronto se mudó al lugar Willi Reichelt, un agente alemán de veinticuatro años de edad reclutado en el Paraguay a través de Schnietter y a quien Franczok hizo llegar a la Argentina especialmente para incorporarse a su grupo.

Reichelt y el jefe de la Orga-T pronto pusieron manos a la obra. Desde fines de 1942 se dedicaron a la fabricación de los equipos de radiotelegrafía que las diferentes estaciones de enlace establecidas en la

Argentina utilizarían. En Martínez también se comenzó a llevar a cabo la reparación y acondicionamiento de los antiguos equipos ya existentes.

Como jefe de compras del pujante emprendimiento, Franczok designó a un radiotécnico empleado de la casa Siemens, en la avenida de Mayo, 800. Edmundo Emilio Leeb, un hombre de ascendencia alemana. Este personaje, un muy valioso elemento dentro de la Orga-T, había sido incorporado al servicio a comienzos de 1942. Era la persona de confianza de Franczok dentro de la famosa compañía, en la cual el ingeniero de las SS adquirió, a principios de ese año, todos los insumos

técnicos necesarios para montar la red radiotelegráfica de la aviación paraguaya.

Desde ese momento, Leeb se convirtió en una persona cercana para el cauteloso «Don Antonio». Pronto comenzó a repartir su exiguo tiempo entre una doble vida de agente secreto del SD y una más mundana, de empleado de Siemens. Además de la adquisición de los materiales de fabricación, Leeb también se ocupó de reclutar algunos nuevos colaboradores para las huestes del espionaje.

Durante los primeros meses, el pequeño laboratorio técnico de la Orga-T funcionó sin contratiempos en Martínez. Allí se llegaron a construir

tanto equipos portátiles como fijos. Uno de estos últimos fue el enviado a la chacra de Las Heras, en la Patagonia argentina. Remitido hacia tan lejano destino por vía marítima, tal como hemos mencionado anteriormente. Acompañaba al aparato su propio mueble, diseñado por el carpintero del servicio, de apellido Herlinger, uno de los muchachos reclutados por Leeb; un *windcharger* y un par de acumuladores de doce voltios.

A pesar de la buena faena, las estaciones y los radiotelegrafistas demandaban una gran cantidad de material. Producto de ello, el espacio disponible en la casa de la calle Pacheco

comenzó a revelarse insuficiente. Además, surgieron algunas desavenencias entre el señor Mazzini y Franczok derivadas del nerviosismo que le producía, al primero de ellos, el hecho de que una propiedad alquilada a su nombre se empeñara en una actividad clandestina. No tardaron en alcanzar la conclusión de que era preciso trasladar la pequeña fábrica.

## EL MONTAJE DE LA NUEVA PEQUEÑA FÁBRICA

Entre los tranquilos barrios de Belgrano y Villa Ortúzar, a unos pocos kilómetros al noroeste del centro neurálgico de la ciudad de Buenos Aires, durante los meses otoñales de 1943 abrió sus puertas lo que parecía un inofensivo y pequeño taller de reparación de artefactos radiales. Un clásico negocio técnico, especializado en electrodomésticos ordinarios. Era una época en que la importancia de la radio en el hogar era superlativa y su utilización estaba en pleno auge. Las

familias se reunían en torno a aquellos mágicos equipos de madera para escuchar su radionovela favorita; o para informarse sobre los últimos acontecimientos de la guerra europea. Una época en la cual la imaginación de las personas era cultivada de una manera muy diferente a la de nuestros días.

Era necesario que un nuevo personaje ingresara al ruedo. Pío D'Negri era un radiotécnico nacido en 1907 en la República Argentina. Había heredado el oficio de su hermano Humberto, quien supo desempeñarse como operador de la *broadcasting* policial. Aquellos primeros conocimientos técnicos le permitieron



ingresar en la prestigiosa casa alemana Siemens Halske, la cual en ese momento se dedicaba a la importación de los aparatos Telefunken. Durante los siete años que permaneció en la compañía, D'Negri pudo perfeccionar ampliamente sus conocimientos. También desarrolló una vasta clientela personal, creada a partir de individuos cuyas solicitudes de reparación eran rechazadas por la Siemens por ser sus aparatos de origen no germano. Producto de este hecho fue que D'Negri trabó relación con el jefe de la sección de amplificadores, Edmundo Emilio Leeb. Además de conseguirle numerosos clientes, Leeb recomendó al técnico a

personas de su entorno; la mayoría familias alemanas. De esa manera, el radiotécnico argentino fue gestando una clientela buena y distinguida, según sus propias palabras.

Para 1942 D'Negri se independizó. Ya no trabajaba bajo patrón; había decidido probar suerte instalando un pequeño taller de reparación de receptores radiofónicos en su domicilio: Pampa, 4200, ciudad de Buenos Aires. Sus contactos con algunos alemanes de la Siemens no se perdieron, especialmente el del señor Leeb.

El jefe de la sección de amplificadores de la Siemens Haslke se transformó en uno de los mejores

clientes particulares de D'Negri. Era muy común que llevara a su domicilio aparatos de radio para su reparación. Tras un comienzo auspicioso del emprendimiento independiente, el trabajo comenzó a declinar hacia fines de 1942. Y las perspectivas para el año 1943 no parecían ser muy alentadoras para el negocio.

Lejos estaba de parecerle sospechosa la regularidad de los trabajos y variedad de equipos con que Leeb se presentaba. De esa manera, el técnico argentino no tuvo reparos en aceptar una interesante propuesta de aquel. El joven germano-argentino ofrecía asociarse en la apertura de un comercio

del mismo rubro con atención al público. El nuevo emprendimiento estaría registrado a nombre de D'Negri, pero sería solventado totalmente por el empleado de la Siemens. Según la propuesta realizada, las ganancias se duplicarían raudamente.

Las funciones de cada uno de los socios, dentro de aquel nuevo negocio técnico-comercial, estarían bien delimitadas. D'Negri se encargaría de la atención de clientes particulares y las reparaciones regulares. Mientras tanto, Leeb construiría aparatos de onda corta, para emisión y recepción, en una sección independiente del establecimiento. El interés en el negocio de los alemanes

radicaba, según dijo en ese momento Leeb a D'Negri, en una orden de provisión para la aviación militar del Paraguay de tales equipos.

El argentino tampoco pareció sospechar ante la generosidad de su socio cuando este ofreció abonar en efectivo y por adelantado el alquiler de la propiedad.

Una vez elegido el local donde se desarrollarían las actividades propuestas por Leeb, curiosamente para D'Negri, resultó que la aprobación del establecimiento estaría a cargo de un segundo individuo de nacionalidad alemana. Misterioso hombre, a quien el técnico argentino había conocido meses atrás. Se trataba de uno de los clientes

que Leeb le había presentado. Su nombre era Federico Parker y, según aquel, se trataba del verdadero poseedor del negocio que iban a emprender. Es decir, que se trataba de la persona que iba a acercar los contactos con la Fuerza Aérea del Paraguay, la supuesta compradora de los aparatos que fabricarían los alemanes. Federico Parker era, claro está, uno de los tantos alias que utilizaba Wolf Franczok.

Un primer intento por alquilar una propiedad en el barrio de Parque Chas fue desestimado por Parker-Franczok. El motivo era bastante revelador: el propietario exigía una garantía formal de alquiler. Desde ese momento D'Negri

debió tener la certeza de que estaba ante un proyecto que difícilmente se encontraba encuadrado dentro de la ley. Sin embargo, decidió seguir adelante.

El segundo intento fue satisfactorio. Parker-Franzok aprobó el alquiler de un local ubicado en la calle Donado, 1511, muy cerca de la intersección de las avenidas Álvarez Thomas y Los Incas, casi en el corazón geográfico de Buenos Aires. Dicho edificio, el cual aún hoy se mantiene en pie, contaba con un amplio salón de ventas vidriado al frente. Aquel sería el ámbito laboral del señor D'Negri. Luego le seguían dos habitaciones y un amplio sótano, los que serían utilizados como área de

producción y almacenamiento por el servicio secreto alemán.

Una vez ocupado por sus nuevos inquilinos, el local de la calle Donado comenzó a ser equipado a todo ritmo con nuevo mobiliario, mesas de trabajo a medida y flamantes vidrieras. Aquellos onerosos trabajos, que por supuesto corrieron por cuenta del espionaje germano, fueron encargados por Leeb al carpintero de origen alemán Carlos Herlinger. Este último, aparentemente, no era del todo consciente de la existencia del servicio secreto, pero de todas maneras se benefició generosamente de sus actividades. Herlinger tenía un taller del ramo en la



calle Congreso, 2140, y había conocido a Leeb con motivo de realizar diversos trabajos para la Siemens.

Los proyectos de remodelación fueron concluidos en mayo de 1943. Luego de invertir diez mil pesos argentinos de la época, el 24 del mencionado mes fue inaugurado el «emporio de la radio».



Válvula Wehrmatch. Gentileza de J. R. Ahumada.

En un principio se estableció que las ganancias ordinarias del establecimiento se repartirían en partes iguales; también los gastos del alquiler. Tres jóvenes paraguayos fueron presentados a D'Negri por sus socios germanos. Uno de ellos, de nombre Obdulio Fleitas, haría las veces de su ayudante, mientras que los restantes, Tito Maldonado y Rafael Noimann, o Neumann, serían los técnicos que bajo las órdenes de Parker-Franczok construirían en las habitaciones contiguas los equipos radiotelegráficos. Obdulio Fleitas era el único de los nombrados que se presentó con su nombre y filiación verdadera. Se trataba

de un sobrino del capitán del Ejército paraguayo, Agustín Pasmoor, enlace de Franczok con dicha fuerza. El oficial guaraní había pedido con insistencia que se le encontrara alguna ocupación en Buenos Aires. Fleitas, por su parte, no estaba al tanto de la organización clandestina alemana. Los otros dos nombrados eran los agentes técnicos de la Orga-T, quienes se encargarían de fabricar los aparatos destinados a las estaciones clandestinas del servicio.

Por supuesto que todo el asunto de la aviación paraguaya era una simple pantalla. Tito Maldonado era en realidad Willi Reichelt, nacido en 1918 en Königsberg, Alemania. Sin embargo,

por el hecho de haber pasado la mayor parte de su vida en el Paraguay, fácilmente podía pasar por una persona oriunda de ese país. Noimann, por su parte, era en verdad Hans Blume. Un alemán de cuarenta años de edad, radiotécnico y con amplios conocimientos de radiotelegrafía. Había ingresado al país clandestinamente en agosto de 1942 procedente de Chile, huyendo a toda prisa de las autoridades vecinas. Blume, quien había arribado a la nación trasandina en 1927, durante la guerra, había sido incorporado al servicio secreto germano. Construyó e instaló, en dicho país, el mismo tipo de equipos de radiotelegrafía que ocuparía a

los operarios del taller de la calle Donado.

Los equipos transmisores destinados a las estaciones de Tandil, General Madariaga y Las Avispas, en Santa Fe, habían sido ya ensamblados en la casa de Mazzini. Una vez comenzados los trabajos en las nuevas y mejoradas instalaciones de la calle Donado, se procedió a completar rápidamente cuatro nuevos equipos. Para ellos, el carpintero Herlinger construyó especialmente muebles a medida según un plano especial entregado por Leeb. Al igual que sucedía con la producción que salía de Martínez, este último era el encargado de proveer los materiales

técnicos con los cuales Reichelt y Blume, siempre bajo la supervisión de Franczok, ensamblaban los equipos radiotelegráficos.

Los cuatro flamantes aparatos con capacidad de transmisión y recepción fueron terminados en agosto de 1943. Después de ser acondicionados en los muebles contruidos a medida, fueron enviados a las estaciones de enlace clandestinas para las cuales habían sido fabricados. Enrique Schibli, unos de los agentes reclutados por Franczok, y el mismo jefe de la Orga T, se encargaron de transportar los bultos hacia sus destinos finales.

Para fines de 1943 la producción

de la pequeña fábrica de la Orga-T marchaba sobre ruedas. En noviembre estaban listos otros cuatro equipos, ya instalados en sus respectivos muebles. También, varios aparatos receptores, destinados a estaciones de control, habían sido puestos en funcionamiento.

Dado el excelente progreso de los trabajos, en octubre del mismo año se incorporó al equipo de técnicos, a modo de ayudante, el joven Enrique Trappe. Lo recomendó su hermana Emmy, también vinculada al servicio secreto. Sin embargo, y de acuerdo a las declaraciones de D'Negri, el joven Trappe se desempeñó como mecánico, y empleó al menos un par de meses en

la reparación de unos misteriosos motores marinos a explosión. Si bien se le dijo al técnico argentino que aquellos también estaban destinados al Paraguay, muy difícilmente el precavido Franczok hubiera arriesgado el taller de Donado para realizar algún trabajo que no estuviera designado a su organización. Muy probablemente los motores se aprestaban a impulsar algún tipo de embarcación del servicio con fines desconocidos; posiblemente operativa en la zona del delta del Tigre.

Si bien las cosas marchaban sin contratiempos para los espías, el «emporio de la radio» no producía el dinero que uno de los socios, que



realmente dependía de los ingresos legales, había previsto. Casi desde el primer mes de actividades, D'Negri manifestó a Leeb que no podía hacer frente a su cincuenta por ciento del gasto de alquiler. Tenía un margen muy exiguo de ganancias. Los alemanes debieron hacerse cargo del total de la renta. Luego de transcurridos unos meses, se cesó al sobrino del capitán Pasmoor. Al parecer, no era una persona de utilidad y su sueldo también se tornaba difícil de afrontar para el argentino. Para reemplazar a Fleitas, D'Negri echó mano de su cuñado, de nombre Emilio Menossi, quien pasó a encargarse de la atención de los clientes

mientras el radiotécnico ejercía su oficio.

Para aquel momento de los acontecimientos, Pio D'Negri estaba perfectamente al tanto de que los equipos fabricados en las habitaciones posteriores de su local no estaban destinados a la aviación paraguaya. No obstante lo expuesto, el radiotécnico no tuvo ningún reparo en involucrar a su familia en las actividades del servicio secreto alemán en Argentina.



Radione R-3. Receptor similar al hallado en poder de la Orga-T y al utilizado por las Fuerzas Armadas alemanas. Gentileza de J. R. Ahumada.

Durante abril de 1943, D'Negri solicitó a Franczok una ocupación para su hermana Sara. La situación económica en casa de su familia no era buena y era necesario generar algún ingreso adicional. La tarea que Sara

D'Negri realizaría para el servicio de inteligencia nazi en Buenos Aires estaba íntimamente ligada a la agencia de noticias de origen germano establecida en la capital argentina desde 1929. La Transocean tenía oficinas en avenida de Mayo, al igual que la Siemens. Su director, el berlinés Walterio von Simons, había sido ya en el pasado objeto de diversas investigaciones e interrogatorios por parte de la Comisión de la Cámara de Diputados liderada por el diputado Solari. Se le sospechaba de actividades ligadas al espionaje.

Al parecer, los alemanes necesitaban de algunas personas que resumieran las principales noticias de circulación

pública. Artículos periodísticos de interés estratégico de tipo económico, político y militar. La tarea consistía en confeccionar informes utilizando una simple máquina de escribir, los cuales posteriormente se firmarían con el nombre en clave «Sterstein». Luego, previa traducción, serían transmitidos a Alemania.

Sara no sólo debía resumir información para ser enviada a Berlín. También le eran enviadas páginas ensobradas con noticias recibidas por la Transocean, traducidas por el sistema automático Hell. Debían ser ordenadas, resumidas y distribuidas con un destino desconocido. Convendría consultar el

informe n.º 3 de la CEIAA, del 17 de septiembre de 1941, para conocer completamente las actividades de la agencia de noticias Transocean de Buenos Aires.

Las oficinas de la agencia estaban equipadas con una estación radiotelegráfica de enlace directo con Berlín, habilitada a tales efectos por el Gobierno argentino. También contaban con un moderno sistema denominado Hell, el cual imprimía en una tira de papel las noticias transmitidas desde la mencionada capital en idioma castellano. Algunas de estas eran reenviadas hacia otros países latinoamericanos que no contaban con

un enlace con la capital del Reich. Por ejemplo, las oficinas de la avenida de Mayo tenían línea directa por teletipo con Montevideo. Las oficinas de Buenos Aires eran la sede central para Latinoamérica y su director, Von Simons, el número uno del continente.

Franczok envió a la hermana de D'Negri a la calle Melo, siempre en la ciudad de Buenos Aires. Iba a entrevistarse con Fritjof Schmidt, quien ya se encontraba trabajando en este asunto. Este último era un ejecutivo de la línea aérea Cóndor quien, luego de que esa firma cerrara sus puertas en Buenos Aires, quedó irremediabilmente desocupado. Ante la falta de trabajo se

había dirigido a la Embajada del Reich a pedir ayuda al agregado militar Friederich Wolf, quien para 1943 ya se encontraba reemplazando a Niebuhr en Buenos Aires. Wolf conectó a Schmidt con Franczok, y a su vez, este le encargó el trabajo relacionado con las noticias.

Parece ser que Schmidt no se encontró muy a gusto con su nueva ocupación de escritorio. Así fue como Sara pasó a ocuparse de lleno en aquellos menesteres. Las instrucciones y los textos para su trabajo eran entregados por su propio hermano o por Marcos Schulz, el secretario personal de Wolf Franczok.

Durante algunos meses el trabajo



fue desempeñado sin dificultades por la joven. No tenía consciencia alguna de que se encontraba al servicio de una organización clandestina y dependiente de una potencia extranjera. Su remuneración fue fijada en unos exiguos cien pesos moneda nacional mensuales.

En noviembre de 1943, casi como un prelude de la ruptura de relaciones con el Reich, la cual se produciría varias semanas después, la agencia Transocean fue cerrada por el Gobierno argentino. Por lo tanto, Sara D'Negri quedó nuevamente desempleada.

Mientras tanto, las actividades en la pequeña fábrica de la Orga-T en la calle Donado seguían marchando de acuerdo

a lo previsto. Como hemos mencionado, para el mismo mes de noviembre, ocho equipos completos, montados en los muebles construidos especialmente por Herlinger, habían sido completados, probados y entregados a las estaciones de enlace furtivas.

Una vez terminados los radiotelégrafos de mayor tamaño, es decir, los ocho equipos citados precedentemente, Blume y Reichelt se abocaron a la fabricación y reparación de equipos más pequeños, los del tipo portátil. Estos últimos pronto se transformarían en los aparatos más utilizados por la organización, y fueron

instalados, desde de fines de 1943, en las quintas alquiladas por el servicio en las afueras de Buenos Aires.

Para tener una idea cercana de la importancia de las tareas técnicas llevadas a cabo por la Orga-T, entre diciembre de 1942 y enero de 1944, en el sótano de la casa de Mazzini primero y en la pequeña fábrica de la calle Donado después, basta con citar el dinero invertido por dicho servicio en la compra de insumos destinados a la construcción de los equipos. El jefe de compras, Edmundo Emilio Leeb, recordó una vez detenido por Coordinación Federal el 22 de septiembre de 1944, que se habían

invertido al menos unos cincuenta mil pesos argentinos de la época. Lo que sería cerca de ciento cincuenta mil dólares actuales, sólo en insumos técnicos y en el establecimiento del comercio. Los gastos efectuados para la construcción de equipos de radiotelegrafía se componían de la siguiente manera: diez mil pesos para el establecimiento del taller y el negocio de radios, siete mil de gastos de carpintería pagados a Herlinger. Con respecto a los insumos: ocho mil pesos fueron invertidos en la adquisición de ocho juegos de acumuladores de vidrio de doce voltios cada uno y ciento setenta amperios por hora de capacidad,

comprados a la casa Varta, situada en la antigua calle Cangallo, 2629 (Actual Perón); ocho mil pesos en la compra de ocho convertidores cada uno, adquisición efectuada en la casa A. Gatti & Cia, sita en Bartolomé Mitre, 2128; dos mil pesos invertidos en la compra de ocho *windchargers*; dos mil quinientos en la compra de ocho grupos electrógenos Briggs & Stratton y diez mil en compras diversas de insumos de menor valor unitario.

## LAS COSAS SE COMPLICAN

En enero de 1944 el Caso Osmar Hellmuth precipitó las cosas para el Gobierno argentino. Tras la escandalosa detención del cónsul-agente argentino de camino a Europa y las presiones que dicho caso desencadenó sobre la Casa Rosada, se llegó a la decisión de romper relaciones con Alemania.

Entre las primeras detenciones realizadas por Coordinación Federal estaba nada menos que el ya mencionado Hans Harnisch. Uno de los principales referentes de la comunidad germana y uno de los líderes

del servicio de espionaje germano. Poseedor de contactos del más alto nivel, tal como quedara demostrado.

Luego de las primeras redadas contra el servicio secreto alemán en la Argentina, Franczok resolvió abandonar la producción en Donado, 1511. En realidad su principal objetivo había sido ya cumplido; los equipos en funcionamiento podrían ser reparados, de ser necesario, en cualquiera de las quintas de la organización.

Reichelt y Blume pronto fueron reubicados en otras funciones. Sin embargo, la cantidad de material técnico que aún se hallaba en el sótano de la propiedad era enorme. No era fácil

trasladar los bultos sin llamar la atención de los curiosos. No quedó otra alternativa que remover a cuentagotas el material, misión que comenzó a desarrollarse desde febrero de 1944 en adelante. El nuevo cuartel general de la Orga-T, por lo menos en lo que a depósito de materiales técnicos se refería, estaba ubicado en una quinta en la localidad de Don Torcuato, en las periferias de Buenos Aires, sobre la calle Ituzaingó.

Cuando D'Negri vio las fotografías de Harnisch y Hermeyer publicadas por la prensa porteña entró en pánico. El radiotécnico era plenamente consciente de que había cooperado con un servicio



secreto extranjero, el cual ahora comenzaba a caer en desgracia por cuestiones de alta política. No solamente él había cooperado, sino que también había involucrado a su hermana y a su cuñado. Desesperado, en mayo de 1944, intentó abandonar el local para salir del negocio. Pero su situación económica era muy ajustada y no le quedó otra opción que seguir adelante. Al menos por un tiempo más.

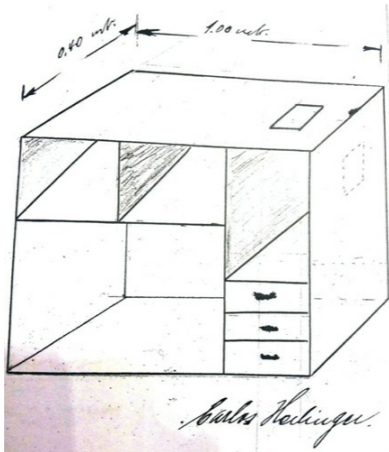
Interpelado por D'Negri sobre las detenciones de sus secuaces, Franczok argumentó que no debía preocuparse; eran sólo unos sonsos, le dijo. Ante la insistencia por parte del radiotécnico, y la necesidad del líder de la Orga-T de

distribuir lo mejor posible las evidencias, D'Negri no tuvo mejor idea que ofrecer a Franczok el alquiler de un garaje en casa de su suegra, ubicada en la calle Pacheco, 2100. Tenían el propósito de esconder parte de los elementos que se hallaban aún en el taller de Donado. Hacia ese lugar fueron transportados gran cantidad de canastos que contenían elementos técnicos y hasta un automóvil Chrevrolet modelo 1935, propiedad del servicio. Sin embargo, para fines de ese mismo mes de julio de 1944, la embestida de Coordinación Federal sobre todos los servicios de espionaje alemanes en Argentina se hizo incontenible. Uno a

uno comenzarían a caer los espías. Poco a poco, durante los primeros días de agosto, fue el turno de agentes, radiotelegrafistas y estaciones de enlace. Algo que narraremos en detalle en los próximos capítulos.

Días después, D'Negri, en un acto casi reflejo, ordenó a su cuñado, Emilio Menossi, reubicar los objetos que se hallaban en casa de su suegra. El nuevo escondrijo elegido por este último para ocultar el material comprometedor fue la casa de un amigo; el pobre ingenuo se llamaba Federico Risetto y vivía en la calle Andonaegui, 1866, apenas a unas diez cuadras de distancia del «emporio de la radio». El amigo de Menossi

desconocía totalmente la procedencia de dichos elementos y la existencia del servicio secreto, por lo tanto, no puso reparo alguno en prestar su propiedad. Actuaba de buena fe.



Mueble utilizado para montar los equipos de radiotelegrafía fabricados en el taller de Donado, 1511. Croquis a mano alzada realizado por el carpintero del servicio Carlos Herlinger. AGPJN.

Tras una serie de detenciones exitosas, Contal no tardó en dar con el taller de la calle Donado. Temprano en

la mañana del 7 de agosto de 1944, una comisión policial liderada por el inspector Alberto Olavarría acometió contra el «emporio de la radio». D’Negri estaba en su local, casi como cada mañana, pero sabiendo que las cosas se precipitaban rápidamente.

En un principio, bajo cautiverio de las autoridades, el radiotécnico argentino declaró que no sabía nada de servicio secreto alguno. Blandía que simplemente, por el mes de julio de 1943, había alquilado a un tal Rafael Noimann las habitaciones del fondo de la propiedad. Desconocía las actividades de este último, dijo a la policía.

Un rápido registro del lugar dio

con los elementos de la Orga-T que todavía se hallaban en depósito, incluido el motor marino marca Regal-Regal que había estado reparando Trappe. Olavarría, y luego el mayor Contal, no creyeron en la inocencia de D'Negri. Detuvieron al radiotécnico, quien quedó incomunicado ese mismo día y, por supuesto, por una larga temporada. Cuatro días después, el 11 de agosto, presionado por la policía, dio una larga declaración ante el jefe de Coordinación; mucho más afín a la verdad.

Contal no tardó en allanar la casa de Andonaegui, 1866, el mismo día 11. Logró hacerse con el primer gran botín de elementos técnicos de valor

pertenecientes al servicio liderado por Franczok.<sup>19</sup> La incredulidad de Risetto, ante la incursión de la comisión policial liderada por el subcomisario Fernando Amarante, resultó evidente desde el comienzo del operativo. Por supuesto el joven, inocente damnificado, no quedó detenido. También fueron pronto liberados Sara, la hermana del radiotécnico, y su cuñado Menossi.<sup>20</sup>



# Capítulo XIV

En busca de las  
armas de Hitler.

El caso Osmar  
Hellmuth

Mientras Becker solicitaba la ayuda de Lasserre Mármol para llegar hasta las altas esferas gobernantes, la otra «mente maestra» de la organización del espionaje nazi en Argentina no se iba a quedar de brazos cruzados. En el Capítulo IX hemos mencionado cómo, a través de la intervención de Hans Harnisch, los alemanes montaron una estación de la Orga-T en la localidad de Las Avispas, provincia de Santa Fe. Su dueño, Carlos Kusters, viejo amigo del agente del Abwehr desde la época en que este era corredor de la Otto Deutz, tenía un sobrino argentino. Un joven de tendencia nacionalista y muy bien vinculado con ciertos elementos

emergentes de las Fuerzas Armada argentinas.

Recordemos que Harnisch había prestado una suma considerable de dinero a Kusters, extraída de los fondos destinados al espionaje nazi en el país sudamericano.

Osmar Hellmuth era el nombre del sobrino de Kusters, quien obviamente lo había presentado al ejecutivo de Böker años antes. Hellmuth era un simple corredor de seguros, empleado en la empresa La Sudamericana. Para 1943 promediaba los treinta años y había tenido una actuación menor en los círculos de espionaje alemán de la capital argentina. Su trabajo de agente secreto

tal vez no había sido muy importante, pero sí lo suficientemente visible para ser identificado por los Aliados como uno de los agentes intervinientes en la *Speeaktion*. Sin embargo, y sólo de acuerdo a sus propias declaraciones, habría sido en un principio un agente al servicio de la inteligencia naval del país sudamericano. Tal vez, Hellmuth se dio demasiada importancia en aquel momento; o simplemente se refirió a sus buenas relaciones dentro de algunos círculos navales en ascenso, a los cuales les facilitaba informes provenientes de sus contactos nazis. Otro doble agente argentino-alemán.

Para junio de ese año, cuando el

Ejército tomó el poder en Argentina, Harnisch decidió «sacar del clóset» su vieja amistad con Osmar Hellmuth. Aquello no era casual. El camino que representaba Aumann hacia el despacho presidencial, tal como lo hemos narrado, se había cerrado abruptamente debido al derrocamiento de Castillo. El sobrino de Kusters, hasta ese momento un indiscreto lenguaraz, un marino frustrado, excadete de la Escuela Naval, quien solía alardear de sus relaciones entre la oficialidad de las fuerzas, de repente tomó una importancia inusitada para los agentes nazis en Buenos Aires.

Harnisch reparó fundamentalmente en la amistad que

tenía Hellmuth con el mayor Mario Bernard. Este oficial era nada menos que un estrecho colaborador de uno de los hombres fuertes de la camarilla de militares gobernantes, el general Edelmiro Farrell, ministro de Guerra y el gran protector del GOU; además de amigo y simpatizante del ascendente coronel Perón. El ejecutivo de Böker se reunió con Hellmuth y el general Friederich Wolf, el reemplazo de Niebuhr como organizador del Abwehr para Sudamérica; una posición ya superada por el dinamismo que las figuras de Harnisch y Becker le estaban dando a los cambiantes acontecimientos. En aquella oportunidad decidieron ir a

fondo con las conexiones del corredor de seguros.

La historia que narraremos a continuación, la cual puede parecer extraída de una novela de intriga, poder y suspenso, no puede ser reconstruida totalmente a partir de los archivos oficiales argentinos. Los militares gobernantes de dicho país entre 1943 y 1946, una vez caídas las redes nazis en desgracia, «limpiaron» debidamente algunos de los interrogatorios a los que fueron sometidos algunos agentes germanos. Eliminaron ciertos vestigios del asunto, pero no todos. Especialmente borraron sus propios nombres, los cuales eran mencionados

una y otra vez por los secuaces de Harnisch. El ejecutivo de Böker fue el principal censurado. El asunto relacionado al Paraguay fue casualmente liberado, en líneas generales, de la «borratina». En parte se debió a que era una operación derivada de la administración Castillo y, por otro lado, porque se trataba de una negociación con un país vecino; aunque facilitado por agentes nazis, no era un canal directo de contacto con el Tercer Reich. De todas maneras, para beneficio de la Historia, los militares no alcanzaron a censurar las declaraciones del, para muchos, gran cerebro oculto detrás de las negociaciones, Siegfried Becker.



Es importante mencionar que, a pesar de la «conveniente» corrección oficial que sufrieron las declaraciones dadas por Harnisch y otros agentes, la camarilla de militares involucrados no contó con que los reportes de las reuniones secretas, enviados a Alemania a través de los radiotelégrafos de Franczok, eran interceptados por las naciones aliadas. Recordemos que estas últimas habían logrado descifrar el código Enigma.

Años después de estos hechos, en 1946, en un momento conveniente para los norteamericanos, cuando Perón se aprestaba a competir por la Presidencia de la Nación, se liberaron archivos de

aquel país sobre toda la Operación Hellmuth. Incriminaron gravemente al candidato presidencial y al Gobierno del general Ramírez en lo que fue un claro intento de llegar a un entendimiento confidencial con el Gobierno de Hitler. La administración norteamericana publicó ese año el *Blue Book on Argentina. United States Government Official Indictment of the Fascist Regime in Argentina*. Algo así como un memorando especial, «la acusación oficial del Gobierno estadounidense sobre el régimen argentino», al cual tildaba de fascista; «un complot nazi-argentino contra la libertad y la paz mundial». Sobre este último documento

oficial norteamericano y, especialmente, sobre la confirmatoria declaración sobreviviente de Siegfried Becker, dada ante Coordinación Federal en 1945, nos basaremos fundamentalmente para relatar lo acontecido luego de reanudarse el contacto entre los militares argentinos y los espías nazis. Corría el segundo semestre de 1943.

Bernard, el amigo de Hellmuth, informó al ministro Farrell sobre las intenciones de los alemanes. A su vez, este dejó el asunto en manos del ya mencionado coronel Enrique P. González, miembro del GOU, secretario de la Presidencia, quien de inmediato se interesó en el asunto de los

espías nazis. O mejor dicho, en lo que tenían para ofrecer.

La primera reunión de aproximación se llevó a cabo a fines de junio, en el domicilio particular de González, sobre la calle Arenales. Participaron el anfitrión, Harnisch y Hellmuth. Después de todo, el presidente Ramírez, antiguo ministro de Castillo, recordaba el nombre de Harnisch desde los inicios del Asunto Paraguay; reflexionó González ante los agentes de Himmler.

Los argentinos estaban particularmente interesados en un asunto de política internacional. El flamante barco tanquero *Buenos Aires*,

construido en los astilleros suecos de Gotemburgo, se hallaba varado en Europa a la espera de un salvoconducto alemán que le permitiera navegar con seguridad hasta la Argentina. El buque, de bandera nacional, había sido encargado por el magnate Aristóteles Onassis, quien había elevado una nota a la Cancillería argentina solicitando la intervención del presidente a favor de la obtención del permiso. Los alemanes no deseaban otorgar su consentimiento. Consideraban que, una vez incorporado a la flota mercante argentina, el barco podría ser puesto al servicio de las necesidades estadounidenses. Harnisch dijo a González que a través de sus

contactos en Berlín podía destrabar todo el asunto del tanquero. Por cierto se trataba de un muy buen comienzo, pero sólo era la punta del iceberg.

Hemos mencionado con anterioridad que los militares argentinos estaban particularmente frustrados por una cuestión: los Estados Unidos les habían dado la espalda ante un insistente pedido de material bélico; mientras armaba a todo ritmo a su aliado brasileño. Una misión oficial había retornado desde Washington por aquellos meses con las manos vacías. Los agentes alemanes, puestos sobre aviso de aquellos sinsabores, se ofrecieron a los militares argentinos para interceder ante

las autoridades de su país. Tal vez las Wehrmacht podrían desviar una buena cantidad de pertrechos para las fuerzas argentinas. Un gran entusiasmo invadió casi de inmediato al coronel González. Si bien en aquel primer encuentro no se llegó a ningún acuerdo, allí mismo se le prometió a Harnisch que pronto conocería al presidente Ramírez.

La primera de las reuniones entre Hans Harnisch, agente del Abwehr alemán, y el presidente de la República Argentina se llevó a cabo en los días finales de junio. El investigador Uki Goñi, gracias a documentos del Auswärtiges Amt, ubicó la reunión exactamente el día 28, en el despacho de

este último en la Casa Rosada. Becker, una vez concluida la reunión, fue informado en detalle para luego elevar un reporte radiado al RSHA en Berlín. «Sargo» recordó que participaron, además del mandatario, el coronel González, el mayor Bernard y el capitán Francisco Filippi. Este último, el yerno del presidente y, al igual que los coroneles Perón y González, miembro fundador del GOU.<sup>21</sup>

Ramírez recibió al agente germano despotricando a viva voz contra las presiones yanquis. Se refirió amargamente a una reunión precedente con el embajador estadounidense, en la cual se le había exigido que estableciera



una fecha para la ruptura de relaciones con el Eje. El mandatario argentino detalló que los americanos del norte estaban utilizando todos los medios a su alcance para «obligar a nuestro país a apartarse de la neutralidad que había adoptado». Veía con agrado que Harnisch «transmitiera lo expresado al Gobierno de Alemania para que este no interpretara mal ciertas medidas argentinas provocadas por las exigencias yanquis. [...] Destacó el general Ramírez, las enormes dificultades referentes a la obtención de maquinarias, armas y especialistas para la industria nacional». Se temía particularmente a un conflicto con el mucho mejor armado

Brasil. Los militares argentinos no olvidaron recordar a Harnisch el asunto del *Buenos Aires*, así como tampoco la intención de formar el ya mencionado bloque de naciones sudamericanas neutrales, opuestas al deseo rupturista estadounidense.

Una vez terminado el promisorio encuentro, Harnisch corrió a la oficina de Becker en la calle Cangallo. Allí redactaron un completo informe para el RSHA, el cual fue, en parte, ventilado por los americanos tres años después a través del citado *Blue Book*.

Al parecer, la conversación sobre armas entre el presidente y el espía nazi fue un poco más detallada de lo que

Becker recordó al ser interrogado por los argentinos. A continuación citamos los detalles más importantes de su reporte cifrado sobre el encuentro:

El Gobierno de Argentina cree que un bloque de naciones alineadas en la neutralidad puede realizarse si se mantienen firmes en no complacer los deseos americanos establecidos en la Conferencia de Río de 1942. [...] Un conflicto con un mucho mejor armado Brasil no será exitoso para Argentina si no recibe ayuda por parte de las naciones del Eje. [...] Los argentinos quieren saber si Alemania y Japón están preparados para proteger las costas argentinas y chilenas mediante sumergibles, artillería de costa, armas antiaéreas, municiones, combustible, aeroplanos y licencias o

planos de manufactura. [...] Como evidencia de la sinceridad del presidente argentino, este ofreció que, de concretarse el entendimiento, las acciones represivas contra los aparatos de espionaje sólo se llevarían a cabo contra los agentes de las naciones aliadas.

Los agentes alemanes solicitaron, dentro del mensaje enviado a través de la red de Franczok, que el ministro de Relaciones Exteriores fuera puesto al corriente de las conversaciones. También pidieron a sus superiores que se efectuara el esfuerzo necesario para poner al *Buenos Aires* en un camino seguro a casa.

Los alemanes no revelaron ante los argentinos la existencia clandestina de la

Orga-T. Sin embargo, los gobernantes del país sudamericano eran conscientes de que sus interlocutores de alguna manera lograban comunicarse con sus oficiales en el Reich. Y ese canal era rápido y eficiente. Este hecho seguramente desmiente la afirmación de Schellenberg de que los militares argentinos utilizaron la red montada por la Orga-T. Resulta importante mencionar que el enlace permanente con Harnisch quedó a cargo del yerno del primer mandatario, el capitán Filippi.

Becker recordó, un par de años después, que varias reuniones siguieron a aquella celebrada entre el presidente y

el agente del Abwehr. Entre julio y octubre, mientras los estadounidenses se negaban otra vez a proveer armas y desairaban el telegrama del ministro Storni, varios encuentros entre los nazis, siempre representados por Harnisch, y personas importantes del Gobierno de Argentina se llevaron a cabo en la Casa de Gobierno. El ministro de Marina, el almirante Sueyro, el coronel González, el ministro del Interior y del Exterior, el general Gilbert, o el mismo presidente eran los interlocutores habituales. «Los argentinos parecían tener especial interés en dos problemas: la obtención de fórmulas y maquinaria para la fabricación de nafta de aviación de alta

graduación y de explosivos trotyl. [...] Comparando las diversas posibilidades para llegar a una resolución, se estudió, entre otros, el plan de traer ciertos materiales y dos o tres técnicos de las industrias mencionadas por intermedio de un submarino alemán.» La idea del sumergible parece haber sido de los argentinos, ya que Becker recordó que el almirante Sueyro había mencionado que el barco argentino que saliera al encuentro del lobo gris sería tripulado exclusivamente por personal de probada confianza.

Probablemente, la demora de los alemanes en aceptar el plan del submarino, o tal como recordara

Becker, el desconocimiento de los argentinos de la existencia de los radiotelégrafos de Franczok, puso a los hombres de Ramírez ante la necesidad de tomar una determinación. La realidad era que los alemanes, tanto la RSHA como el Auswärtiges Amt del Ministerio de Relaciones Exteriores sabían que no era posible complacer los ambiciosos pedidos de armas de los sudamericanos. Las propias necesidades se presentaban más urgentes; Alemania vivía ya momentos apremiantes para fines de 1943.

La firme decisión de los argentinos fue la de plantear a los agentes nazis la necesidad de abrir una ruta de diálogo



directa con las autoridades del Tercer Reich. El mismo presidente argentino manifestó que deseaba, al igual que los alemanes, obviar cualquier intervención de los «canales formales». Se refería a las respectivas embajadas. Ramírez desconfiaba particularmente del encargado de negocios argentino en Berlín, Luis Luti, reconocido antinazi. Para colmo Harnisch se había encargado de ensuciar debidamente al diplomático argentino ante el primer mandatario. Había informado de que Luti era seguido por la Gestapo en Alemania y que se había comprobado su participación en negocios indebidos. Su gobierno se había abstenido de

expulsarlo, recordó Becker, para evitar un inconveniente con una nación que tenía una «actitud favorable» hacia el régimen de Hitler...<sup>22</sup>

En el mes de septiembre, Ramírez y su *entourage* de gobernantes de facto, evidentemente ajenos a la situación real de Alemania, se decidieron a dar un nuevo paso que los pusiera más cerca del ansiado armamento de las Wehrmacht. El revés sufrido por el *affaire* Storni-Hull debió haber pesado en la decisión. Estaban resueltos a enviar un emisario no oficial, es decir encubierto, hacia Europa. Un fingido funcionario viajaría hasta el Reich y se presentaría ante sus gobernantes en representación de las

autoridades argentinas. Debía presentar las verdaderas intenciones y necesidades de la República, tendentes a mantener la tan discutida neutralidad hacia las potencias del Eje.

En otras palabras, los argentinos iban a pedir ayuda a los nazis, los cuales debían prestarla si pretendían que el país «resistiera» el embate de la presión occidental.

Ramírez prometió ocuparse del tal Luti; pero una vez que el asunto del emisario se resolviera favorablemente.

«En una reunión celebrada en la Casa Rosada, Hellmuth fue informado por el general Gilbert y por el coronel González de que el presidente argentino

había decidido, para no perder más tiempo, consultar al Gobierno de Alemania telegráficamente, por vía del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina y el agregado naval argentino en Berlín, el capitán de fragata Ceballos, sobre si este se hallaría dispuesto a recibir un emisario.» Eduardo Ceballos, a diferencia del mencionado Luti, era poseedor de la confianza de los gobernantes argentinos. Por supuesto simpatizaba con los nazis entre los cuales vivía. No era extraño que se lo invitara a las oficinas del SD cada vez que llegaba un mensaje cifrado sobre el asunto Harnisch.

Tal era la confianza que sentían los

militares argentinos sobre el grupo de espías alemanes que decidieron solicitarles que ellos mismos se encargaran de redactar el cable que Ceballos debía presentar ante las autoridades del Tercer Reich. Es decir, que un par de espías nazis fueron encargados, por parte del ministro de Relaciones Exteriores, Gilbert, de redactar una nota dirigida a una potencia extranjera. En este caso, a la Alemania nazi.

Se propuso a Harnisch confeccionar un mensaje utilizando su cifrado particular, debiendo indicar solamente el destino de la transmisión. El texto sería cifrado nuevamente en base al código del Ministerio de Relaciones Exteriores de la

Argentina y enviado por vía normal [...]. Harnisch, para demostrar que no tenía nada que ocultar, desechó la proposición, manifestando que en veinticuatro horas presentaría el texto en lenguaje claro a través de Hellmuth.

Becker y Harnisch redactaron a todo vapor la carta que debían presentar al día siguiente ante los funcionarios argentinos. Estos últimos, a su vez, la enviarían telegráficamente a la sede del SD en Berlín. La misiva rezaba, en sus principales líneas, lo siguiente:

El Gobierno argentino ruega al jefe [el doctor Ernst Kaltenbrunner, ahorcado tras los juicios de Núremberg, el 16 de octubre de 1946] de la Reichssicherheitshauptamt [RSHA,

Oficina de Seguridad del Reich] consultar al ministro de Relaciones Exteriores del Reich si el envío de un emisario especial con fines de entrevistarse en misión secreta con miembros del Gobierno alemán sería bien visto. Excluyendo la forma normal, es decir la intervención de las respectivas representaciones diplomáticas. Se ruega contestar por intermedio del capitán de fragata Ceballos.

Cumpliendo lo acordado entre nazis y argentinos, al día siguiente, Hellmuth se apersonó en el despacho del general Gilbert. Harnisch y Becker habían enviado al joven corredor de seguros apenas como un mensajero. Sin embargo, el destino o lo mal informados que estaban los militares criollos sobre

sus verdaderas aptitudes harían que Hellmuth saliera de aquella oficina convertido en un funcionario de tercera línea del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino.

Cuando el desprevenido agente germano-argentino ingresó en el despacho del ministro, además de Gilbert, lo estaban esperando los coroneles González y Juan Perón. Parece que la «voz cantante» de los oficiales fue la del futuro presidente, quien de inmediato, y sin dar opciones, indicó a su atónito interlocutor que se había resuelto no consultar previamente al Gobierno de Hitler sobre el envío de un emisario. Hellmuth sería enviado a



Alemania sin aviso, investido de un cargo formal de cónsul. Una vez en Europa recibiría de manos del capitán Ceballos una lista de «necesidades» que el Gobierno de Ramírez requería con suma urgencia.

Es posible que los oficiales sudamericanos hayan pensado que la condición de argentino nativo de Hellmuth le proveería de una coartada efectiva. Para Harnisch y Becker, quienes entraron en estado de *shock* al conocer la designación de su «poco curtido» agente, la nacionalidad del emisario era lo que menos importaba. Ambos cerebros nazis, responsables de la operación, sabían a la perfección que

el sobrino de Kusters no estaba ni remotamente preparado para emprender tal misión. Menos aún para presentarse en calidad de agente del SD o del Abwehr ante importantes funcionarios del Tercer Reich. Para empezar, Hellmuth ni siquiera podía hablar correctamente el idioma alemán, motivo que despertaba el recelo de sus propios camaradas. Además, era evidente para sus jefes que carecía de toda discreción y sagacidad típica de los espías, y fueron sus excelentes contactos entre la milicia argentina la cualidad que lo llevó a protagonizar la conjura. Becker recordó amargamente que Hellmuth ni siquiera conocía su existencia, por lo

tanto Harnisch debió improvisar con urgencia un encuentro entre ambos.

Los jefes alemanes del servicio de espionaje local pronto comprendieron que era inútil llevarle la contra a la testaruda cuadrilla de oficiales. En su lugar se abocaron a entrenar y aconsejar a Hellmuth lo mejor que pudieron. Pusieron en evidencia que nombrar al corredor de seguros para un puesto de cónsul dentro de Alemania despertaría las inmediatas sospechas en los Aliados. Al menos, utilizando ese argumento lograron convencer a los argentinos de que el destino del nuevo funcionario fuera Barcelona. En todo caso, desde allí podría colarse fácilmente dentro del

Reich; persuadieron los nazis a Perón y al resto de los oficiales.

El general Gilbert, recordemos, Ministro de Relaciones Exteriores, instruyó a un funcionario, de nombre Ibarra García, para que entregara a Hellmuth el pasaporte diplomático número 0151/1943. Simultáneamente, los ministros de Guerra, Marina, y hasta el interventor de YPF hicieron sus listas de materiales y armas para presentar ante el Gobierno del Reich.

El encargado de negocios de la Embajada de Alemania en Buenos Aires, el ya mencionado Otto Meynen, había sido dejado completamente al margen de lo elucubrado por sus propios

camaradas. Desconfiaban largamente de él. El propio presidente Ramírez, en el marco de una audiencia solicitada por el jefe diplomático germano, le recomendó a Meynen que inquiriera al general Wolf sobre el Asunto Hellmuth, el cual estaba próximo a realizarse. Se cree que, durante las audiencias privadas entre Meynen y Ramírez, también se tanteó la posibilidad de una venta de armas. Pero la carta fuerte que iban a jugar los argentinos era la extraoficial, es decir Hellmuth.

Perón, González y el general Gilbert habían tomado algún recaudo sobre Hellmuth antes de enviarlo a Alemania. Entregaron a este último

media tarjeta con el sello impreso del GOU y una firma hasta hoy desconocida. Se le dijo al joven agente que la otra mitad de la tarjeta iba a ser transportada por otro emisario especial del Gobierno. El enviado misterioso llevaría

también a Europa las listas de necesidades argentinas y, una vez en Alemania, entregaría ambas al capitán Ceballos. Hellmuth debía presentar a este último funcionario su mitad de la tarjeta, quien de esa manera lo reconocería como representante del grupo de gobernantes de facto. Una vez cumplidas las medidas de seguridad, Ceballos le entregaría la carpeta y un

sobre lacrado con las listas mencionadas. Aquella fue una precaución que más tarde les rendiría algún rédito a los militares argentinos.

El almirante Sueyro, recordó Becker, escribió una carta de recomendación que el emisario secreto debería presentar ante Ceballos.

Para finales de septiembre todo estaba acordado. En unos pocos días, Hellmuth abordaría el vapor español *Cabo de Hornos* con destino a España. Una vez en Madrid, los contactos establecidos por Becker, es decir el SD local, se encargarían de depositar dentro del Reich al ignoto heraldo.

Cuando todo parecía definido, un

imprevisto de último momento, un altercado entre las facciones antagónicas de la Embajada alemana y de los servicios secretos nazis, puso en riesgo todo el asunto. El encargado de negocios del Reich, Otto Meynen, y su sagaz compinche en ascenso, el magnate Ludwig Freude, tomaron conocimiento de lo que Becker y Harnisch habían urdido a sus espaldas. Ambos, aparentemente con la anuencia de un tibio general Wolf, se opusieron terminantemente a que Hellmuth fuera el emisario de tamaño encargo. El problema para ellos no era la incapacidad del casi desconocido agente; tenían a su propio candidato, el coronel



Carlos Vélez. Este oficial debía viajar a España en el mismo barco que el corredor de seguros, ya que tomaría posesión de su nuevo cargo, el de agregado militar en Madrid.

Al parecer, el trance hizo eclosión durante una noche de primavera en casa de los Ketelhohn, en la localidad de San Isidro. Allí, presentes algunos de los protagonistas de ambas facciones nazis, y varios de los líderes del GOU, con motivo de una cena, Freude salió al cruce del general Gilbert. Sin tapujos desacreditó a Hellmuth y ofreció a su candidato como una opción más aconsejable. El magnate alemán, algo así como el jefe no oficial de la comunidad

germana en Argentina, quien se presentaba como «amigo del Führer» según el mencionado *Blue Book on Argentina*, y adicto a la facción de la Embajada, estaba dispuesto a sacar a Harnisch, el jefe de su yerno en la Böker, del centro de los acontecimientos. A Freude tampoco le tembló el pulso unos días después cuando envió un anónimo al general Farrell informando de que el emisario elegido era en realidad un agente encubierto de los británicos. Un nervioso Hellmuth pudo sortear la acusación.<sup>23</sup>

Gilbert y los demás oficiales realmente se molestaron con todo aquel

revuelo causado por la confrontación entre las facciones nazis locales. El GOU terminó imponiendo su candidato, pero la realidad es que ambos hombres abordaron el *Cabo de Hornos* durante los primeros días de octubre. Además de Vélez y Hellmuth, también viajaban en el vapor español los cónsules generales Deneri y Cipriano Pons. Este último era el portador misterioso de la otra media tarjeta y la lista de pertrechos y elementos que iban a solicitar los argentinos a los hombres de Hitler.

Hellmuth representaba un camino seguro hasta Himmler, creían los argentinos, ya que Harnisch se presentaba como el representante del

jefe de las SS en la Argentina. Algo exagerado, pero que no estaba del todo lejos de la verdad. En realidad, el verdadero contacto con la cúpula de la RSHA era Siegfried Becker, el otro *master mind* detrás de Hellmuth. Además, el coronel Vélez marchaba a un puesto en el extranjero, lejos del poder central, debido a que Perón así lo había deseado. El futuro presidente urdía tempranamente un plan para plantar su propia gente de confianza en la Casa Rosada. El GOU, cobijado por el general Farrell, era ya una amalgama súper poderosa.

La elección a favor del canal Harnisch-Hellmuth-Schellenber-

Himmler por parte de los argentinos no impidió que Becker montara en cólera contra la facción de los nazis de la Embajada. Entregó a Hellmuth instrucciones precisas y hasta un informe por escrito para que defenestrara ante el jefe del SD a Meynen y sus secuaces una vez que estuviera en Alemania. Años después, víctima de una oportuna amnesia, olvidaría repentinamente su encono contra Freude. La amañada disputa entre el Auswärtiges Amt de Ribbentrop y el SD de Himmler se había trasladado hasta los confines del mundo.

Gilbert y González citaron a Meynen a la Casa Rosada, el día 30 de

septiembre, y le informaron de que desechaban su intervención. Preferían favorecer al canal informal de Harnisch para un asunto tan delicado.

El emisario elegido debería gestionar los siguientes asuntos: la liberación del *Buenos Aires* y procurar la provisión de fueloil necesaria para navegar hasta Argentina. Aparentemente, para el momento de la partida de Hellmuth, algunos militares argentinos pensaban que el buque podría servir de transporte en lugar de un mucho más pequeño sumergible. En segundo lugar, el comisionado debía presentar las verdaderas intenciones del Gobierno argentino ante Himmler. El

mensaje incontestable era que los sudamericanos evitarían romper relaciones con Alemania a toda costa. Luego, vendría el meollo de la cuestión. Debería focalizarse en intentar cerrar un acuerdo para la compra de armamento germano y la transferencia de técnicos alemanes. Hellmuth no debía olvidarse, se le remarcó, de acordar el reemplazo del encargado de negocios argentino en Berlín, Luis Luti, por no ser suficientemente pro-Eje. Y, finalmente, intentaría acordar un sistema de intercambio de información entre ambos gobiernos facilitado por los agentes del SD. Bastante ambicioso para un corredor de seguros.

El 2 de octubre, el *Cabo de Hornos* dejó el puerto de Buenos Aires con destino a Europa. Hellmuth, Vélez y Pons, entre otros, iban a bordo. Sin embargo, el plan no marcharía en consonancia con los cálculos realizados.



# Capítulo XV

## Ruptura forzada

La sofocante mañana del 16 de enero de 1944, mientras eran azotados por una ola de calor inusitada, los habitantes de la ciudad de Buenos Aires se vieron azorados por la desgarradora noticia de un sangriento terremoto que la noche

anterior había golpeado la ciudad de San Juan. La pésima calidad de las edificaciones, más que la intensidad del sismo, produjo que el ochenta por ciento de la ciudad fuera devastada. Edificios completos tragados por la tierra. Un número de víctimas fatales sin precedentes regaban los escombros. Se cree, de acuerdo a estudios recientes, que las vidas cobradas aquella trágica noche ascendieron a unas cinco mil.

Para los gobernantes de facto, liderados por el general Ramírez, aquel era el segundo temblor que sacudía sus cimientos en las últimas semanas. Aún podía sentirse, en los pasillos de la Casa Rosada, la onda expansiva de otro sismo

que se había desencadenado en noviembre; pero a miles de kilómetros al norte de la Argentina. Las consecuencias estaban a punto de hacer explosión en la prensa de la capital.

Luego de que Hellmuth, el representante nazi-argentino enviado a Europa por el Gobierno de facto, dejara Buenos Aires a bordo del paquebote *Cabo de Hornos*, entró en acción el servicio de contraespionaje aliado. Casi inmediatamente, luego de soltar amarras, el vapor, afectado de algún desperfecto menor, realizó una breve parada en Montevideo. Allí se permitió a los pasajeros, entre los cuales se hallaba el exembajador alemán en Chile,

Wilhelm von Schoen, bajar a «estirar las piernas». Algo que el flamante cónsul argentino destinado a Barcelona debió haber interpretado como «estirar la lengua».

La poco discreta personalidad del emisario nazi se puso de manifiesto en la capital uruguaya. Colocando en riesgo toda la misión secreta, no tuvo mejor idea que entrar en contacto con agentes del SD. Algunos de estos eran seguidos de cerca por vigilantes elementos aliados, abundantes en el pequeño país oriental. Como si ello fuera poco, escribió desde Montevideo a su viejo amigo y compañero de escuela, Enrique Neilling. Este último era argentino, hijo de

alemanes y amigo de la infancia de Hellmuth. Ocupaba un puesto de baja jerarquía en la organización de Harnisch haciendo las veces de mensajero entre este, Hellmuth y otros agentes; como por ejemplo Olegario Vietinghoff Steel o Wilhelm Seidlitz. Ante la partida de Hellmuth hacia Europa, y viéndose sin empleo formal, se hizo cargo del corretaje de seguros del primero. La detallada declaración de Neilling, del 20 de enero de 1944, ha quedado plasmada en el cuerpo 4 del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*.

Aquella poco afortunada e innecesaria misiva puso en evidencia a Hellmuth. Los servicios aliados

conocían a su antiguo camarada desde hacía un buen tiempo; lo consideraban «un bien conocido espía nazi del equipo de Harnisch».

Reparados los desperfectos, el *Cabo de Hornos* reanudó su viaje hacia su próxima escala: Río de Janeiro. Una vez en la ciudad carioca, el comportamiento de Hellmuth no varió demasiado.

Casi en simultáneo con los hechos relatados, los norteamericanos informaron secretamente a los británicos de que un cable cifrado de la red de Franczok había sido interceptado mientras cruzaba el éter. En él se revelaban importantes detalles sobre la misión del cónsul argentino, a quien los

británicos intentarían detener durante su largo camino hacia Europa.

Después de una última escala en Venezuela, el *Cabo de Hornos* atracó en Puerto España, la capital de la isla Trinidad, la mayor del grupo de las que componen Trinidad y Tobago. Era ya el 29 de octubre. Los agentes de control marítimo británicos aguardaban tensos en el muelle. Se frotaban las manos y estudiaban atentamente las órdenes recién llegadas desde Londres.

Osmar Alberto Hellmuth, el corredor de seguros, sobrino del granjero Carlos Kusters, recordó, un año y medio después, muchos de los detalles de las últimas horas de su

efímera carrera como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino.

Al parecer, los británicos sabían muy bien hacia dónde apuntar sus cañones. El coronel Vélez, y otro militar de nombre Raggio, opusieron cierta resistencia a la revisión de su equipaje. Por lo tanto, sus efectos personales, en principio, no fueron registrados. El cónsul Cipriano Pons, el mismo que transportaba la carpeta y la media tarjeta del GOU, fue el primero de los señalados por los agentes aliados. Su valija diplomática fue respetada, pero, en un descuido que puso bajo tensión a los argentinos, había dejado fuera de ella



todos los documentos relacionados con el buque *Buenos Aires*. Lo que era aún peor, Pons también había obviado resguardar en dicha valija una orden de compra de la Böker, firmada por el espía Harnisch y destinada a una empresa alemana. Para alivio momentáneo de Hellmuth, Cipriano Pons le dijo que en un principio los británicos habían hallado solamente los papeles del tanquero varado en Suecia. Los nerviosos funcionarios argentinos se apresuraron a destruir el material restante dentro de camarote del emisario.

De todas maneras, el agente nazi-argentino estaba condenado. Los

británicos sólo ganaban tiempo para registrar el *Cabo de Hornos* desde la proa hasta la popa. De madrugada sacaron a un pálido Hellmuth de su cama y lo encarcelaron en una casilla de madera, custodiado por agentes locales y despojado de sus efectos personales, incluso su ropa. Una fría celda londinense lo aguardaba, sería el único destino europeo que el flamante cónsul de Barcelona ocuparía hasta el final de la guerra. Esa misma noche, el prisionero fue trasladado a las islas Bermudas a bordo de un aeroplano de la RAF. Desde allí abordó el crucero *Ajax* con destino final a las islas británicas. Una vez en Londres, el 12 de noviembre, fue

alojado en el campo 020, Latchmere House, South London; un sitio destinado a interrogar agentes alemanes.

Los desesperados cables enviados desde Trinidad por el cónsul argentino Darío Quiroga, quien viajaba en el mismo vapor que Hellmuth, y por el mismo heraldo caído en desgracia, fueron retenidos por los hábiles británicos. Los europeos buscaban ganar tiempo antes de que la camarilla de Ramírez supiera de la detención del agente nazi-argentino.

Los interrogatorios a los que fue sometido Osmar Hellmuth, tal cual recordó el espía (KV 2/1722-1724, National Records), denotaron el

profundo grado de conocimiento que los británicos tenían de su verdadera misión escondida tras la fachada de funcionario diplomático. Los cables interceptados por los estadounidenses, que detallaban los resúmenes de las reuniones con los militares argentinos en ejercicio del gobierno, habían sido puestos a disposición de los ingleses. Ambas naciones anglosajonas estaban decididamente resueltas a explotar el *affaire* con el objetivo de boicotear la mentada y polémica neutralidad argentina.

Durante los primeros días del mes de noviembre, mientras Hellmuth navegaba como un prisionero vip a

bordo del *Ajax*, rumbo a Londres, un llamado inesperado desde Venezuela puso sobre aviso a los gobernantes de facto argentinos. El representante diplomático en el país caribeño informó al presidente Ramírez de la detención del cónsul argentino realizada por parte de la autoridad británica. Los espías alemanes de Buenos Aires pronto supieron la desagradable novedad. El coronel Brinkmann se había apresurado a dar aviso de la noticia a Becker por intermedio de Lasserre Mármol.

Después de pedir explicaciones al embajador británico en Buenos Aires, el general Ramírez hizo comparecer en su despacho de la Casa Rosada a Harnisch.

Puso al tanto de la grave situación al jefe del espionaje nazi. Le comunicó que habiendo pedido explicaciones a la Embajada del Reino Unido, sus representantes se habían mostrado completamente ignorantes a los sucesos.

Inicialmente reinó la confusión entre nazis y argentinos. Los británicos y norteamericanos iban a preparar muy bien el golpe contra el Gobierno de facto. Por lo tanto, casi no dejaron filtrar información más allá de algunas hablillas inevitables. Durante los días siguientes, los británicos, fieles a su estilo, comenzaron a sembrar todo tipo de rumores falsos para despistar, especialmente, a los militares argentinos.

Filtraron la noticia de que habían detenido a Hellmuth por ser un agente sirio-libanés, exmiembro de su propio servicio secreto. También instalaron amañadamente que el cónsul había sido fusilado, lo que seguramente llevó cierto alivio a quienes lo habían enviado a Europa.

No pasaron muchos días hasta que se confirmó finalmente que Hellmuth se hallaba en Londres; las consecuencias no se harían esperar demasiado. El embajador Cárcano, en Londres, protestó inútilmente pidiendo la inmediata liberación del cónsul. Recién un mes después, cerca del 10 de diciembre, la oficina extranjera inglesa

emitió un escueto comunicado, en el cual dejaba entrever a los gobernantes argentinos que estaban largamente comprometidos. «Hellmuth había admitido la naturaleza de su misión y había suministrado numerosos detalles al respecto.» Ramírez y los suyos debieron leer bien el mensaje entre líneas. Unos días después, el embajador británico en Buenos Aires, David Victor Kelly, puesto ya al tanto de los pormenores del asunto Hellmuth, comunicó al poder ejecutivo y al Ministerio de Relaciones Exteriores que se hallaba confeccionando un detallado informe sobre los espías nazis en Argentina. Incluiría una completa lista



de sus integrantes. Pronto colocaría la valiosa información en manos de Ramírez, y dejaría en evidencia lo que el presidente ya conocía.

El tácito ultimátum estaba dado. Si el Gobierno argentino quería evitar el escándalo internacional que resultaría de ventilar su íntimo contacto con agentes del Tercer Reich, a los cuales a su vez el presidente en persona les había confiado la misión de representarlo ante los funcionarios de Hitler, debía romper las relaciones diplomáticas con el Eje.

Ramírez convocó nuevamente a Harnisch a la Casa Rosada. El presidente preguntó al espía si tenía la impresión de formar parte de la lista que

los ingleses estaban a punto de divulgar. El jefe del Abwehr realmente no lo sabía, pero ofreció entregar a los argentinos una lista de agentes a quienes se debería «proteger» en caso de ser señalados por los Aliados. En un acto que luego se revelaría acertado, Becker se opuso terminantemente a desvelar el nombre de sus espías. No confiaba en los argentinos, quienes él sabía se hallaban bajo intensa presión. «Sargo» era consciente de que la situación se deterioraba rápidamente. Alquiló un departamento en la intersección de Coronel Díaz y Las Heras, el cual utilizaría en caso de tener que abandonar su residencia de la calle Posadas. Por

supuesto, el cuartel general de la calle Cangallo comenzó a ser desmontado por precaución.

El 23 de diciembre, recordó Harnisch en 1947 ante los interrogadores estadounidenses, fue su última visita a la Casa de Gobierno. El muy preocupado coronel Enrique P. González, justamente quien lo había patrocinado ante Ramírez, era el encargado de relatarle la grave situación. Un caso que podría tener espinosas consecuencias internacionales para la Argentina. Algunos de los militares criollos, incluidos los oficiales del GOU, empezaban a caer en la cuenta de las derivaciones de sus actos; comenzaban a

contemplar seriamente la posibilidad de romper con Alemania, algo impensado un par de meses atrás.

En aquel momento, las sospechas que recaían sobre Ludwig Freude, despedido al ser rechazado por los militares gobernantes, eran profundas. Al menos eso creían los agentes nazis. Se lo veía como el «delator» detrás de la captura de Hellmuth. Una posibilidad concreta, pero no la única, ya que los servicios de inteligencia aliados sabían de antemano del asunto, así como de la amarga disputa entre las facciones nazis del SD y la Embajada.

Posiblemente, para el momento de la última reunión González-Harnisch,

los argentinos, al menos los cercanos al presidente, habían decidido ya sacrificar al ejecutivo de Böker. Sin embargo, el coronel no se lo dijo en ese momento.

## MÁS APRIETOS INTERNACIONALES

El golpe de Estado llevado a cabo en Bolivia y el apoyo brindado por los argentinos al dictador ingresante, Villarroel, especialmente por la logia del GOU, puso en más aprietos internacionales a la camarilla de Ramírez. Los norteamericanos, alertados por su servicio de interceptación de mensajes cifrados, se hallaban sumamente enfadados. Los ofuscaba notoriamente la colaboración de los militares criollos y nazis sudamericanos para con los golpistas bolivianos. Una

pequeña flota de la US Navy ancló en Montevideo para intimidar a Ramírez y a sus duros oficiales.

Por su parte, los británicos, siempre más hábiles en el arte de las negociaciones encubiertas, comenzaron a utilizar la creciente irritación de Washington para presionar aun más a los argentinos. Mientras las duras águilas que circundaban a Roosevelt querían romper con Argentina, los funcionarios de Churchill preferían mantener el suministro fresco de trigo y carne. Seguían buscando deliberadamente conducir a los gobernantes de facto a romper con Alemania, como condición para no revelar, entre otras cuestiones

delicadas, el interrogatorio de Hellmuth.

La decisión final argentina se demoraba, como si sus gobernantes quisieran ganar tiempo indefinidamente. Para enero de 1944, la oficialidad del GOU, el ministro Farrell y el presidente, aún se debatían entre ceder finalmente a las presiones aliadas o mantener la neutralidad. El coronel Perón cavilaba y parecía estar indeciso. Ya no presentaba aquella postura irreconciliable hacia cualquier sugerencia foránea. Otros, intransigentes, preferían mantener la postura tradicional y continuar protegiendo a los grupos de Harnisch y Becker. Por su parte, Ramírez, quien soñaba con perpetuarse



en el poder, comenzaba a pensar en ceder ante el vuelco que los acontecimientos habían dado tras la detención de Hellmuth.

Ante la indecisión argentina, las potencias anglosajonas comenzaron a filtrar información a la prensa. Aumentaban la presión. Alrededor del 20 de enero, a través de corresponsales en el Uruguay, los diarios argentinos comenzaron a levantar la noticia de que los nazis pensaban, durante el año 1944, «romper el frente panamericano del sello yanqui-brasileño por medio de una máxima ayuda a todos los elementos antialiadados y antisemitas de los países sudamericanos y dificultar en

lo posible el suministro de materiales a los principales adversarios del Reich». (*La Prensa*, edición del 21 de enero de 1944.)

La información precedente, que cruzaba el charco en forma de despachos de prensa, se suponía que era emanada de un arrepentido nacionalsocialista. El disidente ponía en evidencia un mensaje cifrado enviado desde la Embajada de Buenos Aires con destino al agente nazi Robert Kellmann, radicado en Brasil. Los Aliados, hábilmente, preparaban el camino de la inculpación de los líderes militares argentinos, encuadrándola en un complot de proporciones continentales. El hecho de que se usara

material fraguado no invalida la participación y el liderazgo de los gobernantes de facto en el intento de conformación de un bloque de naciones neutralistas funcionales al Eje.

Al día siguiente, desde Londres llegaba un despacho de la *United Press*, del que se hacía eco *La Prensa* del mismo día. Informaba de la detención del cónsul: «Se confirma autorizadamente que Osmar Hellmuth, exmiembro del servicio consular argentino, ha sido detenido por las autoridades británicas en Trinidad, en su paso por dicha isla con destino a Europa. Según se declara, Hellmuth ha confesado ser un agente nazi».

Los argentinos, ante las amenazas aliadas, acababan de exonerar al cónsul; es decir, lo relevaban de su cargo y lo libraban a su suerte en las garras británicas. El 24 de enero, *United Press* seguía filtrando información sobre Hellmuth. Ahora se afirmaba que, ya en su paso por el Brasil, había sido seguido de cerca por la policía secreta de esa nación, sindicado de ser un agente del Eje.

Es evidente que la tensión dentro de las altas esferas del Gobierno de facto argentino se hacía insoportable. El día 25 de enero fue una jornada de intensas reuniones y negociaciones internas dentro del seno del poder. El Ministerio

de Relaciones Exteriores, específicamente la oficina del general Gilbert, fue un lugar de enconadas disputas y deliberaciones. Sin embargo, la cúpula del GOU se reunió en plenitud en los salones del antiguo Consejo Deliberante, donde funcionaba la Secretaría de Trabajo y Previsión. En aquellos viejos recintos, a prueba de concejales, de madrugada, en medio de facciones exaltadas y un denso humo de cigarrillos, los oficiales del entorno de Perón decidían el futuro de una nación. El ministro de Guerra, el general Farrell, viajó de urgencia desde Bariloche, aterrizó en El Palomar y desde allí se dirigió sin escalas hacia la acalorada

reunión. Con su llegada se alcanzó el clímax de la disputa. Por la tarde, un preocupado Meynen no había sido siquiera recibido por un funcionario de segunda línea del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El motivo de todo aquel revuelo era simple. El día anterior, el embajador americano, Norman Armour, se había presentado en el despacho del ministro de Relaciones Exteriores, Gilbert. Luego de los saludos de rigor el diplomático había ido al grano. Si Argentina no daba el paso final, la ruptura de relaciones con el Tercer Reich y la captura de sus espías, su Gobierno cerraría la Embajada en Buenos Aires, congelaría los fondos

argentinos en los Estados Unidos y publicaría toda la evidencia sobre las relaciones nazi-argentinas...

Los periodistas de los principales medios gráficos comenzaron a montar guardia fuera de la Cancillería, alertados por el inusual movimiento y sin saber qué esperar exactamente. Apenas se conocía la detención de Hellmuth, el corresponsal de *La Prensa* (25 de enero de 1944) reflexionaba: «De las referencias obtenidas extraoficialmente se desprende que toda esa labor [el frenético ir y venir de funcionarios], [...] se relaciona con la investigación sobre un espionaje nazi que se inició a raíz de la captura de Osmar Alberto

Hellmuth».

El GOU y Farrell, ya por esos meses los verdaderos hombres en ejercicio del poder tras un debilitado presidente «Palito» Ramírez, tomaron una decisión realista. Aún era de noche cuando una comisión de coroneles se dirigió a toda prisa hacia el despacho de Gilbert. Iban a informarle de la conclusión rupturista, noticia aún desconocida para el hombre de la calle. La sonante amenaza en boca de Armour había sido el tiro del final.

Temprano, el 26 de enero, era evidente que algo importante estaba a punto de acontecer. Tal era la expectativa que ese día los titulares de los



principales diarios dejaron de lado, por primera vez en varios días, las noticias relacionadas con el terremoto de San Juan. En su lugar daban mayor trascendencia al asunto de los espías nazis. «Anúncianse medidas de Gobierno a raíz del descubrimiento de una red de espías del Eje», titulaba *La Prensa* aquella mañana, en grandes letras. Esta vez sólo los títulos más pequeños eran reservados para el desastre sísmico.

Gilbert comunicó al embajador americano que, durante las duras reuniones del día 25, se había decidido aceptar la propuesta de los Aliados para resolver la situación precipitada por el caso Hellmuth. Estaba decidida la

ruptura y se procedería a fondo contra las organizaciones nazis clandestinas, las mismas que habían cobijado en el despacho del presidente Ramírez.

Los rumores que hablan de un coronel Perón irrumpiendo horas después en la Casa Rosada, envuelto por la furia, parecen no tener asidero. Perón estuvo calmo durante las exaltadas reuniones de la madrugada del día 26, testimonios de primera mano parecen confirmar su postura realista. El GOU decidió como un cuerpo colegiado. El futuro presidente comprendió que realmente no había otra alternativa a la ruptura. Las evidencias eran demasiadas y la situación había llegado a un punto

sin retorno.

Cerca del mediodía del día 26 de enero se produjo el esperado anuncio. El mismo primer mandatario que había recibido a Harnisch, jefe y doble agente del Abwehr y el SD, en su propia oficina, con quien había urdido un plan de trascendencia internacional y proporciones magníficas, ahora lo ponía tras las rejas. Lo acusaba abiertamente de menoscabar la soberanía nacional. Por supuesto que el común de la gente ni siquiera sospechaba el trasfondo del asunto, bastante desconocido aún hasta nuestros días.

Un calmo Perón acompañó a Ramírez y Gilbert durante el anuncio

realizado aquella calurosa mañana. También estaban presentes el ministro de Guerra, Farrell, los coroneles Emilio Ramírez y Eduardo Avalos, entre otras personalidades destacadas. Ya para ese momento Avalos había sido absorbido por el GOU.

Al día siguiente de la ruptura de relaciones entre Argentina y el Eje, la noticia estalló en las primeras páginas de los periódicos nacionales. Los matutinos agotaron rápidamente todas las tiradas. «La República Argentina rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania y Japón», exclamaba *La Prensa* en grandes letras. En referencia al discurso del presidente argentino, radiado al pueblo

en cadena nacional, manifestaba que Ramírez había ordenado la medida debido a que «había sido menoscabada la soberanía nacional».

Basados en un comunicado preparado por la Subsecretaría de Información argentina, los diarios locales daban todo tipo de detalles sobre el espionaje nazi bajo el título de «Aquí están las comprobaciones». Comenzaban su relato sin olvidar los tiempos «tempranos» de Niebuhr, el jefe originario de los «agentes nazis», a quien se había expulsado hacía ya largos meses atrás.

El cinismo en su máxima expresión parecía haberse apoderado de la diatriba

de los argentinos, y en especial de su presidente como podía verse reflejado en las enormes páginas de *La Prensa*, el 27 de enero de 1944: «La hospitalidad que el Gobierno y el pueblo argentino brindan, dentro de su territorio, [...] está garantizada por sentimientos nobles, amplios y generosos. Entonces lo menos que puede exigir la nación sobre los extranjeros que viven y trabajan dentro de sus fronteras es una leal correspondencia de sentimientos y un respeto insospechable a las instituciones republicanas». El párrafo precedente fue uno de los pasajes del discurso que el presidente Ramírez llevó a su boca aquella mañana. Sin dudas, algunos de

aquellos militares devenidos en políticos se sintieron aliviados. Al menos, a juzgar por su deliberada traición, se hallaban mucho más cerca de las «artes» de la política que de las tradiciones castrenses.

Casi como por arte de magia, un mes más tarde, el 20 de febrero, aparecieron todo tipo de detalles acerca de cómo los diferentes grupos de espionaje nazi estaban organizados en la Argentina. Los nombres de sus jefes, Harnisch, Becker, Hermeyer y Seidlitz, fueron distribuidos a la prensa por los mismos funcionarios. Algunos de ellos, como veremos en los próximos capítulos, se hallaban ya detenidos y fueron quienes al ser interrogados

aportaron importante información para continuar la pesquisa. Otros agentes prófugos, como Schurer Stolle y los falangistas Prieto, Arrastía y Amorín, también aparecieron retratados en los principales medios de comunicación escrita de la capital.

El encargado de distribuir la información entre los periodistas no era otro que el ahora mayor Francisco Filippi, el yerno del presidente Ramírez, presente en varias reuniones entre los militares argentinos y los espías nazis. Resulta que ahora debía dar «caza» a aquellos elementos «anti-argentinos» con los cuales había departido y complotado alegremente en la oficina del primer



mandatario...

El grueso dossier divulgado sobre los nazis daba real cuenta del accionar de los grupos de Becker y Harnisch, así como de sus objetivos sobre recolección de informaciones militares, económicas, industriales y comerciales. Identificaba al primero como jefe supremo del SD en el país

y mencionaba la existencia tras bastidores del Abwehr desde años atrás. Hasta se llegó a ventilar el caso del submarino que los alemanes esperaban recibir cerca de Mar del Sur, al sur de la provincia de Buenos Aires, en la chacra de los Eickenberg.

Los servicios secretos nazis, si bien

sintieron el golpe, estaban aún lejos de abandonar sus ambiciosos objetivos en Argentina. Se aferrarían por largos meses al último puente con el mundo occidental. Emprenderían misiones de gran escala, como por ejemplo el desembarco clandestino de agentes en las costas argentinas. Su gran cerebro, Becker, sería un hueso duro de roer que caería recién casi con el final de las hostilidades en Europa.

El mayor Filippi se hallaba en una posición clave y por lo demás determinante en todo este asunto que comenzaba a despuntar. Estaba al frente de la recién creada oficina de Coordinación Federal, algo así como un

servicio de contraespionaje dependiente de la Policía Federal e integrado casi en un cincuenta por ciento por miembros del Ejército. El yerno de Ramírez logró «meter presos» a varios agentes del bando aliado durante los primeros días de existencia de Coordinación. Lo que realmente se torna importante para la presente investigación es la aguda persecución de los agentes nazis que se desencadenó desde mediados de enero de 1944, unos diez días antes de la ruptura de relaciones con el Eje. La ofensiva duró hasta el final de la guerra, pero transitó por un largo intervalo de algunos meses. Sobre el comienzo de aquellas redadas hablaremos a partir del

próximo capítulo.

Renuncias de funcionarios militares y civiles de pensamiento filo-fascista comenzaron a llover en el despacho presidencial, casi desde el mismo día del anuncio de la decisión de romper con el Tercer Reich. Algunos procedían de cargos en representaciones diplomáticas en el exterior. Lo publicado sobre los espías en la prensa argentina, alrededor del 20 de febrero, era sólo el comienzo.

Filippi no tendría la posibilidad de capturar a la mayoría de los agentes nazis dispersos por la Argentina; tampoco de descubrir la verdadera extensión de la Red Bolívar, o a los transmisores de la Orga-T. El motivo de ello fue que todo

el asunto de Hellmuth y los espías nazis dejó herido de muerte al Gobierno de Ramírez, ya bastante corroído desde sus adentros por el indetenible poder de la facción peronista del GOU. Con él cayeron varios de sus más estrechos colaboradores, incluso miembros fundacionales de la logia castrense; por supuesto, entre ellos estaba su yerno.

El 24 de febrero por la noche, cuatro días después de publicarse el informe de Coordinación Federal, Ramírez dimitió en favor del general Edelmiro Farrell. El trasfondo de todo el pequeño golpe dentro del mismo Gobierno es sumamente complejo e intrincado. Ramírez intentó resistir,

pero fue en vano. Ya todas las guarniciones importantes del Ejército respondían a los designios de la logia gobernada por el ascendente coronel, la cual impulsaba con renovado brío al general Farrell.

No es un detalle menor el hecho de que los oficiales complotados hayan obligado a ceder el mando al presidente saliente. Creían que mediante aquella estratagema harían pasar todo el asunto como una pacífica licencia por exceso de trabajo... A la larga, no lo lograrían.

El GOU debió ser disuelto, pero en los papeles, claro. Su desaparición se debió a que, ya desde sus bases fundacionales, mencionaban al general

Ramírez, ahora depuesto por su propio accionar, como el «jefe indiscutido e indiscutible de la revolución». Además, las circulares informativas de la logia habían combatido sin cuartel cualquier intervención a favor de una ruptura de relaciones con el Eje. Dos asuntos sobre los cuales había debido retroceder, obligado por el giro de los acontecimientos.

Todos los nuevos ingresantes a la dominante logia de oficiales debían firmar su retiro con la fecha en blanco, un elemento de presión autodefensivo. Además, las bases de la logia secreta (ver *Nuevas bases para el GOU*, «Bases de Acción», punto 3.a) comprometían a

todos los miembros a seguir incondicionalmente la obra del general Ramírez. Por lo tanto, el hecho de que la logia de oficiales haya forzado la salida de este daba el puntapié inicial para su desaparición. Su obra unificadora estaba concretada, creían sus estrategias. El GOU fue disuelto, pero sus cuadros de liderazgo, los que habían logrado imponerse, gobernaban ya el país.

Edelmiro Farrell no figura en ninguna lista de integrantes del GOU. Ningún general era parte de la logia que era integrada exclusivamente por coroneles y otros oficiales de menor rango. Sin embargo, esta organización lo impulsó hacia la presidencia. Con el



correr del tiempo, el nuevo mandatario se transformó en un claro acólito de Perón. Fue Farrell quien lanzó al coronel a los primeros planos durante los días iniciales de la revolución de 1943, asignándole el cargo de secretario del Ministerio de Guerra, del cual era el titular.

El 15 del mismo agitado mes habían renunciado, o habían sido forzados a renunciar, el general Gilbert y el primero de los funcionarios que se había reunido con Harnisch, el coronel Enrique P. González. El almirante Sueyro también renunció, pero disgustado con la ruptura.

Filippi fue reemplazado al frente de

Coordinación por el mayor Óscar Contal. Tal vez, este último, sea el principal responsable de que el detalle de las actividades de la Red Bolívar haya llegado, lo más completo posible, hasta nuestros días. El coronel Emilio Ramírez, jefe de la Policía Federal, acólito del presidente saliente, fue reemplazado por el coronel Velazco.

El Coronel Perón y su ascendente facción mayoritaria, a la luz liderada por Farrell, parece haber sido la única, dentro del seno del poder gobernante, en salir ganando con el *affaire* Hellmuth y todo lo que se desencadenó a continuación. Su intervención en todo el episodio no había sido fielmente

revelada por los Aliados y, ante la caída de Ramírez, Perón hizo su ingreso definitivo al concierto grande de la política. El alegre coronel, quien apenas treinta días antes había conocido a una jovial Eva Duarte durante una velada benéfica en el Luna Park, asumió interinamente el Ministerio de Guerra; meses después alcanzaría la vicepresidencia de la nación. Era ya el hombre fuerte.

El mes de marzo trajo bastante tranquilidad a los ahora perseguidos agentes nazis. Al menos para la mayoría de ellos, los que Coordinación Federal no había logrado capturar. La dimisión de Ramírez y Filippi había dado el

control sobre las redadas de espías a los adeptos de la facción Farrell-Perón. Los meses de persecución y detenciones, al menos por un tiempo, quedaron en el olvido.<sup>24</sup>

# Capítulo XVI

## A la caza de los agentes nazis

Volvamos temporalmente a los convulsionados días anteriores a la ruptura con Alemania. Aquellas dilatadas jornadas, durante las cuales los

turbados gobernantes de facto argentinos se debatían entre alinearse con Occidente, aun contra la voluntad de algunos de ellos, o mantenerse firmes en su tradicional neutralismo y las lóbregas negociaciones con los emisarios de Himmler.

En las primeras semanas de 1944, mientras un visionario Becker, previendo lo que podría acontecer en breve, cambiaba de domicilio, un muy preocupado agente Lasserre Mármol acudió en busca de novedades a la oficina de un hombre del Gobierno. Se trataba del coronel Brinkmann, jefe del Comando de la Primera Región de la provincia de Buenos Aires; un hombre

de Perón. La relación entre el periodista, devenido en agente nazi, y el coronel argentino, ha sido ya largamente detallada en capítulos anteriores.

Los alemanes demandaban a Lasserre novedades sobre la indefinida situación argentina. Un angustiado Hans Hermeyer, el ejecutivo de publicidad de la Bayer y la mano derecha de Becker dentro del grupo del SD, había telefonado al periodista alrededor del día 20 de enero. Los matutinos porteños se hacían eco de un despacho originado en Nueva York, donde se daba cuenta de que la ruptura de Argentina con el Eje era inminente. Hermeyer instó a Lasserre a concurrir a

la oficina del coronel Brinkmann, ese mismo día, en la búsqueda de certezas. «¿En qué estado quedarían los asuntos internacionales en gestión, todos basados en el firme sostenimiento de la neutralidad argentina?», querían saber los espías alemanes.

Apenas un rato después de ver a Hermeyer en la Bayer, Lasserre entró al despacho del oficial, ubicado en la calle Rodríguez Peña, 1300. Brinkmann lucía calmo. Pronto irradió aquella tranquilidad a su viejo amigo nacionalista. Se hallaba al tanto de las últimas publicaciones sobre la supuesta ruptura. Si bien hacía varios días que no visitaba el Ministerio de Guerra o la



Casa de Gobierno, nada sabía sobre lo que pudiera haber de cierto en aquellas envilecidas versiones. En la declaración de José Antonio Lasserre Mármol ante Coordinación Federal, del 14 de marzo de 1945, reflejada en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, se dice que: «Él [Brinkmann] personalmente no le atribuía mayor importancia que una más de las tantas manifestaciones de la presión y campaña alarmista yanqui contra nosotros. Los alemanes no tenían por qué dejarse arrastrar a esa campaña».

Unos días antes del anuncio de rompimiento, la situación se tornó tensa para el grupo de Becker y Hermeyer. Harnisch, quien unas pocas semanas

atrás frecuentaba el despacho del presidente, a diferencia de los muchachos del capitán de las SS, se sentía algo más confiado en su porvenir. Creía que su docena de reuniones en la Casa Rosada le darían una buena protección. Se equivocaba. Era el primero de los agentes que la dupla Ramírez-Filippi estaba dispuesta a entregar. Lo mismo hubieran hecho con Becker, en caso de haber conocido algo más que su nombre.

El astuto agente del SD, un verdadero espectro escurridizo, no era un espía improvisado. Nunca permitió que trascendieran detalles de su presencia, su paradero o sus actividades

ante los militares argentinos. Apenas se percibía su sombra rondando sobre el asunto. Ejemplo de ello es que, cuando el 20 de febrero Filippi reveló los avances de la investigación sobre el ocaso del mandato de Ramírez, apenas podía contar con una fotografía de Becker en sus años de juventud. Mientras tanto, Harnisch estaba ya tras las rejas.

Diez días antes del anuncio rupturista, mientras las enconadas disputas ganaban los despachos más importantes del país y el GOU devoraba el poder, el presidente Ramírez ordenó a Filippi traicionar al espía Hans Harnisch. Era hora de sacar del medio a su compañero de

conspiraciones y, de paso, dar una señal positiva a los Aliados. El mandatario tomó una decisión inconsulta. Facciones poderosas, las cuales también habían participado en la conjura Hellmuth, quedaron desinformadas sobre el repentino cambio de actitud contra los espías. El coronel Perón y el almirante Sueyro, entre otros, no fueron puestos al corriente. El Gobierno de facto comenzaba a resquebrajarse irreversiblemente.

El 18 de enero, un memorando secreto calificado de estrictamente reservado, fue enviado por el general Gilbert al jefe de la Policía Federal, coronel Emilio Ramírez; otro miembro

fundacional del GOU. Conocemos ese documento porque ha quedado fijado en el cuerpo 4 del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*. Con cierta dilación, el Ministerio de Relaciones Exteriores informaba oficialmente a las autoridades policiales:

A raíz de la reclamación formulada por esta Cancillería al Gobierno británico en virtud de haber sido desembarcado y detenido por las autoridades inglesas del puerto de Trinidad el cónsul argentino D. Osmar Alberto Hellmuth, en viaje de servicio a Europa, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña hizo saber que la detención obedecía al hecho de haberse comprobado la calidad de agente enemigo del mencionado Hellmuth.[...]

Las informaciones suministradas por las autoridades británicas, a ese respecto, permiten suponer la existencia de una organización de espionaje en nuestro territorio, de la que formaría parte Hellmuth.[...]

El señor Hellmuth ingresó al servicio consular en fecha 2 de octubre ppdo., embarcándose para ocupar su destino en España inmediatamente después de su nombramiento.[...]

La investigación a que deberán proceder de inmediato las autoridades policiales, así como toda medida que se relacione con el procedimiento tendrán un carácter estrictamente reservado en razón de estar en juego intereses de las naciones beligerantes.

Debajo de la firma de Alberto Gilbert, de su puño y letra, el subjefe de

la Policía Federal, José O. de Allende, dejó constancia de haber girado de inmediato el asunto a manos de Lorenzo J. Galatto, director de investigaciones; según Becker, de ideales aliadófilos. Al día siguiente, Galatto puso a trabajar al comisario inspector Nicolás Morano, jefe de servicios del orden público, y a su segundo, el subcomisario Mariano V. Urribarri.

Los antiguos espías del Abwehr, aquellos detenidos temporalmente durante el Gobierno de Castillo bajo circunstancias que hemos relatado en detalle en capítulos anteriores, comenzaron a ser localizados y recapturados. Hans Napp y Ottomar

Müller, ya vetustos agentes que nada tenían que ver con este entuerto, fueron puestos otra vez bajo arresto. Era mejor guardar las formas y actuar raudamente.

Ese mismo 19 de enero también comenzaron las detenciones importantes, las verdaderamente conectadas con hechos en vigencia; los primeros objetivos fueron evidentes: los más expuestos eran Harnisch y el compañero de escuela de Hellmuth, Enrique Neilling. Temprano ese mismo día, los oficiales Enrique Wichmann y Américo Insaurrealde se dirigieron a toda prisa a casa de Hellmuth; Esmeralda, 1277, séptimo piso, departamento A. Allí, la mucama del cónsul-espía facilitó



la dirección del secretario, Enrique Neilling, quien vivía en la calle Estados Unidos, 753. Con la información reunida, a las 18:00 h del día 19, Morano despachó a Insaurrealde con el objetivo de detener a Harnisch en la Böker, Moreno, 437. Un rato después, a las 20:00 h de aquel agitado día de verano, el jefe del Abwehr ingresaba detenido a Coordinación Federal. Quince minutos más tarde llegaba Neilling, arrestado por el agente Waldemar Corti en su propio domicilio.

Siegfried Becker, sin sospechar nada, aguardaba en vano por Harnisch en el City Hotel; se suponía que

llevarían a cabo uno de sus habituales cónclaves. Tarde, esa misma noche, temiendo lo peor, el jefe del SD telefoneó a casa del ejecutivo de Böker, en Martínez. Abrigaba la esperanza de hacerse con novedades. La esposa de Harnisch puso al corriente a Becker sobre la apremiante situación de su marido, de la cual, a su vez, había sido puesta al tanto a través de la mujer de Neilling.

El capitán de las SS no se quedó de brazos cruzados. Su primera estratagema tendente a ayudar al agente caído en desgracia fue la de recurrir al grupo de militares gobernantes que él creía todavía contrario a la ruptura. Tenía la

falsa esperanza de que Galatto actuaba *motu proprio*, impelido de sus ideales antinazis y aprovechando la ausencia del presidente provocada por el desastre sísmico de la provincia de San Juan.

El almirante Sueyro había recibido a Harnisch pocos días antes de su detención. Había mencionado al espía que, ante la grave crisis y la posibilidad de ruptura, podía considerar «en cualquier momento, la casa particular del ministro de la Marina, sita en la calle Callao, como la suya propia». Becker, informado de aquella declaración, intentó contactar al oficial de la Armada. Fiel a su astucia envió un mensajero, en este caso, el agente argentino Pedro

Ilvento. Lamentablemente para los nazis, Sueyro se hallaba en la Patagonia en un poco oportuno viaje de inspección a las bases navales del sur del país. De todas maneras, Ilvento logró hacer contacto con la segunda opción: un representante del Gobierno de mayor ascendencia que Sueyro; también muñado de ciertas motivaciones (recordemos su participación en el caso Hellmuth) que lo impelían a hacer el intento de socorrer a Harnisch. Se trataba del secretario de Trabajo y Previsión, Juan D. Perón.

El coronel, tal vez en un principio ajeno a la caza de agentes nazis que había desatado el poder ejecutivo, recibió al

mensajero de Becker. De puño y letra escribió una escueta carta personal, dirigida al subjefe de la Policía Federal, el teniente coronel José O. de Allende. El mismo oficial que había enviado el dossier de Gilbert a Galatto. Perón pedía sin tapujos que «cesaran los procedimientos», pero Allende respondía a su jefe, el coronel Emilio Ramírez, quien a su vez había ya jugado sus cartas a favor del presidente. El GOU estaba incontrastablemente dividido y el consejo de Perón cayó en el olvido. La cacería de espías alemanes continuaría, al menos por el momento.

Lejos de caer en el desánimo, Becker intentó contactar con el detenido

Harnisch. Para ello se valió de la ayuda de su nexa dentro de las filas de la Policía Federal, el oficial principal Pedro Andrada; de guardia la noche del día 19 de enero, la misma de la detención del gerente de Böker. En un restaurante de nombre Pepe Arias, situado en la intersección de las calles Belgrano y Ceballos, a pocos metros de la sede del Departamento de Policía, el jefe del SD y Andrada cavilaron largamente. Se conocían por intermedio del agente español Prieto. «Sargo» se limitó a garabatear en un papel, en idioma alemán, un breve: «Hacemos todo lo posible por ayudarte, saludos, Pepe». Por el momento, no había mucho más

que pudiera hacer.

La situación ameritaba algunas precauciones. Luego de dejar a Andrada, Becker se recluyó en su nueva dirección segura de Coronel Díaz, desmanteló la oficina de Cangallo y dio la orden de abandonar el departamento de la calle Oro. Comenzó a enviar todo el material informativo hacia una finca alquilada en Bella Vista, en las afueras de Buenos Aires. Allí ubicó al matrimonio Schlosser y al espía Schurer Stolle. Los españoles falangistas que trabajaban para Becker, Arrastía, Amorín y Prieto fueron advertidos para no concurrir a sus respectivos domicilios; al menos hasta que se aclarara la situación. Wilhelm

Seidlitz, quien se hallaba en Mar del Plata, sumido en un largo período de inactividad, retornó alarmado a Buenos Aires en ese momento.

En la finca Guerrico de Bella Vista, el jefe del SD y Stolle destruyeron todo material que no fuera indispensable. Ante las declaraciones públicas de los integrantes del poder ejecutivo era mejor pasar a las sombras por un tiempo, recordó Siegfried Becker ante Coordinación Federal el 16 de mayo de 1945.

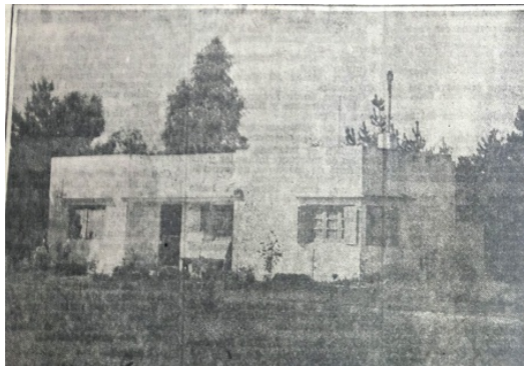
Un par de días después de haber sido tranquilizado por Brinkmann, un atónito Lasserre Mármol escuchó el discurso del presidente Ramírez; el



famoso y cínico anuncio de ruptura radiado al pueblo argentino. La cesación de relaciones diplomáticas finalmente era un hecho. Casi como en un acto reflejo, Lasserre apagó su radio, cogió su sombrero y corrió a la oficina de Brinkmann. Turbado, envuelto en la incertidumbre y el desánimo, buscó la palabra contenedora del hombre cercano al poder.

El oficial de confianza del ascendente coronel se hallaba hundido en su cómodo sillón, apesadumbrado. La mirada perdida, fija en el amplio ventanal. Espetaba amargas palabras contra el propio nacionalismo argentino, incapaz de amalgamarse bajo una única

dirección, la cual hubiera podido forjar una especie de milicia popular que permitiera al Gobierno resistir las presiones externas. «Los yanquis podían estar seguros de que ni un paso más sería dado para ceder a sus exigencias», dijo el coronel a Lasserre. Algunos alemanes pudieron haber tomado erróneamente aquella frase como una póliza de seguros a favor de las redes de espionaje.



Guerrico, Bella Vista. Diario *La Prensa*.

El 20 y 21 de enero se habían producido las primeras declaraciones de los detenidos Harnisch y Neilling. Las que constan en el extenso expediente que iniciara Galatto, un par de días antes, luego de recibir el memorando de Gilbert. No era mucho lo que el excompañero de escuela de Hellmuth

podía aportar. Pero el caso de Harnisch era diferente. El gerente de Böker decididamente calló todo asunto referido a su intervención en los hechos; o lo que es más probable, su testimonio fue adecuadamente censurado por las autoridades de ese momento.

El siguiente en ser detenido, el día 21 de enero, fue un ingeniero ruso de origen alemán, empleado de la CADE, de nombre Olegario Vietinhoff Scheel. El nuevo espía descubierto residía en el mismo edificio que Hellmuth, en la calle Esmeralda. Se trataba de un «recolector» de publicaciones técnicas norteamericanas, las cuales el SD resumía y enviaba a Alemania para su

estudio. Todos los demás agentes, Seidlitz, Hermeyer, Becker, los españoles y varios más, comenzaron a ser intensamente buscados. Si bien la policía conocía muchos de los nombres de importantes, dependía de los datos aportados por los detenidos para descubrir sus paraderos.

Ese mismo día 21, Américo Insaurrealde fue enviado a allanar el departamento de Osmar Hellmuth. Se hallaban presentes el padre del dueño de la casa, Max Hellmuth, y su sobrino, Carlos Peters. Apenas una caja de hierro con escaso dinero y algunas pólizas de seguros fueron encontradas. Pronto fue el turno de las casas de Neilling y

Harnisch. Coordinación Federal no olvidó tampoco registrar una finca de veraneo en las islas del Tigre, bautizada Restinga, ubicada en la isla Gatti (César Gatti), la cual había sido alquilada por Hellmuth como lugar de descanso. La comisión policial, liderada por José Lamboglia, no sospechó en ese momento de la cercanía de la finca Hingst, sobre el arroyo Caraguatá.

Inmediatamente después de que el gerente general de la Böker fuera detenido, el contador de la Red Bolívar y también ejecutivo de la misma compañía, Werner Koennecke, entró en pánico. El yerno del amigo de Perón, el millonario alemán Ludwig Freude,

temía correr la misma suerte que Harnisch. Los motivos que lo llevaban al desasosiego eran variados. En primer lugar era el «administrador financiero» de los fondos reservados del agregado militar de la Embajada alemana. Una posición totalmente clandestina, ya que, como hemos visto, concurría una vez por semana a la legación germana con el objetivo de asentar los movimientos contables de cada «cuenta responsable» del espionaje nazi. Había prestado su avioneta, aparentemente adquirida con fondos propios, para la concreción de los ya mencionados viajes de Aumann y Harnisch al Paraguay. Afortunadamente para Koennecke, el caso resonante del

momento, es decir el *affaire* Hellmuth, no era un tema de su incumbencia. Al menos, el conocimiento tardío de su suegro sobre el asunto parece demostrar su marginación.

Lo que probablemente más inquietaba al yerno de Freude era su profundo involucramiento en la compra de las chacras de Tandil y General Madariaga. Especialmente en la primera de ellas, la cual gracias a su testaferro y amigo, Domingo Paramidani, los nazis habían logrado adquirir. Como si fuera poco todo lo expuesto anteriormente, el detenido Harnisch y Werner Koennecke eran socios en una firma metalúrgica ubicada en el partido de Morón,



provincia de Buenos Aires. A estos talleres denominados Hempel, lugar donde los alemanes fabricaban unos misteriosos cajones herméticos a prueba de agua, nos referiremos en breve.

El día en que Harnisch fue detenido en las oficinas de Moreno, 437, un pálido Koennecke apenas pudo creer en su suerte. Al menos en aquella oportunidad ni siquiera fue interrogado por la comisión policial que puso tras las rejas al jefe del Abwehr. Sospechando que su suerte no sería eterna, el empresario germano-argentino, el mismo día de la detención de su socio, dejó su oficina de la Böker, pasó por su casa de la calle Virrey del Pino y se

dirigió como un rayo a la Embajada. Allí pidió por la presencia del teniente Martin Müller, el exayudante de Niebuhr, ante quien demandó de inmediato que Wolf Franczok, el jefe máximo de la Orga-T, compareciera lo antes posible.<sup>25</sup>

Koennecke sabía que, a pesar de la crisis, los radiotelégrafos de «Don Antonio» seguían tecleando alegremente con destino al Tercer Reich. Enviaban puntualmente los informes de inteligencia que el grupo del SD de Becker encriptaba. Su intención era la de silenciar a la Orga-T, al menos a las estaciones de Tandil y General Madariaga. Si esas chacras caían, no sería

muy difícil seguir el rastro hasta él.

Lamentablemente para el yerno de Freude, Müller no quiso revelar el paradero de Franczok. Probablemente ni siquiera lo conocía. En su lugar prometió pedir al ingeniero que cesaran las emisiones de las estancias en cuestión. Si por alguna razón se presentaba en la Embajada, claro está.

Los nervios de Koennecke llegaron al punto de mayor tensión el día en que el presidente Ramírez anunció por radio que las relaciones diplomáticas entre Argentina y Alemania llegaban a su fin. Ese mismo día, presa del pánico, escribió a su amigo Paramidani, quien se hallaba veraneando con su familia en

Mar del Plata. Koennecke pidió encarecidamente al empresario de la pólvora que viajara a Tandil, ciudad más cercana al balneario, e intentara persuadir al administrador de la chacra, Gerardo von Schutz, de la necesidad de desmontar el aparato de la Orga-T. Así lo hizo. El agente de «Don Antonio», probablemente alertado por este, dijo a Paramidani que ya no había aparato alguno en la estancia. Afirmación falsa, dicho sea de paso. Para colmo, Werner Lorenz, el radiotelegrafista destinado a General Madariaga, la estación más activa en ese momento, también se había negado a retirar su equipo ante el pedido realizado a través de Otilia

Harnisch, la esposa del detenido.

Luego de la ruptura de relaciones, el día 2 de febrero, la policía finalmente citó a declarar en calidad de testigo a Koennecke; también a otro empleado de la Böker, de nombre Alfonso Denicoló y de nacionalidad italiana. Como era de esperarse, el yerno de Freude negó toda vinculación con las redes clandestinas de los nazis. Reconoció apenas una relación estrictamente laboral con Harnisch y el haber conocido en alguna oportunidad a Hellmuth y Neilling. Denicoló era apenas un ignoto heraldo, un mensajero que trasportaba sobres entre la Böker y Hellmuth sin saber lo que hacía. Ninguno de los dos quedó detenido.

Mientras Koennecke declaraba que nada sabía de espías y transmisores secretos, sus compañeros de la Embajada apresuraban los preparativos para la partida. El agregado militar Wolff dejó sus asuntos y treinta y siete mil pesos en manos de su colaborador Hans Schlueter. La realidad era que, desde ese momento, el gran depositario de los «fondos reservados» pasaría a ser nada menos que Ludwig Freude, el gran nombre detrás del grupo de la Embajada. Un hecho que para Becker se tornaría, como mínimo, incómodo.



Los equipos radiotelegráficos existentes en la calle Giribone 778

Elementos secuestrados en Guerrico por Coordinación Federal. Diario *La Prensa*.

Gracias a un encuentro casi fortuito con el radiotelegrafista Lieberth, el intranquilo Koennecke pudo enviar un mensaje a «Don Antonio»; quería verlo con urgencia. La reunión se produjo a

comienzos de marzo. Ambos agentes se encontraron en la plaza Italia, frente a la Sociedad Rural Argentina. El ejecutivo de Böker recriminó amargamente al agente del SD por su negativa a desactivar las estaciones de la Orga-T ante el advenimiento de la ruptura. La realidad era que, a pesar de un compromiso efímero de Franczok, a este poco le importaba la exposición del empresario. A fin de cuentas, él, «Don Antonio», era un agente profesional. Al igual que Becker tenía una buena cobertura en las sombras, tras bambalinas. Lo realmente importante era seguir adelante con las operaciones. Aquella era la orden que emanaba del



RSHA, pero el jefe de la Orga-T no se molestó en aclarárselo a Koennecke, un espía aficionado.

Para ese momento acababan de ser apresados Hans Otto Schurer Stolle y el agente todo terreno Wilhelm «el Gordo» Seidlitz; las dos últimas detenciones importantes antes de que los argentinos pisaran el freno hasta el mes de agosto; momento en que se reiniciarían las investigaciones con renovado brío. Ninguno de los dos agentes aportó demasiada información a lo que Coordinación Federal ya sabía, al menos eso es lo que se desprende de sus declaraciones de comienzos de marzo.

Durante las precipitadas

detenciones de aquellos primeros días, luego de la ruptura de relaciones, quedaron en evidencia, casi sin querer, las actividades de un agente alemán al servicio del contraespionaje americano. Se trataba del ingeniero Ernesto Teodoro Guillermo Juan Müller, de cincuenta años, empleado de la casa Pesserl, quien por temas laborales concurría habitualmente a las oficinas de Böker. Harnisch, quien en un principio confió en Müller por el simple hecho de tratarse de un compatriota, pronto comenzó a sospechar justificadamente que el ingeniero pasaba informes a la Embajada estadounidense. Exactamente información sobre las compañías

germanas que operaban con la Böker. Dichas empresas no tardarían en ser incluidas en las «listas negras» confeccionadas por los norteamericanos. Harnisch hizo perseguir a Müller por un tiempo pero no pudo atraparlo. Sí logró que lo despidieran de su empleo. Un discreto ingeniero Müller declaró ante Coordinación el 4 de febrero y Harnisch tuvo que dar algunas explicaciones al respecto.

Mientras tanto, Harnisch había entregado una declaración escrita a sus captores. Relataba con lujo de detalles la verdad sobre el Asunto Hellmuth y el Caso Paraguay. Involucraba, de acuerdo a sus

posteriores afirmaciones, a todos los integrantes del Gobierno argentino que habían coqueteado con los nazis. Dicho documento, como puede imaginarse, no sobrevivió hasta nuestros días. Nunca fue adjuntado al extenso sumario donde sobreviven las declaraciones de los agentes alemanes. Ramírez y Galatto se encargaron de que así fuera. También se ocuparon de hacer llegar sus amenazas al detenido para que no osara nuevamente decir la verdad. La existencia del testimonio destruido y la descripción de las torturas a las cuales eran sometidos algunos agentes nazis por parte de la Policía Federal y los militares fueron relatadas a los estadounidenses en 1947

por el mismo Harnisch.

Una prueba fehaciente de los tratos recibidos por los primeros agentes germanos detenidos por Coordinación Federal podría ser el suicidio del agente Herbert Jurmann, producido a mediados de febrero. El diario *La Prensa* dio cuenta del hecho en su edición del 20 de febrero de 1944: «[...] En circunstancias en que era conducido por uno de los corredores, Jurmann corrió rápidamente hacia una de las balaustradas y se arrojó al vacío [...]». Qué aconteció realmente con el espía es una verdadera incógnita.

Casualmente, el mencionado Jurmann era el hombre puesto a cargo

de la quinta de nombre Guerrico; ubicada en Bella Vista, calle Giribone, 775, partido de San Miguel, provincia de Buenos Aires. En junio de 1943, «Don Antonio» había alquilado la propiedad a través del agente Carlos Illing, y materializó su idea de establecer estaciones más cercanas a la capital y de tipo «móvil». Los equipos portátiles podían ser desmontados fácilmente ante cualquier imprevisto.

El matrimonio Von Schutz fue la primera familia de «caseros» enviada por Franczok a Guerrico. Luego de reubicarlos en Tandil, fueron reemplazados por Herbert y Berthilde Jurmann. En febrero de 1944, ante la

noticia de la ruptura, el equipo allí instalado, operado por Ulrich Daue, el radiotelegrafista del *Tacoma*, fue desmontado a toda velocidad y trasladado a otra propiedad cercana; la quinta Mi Capricho, también en San Miguel. Allí operaba otro transmisor secreto, en este caso el comandado por Hans Lieberth, el experimentado radiotelegrafista que instaló el primer equipo en la isla de los Hingst. Según «Don Antonio», la quinta de Bella Vista, durante sus siete meses de servicio, fue una de las más activas emisoras de mensajes cifrados hacia Alemania. Un par de días luego de que fueran retirados el operador y el equipo instalado en el

gallinero, Coordinación Federal, seguramente utilizando los datos aportados por el ya detenido Schurer Stolle, irrumpió en Guerrico. Los Jurmann fueron apresados. Algunas de las fotografías de los accesorios de radiotelegrafía que allí se incautaron fueron publicadas en la prensa el día 20 de febrero. Había caído la primera estación de la Orga-T en Argentina, la única que sería hallada por la policía hasta el mes de agosto del mismo año.

Mi Capricho, por su parte, era una quinta ubicada en la calle Muñoz, 2050, de San Miguel. Había sido alquilada por el mismo Lieberth en octubre de 1943 y era el reemplazo de otra propiedad



menos adecuada ubicada en Ramos Mejía. Allí fue donde Daue y Franczok trasladaron justo a tiempo la mayor parte de los equipos evacuados de Bella Vista. Al mejor estilo del espionaje profesional, y valiéndose de la ayuda del albañil Frankenberger, los alemanes construyeron un sótano secreto debajo de la cocina de Mi Capricho. Allí instalaron todos sus equipos de radiotelegrafía. La húmeda catacumba de San Miguel siguió siendo operada por Daue y Lieberth hasta el mes de julio.

Los nazis abandonaron la casa de Ramos Mejía, calle 3 de febrero, 975, debido a que se hallaba frente a la

comisaría de la localidad.

La Orga-T de Franczok prácticamente salió indemne de las primeras detenciones. Apenas Guerrico y su casero se vieron afectados. El resto de las estaciones permanecieron bien camufladas. Sus radiotelegrafistas habían sido bien instruidos por «Don Antonio» sobre mantener la discreción y evitar el contacto entre sí. De todas maneras, la seguridad debió ser extremada luego de la ruptura. Las estancias o quintas ya no fueron utilizadas para veraneo o reuniones sociales del servicio secreto. Las estaciones fijas de Tandil y General Madariaga comenzaron a ser metódicamente reemplazadas por las

móviles, dotadas con equipos portátiles y más fáciles de desmontar.



Nazis y falangistas; detenidos y prófugos.

El «emporio de la radio», la fábrica de radiotelégrafos que la Orga-T había montado en plena ciudad de Buenos

Aires, comenzó a ser abandonado. Algunos de sus elementos técnicos fueron trasladados a la finca de Don Torcuato. Este último un sitio que comenzaría a operar, desde el mes de enero de 1944, como el nuevo cuartel general del grupo de Franczok.

# Capítulo XVII

## Las misteriosas cajas sumergibles

Durante el desasosegado mes de febrero de 1944, mientras se desarrollaban los trémulos acontecimientos que acabamos de narrar, la pista de los negocios de los

empresarios nazis llevaron a Coordinación Federal hasta la alejada localidad de Morón, en el oeste de la provincia de Buenos Aires.

En la calle Itapirú, apenas a unos cientos de metros de la base de la ex-VII Brigada Aérea, hoy aeropuerto de Morón y sede del Museo Nacional de Aeronáutica, se ubicaban los talleres metalúrgicos Hempel. Paredes desnudas, pequeñas ventanas de vidrio repartido y el clásico «tinglado» oxidado de las fábricas argentinas de antaño.

La pequeña compañía, de unos sesenta empleados, fue originalmente propiedad de un inmigrante alemán, cuya viuda, en el año 1942, vendió las

instalaciones a un grupo de compatriotas teutones. Desde ese momento la verdadera composición societaria de Hempel se torna una incógnita. Sus propios empleados calificados desconocían a ciencia cierta si el propietario de los talleres era la Böker, o, si en realidad, se trataba de una sociedad independiente perteneciente a Harnisch y Werner Koennecke. Absolutamente seguro es que ambos empresarios, especialmente el primero de ellos, poseían fuertes intereses económicos en la firma. Una tercera parte asociada, también de origen germano, eran los hermanos Friederich, de los cuales realmente poco se sabe. Tal

vez podría tratarse de testafierros colocados por el diestro empresario hamburgués, pero no es algo que pueda asegurarse sin temor al equívoco.

Luego de allanar la oficina de Böker en la calle Moreno, donde dieron con documentación probatoria de la designación de Harnisch como director de Hempel, Coordinación Federal envió al agente Alberto Olavarría a Itapirú, 824. El objetivo era determinar la posible relación de la firma metalúrgica con las actividades clandestinas que se investigaban.

Pasado el mediodía del 10 de febrero, Olavarría y sus agentes interrumpieron la vetusta tranquilidad



del alejado barrio bonaerense. Entre los atónitos empleados que operaban las bulliciosas máquinas de la Hempel pronto destacó como la voz cantante Hans, o Juan Lutz. Un robusto capataz alemán de cincuenta años, quien pronto se revelaría como un hombre de confianza de Harnisch. Aunque debemos reconocer que se hallaba lejos de ser un agente del servicio nazi.

Luego de cierta confusión inicial, Olavarría decidió invitar a Lutz y a otro joven operario de nombre Federico Edwald Ludwig, también alemán, de apenas diecisiete años, a comparecer en la oficina de Coordinación Federal. Tenía la intención de tomarles

declaración testimonial. Pasadas las 14:00 h del día siguiente, el primero de los empleados de Hempel fue recibido por el subcomisario Mariano V. Urribarri, quien se dispuso a tomarle declaración.

En este punto del relato debemos abrir un pequeño paréntesis para recordar un asunto significativo para el relato.

Durante la narración del Capítulo VI de este trabajo, el referido al contrabando de personas y materiales valiosos desde la República Argentina hacia el Tercer Reich, o viceversa, hemos aludido al salvoconducto especial que los nazis habían acordado con el

Gobierno democrático de Castillo. También describimos la manera en que dicho acuerdo secreto se vio afectado por el golpe de Estado, perpetrado en junio de 1943, y el subsiguiente cambio de autoridades en la Casa Rosada.

Mientras los agentes alemanes reacondicionaban los puentes hacia los nuevos mandatarios, uno de los submarinos de Dönitz navegó sosegadamente con proa hacia el estuario del Plata; tal vez más al sur. Tal como relatamos en dicho capítulo, basándonos exclusivamente en documentos oficiales de la Kriegsmarine, el *U-199* se internó en las costas argentinas mientras los alemanes acondicionaban un velero para

salir a su encuentro.<sup>26</sup> Aparentemente, y como podremos apreciar por las actividades que se llevaban adelante en los talleres Hempel, el velero de Wollkopf no fue el único recurso que los alemanes prepararon para ser utilizado en ese u otros «encuentros» realizados al amparo de las brumas marinas. Independientemente de que se hayan finalmente utilizado o no.

Una vez recordados los extraños movimientos en las costas argentinas de mediados de 1943, organizados, en apariencia, por los agentes alemanes locales, el lector podrá tener una mejor idea de la utilidad de los elementos especiales que los nazis mandaron

fabricar apresuradamente en los talleres Hempel. Casualmente, o no tanto, corría el mes de junio de 1943...

Gracias al *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, conocemos las declaraciones de Lutz, Gies y Ludwig ante Coordinación Federal (causa 793/45, cuerpo 4, febrero de 1944).

Hans Lutz era un mecánico alemán que había llegado a la Argentina en el año 1931. Luego de dedicar once largos años de su vida a la Compañía Argentina de Electricidad fue despedido por su simple condición de súbdito germano. La mencionada empresa era controlada por capitales estadounidenses. Al momento de ser

dejado sin empleo, Lutz trabajada en la usina de Villa María, Córdoba, donde fue presentado a Harnisch por un ingeniero de apellido Schonberger; empleado de la fábrica militar de pólvora y explosivos de la misma localidad. Luego de trabajar un tiempo en Buenos Aires para Böker, el mecánico fue enviado por su jefe a Hempel como su hombre de confianza dentro de la plantilla de operarios del taller recién adquirido.

Para Lutz, Hempel era de propiedad de Koennecke y Friederich, mientras que creía que Harnisch era el gerente o administrador de la empresa. Al menos fue instruido para declarar tal

cosa.

Lamentablemente, no está claro en qué circunstancias el subcomisario Urribarri comenzó a indagar a Lutz acerca de una serie de contenedores herméticos especiales. Las misteriosas cajas eran fabricadas en la Hempel, aparentemente, para el servicio secreto nazi liderado por el gerente de la compañía. Es una incógnita como aquel asunto llegó a los oídos de los oficiales. Lo cierto es que a partir de ese momento las preguntas de los interrogadores de Coordinación Federal comenzaron a girar casi exclusivamente en torno a ese misterioso asunto. No sólo las dirigidas a Lutz, aquella misma tarde, sino

también las interpelaciones hechas en los días siguientes a otros miembros del plantel de la pequeña empresa metalúrgica.

Un pasmado Lutz, quien en un principio pareció lucir algo desmemoriado, comenzó casi como por reflejo a desligar a su jefe, Harnisch, de todo el tema de las cajas herméticas. De todas maneras, al mecánico alemán no le quedó otra opción que la de admitir la misteriosa manufactura. Reconoció que aproximadamente en el mes de junio de 1943 se habían fabricado una serie de cajas herméticas especiales. Según dijo, no más de siete u ocho. La mitad de ellas estaban diseñadas para ser



sumergidas. Gracias al exótico diseño, no había posibilidad de que el agua penetrara dentro de ellas. Un cierre del tipo mariposa y la utilización de un caucho especialmente colocado en las juntas evitaban cualquier tipo de filtraciones.

Los cubos estancos estaban recubiertos con minio. Debido a ello, se puede deducir que se trataba de contenedores que iban a estar en contacto con aguas de alto poder corrosivo, una de las cualidades más conocidas del agua marina. El minio no es otra cosa que tetróxido de plomo, un material altamente efectivo para retrasar la corrosión en elementos metálicos.

Gran parte de los contenedores estaban contruidos de zinc, un metal largamente conocido por sus excepcionales cualidades resistentes a la oxidación.

Una y otra vez, Lutz se preocupó por dejar en claro que la orden de fabricación de las cajas herméticas emanó directamente de la oficina técnica de Hempel. Según el mecánico, Harnisch nada tuvo que ver en el particular. Una aseveración que pronto sería refutada por un joven ávido de traer a la luz todo lo que el capataz parecía enviar hacia las tinieblas.

Antes de retirarse de la oficina de Coordinación Federal, Urribarri le

exhibió a Lutz varias fotografías de agentes nazis sin mencionar sus nombres. Prófugos y detenidos aparecían en las imágenes. El mecánico alemán pudo identificar a los agentes Amorín y Neilling como personas que en varias ocasiones acompañaron a Harnisch a la empresa metalúrgica de Morón. Especialmente la presencia de Esteban Jesús Amorín en el lugar donde se fabricaban contenedores impermeables resulta por demás sugestiva. Recordemos que el agente falangista del SD era en parte responsable del contrabando de personas y materiales a bordo de barcos españoles.

Al día siguiente, 12 de febrero, llegó el turno de responder preguntas para el bisoño alemán Federico Edwald Ludwig. A diferencia de Lutz, aquel joven aprendiz no tenía pruritos a la hora de declarar. El muchacho, de apenas diecisiete años, no era un hombre del círculo de Harnisch. Al contrario. Él y su familia trabajaban y residían en Hempel desde antes de que el taller fuera adquirido por los empresarios nazis. Alois Ludwig era el portero del establecimiento, mientras que su madre, Cecilia Selzer, era la cocinera.

La llegada de la camada de empleados adictos a Harnisch puede que alterara en algo el ánimo del joven

Ludwig. Para el momento de declarar ante Uribarri había renunciado a su trabajo, producto justamente de un altercado con el áspero capataz Lutz. No es de extrañarse, entonces, la facilidad con la que el muchacho comenzó a hablar aquella mañana. Su renuncia se produjo el día antes de la ruptura de relaciones entre Argentina y las potencias del Eje.

Para comenzar, se despachó con que, de acuerdo a lo que se comentaba en los talleres, Harnisch era el verdadero mandamás tras bastidores. El dueño encubierto de Hempel detrás de la fachada de la sociedad Koennecke-Friederich. Tal vez, el más importante y

extenso aporte del joven alemán se produjo cuando fue preguntado sobre el asunto de los misteriosos contenedores a prueba de agua. Harnisch, recordó Ludwig, había dado verbalmente las órdenes al mecánico Jacobo Gies para construir al menos dieciocho contenedores metálicos con las características ya mencionadas por Lutz. El joven aprendiz recordaba muy bien los detalles, pues él había asistido a Gies en dicha labor, la cual les insumió tres o cuatro días. Recordó perfectamente cómo Lutz había traído el plano de los cubos, al pie del cual podía leerse claramente la leyenda «cliente Harnisch».

Ludwig fue claro sobre quién retiró de Itapirú, 824, los contenedores una vez concluido el trabajo. El muchacho y el mismo mecánico Gies cargaron todas las cajas metálicas en el automóvil de Harnisch, quien solo y en día sábado por la tarde, tratando de evitar miradas curiosas, se apersonó en Morón para retirar el peculiar encargo.

Cuando los agentes de Coordinación preguntaron al joven si el plano podría recuperarse, resultó que era una empresa perdida. Gies, tal vez siguiendo instrucciones de sus superiores, arrojó el plano a la fragua. Se trataba de no dejar rastros. Ludwig recordó también que cuando preguntó

al capataz Lutz sobre cuál era el extraño motivo que impulsaba al jefe a solicitar tal desusado pedido, fue inmediatamente reprimido para que obviara las preguntas. No era asunto suyo, le dijeron.

Urribarri quería llegar al fondo del asunto de los contenedores. Olfateaba algo extraño. Se preguntaba si los nazis querían ocultar documentos secretos bajo agua; o si en realidad se trataba de otra cosa, un poco más elaborada.

Ludwig no dudó tampoco al declarar que, en los talleres Hempel, Harnisch estaba construyendo cuatro ametralladoras pesadas por encargo de la Dirección de Material Aeronáutico del



Ejército argentino. Toda una revelación de los contactos que poseía aquel empresario germano-argentino.

Mientras el joven teutón seguía departiendo sin tapujos, y ponía en evidencia que Hans Lutz ocultaba en su casa de la calle Belgrano a un mecánico prófugo del *Graf Spee* de nombre Bergner, quien además había comenzado a trabajar de tornero en el taller, Urribarri mandó a buscar nuevamente al olvidadizo Lutz. Pretendía clarear algunos puntos oscuros. El capataz se mantuvo en sus dichos, apenas se limitó a confirmar la intervención de Gies, a quien al parecer en un primer momento quiso

resguardar. Nada le fue preguntado sobre el marino prófugo del *Spee*.

Recién tres días después, el 18 de febrero, los argentinos enviaron al agente Eduardo Bravo a buscar a Jacobo Gies. Según se creía, era el responsable directo de la manufactura de los contenedores de zinc. Al igual que Lutz, Gies iba a declarar lo mínimo indispensable y a regañadientes. También era un hombre colocado por Harnisch en Hempel. Jacobo Gies, de cincuenta y un años, era yugoslavo y había ingresado a los talleres metalúrgicos, al igual que su hijo, con el patrocinio de su nuevo dueño.



Nº 23.

Nombre: **BERGNER**, Pablo.

Cédula de internación Nº 647.

Provincia: Turingia.

Pueblo: Eisenberg.

Nacido el: Enero 6 de 1920.



*Referencia:* Detenido por la Prefectura General Marítima, que se encontró prófugo de la isla Martín García y del cual se ignora aún el destino que se le ha fijado.

Marinero del *Spee* prófugo, oculto en la casa de Hans Lutz. Fugado de su internación en Tucumán. Luego detenido en Martín García por mala conducta o intento de fuga, de donde se volvió a evadir. Aparece en 1944 trabajando de tornero en la Hempel de Harnisch. Fuente y fotografía CEIAA, Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

Casi como relatando una lección bien aprendida, el mecánico despegó a Harnisch de todo el asunto. Indicó que no recordaba mucho del episodio

acontecido unos cuantos meses atrás. Indagado sobre la tarde de sábado en que Harnisch retiró en su auto las cajas herméticas, fingió amnesia. Sobre la destrucción de los planos alegó la intención de «no archivar papeles innecesariamente». Una preocupación fuera de lo habitual para un mecánico.

Justo cuando el subcomisario Urribarri arremetía con fuerza para llegar al fondo del asunto de los contenedores herméticos, la oficina de Coordinación Federal fue descabezada. Los duros combates internos dentro de la camarilla de militares gobernantes se habían recrudecido producto de la ruptura de relaciones con el Eje. Tal

como hemos narrado en los capítulos anteriores, el día 24 de febrero el presidente Ramírez dimitió y asumió el poder la dupla Farrell-Perón. El mayor Filippi, uno de los diez fundadores del GOU, el yerno del ahora expresidente, debió renunciar a la jefatura de Coordinación Federal. Fue reemplazado por el mayor Óscar Contal, quien desde el 26 de febrero se hizo cargo personalmente de las investigaciones. Raudamente comenzó a formarse un nuevo equipo de trabajo.

Tiempo después, Contal orientó la investigación a la persecución de los líderes prófugos del espionaje nazi. Lejos del asunto Hempel, sobre el cual apenas

interrogó a Harnisch durante una declaración ampliatoria en el mes de abril. El jefe de espionaje detenido declaró que nada sabía del asunto, lo que parece haber bastado para Contal.

La presencia indiscutible de al menos dieciocho contenedores herméticos de zinc a prueba de agua, contruidos por una red de agentes nazis que contrabandeara materiales valiosos entre Argentina y el Reich alemán, resulta un asunto por demás significativo. No se puede dejar de concluir que dichas cajas especiales fueron utilizadas para proteger elementos sensibles de la acción del agua marina; tal vez desembarcados

clandestinamente por los alemanes en las costas argentinas. Probablemente fueron utilizados una fría noche del mes de julio de ese mismo año, cuando provistos de botes de goma, agentes germanos descargaron gran cantidad de drogas, divisas y materiales técnicos en las desoladas playas de Punta Mogotes.

No debe descartarse su utilización en desembarcos anteriores o posteriores, de los cuales lamentablemente no se tienen las mismas confirmaciones irrefutables que existen sobre el realizado en Mar del Plata. Por lo tanto, afirmar su utilización para estibar tales elementos no puede ser un acto respaldado por una certeza absoluta.

Un sumergible o un velero espía, estacionado a cierta distancia de la costa bonaerense, hubieran necesitado indefectiblemente de algunos brazos jóvenes que pudieran remar un buen rato entre la inmóvil nave y la costa. Aquel que se ha internado en el mar argentino puede atestiguar sobre sus embravecidas olas someras. Aquellas que suelen dar un buen baño a los tripulantes de pequeñas embarcaciones de recreo. Aun en días de vientos calmos, el oleaje rompiente suele ser violento, arremolinado y espumante.

Inicialmente, debe dejarse de lado la idea de que dichas cajas fueran confeccionadas simplemente para ser



enterradas en algunas de las quintas del servicio germano, y que contenían algún material que se quisiera mantener a resguardo. Coordinación Federal allanó varias propiedades del grupo de espionaje. En algunos casos se hallaron elementos enterrados, los cuales se encontraban contenidos simplemente en pequeños recipientes de aluminio o en cajas de madera.<sup>27</sup>

# Capítulo XVIII

## La tregua

Los meses de enero y febrero de 1944 habían sido tiempos difíciles para el servicio de espionaje nazi. Más de cuarenta agentes alemanes fueron detenidos o demorados durante ese corto lapso de tiempo en Argentina.

Mientras duró la pequeña ofensiva de Filippi, patrocinada por el presidente saliente Ramírez, Johannes Siegfried Becker y Wolf Franczok, los jefes del servicio secreto de información y técnico respectivamente, debieron extremar las medidas de seguridad. A tal punto debieron resguardarse que durante aquellos complicados meses la comunicación entre ambos agentes del SD fue prácticamente inexistente.

Tanto Becker como Franczok trataron de llevar al extremo las disposiciones tendentes a resguardar las estructuras que lideraban. La primera acción de «Don Pepe» ante la pérdida de su mano derecha, Hermeyer, ya en ese

momento tras las rejas, fue la designación de un reemplazo. El elegido fue el rumano Gustav Seraphin, su traductor, poco conocido en el grupo del SD, lo cual le daba una buena cobertura.

Becker volvió a mudarse. En este caso contó con la ayuda de la señora Margarita de Wilkening, vieja amiga de Hermeyer y secretaria de un gerente del Banco Germánico. Por intermedio de Seraphin, Becker se puso en contacto con la mencionada mujer, quien alquiló un departamento en la calle Tucumán, 672. Sólo Wilkening y Seraphin conocían la nueva morada segura de «Sargo».

Astuto como siempre, el jefe del SD no quería dejar cabos sueltos que llevaran a la policía hasta él. Recordó que el *Rita García*, el mismo buque español en el cual había viajado, estaba por retornar a la Argentina. En tales circunstancias, era muy probable que algunos de sus tripulantes, ajenos a la nueva apremiante situación de los espías nazis, intentaran hallarlo en su vieja casa de la calle Posadas. Becker sabía que Coordinación vigilaba el lugar, por lo tanto, si alguno de los oficiales mercantes españoles iba a visitar a su viejo amigo quedaría detenido.

La carta de alerta que el jefe del SD envió al tripulante José Luis Díaz de

Meir no fue suficiente. Una fotografía de los muchachos del *Rita García* junto a los espías nazis cayó en manos de Coordinación en uno de los allanamientos. Cuando el vapor amarró en Rosario, Díaz de Meir y un par de compañeros fueron inmediatamente detenidos.

Becker quería retomar el contacto con Franczok de alguna manera; en caso contrario no podría enviar a Alemania sus informes radiados. Las emisiones estaban momentáneamente muy reducidas. Recordó que durante los últimos días que había pasado con «Don Antonio» en la quinta de San Miguel, este había fijado una futura fecha y hora

de encuentro con Lieberth, en la estación ferroviaria de Hurlingham. Hacia allí despachó a Seraphin, quien no tardó en dar con el jefe de la Orga-T. El contacto se reanudó, al menos tímidamente y a través de «buzones», uno de los cuales era el mismo Seraphin.

No caben dudas de que el volumen de mensajes de «inteligencia» confeccionados por el grupo de Becker disminuyó bastante en aquel momento. En parte se debía a las detenciones sufridas y, por otro lado, al cierre del servicio de noticias de la embajada. Hasta el momento de la ruptura la legación alemana era la encargada de enviar las noticias ordinarias con destino

al Reich. Cambios en el gabinete, o cualquier otra noticia de dominio público, eran enviadas por ese medio hacia Alemania. Los espías del SD se dedicaban a asuntos más complejos, elaborados y clandestinos. A partir de la ruptura, y con el consiguiente cierre de la Embajada, el trabajo de recopilar noticias ordinarias también cayó bajo la órbita de Becker. Indefectiblemente se tuvieron que destinar recursos y espacio dentro de los informes para las novedades de dominio público. Franczok, a pesar de que la Orga-T había salido casi indemne de las primeras detenciones, también comenzó a tomar recaudos.



Hemos mencionado ya que «Don Antonio» hacía un tiempo se había volcado preferiblemente por las estaciones móviles. Quintas no muy alejadas de la capital y fáciles de desmontar ante cualquier inconveniente. Además de profundizar en aquella estrategia, dada la nueva actitud de los argentinos hacia el servicio germano, decidió formar grupos totalmente independientes entre sí. De forma que uno no pusiera en evidencia al otro en caso de ser desbaratado. Szeraws, su mano derecha, quedó a cargo del grupo de enlace, el cifrado y la designación de las tareas de transmisión. Por otro lado, Daue pasó a ser el encargado principal

de ejecutar las transmisiones, contando con el apoyo operativo de Lorenz y Lieberth principalmente. El taller de la calle Donado, 1511, fue definitivamente cerrado y sus elementos repartidos entre otras estaciones y Don Torcuato.

Durante aquellas complicadas semanas, «Don Antonio» se movió entre las quintas de San Miguel, La Pilarica», sita en Pilar, ruta ocho, kilómetro cuarenta y siete, y lo que comenzaría a ser desde ese momento su cuartel general en Don Torcuato, la quinta Del Campo, calle Ituzaingo, sin número, entre Burgos y Balbastro.

Otra de las medidas tomadas por «Don Antonio» para proteger a su grupo

fue la de deshacerse de ciertos elementos poco profesionales. Tal era el caso, por ejemplo, de Willi Reichelt.

A comienzos del mes de marzo se produjo el reencuentro entre ambos jefes del SD. Ninguno de los dos espías, profesionales avezados, quiso revelar su nuevo escondite. No se trataba de desconfianza entre ambos, sino que temían que el otro cayera preso. Se reunieron en casa de Szeraws. Franczok expuso a Becker su temor a los detectores «movibles» que los argentinos podrían estar desplegando para localizar la fuente de las transmisiones. También pidió al jefe del servicio que intentara reducir al mínimo la extensión de los

mensajes cifrados que sus hombres debían enviar al otro lado del Atlántico. De esa manera podrían achicar el tiempo de emisión.

La situación del agente falangista Juan Prieto no era de lo más promisorio por aquellos agitados días. Ante la aparición en la prensa de su fotografía y la orden de captura emitida por la Policía Federal, debió dejar a su familia sola y sin dinero. Becker pronto intentó poner fin a la delicada situación. Sin embargo, la respuesta que halló para solucionar los problemas de la familia Prieto traería algunas consecuencias.

Becker no podía concurrir personalmente a casa del agente para

llevar el dinero. Obviamente, sería detenida en el acto cualquier persona que lo intentara. El elegido fue una persona que Prieto había presentado a Becker un año atrás, amigo de la familia, cuya presencia no despertaría sospechas. Al menos inicialmente. El cura español Alfredo Fernández, falangista de vieja guardia, residente en la iglesia de San Miguel sita en la intersección de Suipacha y Bartolomé Mitre, en pleno centro porteño, aceptó conscientemente prestar servicios a los espías nazis. Sobre el padre Fernández y su ayuda a las organizaciones de espionaje alemanas deberemos volver indefectiblemente más adelante.

Más o menos a principio de marzo se presentó a los alemanes la posibilidad de mejorar su cobertura en la clandestinidad. Filippi y su mesa directiva de Coordinación acababan de ser despedidos, pero aún no estaba claro si se continuaría con la persecución de los agentes del Tercer Reich. Nuevamente, un oficial de la Policía Federal iba a aportar documentación fraguada para dar soporte a las redes nazis. En este caso se trataba del oficial principal Pedro Andrada, residente en la calle Acha, en la sureña Lanús, no muy lejos de los talleres del actual Ferrocarril Roca. Era un contacto de Prieto. Ofreció lo que para él era un negocio

muy lucrativo: una docena de cédulas de identidad en blanco a cambio de dos mil pesos. Becker aceptó la propuesta y mandó a preguntar a Franczok, siempre a través de Seraphin, cuántos documentos de identidad necesitaba para el grupo técnico. Los principales agentes de ambos grupos, Lieberth, Szeraws, Seraphin, Prieto, Daue, etc., recibieron las preciadas cédulas de Andrada.

De todas maneras, el jefe del SD no quedó demasiado conforme con el dinero invertido. Los documentos presentaban un formato novedoso, recién entrado en vigencia, mientras que llevaban las firmas de los funcionarios

del coronel Enrique Ramírez, los cuales ya habían sido cesados de sus cargos. Para Becker, cualquier persona conocedora del asunto en profundidad se daría cuenta del truco. Parece ser que en cierto modo, Andrada engañó a los alemanes. No parece casual que el mismo oficial fuera la persona de confianza del coronel Brinkmann dentro de la Policía. Además, según declaró Lasserre Mármol el 15 de marzo de 1945 (declaración recogida en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*), Andrada era un ferviente nacionalista, al cual no era extraño ver en actos políticos de esa tendencia.<sup>28</sup>

La situación financiera del grupo de



Becker había comenzado a ser un tanto ajustada ya desde finales de 1943. El dinero con el cual el jefe del SD había llegado a la Argentina y el refuerzo entregado por la Embajada a través de Strehmel se había agotado.

Para enero de 1944, durante el comienzo de las redadas de Filippi, Becker había comenzado a enviar mensajes desesperados a sus superiores del RSHA en Alemania. El reclamo era claro, le hacían falta fondos. Los alemanes respondieron a su agente llevando tranquilidad. La organización de Himmler seguía teniendo a la Argentina dentro de su plan de acción estratégico. Un agente del SD, un relevo,

sería enviado a través de una nave germana. Se le informó de que el espía desembarcaría clandestinamente en las costas Argentinas, para lo que se utilizaría, probablemente, un sumergible. Además de formar una nueva rama de espionaje, totalmente independiente a la de Becker, cuya identidad había sido difundida por la prensa, el relevo llevaría fondos frescos para todos. Tal como veremos en breve, la promesa de la RSHA fue cumplida casi completamente.

Cuando la ruptura de relaciones diplomáticas y el obvio cierre de la Embajada alemana parecieron profundizar la necesidad de dinero del

SD, resultó que en realidad una buena cantidad de fondos, tal vez redistribuidos desde otras cuentas ya inactivas, fue destinada a Becker.

El Abwehr envió instrucciones precisas al general Wolf para que entregara la nada despreciable suma de ciento cuarenta mil pesos a los agentes de Himmler. Dicha suma de dinero debía ser suficiente para pagar el sueldo a todos los agentes y abonar los alquileres de los departamentos y las estaciones de la Orga-T hasta la llegada del relevo. Becker entregó desde ese momento los tres mil mensuales que la Orga-T necesitaba para mantener a sus agentes. Franczok no había recibido

dinero extra luego de los cien mil entregados por «Sargo», varios meses atrás. También estaba corto de efectivo. Strehmel, el hombre de confianza de Becker ante los funcionarios de la Embajada, fue el encargado de retirar el dinero. El jefe del SD seguía siendo una verdadera sombra para propios y extraños.

Becker tampoco se olvidó de los agentes caídos en desgracia. «Don Pepe» se preocupó casi desde el comienzo por el bienestar de los detenidos por la ofensiva Filippi. Pero hacerles llegar ayuda sin ponerse en evidencia era un asunto complicado. La respuesta a este dilema fue la esposa del mismo

Strehmel, quien casualmente era miembro de la Cruz Roja alemana. Una buena cobertura para visitar a los espías detenidos sin levantar sospechas. La astucia de Becker era tal que tomó el recaudo de no entrar en contacto personal con la esposa de su agente, quien probablemente iba a ser seguida por Coordinación Federal. En lugar de ello envió a Seraphin a ver al librero Roberto Fandrich, largamente frecuentado por alemanes y nacionalistas. Este último actuó como el mensajero entre la señora Strehmel y el servicio alemán. A través de aquel salvoconducto, Becker hizo llegar a los detenidos alimentos, ropa, material

didáctico y cigarrillos.

La situación se tornó un tanto confusa la semana final de febrero y las primeras de marzo. Mientras Coordinación Federal reorganizaba su nueva cúpula, y la dupla Farrell-Perón sentaba las bases de su poder, no quedaba demasiado claro si se profundizaría o no la cacería de agentes nazis. La última detención de cierta importancia, y también la más extraña, había sido, a fines de febrero, la de Esteban Jesús Amorín. En realidad, el falangista se había entregado por una recomendación del coronel Brinkmann hecha a través de Lasserre Mármol. Amorín se presentó acompañado del

ayudante del coronel argentino, teniente Igarzábal, en las oficinas de Coordinación Federal. Se le habían dado ciertas garantías de que sería una detención breve y que se liberaría a su novia. Este último, el asunto que más le preocupaba al español. Sin embargo, las cosas no le salieron tal cual lo esperado.

La nueva cúpula de Coordinación Federal fue encabezada por el ya mencionado mayor Óscar Contal, un hombre de la inteligencia militar. Contal había pasado dos años como jefe de Estado Mayor del Servicio secreto del Ejército y como subdirector de la Escuela de Informaciones. En otras palabras, era un espía de profesión. Dos

capitanes del Ejército, procedentes de la misma escuela, lo acompañaron a su nuevo destino. Ellos eran Abel Rodríguez y Jorge Osinde. A diferencia de Contal, quien desde un comienzo se mostró objetivo, profesional y dispuesto a meter preso a cualquier agente nazi que anduviera dando vueltas, los capitanes, poco a poco, fueron haciéndose cada vez más funcionales a intereses poderosos de turno.

El subcomisario Fernando B. Amarante era el representante de la Policía Federal en la cúpula de Coordinación. Muy cercano a Contal y, por lo tanto, no muy adepto a Rodríguez y Osinde.<sup>29</sup> Aquellos cinco



hombres, bajo la jefatura de Contal, eran los nuevos encargados, desde fines de febrero de 1944, de desbaratar a los servicios de espionaje de las potencias extranjeras en el territorio argentino. Dos «bandos», tal vez una simple manera de denominarlos, estaban definidos. Contal y Amarante por un lado. Rodríguez y Osinde, los conspicuos al poder de turno, por el otro.

Funcionarios ascendentes tenían especial interés en reclutar adeptos dentro de Coordinación Federal. Sin embargo, tal como puede apreciarse en los documentos sobrevivientes, Osinde y Rodríguez no siempre triunfaron ante

el valiente Contal en su misión de borrar los rastros de un futuro presidente argentino. Al menos, en algunos casos no llegaron a tiempo.

Para el 15 de marzo de 1944, la orden de poner un freno al vigoroso accionar de Coordinación Federal había sido dada. Tal vez por el mismo coronel Perón en persona. Por el momento, Contal quedaba atado de manos. Durante algunos meses debería conformarse con interrogar a los alemanes ya detenidos, estudiar los expedientes dejados por Galatto y Filippi y poner tras las rejas a cuanto espía aliado osara asomar su cabeza bajo la luna de las Pampas.

Para la segunda semana de marzo, la «tregua» iba a quedar finalmente definida. Unos días después de la salida del presidente Ramírez, Lasserre Mármol fue a buscar novedades a la oficina del coronel Brinkmann. De repente, parecía estar revitalizado por el cambio de jefes:

Lo halló en su despacho del Comando, en una actitud de entusiasta exaltación y al darle al dicente [Lasserre] su opinión, le manifestó que, de parte de las autoridades depuestas, se había producido una verdadera traición a los ideales de la revolución y que nos habían querido entregar atados de pies y manos a los Estados Unidos; y agregó que felizmente ese intento había sido contenido a tiempo y que, si bien la ruptura de relaciones no

podría dejarse sin efecto, virtualmente se retomaría el hilo de la política anterior a esta.

El periodista nacionalista, entre atónito y eufórico, alcanzó a esbozar su sorpresa ante tal cambio de planes favorable a la causa alemana. Apenas una semana antes, los agentes germanos habían visto paralizadas sus actividades casi totalmente ante la ofensiva de Coordinación Federal. «Todo ello – aseguró Brinkmann– obedecía a razones de alta política y sutilezas de buen gobierno».

Uno pocos días después, Seraphin, por orden de Becker, llamó telefónicamente a Lasserre. El jefe quería

saber a ciencia cierta qué iban a hacer los impredecibles argentinos.

Siempre a comienzos de marzo, una noche oscura, alrededor de las 22:00 h, el jefe del SD se presentó personalmente en el departamento del periodista. El asunto era demasiado sensible como para enviar a Seraphin. Lasserre se había mudado recientemente a un cómodo apartamento en J. E. Uriburu, 1067, dicho sea de paso, alquilado con fondos del espionaje nazi. Durante dos largas horas «Sargo» escuchó música para sus oídos. La tregua era un hecho. Las nuevas autoridades habían puesto final al frenesí persecutorio de agentes nazis. De

hecho, Lasserre Mármol declara: «Becker manifestó que los militares argentinos y especialmente el GOU habían demostrado, con la actitud asumida frente a la ruptura, que la línea de conducta trazada de antemano, y en mérito de la cual él, Becker, estaba en la Argentina, no podía ser quebrada por quienes la quisieran traicionar».

El 18 de marzo Becker dio la buena nueva al RSHA. La ruptura era obra exclusiva de Ramírez y sus acólitos, informó a sus superiores. Algo que no era exactamente la verdad, tal como hemos visto al momento de relatar los hechos acontecidos en enero. Perón informaba, a través de Brinkmann, de

que incluso los oficiales depuestos habían estado sabotando sus planes de un bloque sudamericano unido en la neutralidad.

Los entusiasmados alemanes comenzaron a frotarse las manos ante la posibilidad de que el coronel Brinkmann, cercano a Perón, pudiera hacerse con el control total de la Policía Federal ante la posible designación del coronel Velazco como ministro del Interior. Un rumor que se había echado a correr con fuerza.

Por supuesto los agentes ya detenidos no serían liberados. Debían guardarse las apariencias ante las potencias aliadas, las cuales luego de la

ruptura de relaciones habían calmado algo sus ánimos. Al menos por un tiempo.<sup>30</sup>



# Capítulo XIX

La llegada de

«Cobija» y «Valiente»

Sábado 1 de julio de 1944. Noche cerrada, lluviosa, oscura, poco propicia para recorrer las pintorescas calles cercanas al famoso casino. El mal clima

había retenido en sus hogares a los habituales concurrentes de los clásicos «cafés» marplatenses. Un sábado poco recomendable para abandonar la cálida comodidad del mullido sillón familiar. A pesar del frío y la lluvia, para el grupo de alemanes que conversaba con voz quieta y gesto adusto en una esquina del viejo bar de la calle Belgrano, aquel era un clima ideal. Para ellos, no se trataba de un día de playa, al menos no de una clásica excursión vacacional.

El joven del fino bigote negro y cara redondeada pidió la cuenta al mozo y puso al grupo en marcha. De pie, mientras todos los hombres se colocaban sus gruesos abrigos, quedó en

claro que ese mismo extranjero de tez pálida y engominado cabello oscuro era quien lideraba al resto de aquellos extraños personajes. Durante más de una hora habían bebido café y coñac mientras apenas intercambiaban algunas tímidas palabras en alemán. Los cuatro hombres caminaron cavilosos entre las mesas en dirección a la calle. Dejaron tras de sí el viejo café, para siempre.

El frío verdaderamente se hacía sentir, calaba profundo en los huesos, tal como gustaba decir a los argentinos, pensó el joven que cerraba el grupo mientras la garúa humedecía su ropa. El termómetro apenas superaba los cero grados centígrados. Por lo tanto, a

cualquier alemán del Báltico podría no haberle parecido gran cosa, meditó el marino Sievers, acostumbrado a las bravas ventiscas del Mar del Norte. Pero aquel amañado frío, cargado de la humedad y el viento de la corriente de las Malvinas, no pasaba desapercibido incluso para el avezado oficial mercante.

Recorrieron los escasos cien metros que los separaban del Ford 1938 de color verde, chapa de la capital federal 45142. El mismo que había depositado a la cuadrilla sin contratiempos apenas unas cuantas horas luego de dejar la capital.

Wolf Franczok, alias «Don Antonio», Gustav Utzinger, Federico

Parker o simplemente «Luna» para los presentes, jefe de la famosa Orga-T, se sentó una vez más al volante de su Ford. Gran confianza había despertado en el experimentado espía su nuevo vehículo. Si bien no era un automóvil sin estrenar, tenía muy poco uso. Adquirido recientemente a través de uno de sus agentes testaferro, Anna Assmann de Sommermeyer, quien lo había retirado por orden expresa suya de la agencia Quintás y Pistone, calle Cabildo, 1201, en Buenos Aires. El «forcito» verde se había comportado como un caballero. Sin embargo, aún le aguardaba la parte más ardua del trayecto. No se trataba de largas distancias por recorrer, sino de

algo de arena bajo sus cauchos...

Tomaron dirección hacia al sur. Al menos viraron hacia la derecha una vez que alcanzaron la hermosa costanera marplatense. Lugar único en el mundo. El largo, sinuoso y oscuro camino los condujo, para ser más exactos, en una dirección sur suroeste.

La lluvia persistía. No pasó mucho tiempo hasta que rebasaron el puerto de Mar del Plata. Vaya casualidad, la casa de los «tarantinos», aquellos sumergibles que la Armada argentina había adquirido unos pocos años atrás a los italianos, antes del estallido de la guerra.

En un abrir y cerrar de ojos, el Ford verde de «Don Antonio» alcanzó la

saliente costera llamada Punta Mogotes. El faro que allí se ubica parecía parpadear. Su intensa luz luchaba incansablemente por traspasar la bruma marina y la llovizna. Su imponente presencia dio aviso a los alemanes de que sólo restaban dos kilómetros para el lugar prefijado.

El camino viró hacia la derecha siguiendo la línea de la costa. Justo como el agente enviado unos días antes lo había indicado, la distancia entre la carretera y el mar comenzó a reducirse abruptamente. Al cabo de unos pocos minutos llegaron a un paraje llamado Playa Serena. En plena década del cuarenta y en una noche cerrada y

lluviosa, se trataba de un lugar absolutamente desolado, yermo, desierto; pero a su vez, no muy alejado de la ciudad balnearia. De acuerdo a Pablo Javier Junco, historiador marplatense, los viejos planos de la ciudad de Mar del Plata mostraban el final de la zona urbana justo antes de llegar al faro mencionado.

Franzok fue el primero en bajar del automóvil. Su sombrero, empapado por los chubascos incesantes, amagó con volar de su cabeza, presa de una ráfaga de viento. Luego de reducir al máximo posible la presión de aire de los finos neumáticos, con el fin de evitar un posible atascamiento en la arena, «Don



Antonio» condujo lentamente el Ford por la bajada arenosa. Llegó lo más cerca que pudo de la línea del agua. La arena compactada por la humedad y lluvia le fue de gran ayuda.

El reloj había pasado ya las 22:00 h. Los tres acompañantes de Franczok, inquietos, se decidieron a hundir por un rato sus pies en la fría arena marplatense. Eran sus instantes finales en Argentina, incluso sus últimos momentos en tierra firme por las próximas largas semanas.

Aún quedaba un buen rato para alcanzar la hora veintitrés. El momento pactado con una nave espía que, no muy lejos de allí, navegando silenciosa en la oscuridad del mar argentino, se

aprestaba a desembarcar su preciada carga de manera subrepticia.

El último de los alemanes en dejar el amplio asiento del Ford era a su vez el más pensativo, cabizbajo y melancólico. Heinz Lange, aquel agente del SD que hemos mencionado ya en varias oportunidades, quien había sido enviado por Becker a Chile como el representante del servicio de información nazi, había retornado a Buenos Aires apenas un par de meses antes. Su jefe rápidamente le había advertido de que su larga misión en Sudamérica estaba acabada. Figuraba en cada lista que los representantes aliados pasaban al bando argentino, incluso

desde tiempos bastante lejanos. Sus trepidantes andanzas en los canales del Tigre, facilitadoras de los fantásticos escapes de los hombres del *Spee*, eran largamente conocidas. Becker ya no lo consideraba como una pieza fundamental y no le dio opción. Uno de los tres lugares disponibles para retornar a Alemania era para Lange.

El viejo agente del SD se hallaba sumamente preocupado por el viaje de retorno y las no muy buenas condiciones que debería soportar. Se vería privado de todo tipo de comodidades básicas durante interminables semanas. Los minutos pasaban lentamente. Seguía hundido en

profundas cavilaciones.

Otro de los viajeros que dejó clandestinamente la Argentina durante aquella fría noche de invierno fue Jürgen Sievers, subordinado directo de Franczok y experimentado operador de la Orga-T. Sievers, al contrario de Lange, estaba de buen humor. Realmente deseaba volver a su patria. Su empleo en la Orga-T no era otra cosa que un medio de vida en la clandestinidad. Escapaba incansablemente desde hacía un par de años; primero Brasil, luego Argentina. Ya no deseaba esa deslucida vida.

«Santos» Sievers, treinta y tres años, no era radiotelegrafista de profesión. Se

trataba de un oficial de la Marina Mercante alemana, segundo al mando del enorme vapor germano *Widhuk*, el cual se hallaba bloqueado en el puerto de Santos desde el comienzo de la guerra.<sup>31</sup> Justamente, desde el sureño puerto brasileño se había fugado después de la ruptura del Eje con ese país sudamericano. No hace falta, entonces, imaginarse el motivo por el cual sus compañeros del servicio apodaron «Santos» a Sievers.

El trío de viajeros espías que los alemanes enviaban de regreso a la lejana patria era completado por otro operador de la Orga-T, Felipe Imhoff. Al igual que Sievers, Imhoff era un hombre

próximo a Franczok, de su círculo cercano de colaboradores. En los últimos meses se había dedicado especialmente a operar una estación de escucha y recepción de mensajes cifrados provenientes de Alemania. Casualmente a fines de mayo había sido el aparato operado por aquel agente el que había recibido una notificación del RSHA en forma de mensaje cifrado. Se daba cuenta de la llegada inminente de una nave tripulada por agentes del Abwehr y el SD. Imhoff había entregado a «Don Antonio» las instrucciones llegadas desde Alemania y, una vez descifrado el mensaje, no ocultó a su jefe las ganas de abandonar Argentina a

bordo de la nave espía. Tal vez eligió el momento más propicio para evadirse del país austral.

Las instrucciones recibidas por la Orga-T a través del aparato de Imhoff incluían el detalle de banda, horarios exactos y un código especial de llamada; elementos con los cuales sus operadores podrían enlazar con el radio-operador de la nave del Abwehr a finales del mes de junio.

El encuentro radial se produjo sin contratiempos tres días antes de la noche lluviosa del desembarco, momento en el que Imhoff emitió las coordenadas, el horario, un código de toque de linternas y la existencia de tres pasajeros en viaje

de retorno hacia Europa. Por su parte, el comandante de la furtiva embarcación contestó con sus propias exigencias, las cuales citaremos en breve.

Cuando apenas faltaban unos pocos minutos para la hora establecida, el inconfundible ruido de un automóvil tomando el desvío hacia la playa sobresaltó a los espías nazis. Al menos, a tres de los cuatro hombres que aguardaban bajo la bruma, la oscuridad y cierta incertidumbre.

Franczok se apresuró a tranquilizar al grupo. Como era su costumbre, no había dado indicios a sus acompañantes de que aquella noche había más agentes involucrados en la operación. En



realidad se trataba de dos automóviles. Llegaban justo a tiempo a la escena del desembarco secreto. Del primer vehículo, ante la curiosa mirada de los agentes alemanes, descendió una menuda mujer. Sólo Franczok la conocía. Era Lina Maurer, la hija del estanciero de Las Heras, Santa Cruz, reclutada por la Orga-T tiempo atrás. En el amplio baúl de su Plymouth transportaba los trescientos kilogramos de café que los cansados marinos del Abwehr, quienes llevaban largas semanas navegando, habían solicitado a Imhoff por radio tres días antes.



Jürgen «Santos» Sievers partió rumbo a Europa a bordo del velero *Santa Bárbara*. Oficial del *Widhuk* internado en el puerto de Santos, Brasil. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Del segundo automóvil, el cual con su carga completaba las provisiones destinadas a los mencionados marinos,

bajó otro agente del equipo de «Don Antonio». El excasero de la estación de Tandil, Werner Sommermeyer. Transportaba una gran cantidad de comestibles envasados y un rollo de veintidós metros de tela azul. Los marinos pensaban confeccionar ellos mismos nuevos trajes de fajina para reemplazar los raídos uniformes con que habían zarpado desde Europa semanas atrás.

No es una casualidad que toda la operación se montara por la Orga-T. Becker, más allá de impartir las instrucciones para que Lange ocupara una de las plazas en el viaje de retorno, no deseaba formar parte del

desembarco. Incluso no quiso saber el lugar ni la fecha de la operación. Su grupo del SD, el de los informantes, más expuesto por la prensa desde el mes de febrero, permaneció ajeno con la simple excepción del emigrante.

Exactamente a las 23:00 h, Franczok tomó una potente linterna y realizó tres toques, encendido y apagado, en dirección a la oscuridad infinita del océano. Apenas unos segundos después, la respuesta. Cinco destellos a intervalos regulares evidenciaron la puntual presencia de la nave alemana, presta a depositar su valiosa carga en las playas argentinas. La mentada precisión teutona también había concurrido a la

cita aquella noche.



Joseph Schröll, alias «Valiente» y Waldemar Boettger alias «Cobija». Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

No era un sumergible alemán la nave que emitía luces desde algunas millas mar adentro. Al menos no en aquella oportunidad. El joven pero experimentado *Leutnant zur See*

Heinrich Garbers, veterano tripulante de naves espías del Abwehr y agente de dicha organización, era el osado comandante del velero espía *Santa Bárbara*. Una nave de treinta toneladas requisada por los alemanes en la Francia ocupada. No se trataba del primer viaje de Garbers ni de su velero, cuyo nombre original era *Passim*, hacia las lejanas aguas sudamericanas.<sup>32</sup>

Habían dejado el puerto de Argachón, en el norte francés, casi dos meses antes. Habían cumplido el largo derrotero sin contratiempos importantes.

Veinte minutos después del último destello de luz emitido desde la cubierta

del *Santa Bárbara*, una balsa de goma de las utilizadas por la Kriegsmarine tocó finalmente tierra argentina.

Acompañado de un par de tripulantes, a bordo de ese primer bote llegó «Valiente». Aquel era el nombre en clave que el SD había dado al luxemburgués Joseph Schröll, quien se iba a desempeñar a las órdenes de Siegfried Becker. El jefe del servicio secreto no necesitaba nuevos agentes, pero sí de la novedosa tecnología que «Valiente» aportaría a la organización.

Su misterioso equipaje fue desembarcado dentro de compartimientos herméticos. Aquellos contenedores, según recordaron sus

estibadores, no eran de madera, sino metálicos. Podemos agregar que dichas cajas guardaban una sugestiva similitud con los contenedores herméticos de zinc contruidos por Harnisch en los talleres Hempel, a los cuales ya nos hemos referido. Con toda seguridad, se trataba de un modelo utilizado por los alemanes para desembarcar material sensible en costas poco calmas y climas tempestuosos.

Schröll había llevado una vida normal al menos hasta mediados de 1943. Se dedicaba fundamentalmente a la atención de una pequeña zapatería que poseía en su país natal junto a su esposa.



Aproximadamente en el mes de julio de ese año, producto de cuantiosas pérdidas, un gran número de luxemburgueses fueron incorporados a la Wehrmacht. Schröll fue asignado a una oficina del Abwehr en París, un destino para nada despreciable y al cual pudo acceder gracias a su dominio de los idiomas francés, alemán e inglés; lenguas que perfeccionó durante un breve curso tomado en la ciudad de Weimar, Alemania.

Después de que Becker informara a la RSHA de las detenciones producidas en enero de 1944 y de la falta de fondos de los grupos de espionaje en Argentina, Schröll fue llamado a la capital del Reich

con la intención de ser enviado a Sudamérica. En sus posteriores declaraciones ante las autoridades argentinas, el agente luxemburgués intentaría despegarse de su pasado en el SD. Trató de pasar en todo momento como agente del Abwehr.

Si bien Schröll dijo en un principio haber sido citado a Berlín por una tal mayor Schweback, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, años más tarde, interrogado en Alemania, reconoció que en el mes de enero, Kurt Gross, jefe del espionaje político del SD para Sudamérica, lo reclutó para la organización de Himmler. Su destino era la Argentina y su medio de

transporte, según le informaron en ese momento, sería uno de los sumergible de Dönitz.

Schröll fue adiestrado durante los meses siguientes en todo tipo de cuestiones técnicas ligadas a la fotografía ordinaria y la microfotografía. Una de sus principales funciones en el país sudamericano sería la de montar un moderno laboratorio fotográfico destinado a prestar servicios especiales a la Orga-T y el SD en general. El agente luxemburgués fue detalladamente entrenado en la utilización de las nuevas cámaras de microfotografía. Modernas máquinas equipadas con tecnología de *mikropunkte*, más conocidas como Mipu

o Mipu-s por su abreviación. Aquellas maravillas de la tecnología germana eran capaces de reducir un documento al tamaño de un punto de una «i». Gracias a ello, el servicio secreto en Argentina se vería gratamente beneficiado por una reducción en el volumen de los informes secretos enviados.

Las cámaras espías, al parecer dos, aunque no se puede comprobar más que a través de los dichos del agente, no fueron el único elemento especial que Schröll desembarcó en Playa Serena aquella noche. También en Berlín fue adiestrado en el uso de una tinta invisible, al mejor estilo del espionaje de Hollywood. Dicho compuesto era

utilizado para escribir normalmente un mensaje secreto de importancia. Luego, el texto se podía transferir a otra hoja en blanco a través del ejercicio de presión durante unos minutos. La segunda hoja, a la vista en blanco, contenía el mensaje oculto, el cual era sólo revelado cuando se esparcía un líquido a base de soda cáustica sobre el papel. Además, en caso de que alguien vertiera otro tipo de compuesto que no fuera el correcto, el mensaje, en lugar de revelarse, se destruía completamente. Aquel invento, se le dijo a «Valiente», era un secreto de Estado.

Uno de los primeros pequeños contenedores que desembarcaron

aquella noche los nazis llevaba un gran frasco lleno de la tinta invisible de Schröll. Una cámara Contax y otra Leica IIIc (n.º de serie 387,461), además de varios equipos alemanes de fotografía, completaban el equipaje del agente luxemburgués.

A diferencia de las Mipu, sobre las cuales se han tejido historias de todo tipo, a la máquina Contax, y especialmente a la Leica, pudo seguirseles el rastro, tal como veremos más adelante.

A fines del mes de marzo de 1944, el SD sacó a Schröll de Alemania conduciéndolo por tren hasta el norte de Francia. Allí permaneció algunos días

junto al que sería su compañero de viaje, y a quien conoció en esa misma oportunidad.

La fría noche marplatense del 1 de julio, apenas pisó tierra firme, mojado y algo asustado, Schröll atinó a preguntar en claro alemán por «Luna», tal como le habían indicado sus superiores del RSHA. Franczok dijo ser la persona buscada y pronto condujo al recién llegado hasta su automóvil, le dio ropas secas y cargó en el baúl el equipaje del agente.

«Soy Alphonse Chatrain, en el siguiente bote viene “Carlitos”», esbozó apenas el humedecido Schröll. Aquella era su identidad de espía y «Carlitos» era

uno de los tantos apodos de «Cobija», el siguiente agente que se aprestaba a desembarcar.

Cuando el primer bote de goma había partido, ya en viaje de retorno, con los dos marinos del velero y parte de las provisiones a bordo, alcanzó la costa argentina el segundo agente enviado por el SD a Sudamérica. La balsa lucía aún más abarrotada que la primera. Un joven alemán saltó al agua cuando era evidente que se presentaban serias dificultades para sortear la revoltosa rompiente marina.

Waldemar Boettger, germano de treinta y cuatro años de edad, técnico electricista y especialista en



radiotelegrafía, se presentó a «Don Antonio» apenas como «Cobija». Esas eran sus instrucciones.

A diferencia de Schröll, Boettger debía formar su propia rama de espionaje independiente de las existentes. De las viejas cuadrillas obtendría recursos, pero debía dar la menor cantidad de información posible. Indicación que no siempre cumplió al pie de la letra durante su corta carrera en Argentina.

Boettger y Schröll se habían conocido momentos antes de abordar el velero que los llevaría al otro lado del mundo. Poco sabían el uno del otro. Sin embargo, Boettger, también llamado

Walter Burkhardt y quien además portaba un pasaporte español a nombre de Pascual Rodríguez, casi de inmediato luego de abordar la nave comenzó a vanagloriarse de estar siendo enviado a la Argentina como el nuevo jefe del servicio secreto; o al menos de su rama técnica. Schröll-Chatrain, por el contrario, se reveló como un tipo algo más reservado, cauteloso.

Tiempo antes de los hechos narrados, a fines de marzo de 1944, Waldemar Boettger se hallaba trabajando en España desde hacía varios años. Allí se desempeñaba como representante ingeniero de los laboratorios dependientes de la

Dirección de Correos del Reich. Además de estar capacitado desde el punto de vista técnico, «Cobija» calificaba para el trabajo en Argentina por ser un perfecto hispanoparlante; a tal punto que pasaba perfectamente como español nativo. Tal era la urgencia del SD que lo enviaron por avión a Berlín durante ese mismo mes de marzo.

Varios cajones o contenedores herméticos acompañaban a «Cobija». Como buen técnico, traía consigo varios equipos de radiotelegrafía. No sólo emisores o receptores de onda corta; también desembarcó acumuladores, una máquina cifradora eléctrica, válvulas

Wehrmatch y todo tipo de accesorios recogidos en una detallada lista citada en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*. Según recordó Wolf Franczok meses más tarde, los botes del *Santa Bárbara* continuaron viajando, ida y vuelta, hasta Playa Serena al menos hasta las tres de la madrugada. Ya entrado el 2 de julio.

Los siguientes elementos en la lista de importaciones clandestinas que los nazis desembarcaron aquella noche estaban destinados a ser su fuente de financiación durante meses. Al menos eso era lo que estaba en sus planes.

El acceso a las divisas era un asunto como mínimo muy complejo para los alemanes. Por lo tanto, enviar junto a los

agentes nazis algún elemento de alto valor en el mercado sudamericano era un excelente sustituto del dinero en efectivo. Y si además aquel elemento o producto ocupaba poco espacio y podía ser acomodado en los pequeños compartimientos estancos, mucho mejor.

A la luz de lo que vamos a narrar a continuación podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los servicios de espionaje dependientes del Tercer Reich contrabandearon, seguramente siendo pioneros, drogas de alto valor monetario destinadas a ser comercializadas en el mercado local con el fin de obtener fondos para su

funcionamiento.



Heinz Lange, agente del SD, antes de partir a bordo del velero *Santa Bárbara*. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Al menos ocho tipos de drogas diferentes fueron desembarcadas la noche entre el 1 y el 2 de julio de 1944 bajo una fría y persistente llovizna en las

playas bonaerenses. Con toda seguridad, se trataba de las siguientes: Naganol, utilizado habitualmente en tratamientos de cadera; Phanadorm, un poderoso hipnótico, consumido por el mismo Adolf Hitler dentro del cóctel de drogas al que era sometido por el siniestro doctor Morell; Doryl, también conocido por Carbachol, una droga oftalmológica utilizada para el tratamiento de glaucomas; Digitalina, un glúcido cardíaco extraído de la planta conocida como *foxglove*; Papaverina, un antiespasmódico alcaloide del opio; Atropina, alcaloide tropano extraído de la belladona; Escopolamina, otro alcaloide tropano; y Arecolina, alcaloide

que se encuentra en la nuez de areca. La lista completa puede ser consultada en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 3, foja 546.

Todas estas poderosas drogas, desembarcadas en muy buenas cantidades dentro de contenedores herméticos, tenían la condición de ser prácticamente inexistentes en la Argentina de 1944. Por lo tanto, su valor comercial ascendía a varios miles de dólares que servirían para financiar las actividades del servicio alemán durante largos meses. Becker sabía que si intentaban venderlas inmediatamente y en cantidades elevadas, levantarían rápidamente las sospechas sobre su



origen. Por ese motivo, decidió inicialmente esconder los productos químicos. De todas maneras, también llegaba bastante dinero a bordo del velero espía.

La secretaria del ya mencionado Kurt Gross, uno de los organizadores de todo este asunto en Alemania, de nombre Edvigia Weyglmayr, recordó durante sus interrogatorios como empacó grandes fajos de dinero, libras esterlinas, las cuales fueron entregadas por el mismo Gross a Schröll antes de embarcar en la nave de Garbers. Aquellas libras, las cuales como relataremos más adelante desencadenaron un ingente escándalo en

la oficina de Coordinación Federal, eran falsas, pero de una calidad casi inigualable. Treinta contenedores impermeables fueron utilizados para resguardar las divisas.<sup>33</sup>

Gracias a las declaraciones de Waldemar Boettger y de Alphonse Chatrain ante Coordinación Federal, sabemos que además del dinero falso, cada agente desembarcado portaba la suma de doce mil dólares americanos legítimos, que entregaron a Becker días más tarde de su llegada para que fueran puestos a resguardo. También eran reales los cinco mil pesos locales que portaba Boettger o «Cobija».

Mucho antes de que la operación

terminara, alrededor de la una de la madrugada, Werner Sommermeyer, con «Cobija» en el asiento del acompañante y el baúl repleto de elementos técnicos, parte de las drogas y billetes falsos, dejó Playa Serena. Condujo directamente hacia Buenos Aires. Llegaron varias horas más tarde a La Pilarica, la quinta de la Orga-T situada en la ruta ocho, kilómetro cuarenta y siete, no muy lejos de la capital. Allí escondieron por unos días a Boettger y parte de los elementos desembarcados aquella noche.

Franczok permaneció en la playa cercana al faro hasta que la operación fue exitosamente completada y sus agentes, Imhoff, Sievers y Lange, embarcados

con destino a Europa. Semanas después desembarcarían en España.

Recién dos horas después de que el automóvil de Sommermeyer dejara Punta Mogotes, los otros dos vehículos hicieron lo propio. Su destino fue la quinta Del Campo, en Don Torcuato, donde escondieron por un tiempo a Schröll y la otra parte del botín.

Puede variar, de acuerdo a la declaración de que se trate, si «Valiente» se iba a hallar bajo la dirección de Becker o Franczok. Becker menciona que él iba a ser su jefe, mientras que Szeraws, la persona más cercana al nuevo agente, declaró que «Don Antonio» sería su superior inmediato.



Drogas y elementos de fotografía, Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Pocos días después, notificado por Franczok del éxito de la operación, el jefe del SD local, Siegfried Becker, se dirigió a Don Torcuato para conocer a «Valiente», su nuevo agente. Allí mismo Schröll informó al capitán de las SS de la novedosa tecnología de microfotografía

que le permitiría reducir el volumen de los informes secretos enviados a Alemania. Becker le pidió que se mantuviera preparado, pronto se dispondría el lugar para montar el laboratorio necesario. Además establecieron que debía alejarse de la estructura de la Orga-T y quedar en contacto únicamente con Szeraws. Recordemos que este último era el segundo de Franczok en dicha organización.

Schröll pronto dejó la quinta Del Campo para ser reubicado en La Pilarica. Allí permaneció sólo doce días junto al matrimonio Von Schutz y a los Sommermeyer. Luego de ese período de

tiempo, Szeraws lo condujo al lugar de su residencia definitiva; calle Pasteur, 1367, en Vicente López. Justamente en ese lugar había estado alquilando una habitación el lugarteniente de Franczok, pero la había dejado unas semanas atrás. En su lugar llevó a Schröll a quien presentó a la dueña de casa, Elsa Catalina Hese, viuda de Wichmann. Dijo falazmente que se trataba de Pit van Straten, un holandés recién llegado a la Argentina. La señora Wichmann y su hija Ingeborg, en una decisión que más tarde lamentarían, acogieron felizmente a su nuevo inquilino.

«Valiente» y parte de los elementos desembarcados en Punta Mogotes,

algunas drogas y las libras falsas, entre otros elementos, fueron escondidos en casa de la señora Wichmann sin que esta fuera puesta sobre aviso, al menos en un principio.



Nº 56.

**VISSER, Bernardo Teodoro.**

Cédula de internación número 523.

Provincia: Renania.

Pueblo: Duisburgo.

Nacido el: Agosto 10/1919.

*Referencia:* Detenido en el Departamento de Policía de la Capital, a espera de que el Ministerio del Interior resuelva acerca del lugar donde debe continuar su internación.

Bernard Visser. En su poder se halló algunas de las drogas contrabandeadas por los nazis en julio de 1944. Archivo CEIAA.

Para fines del mes de julio, Scröll se hallaba trabajando arduamente en el montaje del avanzado laboratorio de



microfotografía. Sin embargo, el lugar elegido no fue la casa de la viuda alemana. Un austríaco amigo de Szeraws, ex empleado de la Thyssen, de nombre Walter Raimundo María Schwaiger, fue el encargado de albergar dicho laboratorio en su propia casa, alquilada a tales efectos por el servicio nazi. En una habitación en los fondos de la propiedad de Caseros, 2559, en la localidad de Olivos, «Valiente» comenzó a montar las instalaciones. Logró llevar allí los elementos técnicos y las cámaras traídas clandestinamente desde Alemania.

Luego de pasar no más de tres días en La Pilarica y habiendo conocido a

Becker, Waldemar Boettger fue enviado a Don Torcuato. «Cobija» era un técnico radiotelegrafista y por similitud de intereses Franczok quiso tenerlo cerca. Al menos por un tiempo. Después de varias semanas, en las que Boettger apenas colaboró en la reparación de algunos aparatos de la Orga-T, «Don Antonio» dio luz verde para que desarrollara la misión para la cual había sido enviado: armar su propio grupo técnico.

El jefe de la Orga-T asignó a Werner Sommermeyer para que desde fines de julio se dedicara a colaborar exclusivamente con Boettger, relevándolo de las funciones que lo

ligaban a su propia camarilla. Sommermeyer alquiló dos departamentos a su nombre, uno sobre la avenida 9 de Julio y el otro sobre la calle Arribeños, los cuales serían utilizados como punto de partida para la nueva rama del servicio a cargo de «Cobija».

Para ese mismo momento, fines del mes de julio de 1944, las cosas parecían haberse encausado nuevamente para los agentes nazis. A tal punto que hasta habían logrado completar un desembarco a gran escala sin ser descubiertos. Sin embargo, la tranquilidad de la cual gozaban desde las últimas detenciones producidas en el

mes de marzo estaba por llegar a su epílogo.<sup>34</sup>

## Capítulo XX

# Ataque diplomático desde Washington

El ánimo de las relaciones entre Argentina y los Estados Unidos estaba en creciente exacerbación desde 1942. Ese año, durante la Conferencia de Río

de Janeiro, realizada luego de la agresión japonesa, la reticencia argentina (y chilena) a seguir la corriente satelista de ruptura del resto de las naciones americanas había endurecido la posición de Washington hacia Buenos Aires. Corrían aún los tiempos democráticos de Castillo, los últimos de la década infame.

Una vez derribado el Gobierno constitucional, uno de los dos grandes líderes de la revolución del 4 de junio, el general Rawson, aliadófilo, efímero presidente, no tuvo las fuerzas necesarias para imponer su doctrina rupturista. El Gobierno castrense de Ramírez, cimentado en la pujanza del GOU y la

gravitación del ministro Farrell, mantuvo inquebrantable su posición neutralista durante meses; incluso la endureció. La ruptura de relaciones entre Argentina y el Eje, a la cual ya nos hemos referido, llegaría recién dos años más tarde ocasionada por los hechos ya narrados.

Hemos mencionado en el Capítulo XVIII que la salida del general Ramírez de la Casa Rosada, y su reemplazo por la dupla Farrell-Perón, había representado un indetenible avance para la facción de gobernantes militares que en un principio se había mostrado más reacia a romper con el Tercer Reich. Al menos, se habían mostrado inflexibles antes del

## Caso Hellmuth.

Tal como hemos narrado, Ramírez anunció el 26 de enero la interrupción de relaciones con Alemania por los motivos ya expuestos. Apenas logró que su Gobierno sobreviviera algunas semanas luego de ello. Para fines de febrero cedía la presidencia al general Farrell, quien a su vez designaba a Perón ministro interino de Guerra. Los nuevos mandatarios, si bien no revirtieron la medida de ruptura con Alemania, casi nada hicieron por llevarla a la práctica.

Los diplomáticos alemanes ni siquiera habían abandonado el país luego de transcurridos varios meses. La efímera persecución de elementos de



espionaje nazis pertenecientes a los grupos de Becker y Franczok había dejado de existir casi al unísono con la dimisión de Ramírez. Apenas se había sacrificado a Harnisch entre los agentes de importancia; sus actividades a favor del Eje habían sido tan notorias que tornaban imposible liberarlo, al menos por el momento.

El hecho de que en realidad Ramírez había sido «derrocado» por elementos de la camarilla gobernante, resistentes a las presiones externas que llevaron a romper con Alemania no pasó desapercibido para el Departamento de Estado de Roosevelt ni para su aguerrido secretario, Cordell Hull. Este

último, casi desde ese mismo momento, se agazapó en las sombras a la espera del momento justo para acertar un golpe a quien él creía era la única nación americana que «había renunciado a la causa aliada».

Mientras la dupla de Farrell y Perón se hacía con el poder, los Estados Unidos se limitaron a dilatar indefinidamente el reconocimiento formal de dicho Gobierno de facto. No obstante mantuvieron a su embajador, Norman Armour, en Buenos Aires. La Casa Blanca era consciente de algunos de los motivos que habían impulsado la salida de Ramírez, no reconocía a Farrell y mantenía a su representante

diplomático a la espera de señales positivas emanadas de los nuevos hombres fuertes criollos. Señales que nunca llegaron.

Tal vez, el momento que Hull esperaba para enviar su furibundo ataque diplomático contra Buenos Aires llegó recién el 10 de junio de 1944. Aquella mañana, el ministro de Guerra, el coronel Perón, ofreció una disertación sobre «el significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar», llevada a cabo en el salón de fiesta del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. Perón había sido invitado por el presidente de la institución, el doctor Ricardo Labougle, con motivo de la

inauguración de la cátedra de Defensa Nacional. Además de este se hallaban presentes personalidades de gran importancia: el ministro de Relaciones Exteriores, el general Orlando Peluffo; del Interior, el general Luis César Perlinger; de Justicia, el doctor Alberto Baldrich, y de Hacienda, el doctor César Ameghino, entre otros.

La extensa presentación y los conceptos vertidos por el coronel aquella mañana, algunos de ellos probablemente mal interpretados o sacados de contexto por los norteamericanos, dieron origen a una crisis diplomática de las más severas que debió enfrentar la Argentina en el siglo

Irrefutablemente algunas de las declaraciones del ministro de Guerra y futuro presidente de Argentina se hicieron en un momento poco oportuno.

Perón habló aquella mañana más como un militar de carrera que como un gobernante. Las «belicosas» declaraciones del coronel que más irritaron a los norteamericanos, y las cuales fatigaron su paciencia, fueron las vertidas en relación a la supuesta «preparación» para la guerra que debía perseguir una nación: «La guerra es un fenómeno social inevitable y eso lo demuestra el fracaso de la Liga de

Naciones», dijo Perón, para luego agregar que «la paz era un espejismo» y que la actual conflagración ya «golpeaba nuestras puertas». En aparente tono de amenaza, no dudó en espetar que «para que no hubiera nuevas guerras, Estados Unidos debía demostrar que no pretendería establecer en el mundo un imperialismo odioso que obligue a la rebelión de los oprimidos».

Las declaraciones más alarmantes, de acuerdo a la subjetiva interpretación estadounidense, llegaron cuando Perón comenzó a hablar de cómo las naciones, en este caso la Argentina, debían prepararse para un enfrentamiento armado: «Si se quiere la paz, el mejor

medio para conservarla es prepararse para la guerra», creía en ese momento un más joven y radical ministro. Tal vez en lo que fue confundido con una aspiración de expansionismo, seguidamente dijo: «Sólo aspiramos a nuestro natural engrandecimiento, mediante la explotación de nuestras riquezas [...]».

Particularmente inquietante pareció al secretario de Estado americano la singular definición de Perón sobre el equilibrio entre la diplomacia y las Fuerzas Armadas. O dicho de otra manera, el uso de la fuerza para obtener objetivos políticos. Más allá de que el párrafo blandido por el coronel pueda

haber sido sacado de contexto o mal interpretado, aquel estentóreo pasaje de la disertación fue al menos desafortunado. Perón colocó como ejemplo de la excelsa combinación de diplomacia y fuerza militar nada menos que a la Alemania nazi. Tal vez, dicho sea de paso, este último fue el régimen que más incumplió sus acuerdos internacionales preexistentes, antes y durante la Segunda Guerra Mundial. «Si la diplomacia no puede lograr el objetivo político fijado, entonces es la encargada de preparar las mejores condiciones para lograrlo por la fuerza», espetó el ministro, colocando como ejemplo nada más y nada menos que la



crisis polaco-germana que desembocó en el enfrentamiento de un mundo entero. Destacó especialmente la supuesta habilidad de los germanos para pactar con Stalin previamente. En lo sucesivo Perón siguió poniendo como ejemplo a la diplomacia de Ribbentrop y Hitler, ya sea en relación a la anexión de Austria, Checoslovaquia u otros ejemplos similares: «La conducción política y la diplomacia con habilidad y astucia han facilitado grandemente la tarea de la conducción militar, una semana después [en referencia al pacto de no agresión celebrado entre Alemania y la URSS], las Fuerzas Armadas entraron en combate bajo condiciones

óptimas».

El remate de la estudiada alocución no fue menos belicoso para la óptica del norte: «Nuestra diplomacia [...] cuenta con argumentos para esgrimir el poder de nuestras Fuerzas Armadas, el cual debe ser aumentado en concordancia con su importancia para asegurar el respeto y la consideración que merece en el concierto internacional». Esas mismas Fuerzas Armadas, según Perón, debían ser tan grandes como la riqueza del país lo permitiera.

La parte final del largo discurso versó sobre la importancia de movilizar la industria y a toda la población en un esfuerzo por preparar a una nación para

una contienda armada. El discurso completo de Perón puede consultarse en la edición del diario *La Prensa*, del 11 de junio de 1944. Su posterior defensa ante los ataques norteamericanos fue publicada por el mismo periódico el 4 de julio del mismo año.

A partir de ese momento los estadounidenses, en especial Cordell Hull, decidieron actuar con severidad. No sólo impelidos por el contenido del discurso de Perón, sino también por la rebeldía que la Argentina mostraba, según su propia visión, a alinearse totalmente bajo la causa aliada. El renovado desinterés que mostraban los argentinos por combatir a los espías

nazis era parte trascendental del descontento de Washington.

Lo que más deseaban los mandatarios de facto argentinos era el reconocimiento formal de su Gobierno por parte de los Estados Unidos. En la misma situación se hallaba el Gobierno militar del mayor Villarroel en Bolivia. Después de los hechos narrados, y como un primer paso en su áspera estrategia de aislamiento hacia la Argentina, los estadounidenses decidieron marcar la diferencia entre ambas naciones. La boliviana y la argentina.

Hasta ese momento sólo Buenos Aires había reconocido al Gobierno de Villarroel. El 22 de junio, los Estados

Unidos nombraron a Edward McLaughlin como encargado de negocios en La Paz. Reemplazaba a Pierre Boal, llamado a consulta por Washington debido al cambio de mandatarios varios meses antes. Al día siguiente, todas las naciones americanas perfectamente alineadas detrás de Washington y junto al Reino Unido reconocieron en masa a Villarroel. Apenas Uruguay pospuso la decisión por unos días.

Un despacho de la UP llegado desde el norte fechado el mismo día 23 daba cuenta de las razones del Departamento de Estado para acercarse definitivamente a La Paz; entre ellas se

esgrimían: «numerosos actos decisivos que afirman el apoyo que brinda a la seguridad del hemisferio y a la causa de las naciones aliadas». Se destacaba también la eliminación de elementos nacionalistas entre los gobernantes, la expropiación de firmas pertenecientes al Eje y la eliminación de las redes de espionaje nazis.

La estrategia de aislamiento hacia Argentina había comenzado. El siguiente paso del Departamento de Estado de Cordell Hull fue el de publicar en idioma inglés varios pasajes de la controvertida disertación de Juan D. Perón del 10 de junio. La misma que hemos citado. Los habilidosos

funcionarios hacían especial hincapié en aquellos pasajes que eran funcionales a presentar a una Argentina aislacionista, belicosa, expansionista y admiradora de las políticas diplomáticas del Eje. Como si fuera poco, alentados desde los Estados Unidos, la gran mayoría de los embajadores destacados en Buenos Aires comenzaron a ser retirados por los principales gobiernos latinoamericanos. A regañadientes de Churchill, y de la Foreign Office, también se sumó al éxodo el representante del Reino Unido.

De repente eran llamados a consulta los embajadores Armour, sir David Kelly y numerosos representantes de varios países americanos.

Hubo un leal intento de interceder a favor de la Argentina por parte del Gobierno de Chile. Este accedió a presentar dos memorandos ante los norteamericanos en los cuales el Gobierno de Farrell recopilaba inocentemente las supuestas acciones positivas a favor de la causa aliada.

En aquel punto de los acontecimientos los argentinos realmente parecieron preocuparse. En primer lugar, concertaron a fines de junio el dilatado canje de diplomáticos con las naciones del Eje. El 6 y el 12 de julio, los vapores *Cabo de Buena Esperanza* y *Río Jachal*, respectivamente, enviaron de regreso a Europa a los



funcionarios de Alemania, Bulgaria y Rumania.

El día 3 de julio, un preocupado Perón recibió a la crema de la prensa nacional en una oficina de la Subsecretaría de Informaciones, Prensa y Propaganda. Quería ofrecer las aclaraciones pertinentes sobre la disertación del día 10 del mes anterior en La Plata. Tal vez, lo que declaró el ministro de Guerra y secretario de Trabajo esa mañana impulsó a Hull a redoblar la apuesta. Perón tildó a la publicación de la Secretaría de Estado sobre su discurso de «capciosa e interesada». Acusó a los americanos de «mutilar» sus declaraciones y de colocar

«agregados» a su larga disertación. Una grave denuncia.

Los estadounidenses comenzaron a principios de julio un período de varias semanas de silencio. Lejos de olvidar el asunto, aguardaban el arribo a Washington del embajador en Buenos Aires, el cual se produjo el 4 de julio. Los aguerridos funcionarios de Roosevelt no sólo se propusieron nombrar a Armour director de Asuntos Latinoamericanos de la Secretaría de Estado, sino que su asesoramiento fue fundamental para los pasos siguientes. Entre la siguiente estratagema se preveía ventilar la inacción despreocupada del Gobierno argentino para con el accionar

de las ingentes redes de espionaje nazis impávidamente arraigadas en el país sudamericano.

El hecho de que Hull y Armour se reunieran el mismo día de la llegada del embajador nos da la pauta de la importancia que tenía en esos momentos el Caso Argentina. Incluso Anthony Eden, ministro de Relaciones Exteriores británico, fue interpelado esa misma semana en el Parlamento sobre la posición argentina. Eden adujo hábilmente que se abstenía de hacer declaraciones hasta la llegada de Kelly, quien primero se dirigiría raudamente a reunirse con Cordell Hull.

Los argentinos presentaron dos

largas notas a la Secretaría de Estado a través del agregado de negocios de Chile en la capital americana, E. Gajardo. Los documentos citaban sus escasas acciones tendentes a favorecer a las naciones aliadas. Casualmente, todas ellas producidas, incluida la ruptura de relaciones con el Eje, bajo la administración de otros presidentes. Este último detalle sería utilizado por los americanos en contra de los propios argentinos.

Si bien los funcionarios americanos, en especial Cordell Hull, alimentaron la esperanza de colocar sanciones de tipo económico contra la Argentina pronto se vieron desalentados por fuerzas que

emanaban desde su propio seno.

Para comenzar, los británicos, quienes más se resistían a sancionar a su principal socio latinoamericano, habían calculado sus formidables intereses en la Argentina, para 1936, en la exorbitante suma de trescientos setenta y dos millones de libras esterlinas, de acuerdo a los datos del mercado de Títulos de Londres. Esto sin mencionar que la carne de las Pampas era absolutamente irremplazable para el esfuerzo bélico del Reino Unido.

Por su parte, los estadounidenses, si bien históricamente poseían menos intereses económicos colocados en la nación sudamericana, en aquellos

momentos no podían darse el lujo de prescindir de sus enormes necesidades de cuero, aceite secante y linazas entre otros productos argentinos que importaban a granel. Un despacho del 3 de julio de UP llegado desde Washington indicaba que eran numerosas las compras de los Estados Unidos, especialmente «cueros para el calzado de sus tropas, lanas para sus uniformes, aceite de linazas para la elaboración de pinturas, queso para el consumo de las Fuerzas Armadas y la población civil y maíz para la producción de alcohol». También destacaba el envío de trigo a Italia. La misma fuente hacía referencia a la

compra de carnes argentinas por parte del Reino Unido; las tildaba de irremplazables debido a que los americanos no podían sustituir el suministro con su propia producción. Parte de esa carne era utilizada para alimentar a los soldados estadounidenses en ultramar.

La prohibición de exportar oro a la Argentina, una medida más bien simbólica y que no entorpeció las actividades de la nación sudamericana, fue prácticamente la única tomada por los Estados Unidos fuera del terreno de la diplomacia. Argentina había acumulado enormes cantidades de reservas de productos de sus excedentes

exportadores. Sólo en el Reino Unido poseía un activo de más de sesenta millones de libras esterlinas generado de sus cuantiosas ventas.

De esa manera, casi desde el comienzo de lo más álgido de la crisis, se descartaron las sanciones económicas. Medidas que, de todas maneras, no quedaron fuera de todo tipo de rumores que se echaron a correr intencionalmente desde el norte.

El 6 de julio el presidente Farrell realizó unas esperadas declaraciones públicas. Aunque sin demasiados renunciamientos a los ideales revolucionarios, hizo hincapié en que la Argentina no tenía fines expansionistas o



agresivos.

El gran golpe de Cordell Hull llegó antes de la finalización de ese mismo mes de julio. La noche del día 26, para ser exactos, un inusitadamente duro, agresivo y terminante memorando fue distribuido entre todas las naciones americanas a través de sus representantes en Washington; excepto Argentina. En dicho documento, el Departamento de Estado americano fijaba claramente la posición hostil y resuelta de los Estados Unidos respecto a la política internacional de aquella díscola nación sudamericana. El extenso dossier había sido calculadamente redactado con la ayuda de Armour. En sus principales

argumentaciones a favor de no reconocer al Gobierno de Farrell-Perón, y de mantener una dura política aislacionista desde el punto de vista diplomático, esgrimía que, luego de hacer un recuento de los millones de hombres y los miles de millones de dólares empeñados en una «lucha a favor de la libertad», el Departamento de Estado manifestaba que todas las naciones americanas «prestaban su pleno y sincero apoyo, menos una», en clara referencia a la Argentina. «El Gobierno de una gran república, la Argentina, ha creído conveniente tomar dos medidas que han resultado enormemente lesivas para la causa aliada, a saber: ha violado el

compromiso asumido de cooperar con sus repúblicas hermanas [...] y ha desertado así a la causa aliada asestando un fuerte golpe al sistema de cooperación hemisférico.»

Lo que resultó sumamente claro y duro fue la siguiente afirmación oficial del Gobierno de Roosevelt: «Prestó [la Argentina] abierta y notoriamente ayuda concreta a los enemigos declarados de las naciones aliadas».

Seguidamente se afirmaba la imposibilidad de reconocer al régimen de Farrell a la vista de tan notorias desviaciones. El dossier no acababa sólo con aquellas duras y sonantes afirmaciones. Había más. El

Departamento de Estado se ocupó de dejar en claro que, a su entender, Argentina violaba sistemáticamente una serie de acuerdos contraídos en el seno del panamericanismo. Se trataba de aquellos tendentes a asegurar la defensa del continente en caso de ataque extranjero. La Conferencia de Lima de 1938 y la de La Habana de 1940 contemplaban que cualquier ataque externo contra algún país de América sería considerado como una agresión hacia todo el continente. «Cuando vino la verdadera prueba [haciendo referencia al ataque japonés], el Gobierno de una de estas repúblicas, la Argentina, prefirió seguir un curso divergente y separado.»

Fue la fatal sentencia estadounidense sobre el asunto.

Con respecto a la ruptura con el Eje, los estadounidenses mencionaban firmemente que los responsables de ella eran el expresidente Ramírez y su ministro de Exteriores Gilbert. Quienes sin dudas habían sido derrocados por elementos subversivos contrarios a la interrupción de relaciones con el Tercer Reich y Japón. Adicionalmente a esto, el Departamento de Estado agregó que evidentemente desde la llegada al poder del actual régimen nada se ha hecho por llevar a la práctica la ruptura.

Finalmente, los americanos dieron a conocer dentro de su documento tres

asuntos que irritaban particularmente a su Gobierno. Uno de ellos era la violación de los *navicerts*, algo así como unos certificados especiales necesarios para importar mercaderías que se habían otorgado a la Argentina para adquirir en el exterior (Suecia) papel para la prensa local. La nación sudamericana se había comprometido a no entregar ese vital insumo a periódicos financiados por la Embajada alemana en Buenos Aires. Haciendo caso omiso a sus promesas, los argentinos entregaron papel a *La fronda*, *El Cabildo* y *El Federal*, entre otros. Como si esto fuera poco, declaraban los muy bien informados estadounidenses, Argentina contribuía

con pauta oficial en publicaciones pronazis como *Deutsche La Plata Zeitung* o *Clarínada*.

Sobre el espionaje nazi, el tema central que ocupa a la presente investigación, las declaraciones eran terminantes. Los arrestos iniciados por Ramírez habían sido totalmente detenidos. Bajo el nuevo régimen, los espías nazis habían florecido y otros tantos fueron puestos en libertad.

Perón no quedó exento de la furia yanqui, como no podía ser de otra manera. Su discurso del 10 de junio fue especialmente citado, haciéndose referencia a la «inclinación totalitaria de estos elementos extremistas partidarios

del Eje». Una dura y vehemente calificación para con el coronel propinada por el Gobierno estadounidense, además contenida en una comunicación oficial de su Departamento de Estado. El memorando de Hull, casi completo, y la réplica del ministro Peluffo pueden consultarse en la edición del diario *La Prensa* del 27 de julio de 1944, página 10.

La respuesta argentina llegó casi de inmediato, traducida en dos líneas de acción diferentes. En primer lugar, el ministro de Relaciones Exteriores radió al pueblo argentino un largo discurso la misma noche del 26. Los gobernantes



de facto habían conocido unos días antes el contenido del memorando y eso les dio cierto margen para preparar su accionar. El general Peluffo, sentado entre Perón y Farrell, desmintió categóricamente todas las acusaciones del Departamento de Estado, a la vez que recalca que no se tomarían decisiones guiadas por presiones externas. «Una inusitada propaganda persigue tergiversar el auténtico alcance de nuestra posición y ha alcanzado la más áspera virulencia», dijo el ministro mientras anunciaba seguidamente que el embajador en Washington, el doctor Escobar, había sido llamado inmediatamente a Buenos Aires. La

situación de Argentina era incomprendida, según sus gobernantes, quienes de todas maneras comenzaron a tomar urgentes medidas correctivas en varias cuestiones.

El general presentó aquella noche varios puntos que, a entender del régimen, demostraban la inclinación argentina hacia las potencias aliadas. Hoy sabemos a la luz de comprobaciones históricas que varios de ellos no eran demostrativos de tal evento. Por ejemplo la «represión efectiva del espionaje», la cual sólo daría comienzo luego de publicado el extenso memorando de Cordell Hull. La eliminación de las emisoras clandestinas

del Eje también era falsa, ya que estas comenzaron a ser desmontadas recién desde el mes siguiente, agosto de 1944. También se mencionaba increíblemente la internación de los marinos del *Graf Spee*, producida más de cuatro años antes y de cuya dotación los principales oficiales ya se habían fugado a Alemania. Incluso, en algunos casos, gracias a la vista gorda de sus carceleros.

A pesar de sus declaraciones, todavía algo desafiantes, los argentinos comenzaron a enviar casi de inmediato señales de acercamiento hacia Occidente. Ya desde julio la prensa dejó de ser sometida a la censura del régimen, prueba de ello fue la publicación

completa del «dosier Hull». Perón mismo recibió a los periodistas locales y extranjeros y les comunicó la noticia. Donaciones de trigo argentino comenzaron a surcar el Atlántico en dirección a la Francia recién liberada. Finalmente, lo que es el punto más importante para el trabajo que nos ocupa, los días felices de los espías nazis en Argentina llegaron definitivamente a su epílogo. Al menos para la enorme mayoría de ellos.

Todo aquel grave *affaire* diplomático no terminaría hasta bien entrado 1945. La aparente claudicación de Perón y Farrell, al menos en materia de política internacional, se materializó

con la declaración de guerra al Eje, el 27 de marzo de ese año. Durante la Conferencia Interamericana sobre los problemas de la paz y de la guerra (febrero y marzo de 1945) se había abierto una posibilidad de concordancia. En realidad, el alejamiento de Cordell Hull de la dirección del Departamento de Estado había propiciado el inicio de negociaciones secretas en Buenos Aires, impulsadas por el mucho más conciliador Sumner Welles. El acuerdo era levantar el bloqueo diplomático a cambio de la tardía declaración de guerra. Nuevas renuncias nacionalistas, tal vez las últimas de posición irreductible, se hicieron presentes en el

seno del Gobierno.

Aquella crisis diplomática de 1944 había afectado gravemente a las redes de espionaje nazis que hasta aquel momento habían operado con cierta holgura y prosperidad en la República Argentina.

Desde finales del mes de julio de ese año, y luego de hacerse pública la dura posición oficial estadounidense, Argentina tomó serias y reales medidas tendentes a congraciarse con las naciones aliadas y a mejorar su imagen dentro del concierto internacional. Una de las principales acciones impulsadas por la nación sudamericana fue la de combatir seriamente por primera vez el espionaje

alemán. Actuaciones pasadas de algunos gobernantes obligarían a realizar ciertas «excepciones». Finalmente, los argentinos se proponían por todos los medios posibles dar caza a los principales agentes de inteligencia alemanes ocultos en las sombras, Wolf Franczok y Siegfried Becker, de cuya existencia se tenía conocimiento desde hacía tiempo.

«El propio Perón se apersonó en Coordinación Federal en agosto de 1944», recordó un nonagenario mayor Óscar Contal durante los años noventa. El coronel deseaba que «los testimonios de los espías apresados no comprometieran al régimen militar».<sup>35</sup>

Algo que logró con los testimonios de Harnisch, pero no así con los de los otros importantes agentes. Tal como fue el caso de Becker, cuya declaración hemos citado en capítulos anteriores y la cual menciona a personalidades como Brinkmann, Ramírez, Gilbert y al mismo Perón, entre tantos otros.



# Capítulo XXI

## La gran ofensiva contra los espías nazis

CAEN LAS PRIMERAS ESTACIONES  
DE LA ORGA-T

La tarde del 29 de julio de 1944, cuarenta y ocho horas después de que se difundiera en la prensa local el grave memorando firmado por el Departamento de Estado americano, dos pesados automóviles oficiales de Coordinación Federal cruzaron la avenida General Paz perceptible frontera que divide la capital federal de la provincia de Buenos Aires. Tomaron la larga avenida Brigadier General J. M. de Rosas en dirección a San Justo, partido de La Matanza.

La pequeña comitiva era liderada por el teniente primero Jorge M. Osinde, miembro de la plana mayor de Coordinación, un hombre cercano al

círculo de confianza del coronel Perón. Acompañaban al militar dos funcionarios especialistas en radiotelegrafía: el oficial de gendarmería Marcelo Barbieri, director de radiocomunicaciones, y Fioravanti Dellamula, jefe de radio de la estación de correos y telégrafos. Al Ford de Osinde no le perdía pisada otro automóvil conducido por el inspector de la Policía Alfredo Vázquez, a quien lo secundaban los inspectores Alfredo Rizzo, Felipe Opromolla y Juan Ramón Pérez Algaba.

Ambos vehículos viraron en la calle Formosa en dirección sur. Barrio humilde, casas de material, algunos

cercos de alambres oxidados y maderas vetustas petrificadas por el paso del tiempo. Apenas unos instantes después se detuvieron en la intersección de Formosa y Yerúa, justo frente a una pequeña finca con un colorido y espeso jardín delante. La oscuridad había comenzado a engullir la solitaria casa en el centro del lote. Anochecía deprisa. A las 18:20 h los agentes del orden penetraron sigilosos en la propiedad...

Para fines de julio hacía varias semanas que el Gobierno de Brasil había denunciado, ante el Servicio de Movilización y Enlace del Comando del Interior, la presencia de una estación clandestina de radiotelegrafía en las

afueras de Buenos Aires. Un radiotelégrafo no autorizado que mantenía contacto regular con Alemania. Se ponía en evidencia lo que muy probablemente algunos argentinos ya conocían: la existencia de las estaciones de la Orga-T de «Don Antonio».

La denuncia recayó en el Servicio de Control Técnico Radioeléctrico, el cual durante varias semanas mantuvo una estricta vigilancia. Se logró establecer mediante marcación radiogoniométrica la ubicación exacta de una de las emisoras clandestinas. La casa de Yerúa y Formosa en San Justo.

Barbieri sabía que las primeras

horas de la noche invernal bonaerense era el momento que los operadores de Franczok preferían para transmitir.

Cuando el teniente Jorge Osinde golpeó con fuerza la puerta de la finca, Ulrich Guenter Fritz Daue, uno de los operadores más experimentados de la Orga-T, se hallaba en plena transmisión, conectado con una estación receptora en Hamburgo. Un atónito Daue, alias Livio Mozzini entre otros nombres falsos, no opuso resistencia de ningún tipo y los oficiales tomaron de inmediato el control del lugar. Los técnicos argentinos intentaron continuar con el enlace, pero para los entrenados alemanes al otro lado del océano fue

evidente que algo extraño ocurría.

La casa de San Justo fue la primera estación operativa en ser desbaratada por Coordinación Federal. El inicio de una larga lista de quintas bonaerenses que Contal pondría fuera de combate.

Daue fue el primer radio-operador de peso en ser capturado. En su poder se hallaron varios mensajes cifrados en código Enigma, una pistola automática Mars calibre 6.35, un emisor de onda corta y un receptor de 7,5 a 15,3 megaciclos; entre otros varios elementos de radiotelegrafía.

Daue-Mozzini era un extripulante del vapor germano *Tacoma*, internado en el puerto de Montevideo casi desde el

inicio de la guerra. Se había fugado desde el Uruguay y luego de un infructuoso intento de escape hacia Alemania fue reclutado por la Orga-T de Franczok. El marino había pasado por varias estaciones del servicio y se había salvado por poco de ser detenido en febrero durante el allanamiento de Guerrico, en Bella Vista. Desde el mes de junio, el extripulante del *Tacoma* había advertido a «Don Antonio» sobre sus sospechas. Pensaba que su estación podía estar siendo vigilada por las autoridades argentinas, afirmación que finalmente resultó cierta.

Daue confesó que su código de llamada era «Y. S. T.» y que tenía a cargo



la transmisión de al menos quince mensajes semanales. Varios de los telegramas capturados han sobrevivido hasta nuestros días. Sin embargo, es casi imposible descifrarlos debido a que resultaba infructuoso determinar los códigos de desciframiento vigentes en aquellos momentos. Estos últimos variaban a diario. Aquel testimonio quedó registrado en el cuerpo 1 del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*.

Un par de días después del episodio, el 31 de julio, casi como resultó una constante desde ese momento con cada agente detenido, Daue comenzó a hablar ante el mayor Óscar Contal. Dio todo tipo de detalles

sobre el servicio. Los arrestos no se detendrían desde ese momento. Esta vez los argentinos estaban jugando seriamente sus cartas.

Ese mismo día 31, la joven ruso-alemana Luisa Mathies fue la siguiente en caer. Estaba encargada de los quehaceres domésticos en la casa de San Justo y había servido en otras estaciones de la Orga-T. Fue detenida en Zapiola, 1451, junto a Arnim Stielher, el electricista del *Tacoma*. Por supuesto los había delatado Daue.

El 3 de agosto, luego de pasar un día entero realizando averiguaciones en la alejada y polvorienta localidad de Ranelagh, provincia de Buenos Aires,

Osinde, acompañado de los oficiales de policía Eduardo Bravo y Francisco Gerpe dio con el chalé La Nona. La casa estaba ubicada en una inhóspita calle de tierra de la cual ni siquiera pudieron determinar el nombre. Acometieron ruidosamente contra la segunda estación operativa de la Orga-T. Su operador era Werner Lorenz, alias Enrique Nohl, y su compañera, también miembro de la organización de espionaje, Emmy Trappe, fueron detenidos allí mismo.

En la estación radiotelegráfica de Ranelagh fueron hallados un receptor y transmisor de radiotelegrafía de onda corta, cables y un par de teléfonos. Antes de ingresar al servicio, Lorenz intentó

construir un velero para retornar a Alemania, motivo por el que entró prematuramente en contacto con Seidlitz. Luego fue reclutado por Franczok en Paraguay y entrenado por «Santos» Sievers en el uso del radiotelégrafo.

Lorenz había pasado por las estaciones de Tandil y General Madariaga, lugares que hasta ese momento eran desconocidos por Contal. El nuevo detenido no sólo reveló la ubicación de las chacras del interior de la provincia, sino que además delató ante Coordinación Federal la existencia de los testaferros argentinos utilizados por los nazis para su

adquisición, Domingo Paramidani y Ángel Garrido, quienes no tardarían en ser detenidos.

Ese mismo 3 de agosto también fue apresado otro importante radiotelegrafista del equipo de «Don Antonio». Uno de los más antiguos, el varias veces mencionado Hans Lieberth. Aquel que había sido responsable del montaje de la primera estación en las islas del Tigre, en casa de los Hingst. Lieberth fue detenido en el domicilio que ocupaba en esos momentos, Conesa, 1869, piso segundo, departamento D. El lugar no era una estación de servicio clandestino de radiotelegrafía sino la morada del

operador. Allí habían sido trasladados varios de los elementos técnicos utilizados en su último destino asignado.

Para aquellos momentos, Lieberth hacía un tiempo que ya no operaba la estación de la quinta Mi Capricho, en la calle Muñoz, 2050, de la localidad de San Miguel; pero reveló su ubicación exacta. El subcomisario Fernando Amarante, responsable de la detención, condujo al radiotelegrafista hasta la quinta esa misma noche. El «hueco secreto» cavado bajo la cocina por los alemanes había sido ya rellenado; apenas quedaba en el techo de la vivienda un mástil descolorido donde había sido

montada la antena.

Varios equipos fueron hallados en la calle Conesa en poder de Lieberth: una máquina fotográfica marca Ica, auriculares marca Cannon Ball, condensadores Acrovox y varios elementos secundarios. No se hallaron equipos de emisión o recepción de onda corta, los cuales según el agente alemán, habían sido retirados por otro miembro del servicio. Lieberth tenía en su poder una cédula de identidad de nacionalidad chilena, treinta y tres años de edad (n.º 1446770). De acuerdo a declaraciones hechas por Franczok ante los norteamericanos en 1947, Lieberth fue torturado por los argentinos con una

picana eléctrica por negarse a revelar nombres y direcciones, que finalmente terminó suministrando a Coordinación Federal.

Al día siguiente, viernes 4, el teniente Osinde y el subcomisario Amarante partieron rumbo a Tandil y General Madariaga a toda prisa. Sin embargo, debido a razones climáticas solo pudieron allanar la quinta Dora; el establecimiento había sido abandonado unos días antes por los alemanes.

La detención de un agente de menor importancia producida esa misma semana, Willi Reichelt, dio a Contal la pauta de la existencia de la pequeña fábrica de radiotransmisores



que los alemanes habían montado en plena capital federal. El ya mencionado «emporio de la radio». Inmediatamente fue detenido su dueño, Pío D'Negri, quien como ya hemos mencionado dio todo tipo de detalles sobre el asunto. Acto seguido, condujo a la incautación de material de la Orga-T más importante hasta ese momento realizada en el escondite de la calle Andonaegui.

El lunes 7 de agosto, mientras Dora era allanada, en Buenos Aires fue detenido en su oficina de San Martín, 154, Domingo Ángel Paramidani, hombre que en los papeles era el dueño de la chacra, y a quien ya nos hemos referido en detalle. Paramidani, en un

principio, intentó negar los cargos. Pero una vez confrontado con las pruebas incontrastables aceptó raudamente su participación como testaferro de los nazis. Rápidamente dio al mayor Óscar Contal todos los detalles de lo sucedido en la estancia mencionada durante los últimos meses. Por supuesto, se refirió con lujo de detalles a la participación de su principal contacto entre los alemanes, un hombre cuya incriminación en el espionaje nazi era particularmente molesta para el coronel Perón. Werner Koennecke, el yerno de Ludwig Freude y «contador» de la Red Bolívar, fue largamente incriminado.

A pesar de sus amigos importantes,

el martes 8 de agosto a las doce de la noche, Koennecke fue sacado de la cama mientras dormía plácidamente en su casa de la calle Virrey del Pino. Fue conducido por el inspector Olavarría hasta las oficinas de Coordinación Federal. Sin dudas era la detención de mayor importancia desde el arresto de Harnisch, varios meses antes. Contal mandaba un mensaje claro. Esta vez tenía las manos libres gracias a las enormes presiones que habían recibido los gobernantes argentinos desde el exterior. No se detendría ante nadie. Había llegado el fin del espionaje a favor de la Alemania nazi.

## UNA DECLARACIÓN TRASCENDENTAL

En lugar de negar su involucramiento, el yerno del millonario germano dio una extensa y jugosa declaración ante Contal. El testimonio de Werner Koennecke ante Coordinación federal, del 10 de agosto de 1944, incluyó un detallado croquis del movimiento de fondos y las diferentes cajas de dinero que él mismo administraba para el servicio de espionaje alemán. También relató con lujo de detalles la utilización de su avioneta en el Asunto Paraguay, sin obviar por supuesto el nombre de

Eduardo Aumann y otros importantes funcionarios argentinos de aquel momento. A diferencia de Harnisch, Koennecke no sería abandonado a su suerte. Su detención alarmó a los alemanes importantes, por supuesto a su suegro y a su cuñado Rodolfo Freude, futuro funcionario del próximo presidente Perón...

«Rodolfo Freude se presentó a Coordinación Federal a raíz de que detuvimos a Koennecke», recordó en los años noventa Contal antes de morir. El tenaz oficial no sucumbió ante la presión de los Freude, al menos en ese momento. Sin embargo, nada podría hacer ante un poderoso vicepresidente

varios meses después. «Fuimos llamados juntos [Contal y Koennecke] a la oficina de Perón. El último fue invitado a dar real cuenta de sus actividades de espionaje. Relató una historia en la que aparecía totalmente inocente, pero que Contal sabía por sus registros era enteramente falsa. Protestó ante Perón pero fue silenciado. Perón dijo entonces: “Koennecke, ¿jura por su palabra de honor que todo lo que ha dicho es cierto?”. Koennecke juró y Perón ordenó su liberación.»

Aprovechando una ausencia temporal de Contal, a comienzos de 1945, el teniente Abel Rodríguez liberó a Koennecke sin contar con una orden

escrita. Las posteriores quejas de Contal contribuyeron finalmente a su despido por parte de Perón, algo que se comprobó hace algunos años gracias a una entrevista que Contal dio a Goñi y que publicó en el diario *La Nación* el 26 de octubre de 1997. La presión para destruir la declaración de Werner Koennecke no surtió efecto, o fue pasada por alto, y su extenso relato del 10 de agosto ha sobrevivido hasta nuestros días gracias a Contal.

## TRAS LA PISTA DE FRAN CZOK

Volvamos ahora a los comienzos del agitado agosto de 1944. Aquellos días en los que el mayor Óscar Contal desató su guerra relámpago contra las redes de espionaje de Becker y Franczok. Ni el vecino de Harnisch, Juan Carlos Mazzini, aquel que había albergado temporalmente a «Don Antonio» y a su taller en su casa, se salvó en ese momento de caer preso. Admitió alegremente su amistad con Aumann.

A pesar de todo el revuelo, ninguno de los dos grandes jefes del servicio de espionaje nazi, Siegfried Becker o Wolf



Franczok, habían caído hasta el momento. El primero de ellos sería un hueso tan duro de roer que llevaría meses su localización. No obstante, el amañado Contal no tardó en dar con la pista del ingeniero de las SS y jefe máximo de la Orga-T.

Gracias a los testimonios aportados por los agentes detenidos, Contal envió al subcomisario Amarante a Juramento, 3730, en la ciudad de Buenos Aires. Creía que ese podía ser el escondrijo de Franczok. Si bien el jefe técnico hacía largo tiempo que no frecuentaba el lugar, Amarante pudo determinar que el real locador de ese sitio había sido un español de nombre Ernesto Ortiz de la

Calle, de cincuenta y un años, corredor de vinos y con conexiones falangistas. El subcomisario y el inspector Olavarría pronto se dirigieron a la firma Ibarra, la empleadora de Ortiz de la Calle, donde pudo determinarse su domicilio actual.

En horas de la mañana del 11 de agosto, Amarante y Olavarría golpearon la puerta del departamento A de la calle San José, 124, piso séptimo. Ortiz de la Calle fue detenido y su domicilio inspeccionado a toda prisa ese mismo día. Se hallaron varias fotografías de agentes nazis; Seidlitz, ya detenido, y Esteban Jesús Amorín eran algunos de los sonrientes retratados.

El corredor de vinos no tardó en

reconocer que, mientras vivía en la calle Juramento, subalquiló una habitación a Juan Stewart, uno de los tantos alias de Franczok, la mayoría de los cuales Coordinación ya conocía. Una vez mudado a San José, 124, la relación de subalquiler se mantuvo, pero, según Ortiz, hacía al menos seis meses que el subinquilino no visitaba el lugar. Contal por supuesto no le creyó y estableció una vigilancia permanente en el departamento cercano al Congreso de la Nación.



San José, 124, casa de De la Calle y detención de  
Franczok. Gobierno de la Ciudad de Buenos  
Aires.

La astucia del jefe de Coordinación  
Federal tuvo su premio pasado el

mediodía del 14 de agosto. Es decir apenas tres días luego de ser detenido Ortiz de la Calle.

Un joven agente de policía de nombre Telémaco Lomaquiz identificó aquel día a dos personas que intentaban ingresar al departamento de la calle San José. Ambos individuos, un hombre y una mujer, se detuvieron de inmediato al ser dada la voz de alto. Siguiendo sus órdenes, Lomaquiz interpeló a los sospechosos sobre sus nombres, y uno de ellos contestó el nombre «Stewuart» (textual). Era Franczok, por supuesto, acompañado por Anna Assmann de Sommermeyer, también miembro del servicio y esposa del espía Werner

Sommermeier. Aquel que había participado del desembarco del *Santa Bárbara* en Mar del Plata, apenas unas semanas antes.

El jefe y creador de la Orga-T había caído. El brillante ingeniero enviado por el SD a Sudamérica para montar la red clandestina de radiotelegrafía más importante del espionaje nazi en el exterior. Quien además operaba en Argentina desde 1942. Había sido apresado apenas dos semanas después de que los militares que gobernaban el país dieran luz verde para su captura.

Wolf Franczok dijo llamarse Federico Parker y los argentinos decidieron creerle. A fin de cuentas sería

el único agente de importancia que lograría mantener, al menos ante Coordinación Federal, su verdadero nombre en secreto. La Orga-T y su enorme red de estaciones clandestinas de radiotelegrafía estaban desbaratadas. Aún restaban varias quintas por ser halladas e inspeccionadas, incluso muchos agentes por ser descubiertos, sin embargo era casi imposible que pudieran seguir operando con eficiencia sin su mente maestra.

Además de otros espías menores también fue detenido esa semana Enrique Schibli en su domicilio de José E. Uriburu, 1030, séptimo piso.<sup>36</sup>

## GOLPE A LAS CHACRAS Y QUINTAS

Mientras era detenido Ortiz de la Calle y se intentaba cerrar el cerco sobre Franczok, el teniente Jorge Osinde había sido enviado a Las Avispas, Santa Fe. Viajaba con la intención de desarticular la estación instalada en la estancia El Simbol, propiedad del tío de Osmar Hellmuth, Carlos Kusters. En dicha propiedad, a cuyo emplazamiento ya nos hemos referido en el Capítulo IX, se hallaron varios elementos técnicos llevados allí por la Orga-T. Kusters y su ama de llaves, Edwig Poleman de



Manne, fueron detenidos y remitidos a Coordinación Federal.

Los elementos incautados por Osinde y los agentes Andrés Wells y Francisco Gerpe se hallaban en un armario especialmente diseñado para ser embutido en una pared que había construido el albañil Frankenberger. Dentro del mueble, depositado en un «hueco secreto», se encontraron los equipos de radiotelegrafía, un tablero de energía con interruptores, acumuladores alimentados por un *windcharger*, un equipo de recepción y un par de microteléfonos. También manipuladores telegráficos con interruptor, un motor eléctrico y todo

tipo de repuestos y herramientas relacionados con estos aparatos. El *windcharger* era de dos aspas y se hallaba montado sobre una torre de cuatro columnas, la cual contenía también la antena. Los alemanes habían montado una usina en un cuarto, donde los oficiales hallaron un motor a gasolina y eléctrico Briggs & Stratton y varias herramientas. Además, a Kusters le secuestraron un par de revólveres Smith & Wesson del 38 y una escopeta.

Como algunos de los miembros del servicio detenidos desconocían la existencia de varias de las quintas y casas utilizadas por los espías nazis, Contal y sus oficiales debieron recurrir a su agudo

ingenio para hallarlas. Luego de que fuera detenido Franczok, y antes de que este aportara datos sobre sus estaciones, el teniente Rodríguez y el subcomisario Amarante se presentaron en la mueblería Valera de Cerrito, 1010. D'Negri informó que dicho establecimiento había sido utilizado por los alemanes para enviar algunos muebles hacia un destino desconocido en la localidad de Pilar. De esa manera, los funcionarios de Coordinación Federal no tardaron en establecer que el mobiliario había sido enviado a una casa quinta ubicada entre los kilómetros cuarenta y seis y cuarenta y siete del camino a Pilar, con frente a una calle de

tierra adyacente y a unos doscientos metros de un almacén denominado La Lonja. Con toda aquella información difícilmente podían fallar.

El teniente Rodríguez condujo su automóvil por la puerta de la quinta, creyendo reconocer, gracias a fotografías incautadas, al matrimonio Von Schutz sentado en un par de reposeras. Rodríguez y Amarante pidieron refuerzos. En cuestión de un buen rato se apersonó el mayor Contal en el lugar, lo secundaban el oficial Laureano Vega, el inspector Olavarría, el agente Víctor Oule y el comisario local Federico J. Plate.

El operativo en la quinta La

Pilarica, propiedad de Longhi Bracaglia, casualmente el mismo dueño del almacén, se llevó a cabo sin contratiempos. Se detuvo al matrimonio Von Schutz, recién llegado desde Tandil y cuyo equipaje había sido incautado por Coordinación Federal antes de llegar a destino. También arrestaron a Werner Sommermeyer, quien había alquilado el lugar por indicación de Franczok. Un Ford 1938, matrícula 251-698, del servicio fue incautado. También varios elementos sin demasiada importancia y una cantidad menor de dinero.

Las declaraciones de Hans «Maus» Lieberth, acerca del montaje de una estación en una isla del Tigre durante

1942, hicieron creer a Óscar Contal que allí se ubicaba otra de las guaridas de la Orga-T. La tarde del 15 de agosto una comisión policial, liderada por el agente Pablo Melitón Palmer y respaldada por miembros de la Prefectura Naval, se presentó en el arroyo Caraguatá, 772. Parecían un grupo de infantes de marina en dirección al frente de combate a bordo de sus pesadas lanchas. Pero lo que hallaron fue decepcionante, poco relevante para ese momento. Detuvieron al propietario del lugar, Bernardo Hingst, también a su hija Hilda y al futuro esposo de esta, de nombre Alberto Bruhn. De todas maneras, Palmer comprobó que apenas quedaban

algunos vestigios de lo que había sido una pequeña estación de pruebas montada por Lieberth un par de años antes. Una bandera de Alemania y algunos banderines nazis fue todo el botín que Coordinación secuestró aquella tarde en el delta.

## CONTACTO DESDE LA CÁRCEL, AGENTES DOBLES Y MÁS DETENCIONES

Resulta por demás llamativo que el detenido estrella hasta ese momento, Wolf Franczok, haya estado nueve días cautivo sin ser interrogado. «Don Antonio» declaró extensamente ante el mayor Óscar Contal el 23 de agosto de 1944. El jefe de Coordinación Federal había intentado entrevistarle el día 18, sin embargo, en el registro de las actuaciones de aquella época puede apreciarse que el ingeniero se negó a hacer declaraciones ese día. Alegaba estar



cansado y deseaba poner sus ideas en orden. Tal vez, ganaba algo de tiempo a favor de sus hombres aún libres. El día 15, la jornada siguiente a la de su detención, intentó alertar e informar al jefe del SD, Siegfried Becker, a través de un mensaje escrito. Aquel día, en horas de la tarde, Franczok

abordó al joven agente Héctor Fraquelli, chapa 1573, quien montaba guardia frente a la celda número quince de Moreno, 1550. «Don Antonio» pidió al muchacho de apenas veintidós años, como una atención especial, que entregara una breve nota y una carta escrita en idioma alemán al padre Alfredo Fernández, el cura falangista de

la iglesia San Miguel, ubicada en la intersección de Bartolomé Mitre y Suipacha, en pleno centro porteño. El sacerdote español era uno de los buzones que los jefes del espionaje nazi utilizaban frecuentemente para comunicarse. Un estrecho y fiel heraldo, aunque no remunerado; su colaboración era más bien ideológica. «Padre: He sido detenido por la Policía, le pido trate de ayudar a la familia y haga llegar a Pepe la carta que la mando lo más urgentemente posible.» Rezaba el escueto mensaje puesto en manos de Fraquelli, junto a una carta escrita con lápiz en idioma alemán sobre un ajado papel rosado. La carta completa escrita por Franczok

puede consultarse en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 2, foja 276 en adelante.

«Pepe» era Becker y en la misiva, Franczok por supuesto daba cuenta de su detención. También informaba de los agentes que habían sido ya apresados y de ciertas charlas informales que había sostenido con los funcionarios de Coordinación Federal. A través de esas reuniones no oficiales, el ingeniero pudo determinar cuáles eran los espías que estaban identificados y quiénes aún podían estar más o menos seguros. «Don Antonio» también recomendó cesar las actividades del servicio por algunas semanas. «El mayor [Contal],

Amarante, Vega, Rodríguez, etc, me felicitaron por mi trabajo excelente y la hazaña tan dura que he sido [...]. Tratamiento correctísimo. Por si llegara a suceder algo aquí deberíamos hacerles sus radio-comunicaciones.» Escribió, más alegre que deprimido, el jefe de la Orga-T, entre otras cuestiones.

Fraquelli simuló aceptar el encargo como un favor personal y corrió a la oficina del mayor Contal a delatar la estratagema del espía alemán. Franczok, sin sospechar nada, al día siguiente volvió a solicitar a su carcelero que entregara otro mensaje en su nombre. En este caso el destinatario era otro buzón, Irene Acher de Treier, quien

moraba en la calle Seguro, 1286, en la localidad de Vicente López. Esta vez se trataba de un pequeño papel rectangular cuadriculado, escrito con lápiz también en idioma alemán. Treier debía hacerlo llegar al mismo destinatario a través de una persona que la visitaba regularmente. La pequeña misiva resumía en once puntos los mismos conceptos e informaciones enviados a través de la carta más extensa destinada al cura Fernández. Fraquelli también simuló aceptar el encargo, pero nuevamente se presentó ante sus superiores con el mensaje en sus manos.

El leal vigilante Fraquelli no fue el único agente del orden que «Don

Antonio» pretendió utilizar como mensajero. Otra improvisada carta del mismo tenor, de la cual el jefe de Coordinación Federal no fue puesto al tanto, fue entregada en mano a la agente alemana Lina Maurer. Esta la hizo llegar hasta los principales colaboradores del ingeniero del SD a través de Joseph Schröll. Gracias a este último, Contal se enteró del salvoconducto exitoso unos cuantos días después.

Se podría pensar que la actitud de Franczok de exponer al padre Fernández y a la señora Trier se trató de un accionar torpe. Es posible concluir que puso en riesgo a los agentes alemanes que hasta ese momento no habían sido

apresados. Sin embargo, debemos reparar en que los colaboradores de menor rango eran simplemente empleados como «buzones». Transmitían información sin saber su contenido o las identidades de las personas con las que trataban. Justamente eran utilizados como simples «puentes» sobre los cuales viajaba la información. Podían ser sacrificados sin temor a lo que pudieran declarar o comprometer; simplemente no sabían nada. No conocían las direcciones de las quintas o casas que hasta ese momento no habían sido allanadas o la identidad de los principales espías.

El mayor Óscar Contal era demasiado astuto. Conocía a la perfección el *modus operandi* de los servicios de espionaje. En lugar de apresar al padre Fernández decidió engañarlo y tratar de utilizarlo a su favor. El mismo agente de Policía germanoparlante, que había sido utilizado para la traducción de los mensajes de Franczok, fue encomendado por Contal para una misión de agente encubierto. La operación otorgaría ingentes beneficios para Coordinación Federal.

Walter Landau, de treinta y tres años, se presentó en la iglesia San Miguel ante el padre Fernández



diciendo llamarse Walter Rider, ser hijo de alemanes y mozo del Club Policial que daba regularmente de comer a ciertos detenidos importantes. El agente encubierto entregó los mensajes de Franczok destinados a Becker y pidió al cura falangista que también entregara un tercer mensaje a «Pepe», por supuesto falso y urdido por Contal. Landau-Rider confesó al sacerdote que «Don Antonio» le había revelado la ubicación de una serie de equipos de la Orga-T y una suma importante de dinero. Sólo podría revelar su enigmático secreto, la localización exacta del botín, ante Becker. Una treta bastante astuta y calculada, destinada a detener el agente

nazi más buscado en esos momentos.



Fernández tragó el anzuelo, pero desconocía el paradero de Becker. Apenas se comprometió a entregar el mensaje falso a otro «buzón», que podría presentarse dentro de cuatro o cinco días en la iglesia. Si bien la misión del agente Landau no pudo engañar al espabilado Becker, no sería en vano, ya que serviría para capturar a otro importante agente alemán, tal como narraremos en breve.

Durante la medianoche del 16 al 17 de agosto, el subcomisario Fernando Amarante, en compañía del principal José Laureano Vega, los inspectores Gómez y Olavarría y los agentes Landau y Palazuelos, se dirigió a la casa de la

calle Seguroola en Vicente López. Cerca de la una de la madrugada del día 17, ingresaron en el domicilio de la señora Trier, quien se hallaba sola, para comprobar que efectivamente se trataba de un simple «mensajero» dentro de la organización; un pez muy pequeño.

Además de Schibli, su reclutador, los hombres de Contal apenas pudieron sacarle a la mujer, de origen alemán, un nombre: Pedro Stein. Aquella era la identidad de la persona que habitualmente se presentaba al menos una vez por semana en su casa para entregarle un sobre, el cual luego era retirado por otra persona, a quien desconocía. Los agentes de

Coordinación supieron de inmediato que aquel era un nombre falso. «Pedro» era el alias de casi todos los espías alemanes. La colaboradora germana y su esposo Rodolfo, unos días después, fueron detenidos. La casa quedó bajo estricta vigilancia.

Irene Trier sabía que cuando cayera la noche del 20 de agosto, entre las 19:00 h y las 21:00 h, el tal Stein se presentaría a entregar el sobre habitual. Con aquella información, el subcomisario Amarante y el teniente Osinde se agazaparon dentro del chalé de la calle Segurola. Con todas las luces de la vivienda ostensiblemente encendidas y la viva esperanza de atrapar

un pez de mayor tamaño se sentaron a esperar. Alrededor de las 20:30 h vieron llegar a un hombre alto, rubio entrecano y de unos treinta a treinta y cinco años montado en una bicicleta. La descripción era coincidente. Era el hombre. Stein, aturdido, dijo llamarse Pedro Lehmann y hallarse en casa de Irene Trier en visita de cortesía. Por supuesto los oficiales no le creyeron. Indagado sobre su domicilio, dijo vivir no muy lejos de allí en la calle Las Heras, 1087, de la misma localidad de Vicente López. Media hora después, Amarante y Osinde ingresaban en la casa de Lehmann, quien no tardó más de otra media hora en reconocer que su

verdadero nombre era Johannes Abrics Peter Szeraws, el segundo al mando de la Orga-T. Otro pez importante había caído.

En casa de Szeraws se hallaban su esposa, Sieglinde Bade, y el hermano de esta, Óscar Germán Bade. Los Bade también estaban implicados en el servicio de espionaje alemán. Al igual que Szeraws venían procedentes de Chile, lugar donde se hallaban implicados en los mismos negocios.

Szeraws, alias Pedro Lemankaires de acuerdo a su cédula falsa n.º 1575572, era un extripulante del vapor *Baden*. En su casa de Las Heras se hallaron varios elementos técnicos del



servicio, entre ellos: una máquina eléctrica de criptografía (Enigma) número G.209 con cordón, transformador y ficha. El segundo al mando recibía en su casa mensajes cifrados y con su máquina Enigma los transcribía para «Don Antonio».

Esa misma semana, el día 18, se detuvo al carpintero encargado de confeccionar los muebles donde la Orga-T embutía los equipos. Carlos Herlinger fue arrestado en su casa de la calle Congreso, 2140.

## EL FIN DE LA ORGA-T, LA QUINTA DEL CAMPO

Dos días después, el 22 de agosto, los agentes de policía destacados en el lugar detuvieron a otro Bade, en este caso Olga Elvira Bade, cuñada del segundo de «Don Antonio». Aquella sería también una detención muy significativa. Olga Bade no era un engranaje importante del servicio secreto. Sin embargo, siguiendo su rastro, Coordinación Federal logró dar el golpe final contra la Orga-T.

La mujer alemana se había negado a hablar o hacer cualquier declaración

ante los agentes argentinos. Simplemente se quedó muda. Los oficiales hallaron entre sus pertenencias un horario de los ferrocarriles del Estado, con una notoria marca hecha a mano en la estación Don Torcuato. Hasta allí se dirigieron con la muchacha a cuestas, siempre silenciosa ante las insistentes preguntas de los policías. Recorrieron incansablemente los comercios del lugar, hasta que por fin hallaron uno donde su jovial cara era conocida. Pronto un comerciante la reconoció como uno de los inquilinos de la quinta Del Campo, propiedad de Arturo del Campo, un reconocido vecino del lugar; que vivía por la calle

Ituzaingo entre Burgos y Balbastro.

El subcomisario Amarante y el teniente Osinde, quienes nuevamente estaban al frente del operativo, no perdieron el tiempo y se dirigieron al lugar. Un sorprendido Hans Blume, otro de los avezados operadores de la Orga-T, recibió a la desapacible comitiva.

La quinta Del Campo era la depositaria final de todo el material remanente del taller de Donado, 1511. Lo que podríamos definir como el depósito de mayor importancia de la Orga-T para ese momento. Su trascendencia era tal que sólo sus tres ocupantes, Olga Bade, Blume y el

mismo Franczok, sabían de su existencia. El operador de radiotelegrafía no emitía desde allí, su puesto era de control y escucha. De esa manera, el riesgo de ser detectado era casi nulo. A pesar de todos los recaudos, un simple horario de trenes desbarató el depósito y dio el golpe de gracia a la red del ingeniero del SD. La cantidad de elementos técnicos secuestrados en Don Torcuato fue realmente impresionante.

En la quinta Del Campo se hallaron elementos distribuidos en todas las habitaciones e incluso enterrados en cajas impermeables. Entre ellos destacaban emisores y receptores de radiotelegrafía varios. Los alemanes

mantenían en canastos de mimbre una enorme cantidad de repuestos sueltos, también se hallaron una Walther, número de serie 31.800, y un fusil Mauser, número de serie 117.363. En el garaje descansaba el viejo Chevrolet borravino de 1934, matrícula 146-635, y en su guantera el carné de conductor n.º 225680 a nombre de Juan Manuel Stewart. En la biblioteca de la casa se secuestraron ejemplares de *Mi Lucha*, entre otros libros, y varios manuales o carpetas de radiotelegrafía. Al efectuarse una excavación en el extremo oeste de la quinta, entre una ligustrina y un gallinero, se halló una caja de hojalata totalmente cerrada. En su interior se

encontró la suma de veinte mil pesos y varios papeles de identidad falsa a nombre de William Parker, entre ellos un pasaporte alemán n.º 08527 D39 y una cédula paraguaya, también se halló documentación a nombre de Juan Stewart, otro de los alias de «Don Antonio», un pasaporte de la misma nacionalidad y un certificado de buena conducta a nombre de Juan Manuel Stewart,

n.º 573729, pero en este caso expedido por la Policía argentina. Una tarjeta del mayor Pablo Stagni de la aviación paraguaya, ya mencionado en otros capítulos, también fue encontrada entre los papeles importantes de Franczok.

Gran parte del material traído por el *Santa Bárbara* y desembarcado en Punta Mogotes había sido retirado por Boettger, Schröll y un tal Julio Ruth justo antes de que el lugar fuera hallado por los argentinos. El automóvil utilizado para la oportuna pero parcial evacuación, propiedad de Ruth, fue encontrado por Coordinación Federal el día 25. Tenía en el maletero veinticuatro bultos o canastos repletos de material técnico y once latas con drogas y químicos de alto valor.<sup>37</sup>



## ENGAÑO A «COBIJA»

Puesto al tanto de la caída de Don Torcuato, el cautivo Franczok claudicó. El 23 de agosto de 1944 firmó una extensísima declaración ante Contal, en la cual reconoció sus actividades y entregó todo tipo de detalles de la rama técnica del servicio secreto que lideraba. Contestó con la verdad absoluta a cada pregunta de los argentinos; desde sus inicios en Brasil, pasando por la formación del grupo y de cada estación, hasta las actividades de sus últimos días. Lo único que omitió en aquella primera declaración fue el desembarco

subrepticio de Punta Mogotes. Muy probablemente no sabía de la reciente detención de los agentes infiltrados aquella noche por los alemanes.

Por aquellos días, Contal decidió insistir con la pista de la iglesia de San Miguel. Tal vez Becker era demasiado sagaz para caer en la trampa, pero no lo era el padre Fernández. La mañana del 19 de agosto el jefe de Coordinación envió al agente encubierto Walter Landau, alias «Rider», a entrevistarse nuevamente con el cura. Ni Becker ni sus mensajeros se habían presentado. El jefe del SD estaba al tanto de las detenciones ocurridas y se había puesto a resguardo.

Un Fernández bastante suelto de lengua le dijo a Rider-Landau que si bien no podía conectarlo con «Pepe», en su lugar podía presentarlo a un nuevo e importante agente nazi recién llegado a Buenos Aires. Este último tenía la misión de formar una nueva rama del servicio de espionaje completamente independiente, dijo el sacerdote. Quedaron en reunirse en dos días. Así lo hicieron. A media mañana del 21 de agosto, Ladau-Rider volvió a la carga. Al ingresar a la iglesia vio a Fernández departiendo animadamente con un hombre de unos treinta y cinco años. Al acercarse, el sacerdote los presentó.

«Este es “Cobija”, le dijo, para

luego manifestar que desempeñaba una alta función dentro del organismo de espionaje alemán.

Luego de las introducciones, ambos se despidieron del padre Alfredo Fernández y salieron de la iglesia. Caminaron hasta la esquina de avenida de Mayo y Bernardo de Irigoyen e ingresaron en la confitería Oriente, conversaron en perfecto alemán, «Cobija» interrogó largamente al agente encubierto sobre cómo había conocido a «Don Antonio», quería estar seguro antes de pasar a los temas «comprometedores». Al igual que el sacerdote falangista, el espía tragó el anzuelo completamente.

«Cobija» por supuesto era Waldemar Boettger, el mismo que desembarcara subrepticamente en Punta Mogotes varias semanas antes. Al parecer, el nuevo agente del SD en Buenos Aires no mostraba estar hecho de la misma madera que los diestros Becker y Franczok. Una de las principales recomendaciones recibidas en Alemania había sido justamente la de no conectarse con elementos de las ramas preexistentes del servicio. La dirección del padre Fernández se había informado sólo para casos de emergencia. A pesar de las advertencias, «Cobija» comenzó con el pie izquierdo.

Una vez que Boettger estuvo

fatalmente seguro sobre Walter Rider, quien le manifestó ser un convencido nacionalsocialista, decidió invitarlo a su casa para hablar de temas «más sensibles». Una vez en Rodríguez Peña, 408, sexto piso, el agente nazi comenzó a hablar con toda soltura. Mencionó que llegaba desde el Reich para liderar una nueva rama del servicio de espionaje y que la detención de varios espías de los grupos anteriores le creaba serias dificultades. Carecía de material técnico, dinero, amigos y personal cualificado. Todo lo que había traído consigo había sido entregado a Franczok, quien ahora se hallaba detenido. «Cobija» pidió a «Rider» que le consiguiera una cédula de

la Policía Federal y que alquilara otro departamento. Quedaron en verse dos días más tarde en el restaurante The Copper Kettle, de Florida, 600.

A las 18:00 h del mismo día en que se conocieron, Landau volvió a Rodríguez Peña, 408, pero esta vez lo acompañaban el principal Vega y varios agentes de la Policía. «Cobija» había salido, por lo que la comisión policial secuestró todas sus pertenencias entre las cuales se hallaron elementos de cifrar y un par de tarros con drogas procedente del *Santa Bárbara*. Alrededor de las 22:00 h Boettger retornó a su departamento y fue detenido en el acto. Dijo llamarse Pascual Rodríguez y ser

español, pero no pudo sostener su historia por mucho tiempo. Desde ese momento fue conocido en Coordinación Federal por uno de sus alias, Walter Burkhardt. La carrera del supuesto sucesor de Wolf Franczok no llegó a durar dos meses.



## ¿Y QUÉ SUCEDIÓ CON «VALIENTE»?

La estadía en Argentina del luxemburgués Joseph Schröll, el otro pasajero del velero *Santa Bárbara*, el as de la tinta invisible y el «micropunto», tampoco fue muy ufana. En el Capítulo XIX hemos narrado cómo «Valiente» había montado un avanzado laboratorio fotográfico para el servicio alemán en casa del colaborador austríaco Schwaiger, en Caseros, 2559, en la localidad de Olivos; pero no mencionamos cómo terminó todo ese asunto.

Para el 22 de agosto, hacía una semana que Schröll había perdido contacto con su jefe «Don Antonio». A través de Lina Maurer se puso al tanto de su detención. La única dirección que conocía era la de Szeraws, en la calle Las Heras, y hacia allí se dirigió la mañana de aquel día en busca de novedades. Una mala idea. «Valiente», quien no hablaba casi una palabra de español, fue detenido de inmediato. Apenas pudo manifestar su nombre falso, Alphonse Chatrain.

Schwaiger, quien vivía en el laboratorio de la calle Caseros, no tardó en ser también capturado. El lugar fue allanado el día 27. Entre los elementos

secuestrados se hallaba la cámara Leica, número de serie 387461, recortes técnicos en inglés y alemán y varios informes de espionaje listos para ser sometidos a la técnica del «micropunto». La máquina de fotografía Contax había sido empeñada por Schwaiger luego de que Schröll desapareciera. Nada se supo de las misteriosas Mipu... Al menos nada que pueda ser respaldado por información certera.

Las declaraciones de «Valiente» del día 26 de agosto dispararon el allanamiento realizado, ese mismo día, en casa de la señora Elsa Hese de Wichmann. La viuda, ajena al servicio secreto alemán, había alquilado

inocentemente a Schröll una habitación en su casa de la calle Pasteur, 1367, en Vicente López. Aquel procedimiento liderado por el teniente Abel Rodríguez no fue uno más de aquella larga saga. Daría origen a un episodio confuso y muy comprometedor para la plana mayor de Coordinación Federal. Tamaña sorpresa se llevó Óscar Contal al día siguiente, cuando Boettger le confesó que en casa de la señora Wichmann había una enorme suma de libras esterlinas escondidas, cosa que sospechosamente Rodríguez había pasado por alto. Tal como desarrollaremos en el próximo capítulo, este hecho pronto comenzaría a traer

importantes consecuencias dentro de esta historia llena de aristas cada vez más sorprendentes...<sup>38</sup>

Querido Pepe:

Me detuvieron el 14 de Agosto h.11 en la casa de Ortiz.-Tienen agarrados a Livio y Luisa, Enrique y Emy.- Después (Magri) del taller Tito, etc. Ernesto o sea P.5. cayó conmigo el mismo día. Lo que más sorprende es la caballerosidad y la rectitud con la cual me tratan. El Mayor, Amarante, Vega, Rodríguez etc. me felicitaron por mi trabajo excelente y la suya tan dura que he sido.- Ha sido conocido de inmediato: Uno no son delincuentes sino hombres de honor que nosotros necesitamos. Nosotros obramos de la misma manera. Tratamiento correctísimo. Por si llegara a suceder algo aquí, debíamos hacerles sus radio-comunicaciones.- Ahora ha llegado a eso, el sábado próximo cumpliré aquí cinco días. Ningún interrogatorio. Solamente conversaciones colegiales de colegas. Cuanto digo. No puedo contestar, no se enojen si intentan que yo les hable y ahora que ellos saben casi más que yo sobre mi organización. En lo que respecta a los colaboradores, la sociedad puede quedar como disuelta, yo espero que P.1 y ER serán en lo futuro, también, de confianza. El aspecto de P.1 es conocido, de PE no ninguna foto; Rafael Soballberg, nombre conocido; de P.1 Luis KEMMAN.- Espero que Goby no se encuentre aquí, ya está bastante aquí.- Auto es conocido. Así que EL y P.2 guardar silencio. Llevar las cosas lentamente (de poco a poco) a Ros por ejemplo.- Las canastas del departamento I están todas aquí.- Becker lleva desde aquí todos los (Vozales) Victor y etc. a Ros como columna vertebral de nuevos grupos. Son desconocidos. Enterrad en lo de P.2 (palabra ilegible) cosas o guardadlas o mandad otra vez a Toldi aquí.- Todavía desconocido, localizable bajo G.R. casilla de correo, R.C. (ignore el número pero es necesario) No tengan miedo que se hagan comentarios en lo futuro. Conseguí mi literatura profesional o general, calzado y otros efectos personales en el sótano, el Círculo Alemán, Paseo Colón.- Para más tarde no tengo nada.- Me llamo Walter Funk, respecto la regla idiomática "Rosas" es ahora insostenible. Pues se sabrá entonces que nos conocemos. En el momento grandes cuestiones de Dora y Elvira.- Nunca recibí dinero de Bo. Como alquilaron a Dora y Elvira no sé.- Ayudé solamente a los ospataces. Lo cierto será conocido. Ya buscan positivamente, será imposible ocultar algo pues los hombres tendrán que salir de sus costumbres y tradiciones.- Yo sigo aquí más adelante, para poder ayudar a mis hombres, pues cumplieron con sus deberes.- Para huir falta cualquier motivo.- Escucharé si se llegara a necesitar algo para el sumario, respecto la organización sobre mí, fuertemente a los Diplomáticos.- Pediré si es posible las mejores publicaciones.- Eventualmente podré saltar hasta de aquí una nueva conexión, para allá.- He sido tratante cuestiones muy delicadas de los lados.- De mi organización afirmaré todo lo que mis hombres declararon.- Sobre Chi etc. nada. Nosotros estamos bien, casi no preguntan. Lo demás, pues, guentos de hadas.-

(firmado) Antonio.-

Carta de Franczok a Becker traducida al español por el agente de Coordinación Federal Walter

Landau, alias «Rider». Archivo General del Poder  
Judicial de la Nación.

# Capítulo XXII

## Fiebre de divisas

La posibilidad de poner las manos sobre una alta suma de dinero ajeno suele despertar lo peor de algunas personas, al menos de algunas de ellas. Casi en cualquier ámbito que podamos imaginar, y ante la ocasión concreta,



aparece el famoso «oportunista». En 1944, la plana mayor de Coordinación Federal no fue la excepción a la regla.

En el transcurso del Capítulo XIX, en el cual hemos narrado la llegada a Mar del Plata de los agentes del SD, Boettger y Schröll, a bordo de un velero del Abwehr, logramos detallar exhaustivamente el contenido de las cajas que acompañaron a los espías durante su extensa travesía atlántica. Para financiar las actividades de las redes existentes, y las que los alemanes pensaban seguir desarrollando en Argentina, los espías del Tercer Reich desembarcaron aquella fría noche de invierno fuertes sumas de dinero. Se

repartían entre pesos argentinos, dólares y libras esterlinas. También desembarcaron grandes cantidades de drogas muy valiosas. Estas últimas, dado su muy alto valor en plaza, estaban destinadas a ser vendidas y el dinero obtenido, a financiar el servicio secreto alemán.

A mediados de agosto de 1944, Waldemar Boettger, alias «Cobija», suponiendo que Wolf Franczok había sido ya detenido, se propuso retirar de la quinta de Don Torcuato gran parte de los elementos traídos a bordo del *Santa Bárbara*, los cuales habían sido depositados allí por «Don Antonio». Ante la detención de este último, era

sólo cuestión de tiempo para que el allanamiento de la quinta Del Campo se llevara a cabo. Frente a tal panorama, Boettger se puso en contacto con Schröll, quien con la ayuda del austríaco Schwaiger consiguió que un tal Julio Ruth, alemán, a quien conocía de la Thyssen, facilitara su automóvil para la urgente evacuación de los elementos valiosos del servicio.

«Cobija», «Valiente» y Ruth sacaron justo a tiempo las drogas más valiosas y la totalidad de las libras de la quinta de Don Torcuato. El total del dinero y tres frascos grandes con drogas fueron escondidos en casa de Schröll. Los químicos más valiosos fueron

puestos en un baúl y llevados al domicilio de Federico Bade, hermano de los Bade detenidos en casa de Szeraws. El nuevo depositario de las drogas vivía en la calle Corrientes, 1296, en pleno centro porteño. Abundantes elementos técnicos de «Cobija» y algunas drogas de menor valor quedaron en el baúl del automotor de Ruth, donde Coordinación Federal los halló el día 25, en un garaje de la calle Urquiza, 2989, localidad de Florida.

En el automóvil de Ruth se hallaron veinticuatro bultos con elementos de radiotelegrafía y once latas con químicos. Coordinación llegó hasta él gracias a la declaración de Boettger del

24 de agosto. Ruth, de treinta y nueve años, no era parte del servicio secreto de espionaje y conocía a Schwaiger sólo por ser proveedor de la Thyssen, empresa alemana de la cual el austríaco era empleado.

Tras las detenciones de Schröll y Boettger, las cuales hemos narrado en el capítulo anterior, ambos agentes del SD fueron llamados a declarar ante el mayor Óscar Contal. Sus declaraciones completas están recogidas en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, y el 24 de agosto, Boettger o «Cobija» apenas declaró lo necesario para atrapar a Ruth.

El día 26 llegó el turno de «Valiente» para explayarse en detalle.

Luego de mencionar ante el jefe de Coordinación Federal que tanto él como su compañero habían desembarcado de un submarino alemán en Punta Mogotes, y de describir sus funciones dentro de la organización, Schröll, sin ponerse colorado, contó a Contal sobre las drogas y las libras falsas y sobre los billetes que eran de gran calidad y que se hallaban ocultos en su habitación de la calle Pasteur, 1367, en casa de la señora Wichmann.

Debido a las novedosas declaraciones de Schröll, esa misma tarde, el teniente Abel Rodríguez, el principal Vega y el ayudante Fazio se dirigieron a toda prisa a inspeccionar la

casa de la señora Elsa Wichmann. En el registro oficial de las actuaciones de aquel día se da cuenta del secuestro de dos grandes valijas de cuero, las cuales contenían «documentos y escritos», «tres frascos grandes de Phanadorm» y «un par de recipientes de hojalata que contenían Naganol».<sup>39</sup> A pesar de que el mismo Schröll se hallaba presente durante el procedimiento en la calle Pasteur, de los fajos de dinero no se menciona nada en absoluto en el informe del militar argentino. Al parecer, en ese mismo momento, el teniente Rodríguez habría decidido poner sus manos sobre las libras. Uno podría pensar, a la luz de las actuaciones

y de otros testimonios que citaremos en breve, que en un principio el hombre de Coordinación Federal intentó hacerse con el total de las divisas falsas.

No cabe duda alguna de que tanto Boettger-Burkhardt y Schröll-Chatrain desembarcaron del *Santa Bárbara*, tal cual lo narrado. Ambos declararon falazmente que viajaron a Sudamérica a bordo de un sumergible alemán. Con toda seguridad se trató de una lección aprendida de antemano, tendente a no poner en evidencia a la lenta nave de Garbers, la cual podría ser descubierta por los controles aliados.

Hasta ese momento, Schröll no había sido demasiado preciso sobre la



cantidad de dinero escondido en su habitación. Al día siguiente, 27 de agosto, llegó el turno de declarar más ampliamente para Boettger, quien al fin y al cabo era el depositario original del efectivo. «Cobija» fue mucho más preciso sobre el asunto. Para desgracia del vivillo Rodríguez, el agente alemán dio a Contal información muy precisa sobre la totalidad del dinero desembarcado en Punta Mogotes. Dijo sin tapujos que las libras se hallaban escondidas desde el 20 de agosto en la habitación de Chatrain (Schröll), en casa de la señora Wichmann, detrás de los cajones de un vetusto escritorio de madera.

Para esos mismos momentos, Contal estaba bastante atareado. Lina Maurer, Emilio Leeb, Schwaiger, Ruth, el escurridizo Hans Franck Langer y el testaferro Garrido González, entre otros agentes o colaboradores del servicio dependiente del Tercer Reich, fueron detenidos durante aquellas trepidantes horas.

Ante las revelaciones recientes, el jefe de Coordinación Federal envió nuevamente una comisión policial a la casa de Wichmann, el mediodía del 28. Sin embargo, cometió el desacierto de enviar nuevamente a Abel Rodríguez y al principal Vega. Como era de esperarse, el segundo allanamiento en la

calle Pasteur sólo arrojó como novedad el secuestro de un receptor de onda corta hallado dentro de un hueco en el techo del baño de la vivienda. Ese mismo día, el lunes 28 de agosto, el teniente Rodríguez fue enviado a desenterrar algunas latas secretas escondidas por los alemanes en la quinta La Pilarica, en el partido de Pilar. La totalidad del detalle que surge del operativo de excavación en La Pilarica puede ser consultado en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, en las fojas 486 y 489 del tercer cuerpo. Otra vez apareció dinero, pero el ojo vigilante y honesto del subcomisario Fernando Amarante impidió que alguien pusiera

sus afiladas garras sobre los diez mil pesos hallados.

Mientras Amarante y Rodríguez excavaban en Pilar, el principal Vega se dirigió a la calle Corrientes, 1296, y detuvo al último Bade que quedaba libre. Federico Waldemar fue arrestado, pero en su poder tampoco se encontraron las libras esterlinas, cosa que Vega ya sabía, ni tampoco las valiosas drogas que Boettger dijo haberle entregado días antes.

El 30 de agosto, la presión sobre el teniente argentino pareció surtir efecto, y en una tercera inspección en la casa de la señora Wichmann, a la que por supuesto concurrió nuevamente

acompañado del principal Laureano Vega, hubo novedades. Rodríguez declaró ante Contal haber hallado, ese día, casualmente en el mismo hueco o bohardilla del baño donde días antes apareció el receptor de onda corta, la cantidad de 1.516 billetes de diez libras falsas de inmejorable calidad.

Cuatro días más tarde, el 4 de septiembre, las sospechas de Contal se materializaron. Mandó llamar a Schröll y le pidió que indicara con exactitud si la cantidad de libras secuestradas por Rodríguez representaban el total de lo que en su momento obró en su poder. «Valiente» no dudó en decir que faltaba casi la mitad del botín. De inmediato

Contal envió a Amarante a casa de la señora Wichmann a realizar la cuarta inspección en una semana. A las 21:50 h de ese mismo 4 de septiembre el subcomisario estaba de vuelta. Los distraídos Abel Rodríguez y Laureano Vega habían pasado por alto tres veces, dentro de la misma bohardilla del baño, una lata que en su interior atesoraba las 11.970 libras faltantes hasta ese día; si es que efectivamente se halló la totalidad de ellas, lo que parece poco probable.

Al parecer, la primera reacción del teniente Rodríguez fue la de intentar involucrar a Amarante: «Mirá, Amarante, si nos callamos la boca con esto somos ricos». «Mi padre casi lo

mata ahí», recordó el hijo del subcomisario durante los años noventa, entrevistado por Uki Goñi.

Al no encontrar complicidad en quien lo había pillado, Rodríguez tuvo que renunciar al botín y montar una historia para la cual contó con la ayuda de los mismos alemanes y de la señora Wichmann. A los primeros seguramente les prometió algún favor. Por su parte, la desgraciada viuda de Wichmann no sería muy difícil de presionar, ya que había sido «demorada» por Amarante durante todo el desarrollo del incidente.

Franczok, a instancias del teniente Rodríguez, convenció a Schröll de que declarara que él había sido el

responsable de dividir el dinero. Pero aún quedaba que alguien se hiciera cargo de que el teniente distraído no hubiera hallado nada en sus primeras dos inspecciones, y también de que hubiera hallado sólo la mitad en el tercer allanamiento. Ahí es donde entró la señora Wichmann a la historia montada para salvar a los arribistas. La pobre viuda, bajo presión, declaró un cuento fraguado, un fariseo subterfugio. De acuerdo a su declaración del 6 de septiembre, ella misma había sacado el dinero perteneciente a su inquilino de la propiedad. Según dijo, la impulsaba el «miedo». Narró una historia en la cual se había enterado por la prensa de la



detención de varios alemanes acusados de espionaje. Por algún motivo, dedujo que su inquilino era cómplice de los delitos denunciados. Elsa Wichmann llevó el dinero, siempre de acuerdo a su relato, al hotel Viena, en Lavalle, 368, donde halló a su cuñado Ernesto Groene, a quien encargó esconder las libras. Luego, justificando el hallazgo de únicamente la mitad del dinero, la viuda agregó que también fue ella quien trajo sólo parte del dinero a su domicilio de regreso, y que el resto fue devuelto al mismo lugar justo antes de la llegada de Amarante. Llamativamente, a nadie se le ocurrió verificar la historia con el tal Groene.

Seguramente Contal no creyó semejante cuento. Pero poco pudo hacer en contra de Rodríguez, quien al parecer estaba respaldado por elementos superiores al jefe de Coordinación Federal. El teniente en cuestión no se hizo millonario, sin embargo, «algunos oficiales de Coordinación florecieron en trajes nuevos» por aquellos días, recordó Franczok ante sus interrogadores americanos en 1947.

Las libras esterlinas falsas, que finalmente quedaron en poder de Contal, eran de tan buena calidad que fueron llevadas por este y un asesor legal al Banco Central, donde fueron aceptadas como legítimas. El Ministerio

de Hacienda ordenó al jefe de Coordinación cambiar las libras, entendiendo que no eran falsas, lo que produjo que tiempo después algunos particulares fueran severamente damnificados.<sup>40</sup>

El hecho de que las valiosas drogas entregadas a Federico Bade no fueran encontradas en su poder al momento de ser detenido no significa que lo narrado por Boettger haya sido falso. Dichas drogas no estaban en su departamento de la calle Corrientes, 1200, debido a que, dos días después de haber sido dejadas allí por los agentes del SD, Bade las reubicó en casa de su amigo, el extripulante del *Graf Spee* y prófugo,

Bernardo Teodoro Visser, cédula de internación 523. El 9 de septiembre, Amarante allanó la casa de Visser, alias Juan Wachter, y halló grandes cantidades de drogas valiosas contrabandeadas por los alemanes, el total de lo hallado puede cotejarse en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, en la foja 546 del tercer cuerpo.

El 7 de septiembre, luego de que el asunto de las libras quedó resuelto, por así decirlo, el agente encubierto bilingüe Walter Landau retornó a la iglesia de San Miguel. Era el último intento de llegar hasta Siegfried Becker a través del sacerdote. Landau encontró al padre Alfredo Fernández distante, retraído y

desconfiado. Boettger había desaparecido justo luego de salir de allí con «Rider». La realidad es que el religioso había recibido un aviso de Becker en el cual le advertía sobre el falso agente.

Landau retornó a Coordinación Federal y le dijo a Contal que su misión encubierta estaba terminada. Los argentinos citaron a Fernández a declarar, pero este, asustado, hizo caso omiso a las primeras notificaciones. Recién el día 6 de octubre se presentó ante Contal. Lejos de negar su implicación en los asuntos de espionaje a favor de Alemania, el sacerdote recordó que había conocido a Esteban

Jesús Amorín a bordo del vapor *Cabo de Hornos*, en el año 1940, mientras ambos viajaban rumbo a Buenos Aires. Amorín había abordado en Montevideo, durante el trayecto final del viaje, sin embargo, un par de noches en la cantina de la nave bastaron para estrechar los lazos entre ambos españoles. Como era de suponerse, el excapellán del ejército franquista y el exjefe de la Falange en la ciudad de La Plata no tuvieron problemas para entenderse a la perfección.

A Fernández lo salvó del calabozo, al menos ese día, ya que luego sería finalmente detenido, su condición de miembro de la Iglesia católica. De otra

manera hubiera ido a parar al mismo agujero donde se hallaban gran parte de los agentes nazis para aquel momento.

A finales del mes de noviembre, especialmente gracias a los datos aportados por Schibli, se ubicó la chacra de la Orga-T en Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos. Carlos Leitner fue detenido en ese momento y remitido raudamente hacia las oficinas de Coordinación Federal.

Así llegó el año 1945; el del final de la guerra. Los ejércitos de Hitler acababan de chocar contra un muro infranqueable en las Ardenas, durante su última acción ofensiva de la larga contienda. Desde ese momento, se

trataría sólo de desesperadas acciones defensivas dentro de las fronteras del Reich. En el frente del este y en el del oeste caerían miles de alemanes por una causa ya perdida desde largo tiempo atrás. A miles de kilómetros del centro de los acontecimientos mundiales, en la República Argentina, el último puente del Tercer Reich con el mundo occidental también se desmoronaba. Sólo un puñado de espías y el mejor agente del SD en el continente americano lograban a duras penas permanecer en libertad. Sin embargo, no lograrían evadirse de las garras de Óscar Contal durante mucho tiempo más.



# Capítulo XXIII

## El último espía

Tal vez fue una simple casualidad. Tal vez se trató de una mera coincidencia de aquellos lejanos días...

El último puñado de agentes nazis de la Red Bolívar, todavía bajo los designios del astuto capitán de las SS,

Siegfried Becker, acorralado y desconectado de Berlín por el desmembramiento de la Orga-T de Franczok, escogió como escondite veraniego las poco concurridas playas del pequeño balneario bonaerense de Mar de Ajó. Dunas, frondosos árboles, cálidos caminos de arena; localidad desolada para aquella época. Ubicada a veinticinco kilómetros al sur de lo que, apenas unos pocos meses después, se convertiría en el epicentro de los famosos avistamientos de sumergibles alemanes de los que el autor del presente libro se ha ocupado en profundidad en investigaciones anteriores. Gustav Seraphin, hombre del grupo de

espionaje de Becker y a quien ya nos hemos referido, era uno de los pocos agentes alemanes cuya identidad aún no había trascendido en la prensa. Por esa razón, fue a quien Becker encargó la tarea de alquilar una casa en la pintoresca Mar de Ajó. Sobre la calle Avellaneda, en la zona conocida como El Parque, frente al actual *camping* del Automóvil Club Argentino, se levantaba un coqueto y cómodo chalé que a los espías nazis les pareció ideal como reducto estival.

El día de año nuevo de 1945, Seraphin, junto a su esposa e hija, arribó al lugar de descanso, luego de un agotador trayecto en ómnibus desde la

capital. Becker temía ser atrapado si se trasladaba al nuevo escondite utilizando un medio de transporte público, por ese motivo, pidió a su colaborador, Karl Fandrich, que hiciera las veces de su chofer y se uniera al grupo de vacacionistas. Recordemos que Fandrich tenía una librería en la calle San Martín, 388, la cual era largamente frecuentada por elementos pronazi de todo tipo y color.

El 3 de enero, Becker y el librero se encontraron en la zona del bajo, avenida Leandro N. Alem entre Córdoba y Viamonte. Estaban listos para emprender el viaje cuando el DKW prestado, que conducía el colaborador

del Hauptsturmführer, se encaprichó y no quiso arrancar. Debieron posponer la excursión por unas horas, y con el automóvil ya reparado, volvieron a encontrarse en paseo Colón al 900 esa misma noche. Desde allí partieron alegremente hacia Mar de Ajó.

Durante la siguiente semana, mientras Alemania se desangraba por ambos frentes, Becker y un grupo de sus más cercanos colaboradores tomaron el sol y disfrutaron de refrescantes baños en el frío mar argentino. El 10 de enero, el argentino Pedro Ilvento, uno de los traductores que el SD utilizaba para sus informes de inteligencia, se unió a la comitiva. Seraphin lo había ido a buscar

hasta la ciudad de Dolores para asegurarse de que no fuera seguido.

Sin embargo, había algo que preocupaba a Becker durante aquellos «felices» días bajo la sombrilla: el Asunto Uruguay. Hemos mencionado, ya en el Capítulo X, que las redes del SD de «Don Pepe» alcanzaban la otra orilla del Río de la Plata. Los uruguayos Carlos Manfrini, Juan Alberto Bove y el suizo Juan Pfeffer eran algunos de sus principales agentes en Montevideo. La posibilidad de que los estadounidenses establecieran bases militares en el mencionado país vecino interesaba particularmente a los militares argentinos. El coronel Brinkmann,

puesto al tanto de la existencia de los espías mencionados a través de Lasserre Mármol, no dudó, una vez más, en aceptar recibir información proveniente de agentes secretos del Tercer Reich. Con Bove arrestado para finales de 1943 por la Policía uruguaya, Pfeffer y Manfrini debieron huir a Buenos Aires. Como resultado, los uruguayos comenzaron a seguir la pista de la organización de Becker. El suizo murió en el Hospital Alemán en noviembre de 1944; antes había hecho llegar a Becker un detallado informe sobre las proyectadas bases de los Estados Unidos en el país oriental. El dossier había sido enviado de inmediato al coronel

Brinkmann. Manfrini fue asignado a tareas menores de información dentro del grupo de Becker.

El hecho de que el coronel Brinkmann estuviera involucrado hizo creer a Becker que los nombres o detalles que los policías uruguayos pudieran ventilar serían bloqueados. Confiaba en que el militar argentino se interpondría, ineludible, entre los investigadores argentinos y uruguayos. Pero se equivocó.

El 5 de enero de 1945, mientras Becker y Seraphin se asoleaban en Mar de Ajó desde hacía un par de días, un telegrama fue cursado por la Policía de Montevideo con destino a Coordinación



Federal. En él se denunciaban las conexiones de varios agentes detenidos en Uruguay con espías radicados en Buenos Aires, entre ellos Gustav Seraphin, rumano, domiciliado en la calle Amenábar, 2455.<sup>41</sup>

Todos los denunciados en el telegrama de la Policía uruguaya fueron detenidos ese mismo día o los siguientes. Entre ellos, el uruguayo Manfrini y el comerciante alemán Guillermo Maubach, poseedor de un local de fotografía en la calle Sarmiento, 381, donde repartía folletos nacionalsocialistas. Por supuesto no hallaron a Seraphin en su casa. El mayor Contal había enviado ese mismo día al

subcomisario Fernando Amarante a la calle Amenábar, pero no dio con el traductor del servicio secreto alemán. Sin embargo, el tenaz oficial pudo averiguar, a través de los vecinos, que el espía se hallaba veraneando en Mar de Ajó.

El 9 de enero, la plana mayor de Coordinación Federal decidió enviar al inspector Goldaraz y a varios agentes de policía para verificar si la pista de Mar de Ajó era cierta. No se arrepentirían.

Mientras disfrutaba de su inusual descanso, Becker, en principio, no se alarmó por algunos artículos de prensa aparecidos por esos días sobre el Asunto Uruguay. Algunas editoriales incluso

mencionaban al difunto Pfeffer. «Don Pepe» creía que la línea de investigación que llevaría a los policías hasta Manfrini y Seraphin había sido cercenada por la muerte del suizo y por una visita que Brinkmann había hecho al jefe de la Policía Federal.

La cosa se puso más seria durante la segunda semana de estadía en el pequeño balneario. Los periódicos *La Nación* y *La Prensa* ahora daban cuenta de que la policía buscaba intensamente a Seraphin y a Manfrini. Para 1945 los medios impresos demoraban dos días en llegar desde Buenos Aires hasta un lugar tan alejado, por lo tanto, Becker supo que debía tomar medidas evasivas

casi de inmediato.

Todo se desencadenó la mañana del 11 de enero. Seraphin fue detenido en plena playa de Mar de Ajó, mientras fumaba sentado en su reposera, entre algunos atónitos turistas. Miradas perplejas y gestos de incredulidad se multiplicaron ante tan inusual espectáculo. Pedro Ilvento observó todo desde lo alto de una duna y corrió a dar aviso a Becker.

El argentino, el rumano y el alemán habían tenido la precaución de dispersarse en la playa. «Don Pepe», quien también se hallaba bronceándose despreocupado, corrió a la casa de la calle Avellaneda, tomó un traje, lo puso

bajo su brazo y se perdió entre las dunas... Textualmente así lo relató Karl Fandrich, quien ese día observó impávido toda la escena sin ser siquiera molestado por los agentes de Contal. Horas después, un ómnibus depositó a Becker en la ciudad de Dolores, a medio camino de la capital.

3-048

REPUBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NACIÓN

MINISTERIO DEL INTERIOR

Jefe Policía Capital Federal 1945

Suve.

RECEBIDA EN EL MINISTERIO DEL INTERIOR

RECEBIDA EN LA OFICINA DE LA POLICIA FEDERAL

13.15. 5 Enero 1945.

Pines estas sporidias informale cañena fecha deloyan varias personas pertenecientes grupo agonalto alcom dependiente grupos Juan Alfredo Acquier y Juan Gerardo Luis Larrazar descubiertas con policia febrero 1944. Arrendos Nacional con siguientes personas radicadas en: Custara Seraphin Buenos Domiciliado Amecabar 2435, Jakyx Lavarez integralista Bessaliba Gerente café superobeta instalado calle Florida Dr. Francisco Carusso Gomez, integralista domiciliado Charpas 443 domiciliario en Entre Rios con Estancia Unidos y al parvor el frente una casa de café "Café Unión" en calle San Martín y con domicilios grupales "Pavón"

REPUBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NACIÓN

MINISTERIO DEL INTERIOR

RECEBIDA EN EL MINISTERIO DEL INTERIOR

RECEBIDA EN LA OFICINA DE LA POLICIA FEDERAL

13.15. 5 Enero 1945.

2 Domiciliados Acquier 1944 y Gerardo Montecinti Gerente en zona de Mayo 1277 plus et detestados en las zonas vinculados tambien profugo Pedro Ilvento. Saludo a ud suve.

Juan Carlos Gomez Falle

Jefe Policía Montevideo.

**ENERO 5 1945**

**A LA ORGANIZACION FEDERAL**

Telegrama 134608/146 de la Policía de Uruguay denunciando a Seraphin y otros agentes. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

Antes de partir precipitadamente, previendo el desenlace de las cortas vacaciones, el capitán de las SS había dejado la suma de dos mil pesos a Ilvento. También encargó al librero Fandrich que alquilara un nuevo departamento para él en Buenos Aires. Este último, para llevar adelante su cometido, debía ponerse en contacto con «Melita» Tietz, una joven amiga de Becker, expareja de Heinz Lange y a quien «Don Pepe» ya le había echado el ojo un tiempo atrás.

A las dos de la madrugada del 12 de enero, el jefe del SD llegó a la estación de Retiro. Tan repentina había sido su huída de Mar de Ajó que olvidó

las llaves de su departamento de la calle Tucumán, 672, piso tercero. Cabizbajo, Becker se dirigió a la localidad de Florida, donde su colaborador Antonio Schurle lo ubicó rápidamente en casa de un amigo de nombre Schue, en Ramos Mejía.

El 13 de enero el inspector Luciano Goldaraz entregó a Seraphin en la oficina de Coordinación Federal de Buenos Aires. Contal supo que Siegfried Becker, el último espía pesado en libertad, se le había escapado por muy poco, como arena entre los dedos.

En realidad, «Don Pepe» tuvo algo de suerte al olvidar sus llaves. Seraphin, tiempo después, revelaría bajo



interrogatorio la ubicación del departamento, así como también el hecho de que la empleada del Banco Germánico, Margarita Hintze de Wilkening, era la inquilina que obraba a favor del servicio alemán. El domicilio no tardó en ser allanado y los Wilkening puestos tras las rejas. A partir de ese momento, Becker vivió casi en completa reclusión. Comenzaba a ser cercado. Cualquier movimiento en falso, por más mínimo que fuera, lo enviaría a prisión.

El librero Fandrich, fiel a su connacional, había cumplido con la misión encomendada por el *Hauptsturmführer*. Contactó a «Melita» Tietz y, para fines de enero, esta alquiló

para «Don Pepe» un cómodo departamento en el sexto piso de la avenida Roque Sáenz Peña, 995.

No hubo demasiadas novedades durante las semanas siguientes. Becker estuvo tan inactivo como tristemente confinado en la sala de su departamento de Diagonal Norte. Observaba por su ventana. El puñado de metros que lo separaba del Obelisco parecía un páramo aterrador. Los días transcurrían lentamente, lejos de las andanzas del espionaje; aquel arte extraño, para el cual parecía haber nacido con un talento especial.<sup>42</sup>

El padre Alfredo Fernández volvió a ser citado el 19 de enero. Ya muy

acorrallado por lo que Contal sabía, dio detalles de sus contactos con Siegfried Becker. El cura reconoció que había reclutado últimamente como «buzón» a un tal Alfredo Villa. El motivo de ello era que «Don Pepe» le había avisado a través de una nota de que era vigilado intensamente. Villa, de nacionalidad española, fue detenido el mes siguiente.



San Martín, 388, aquí se hallaba la librería de Karl Fandrich. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El 28 de febrero finalmente el sacerdote falangista quedaba detenido por espionaje a favor de una potencia extranjera. Ya tras las rejas, el religioso dejó de callar sobre ciertas cuestiones y habló largamente con Contal el 2 de

marzo. Incluso mencionó la aparición del tal «Rider», enterándose en ese momento de que se trataba en realidad del agente de Coordinación Federal encubierto Walter Landau.

Durante el mes de febrero Coordinación Federal comenzó a seguir el rastro del periodista nacionalista del *Deutsche La Plata Zeitung*, Guillermo Antonio Lasserre Mármol el nexo germano con el coronel Brinkmann. Personajes, ambos, a los cuales ya nos hemos referido con bastante detalle en capítulos anteriores. Durante las averiguaciones pertinentes, los argentinos cayeron en la cuenta de que el departamento donde vivía Lasserre

estaba alquilado, nada menos, que a nombre del espía detenido Schurer Stolle. Vaya descubrimiento.

El agente de Coordinación Federal Eduardo Vicente Martínez estableció una vigilancia casi completa en José Evaristo Uriburu, 1067, planta baja. Siguió a Lasserre hasta el Ministerio de Guerra en más de una oportunidad, también hasta una oficina de Brinkmann, en la calle Azcuénaga, 1082, casualmente, esta última, ubicada a cien metros de distancia del lugar donde Stolle había alquilado el cómodo departamento para el periodista.

Mientras tanto, la declaración testimonial más importante de Gustav

Seraphin recién fue tomada el 4 de marzo, más de un mes y medio después de ser detenido en la playa de Mar de Ajó. Tal vez, bajo los efectos de la famosa picana eléctrica, en aquella oportunidad no dudó en revelar todo tipo de detalles. El departamento de Wilkening y las funciones de Lasserre Mármol al servicio de Becker fueron dos de los datos más importantes que ventiló aquel día el rumano.

Finalmente, el día 8 de marzo, el inspector Olavarría se presentó en casa del periodista y lo detuvo. Cuatro días después, el 12 de marzo, dio comienzo la primera de cuatro largas jornadas de interrogatorios, en las cuales Lasserre

produjo una de las declaraciones más sobresalientes e importantes del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* compilado por Coordinación Federal. Luego de aquellos largos interrogatorios, y las casi cien fojas que ocupan, quedaron más que evidenciadas las relaciones de algunos elementos de la junta gobernante con las redes de espionaje alemanas en Argentina.<sup>43</sup>

Mientras Becker se mantenía recluido en el departamento de Diagonal Norte y 9 de Julio, frente al Obelisco, Coordinación Federal comenzó a seguir muy de cerca los pasos del librero Karl Fandrich. Obviamente, el detenido Gustav Seraphin había



puesto en evidencia la cercanía entre este último y el espía alemán más buscado de la Argentina. De hecho, Becker y Fandrich eran oriundos del mismo barrio de la ciudad de Liepzig. Simpatizaban mucho.

El inspector Luciano Goldaraz siguió al menos durante las últimas dos semanas de marzo a Fandrich, con la esperanza de que en algún momento Becker se presentara en su librería de San Martín, 388, o en su casa de Villa Ballester, de la calle Entre Ríos. Becker era demasiado astuto, con Seraphin detenido, sabía que el arresto de su paisano era cuestión de pocos días. A su vez, Contal sabía que el espía se hallaba

en Buenos Aires, ¿dónde más podría refugiarse?

El jefe de Coordinación, ávido de nuevas pistas, comenzó a hurgar en el pasado de Becker. Detuvo a viejos conocidos de sus primeras épocas en Argentina. Antiguos amigos, como los alemanes Enrique Beckedhal o el comerciante de *bijouterie* Antonio Scheurle fueron demorados; pero nada pudieron aportar sobre el paradero actual del capitán de las SS.

Al menos para Becker, la vida ya no era tan solitaria. «Melita» Tietz finalmente se había mudado al departamento de Diagonal Norte y era la persona que se encargaba de salir a la

calle para hacer las compras. Un tal Kurt Horstemeyer, amigo de Fandrich y Tietz, había hecho de nexo con «Don Pepe». Casualmente, o no tanto, Horstemeyer era el dueño del automóvil DKW que el librero había utilizado para conducir al jefe del SD hasta Mar de Ajó.

Ante la real posibilidad de que Fandrich fuera detenido, Becker lo instó a que buscara a una persona de confianza. El mensajero, en caso de que se produjera el arresto, debía hacer sonar insistentemente el teléfono del espía alemán en señal de alarma. Un tal Ziegele tomó el trabajo. Por supuesto, Becker sabía que su amigo no tardaría

en cantar su ubicación bajo la mordaz presión de los interrogatorios.

Finalmente, el 4 de abril Contal se cansó de esperar y detuvo a Fandrich con la esperanza de llegar, de una vez por todas, hasta el escurridizo jefe del SD. El detalle de la detención de Karl o Carlos Fandrich está recogido en el sexto cuerpo del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*. El mismo día llegó puntualmente la alarma telefónica para Becker, quien tomó sus cosas y dejó de inmediato el departamento que compartía con Tietz.

El capitán de las SS intentó recurrir nuevamente al tal Scheu, pero este se negó a recibirlo en su casa de Ramos

Mejía por miedo a ser detenido. Lo despachó a su suerte a las cuatro de la madrugada. Al otro día, Scheu se apiadó de Becker y lo ubicó en casa de una familia amiga de apellido Mayer, en Mataderos. Se les dijo que el espía era un marino fugitivo del *Spee* de nombre «Fritz». Sin embargo, permaneció allí sólo veinticuatro horas.

«Melita» Tietz se escapó hacia la localidad de Beccar, donde recurrió a unos viejos amigos de Lange, la familia Treusch. Allí finalmente volvió a reunirse con Becker, a quien la joven presentó como un amigo de Lange de nombre «Fritz». Ambos persuadieron a la familia anfitriona de la necesidad de

conseguir una persona que prestara su nombre a los fines de alquilar un departamento para el tal «Fritz», ya que este no poseía documentación en regla. Se tragaron la historia, torpeza que pronto lamentarían. Una señora francesa de nombre Betty Laszlo, amiga de los Treusch, procedió a la locación de una propiedad en la calle Rodríguez Peña a cambio de un beneficio económico. Tamaña sorpresa se llevó «Don Pepe» cuando al despedirse de Alberto Treusch, este le manifestó que el «tal Becker», que tanto era buscado por la policía, de seguro se hallaba a salvo en Alemania...

Coordinación Federal tardó diez

días en «sacarle» a Fandrich la dirección exacta del escondite que él había alquilado para el evasivo espía. La mañana del 15 de abril, el subcomisario Amarante se dirigió a toda prisa a Roque Sáenz Peña, 995. El portero, Jorge Hery, amigo de Fandrich, le informó de que la señorita que ocupaba el departamento en cuestión se había ausentado de vacaciones, hacía al menos una semana. Amarante detuvo a Hery e inspeccionó la casa, pero nuevamente Becker se había esfumado por poco. Parecía un fantasma, siempre a punto de ser detenido pero que se esfumaba en el último momento.

La suerte de «Sargo», el hábil agente

entrenado en las artes negras por el SD, no iba a durar eternamente. Su impecable astucia lo había mantenido libre durante ocho meses de intensas búsquedas, sin embargo una joven y bonita mujer lo haría caer. Su compañera, «Melita» Tietz.

Ese mismo 15 de abril fue detenido Kurt Horstemeyer, el dueño del automóvil DKW. En su casa de la calle Arenales, 3413, de Florida, había vivido un tiempo la actual compañera de Becker. Durante el allanamiento, Amarante encontró una cédula de identidad expedida por la Policía de Chile a nombre «Melita» Tietz Schoeter. Ahora Contal tenía en su poder una



fotografía de la persona que acompañaba a Becker, de quien había sabido gracias a las recientes confesiones de Fandrich. Con aquellos nuevos elementos a disposición no fue muy difícil para los argentinos atar cabos sueltos. Habiendo dejado precipitadamente el departamento de la calle Roque Sáenz Peña, era de esperarse que Becker, imposibilitado de alquilar a su nombre verdadero o falso un nuevo refugio, utilizara a su compañera de veinticinco años para tal cometido. El 17 de abril por la mañana, Contal despachó a todos los agentes de policía disponibles con la misión de recorrer las casas de alquiler que ofrecieran, mediante publicaciones

en periódicos locales, departamentos en locación amueblados. Todos llevaban una fotografía ampliada de «Melita» Tietz.

La mañana siguiente, uno de los agentes enviados, el oficial ayudante Gualberto Bogari, luego de realizar varias averiguaciones, dio con un edificio de balcones redondeados, el cual hoy todavía se yergue orgulloso sobre la calle Rodríguez Peña, 1533, en el barrio de Recoleta. El portero reconoció de inmediato a la joven y bonita mujer, quien se había presentado poco tiempo atrás con el nombre falso de Anita Pérez. Declaró también que le parecía extraño que la propiedad hubiera sido alquilada

por una señora francesa quien nunca retornó al lugar.

Bogari se mantuvo vigilante en la puerta del edificio. Aproximadamente a las 16:00 h la esbelta figura de «Melita» Tietz traspasó el *hall* principal. Caminó hasta la esquina de Las Heras y giró en dirección a la cercana avenida Callao. El policía siguió sigilosamente a la muchacha hasta un local de electrodomésticos, ubicado en Callao, 1069. Al salir del comercio, finalmente Tietz fue abordada por Bogari. Sorprendida, declaró llamarse Anita Pérez y morar en la calle Reconquista, 500. Apenas un rato después, a las 17:30 h, «Melita» ingresaba a las

oficinas de Coordinación Federal. Contal, rápido de reflejos y buscando evitar que Becker se le volviera a escurrir entre las manos, envió una comisión en su búsqueda a la calle Rodríguez Peña. El tiempo era un asunto fundamental, ya que si su compañera se demoraba, «Don Pepe» entendería que había sido arrestada y volvería a desaparecer.

Media hora más tarde, los inspectores Nicolás Graziano y Alberto Olavarría utilizaron la misma llave de Tietz para ingresar cautelosamente al departamento letra B del primer piso. Johannes Siegfred Becker estaba tranquilamente sentado en su sillón, leía las noticias y controlaba con un reloj de

pulsera el tiempo que llevaba su compañera fuera de la casa. Si los inspectores se hubieran demorado media hora más, «Don Pepe» se habría esfumado nuevamente.

Graziano telefoneó a Coordinación Federal para dar aviso de la importante novedad. A las 18:30 h, el mismo Óscar Contal se dirigió a toda prisa al lugar; finalmente se hallaba frente a Becker, ese hueso tan duro de roer. Sentía una especie de admiración por el hombre cuya captura le había quitado el sueño. Becker mismo relató su detención extensamente en el cuerpo 7 del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*. El mayor ordenó un minucioso examen del lugar.

Hallaron dentro de una valija marrón la suma de ciento ochenta mil pesos y nueve mil quinientos dólares americanos. Estos últimos, según el capitán de las SS, eran parte del dinero traído por «Cobija» a bordo del velero *Santa Bárbara*. También se halló una cédula a nombre de Juan Pedro MacDonal con la fotografía de Becker adosada, junto con una enorme cantidad de otras fotografías del espía, listas para ser utilizadas en todo tipo de documentación. Dentro de un saco del detenido se hallaron otros ocho mil pesos. Era todo lo que le quedaba al capitán de las SS para financiar una red que ya no existía; por cierto una suma

muy considerable.

«No sabe cuánto deseaba conocerlo», recordó el mayor Óscar Contal sobre las primeras palabras que escuchó de boca de quien consideraba «un profesional extraordinario». El jefe de Coordinación Federal estaba maravillado con la capacidad de Becker y así lo recordó al dar su última entrevista en los años noventa a Uki Goñi, la cual ya hemos referenciado: «Hombre joven, hablaba correctamente castellano, inglés, francés y portugués...».

Las posteriores declaraciones de Siegfried Becker, las que hoy se conocen, rellenaron unas cien fojas. Una estupenda descripción de su magistral

tarea en Argentina. No dudó en implicar, al menos en ese primer momento, a personas importantes, tales como Perón, Brinkmann, Farrell, Ramírez, González y Gilbert, entre tantos otros personajes que aún gobernaban Argentina, o habían gobernado recientemente, durante aquellos días. Según declaró Franczok a los norteamericanos en 1947, las primeras declaraciones de Becker fueron tan incriminatorias contra los militares argentinos que debieron ser reescritas, pasando de trescientas a las cien fojas de las que a día de hoy se compone. (*Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 7, 16 de mayo de 1945 y días



siguientes, causa 793/45, foja 1.293 en adelante. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.)



Rodríguez Peña, 1533, 1.º B, último refugio de  
S. Becker. Gobierno de la Ciudad de Buenos  
Aires

Pero, al parecer, el tiempo sabe

curar las heridas, al menos para algunos. Unos cuantos meses después, «Don Pepe», haciendo nuevamente gala de su gran astucia, ya no se sentiría tan traicionado por los militares argentinos...

«Sabía que estaba cercado, pero no pensé que caería tan pronto.» Fue otra de las frases pronunciadas por Becker durante aquella tarde de abril al ser detenido.

Faltaban apenas doce días para el suicidio de Adolf Hitler; Alemania era un averno de caos y desesperación. Argentina había declarado la guerra al Tercer Reich el 27 de marzo, menos de un mes antes de la detención del

«último espía».

Aun con Alemania de rodillas, Perón y Farrell se habían estado resistiendo largamente a tomar aquella medida que ya les parecía ridícula, la declaración de guerra. Sin embargo, el repudio a la posición nacional esbozado por todas las naciones americanas firmantes del Acta de Chapultepec del 8 de marzo de 1945, entre otras cuestiones de política internacional, llevó a la Argentina a revisar su postura exterior. Como paso previo, se había depurado a la revolución del 4 de junio de los elementos nacionalistas más extremos. El propio Perón declara —y Félix Luna recoge en *El 45*—:

Debemos avanzar con la marea si no queremos naufragar.[...]

Recuerdo que reuní algunos amigos alemanes que tenía, que eran los que dirigían la colectividad, y les dije: “Vean, no tenemos más remedio que ir a la guerra, porque si no, nosotros y también ustedes vamos a ir a Núrember” (sic) [...] y de acuerdo con el consenso y la aprobación de ellos, declaramos la guerra a Alemania. ¡Claro! Fue una cosa puramente formal [...].

COMPANIA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD  
"SOCIEDAD ANONIMA"  
**AVISO**

Dr. Juan Stolle  
J. E. Uriburu 1067 P. B. D. B.

Base 7 Kwh  
Tarf m/n Base 0,2273 Exc 0,1136  
M. 143103 do 01-99 221-1667-03

INFORMAMOS a Vd. que el importe de la factura del mes de:  
**NOVIEMBRE de 1944**  
por corriente eléctrica suministrada es de:

EN CUENTA	C.	E.	A.	\$ m/n. c/l.
221-1667-08	01	99	007.0	8.630

ANTES DE PAGAR EXIJASE AL COBRADOR EL CARRER  
DE IDENTIDAD OTORGADO POR LA COMPANIA.

Los consumidores autorizados a pagar sus cheques deberán atender a la  
orden de la Compañía Italo-Argentina de Electricidad.

**IMPORTANTE.** — "El consumidor será obligado a denunciar a la  
Compañía respectiva toda variación importante en la potencia de la instalación  
eléctrica a los fines de la regularización de la capacidad del medidor instalado"  
(Art. 7 de la Reglamentación Municipal del 27 de septiembre de 1941).

NINGUN RECIBO HECHO EN ESTE AVISO ES VÁLIDO.

La prueba: factura de electricidad de la casa del periodista Lasserre Mármol a nombre del agente del SD Schurer Stolle. Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

# Epílogo

Hemos descrito a través de las páginas precedentes, tal vez como nunca antes se había hecho, la composición, objetivos, recursos, organización e integrantes del espionaje alemán en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Hemos detallado largamente la vida de sus principales líderes y responsables, así

como también, sus relaciones y acuerdos secretos con los poderes de turno; los intersticios de las relaciones del espionaje alemán con la Casa Rosada.

Podríamos dar por finalizada esta larga, trabajosa y fructífera investigación en este punto del relato. Si así lo hiciéramos, concluiríamos la narración en el momento en que todos los espías alemanes se hallaban encarcelados, tal como lo estaban para mayo de 1945. Pensar que la totalidad de ellos fueron debidamente juzgados por los hechos narrados en los presentes párrafos sería un grave error, una quimera.

El nazismo se había extinguido en mayo de 1945. Los espías del Tercer



Reich radicados en Argentina, incluido el más buscado y escurridizo Siegfried Becker, se hallaban finalmente tras las rejas. Sin embargo, aquellos vestigios finales del último puente de la Alemania nazi con Occidente se negaban a desaparecer... Se resistían a dejar la escena, tal como las últimas hojas de un roble seco se aferran a sus ramas...

Después del ocaso de los dioses; una vez producido el hundimiento definitivo de Adolf Hitler y de sus últimos fanáticos seguidores, el 30 de abril de 1945, llegó el final de la guerra en Europa. Para ese momento, más de ochenta agentes secretos nazis se hallaban detenidos en Argentina

acusados de violar el Código Penal. La cifra en realidad era muy superior, sin embargo, muchos agentes menores o colaboradores habían sido ya liberados. Otros eran parte de un proceso anterior, el de los años de Niebuhr.

Ante la ausencia total de una organización oficial que los agrupara, o de un país que respondiera por los espías arrestados, una figura, poderosa e indiscutida, al menos para los súbditos germanos, comenzó a surgir como incontrastablemente único elemento aglutinante. Por supuesto se trataba del millonario Ludwig Freude, figura rutilante de la comunidad germana desde tiempos muy distantes. Becker,

Franczok y Harnisch habían dirigido sus grupos de espionaje de manera independiente del magnate alemán. Un nuevo rico, de quien se sospechaba había amasado una fortuna gracias a sus elevadas conexiones nazis. Incluso, los jefes de los servicios secretos muchas veces habían rivalizado con Freude por el favor de los gobernantes argentinos de turno, tal cual hemos detallado a lo largo de esta narración. Sin embargo, con Alemania derrotada, un Freude auspiciado por sus millones y su creciente cercanía con el poder local aparecía como la única opción segura para los espías que deseaban abandonar la vida en el oscuro calabozo.

La relación Perón-Freude era cada vez más estrecha, íntima y colaborativa... Especialmente luego de la fallida misión de Osmar Hellmuth, sobre la cual el magnate había desaconsejado largamente al coronel.

Uno de los primeros indicios concretos de la dirección que tomaban los acontecimientos fue la liberación del yerno de Freude, el espía largamente autoimplicado, Werner Koennecke, hecho al cual ya nos hemos referido. Perón forzó su excarcelación contra la firme voluntad del mayor Óscar Contal, a quien semejante osadía no le saldría barata.

El 31 de agosto de 1945, mediante

una intervención directa de los Freude (el hijo de Ludwig, Rodolfo, tomaba cada vez más protagonismo), Óscar Contal fue echado de la jefatura de Coordinación Federal. Su reemplazo era un hombre de confianza, el protagonista del *affaire* de las divisas, el ahora capitán Abel Rodríguez. El último acto de Contal, casi al mismo momento en que abandonaba su oficina, fue el de enviar al juez Horacio Fox el enorme dossier que había compilado luego de un año de arduo trabajo. Así, el juez federal tomaba a su cargo la causa por espionaje alemán. Los nombres de muchos argentinos «importantes» iban dentro de aquellas declaraciones, incluido el de

Perón. Hoy, más de dos mil fojas quebradizas, llenas de moho y fotografías en blanco y negro, de un valor inestimable para la Historia, las cuales son la base de este trabajo.

Freude no tardó en contratar al abogado Octavio Rivarola por una suma exorbitante, sin embargo su mejor arma estaba fuera de las Cortes argentinas.

Durante el mes de septiembre, Estados Unidos comenzó a presionar, una vez más, de manera intensa a favor de la desnazificación final de la Argentina. La expulsión de Ludwig Freude figuraba entre las principales exigencias de los norteamericanos. El coronel se hallaba muy preocupado por

su amigo y, mientras profundas grietas en el seno del Gobierno castrense comenzaban a hacerse evidentes, Perón envió a Freude por un tiempo a Bariloche.

Los estadounidenses insistían en que Argentina debía cumplir el Acta de Chapultepec. Incluso, se quejaron amargamente de que las empresas pertenecientes a alemanes prominentes, como el propio Freude, Richard Staudt, Fritz Mandl, Thilo Martens y Karl Schmits parecían intocables.

No mucho tiempo después, el presidente Farrell, mientras finalmente liquidaba varias empresas germanas, tal vez en una decisión inconsulta, emitió el

Decreto n.º 21284/45 mediante el cual se ordenaba la detención y expulsión de Ludwig Freude. Pero la dupla Perón-Freude ya había pensado su jugada. Al parecer, el vicepresidente ejerció cierta presión sobre un ignoto juez de la provincia de Mendoza, quien debía reconocer que en el año 1935, Freude había iniciado un petitorio de ciudadanía argentina. Una vez otorgada esta, por supuesto, el germano podría evitar la deportación.

En mayo de 1945 llegó a la Argentina el nuevo embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden. Detrás del robusto y tenaz diplomático de inmediato se agrupó la creciente



oposición a Perón, encabezada por la oligarquía tradicional, afectada por ciertas políticas sociales del Gobierno de facto, y el resurgir de los partidos políticos que reclamaban elecciones. Para finales de septiembre, un grupo de oficiales del Ejército, exacerbado por los intereses recientemente descritos y dispuestos a deponer a Perón, parecía tomar impulso. El objetivo de los estadounidenses era deshacerse de la figura fuerte de la revolución, a quien consideraban intransigente en su negativa de amparar los intereses económicos que defendía el embajador norteamericano. Luego del timorato intento de alzamiento del 24 de

septiembre, a comienzos de octubre llegó el ultimátum desde Campo de Mayo, foco de los oficiales rebeldes. El día 9, presionado, el coronel renunció a sus tres cargos, incluido el de secretario de Trabajo y se recluyó en una isla del Tigre, casualmente propiedad de Ludwig Fraude. El resto es historia muy conocida. El arresto de Perón y luego su casi inmediato renacimiento, aquel famoso 17 de octubre de 1945, arrastrado hacia los cielos por el huracán de la Historia. Fortalecida como nunca la figura del coronel, la influencia de Freude se elevó hasta la estratosfera.

Para fines de octubre también se cerraba el Caso Hellmuth. El famoso

espía-cónsul era un asunto que involucraba, casi como ningún otro, a Perón y a varios excompañeros del GOU.

El exvendedor de seguros llegó al puerto de Buenos Aires el 23 de octubre, a bordo del mercante británico *Drina*. En lugar de conducirlo detenido de manera inmediata, el capitán Abel Rodríguez lo llevó ante Freude y Perón, quienes le prometieron todo tipo de bondades si olvidaba ciertos temas del pasado. El almirante Sueyro, el coronel González y el general Gilbert no dudaron un instante en negar todo el asunto de las armas. Mintieron descaradamente. Hellmuth era poco

menos que un héroe nacional, un mártir.

La eclipsante figura de Freude unió a la mayoría de los exespías. Sin embargo, Hans Harnisch, abandonado a su suerte en febrero de 1944 y despedido por la liberación triunfal de su compañero en la Böker, Werner Koennecke, se mantuvo siempre antagónico a la figura del magnate alemán. Contrariamente, el eternamente astuto Siegfried Becker, siempre caía del lado del ganador. «Don Pepe» no tardó en zanjar las diferencias con Freude. Para ello se valió de los «nuevos amigos» que hizo mientras se hallaba detenido en Coordinación Federal. Se había acercado

a toda prisa al general Velazco, adicto a Perón y jefe de la Policía Federal; y también al mayor Menéndez, exjefe de los guardaespaldas del vicepresidente. Así llegó hasta la nueva cúpula peronista de Coordinación, integrada por Abel Rodríguez y Osinde; y desde allí hasta Freude.

Hoy en día se cree que el millonario no sólo comenzó a proteger a Becker desde ese momento, sino que también es muy probable que le haya pagado buenas sumas de dinero. El espía Schröll, llegado en el *Santa Bárbara*, muy cercano a «Don Pepe» por aquellos días posteriores a la guerra, declaró que Becker le había contado que poseía

información incriminatoria sobre Freude.

Una vez que Abel Rodríguez fue confirmado como jefe definitivo de Coordinación Federal, se dio rienda suelta a la «borratina» de archivos. Sin embargo, el ahora alejado Contal había puesto a resguardo, hacía tiempo, la mayoría de la información en el juzgado de Fox. Al menos gran parte de ella. Los equipos técnicos de Franczok se hallaban ya al servicio del ahora modernizado espionaje argentino. Mientras que las desaparecidas declaraciones de Hans Harnisch pasaron a ser el Santo Grial de esta historia, hasta hoy inhallables.

Mientras tanto, en marzo de 1946 los estadounidenses, secundados por los británicos, volvían a reclamar la extradición de Ludwig Freude con renovado brío. No se daban por vencidos.

Juan Domingo Perón asumió su primera presidencia el 4 de junio de 1946. Apenas una semana después, fortuitamente o no, el juez Fox otorgaba la libertad a todos los espías alemanes detenidos. En realidad no se trató de una maniobra del nuevo presidente en ejercicio, sino de un *habeas corpus* presentado por el mencionado doctor Rivarola, signado ya como el abogado de los nazis. Pero la historia aún no

terminaba. La mayoría de los exespías no iban a tener las cosas tan sencillas.

Becker logró hacerse, no sin cierta ayuda, con los ciento ochenta mil pesos que Coordinación Federal le había incautado en el departamento de la calle Rodríguez Peña. Fondos que en realidad eran del SD de Himmler y que, por lo tanto, debieron ser retenidos por los argentinos. Becker repartió la suma en tres partes casi iguales. El abogado Rivarola, algunos sobornos para los funcionarios del juzgado y él mismo se embolsaron alrededor de sesenta mil cada uno. Una cantidad muy menor había sido retenida a título de gastos judiciales. Schröll estuvo presente en la



reunión y luego, una vez expulsado del país sudamericano, recordó aquellos detalles ante sus interrogadores estadounidenses. Gracias a sus dichos hoy podemos hilvanar el destino del dinero del SD.

Hans Harnisch fue echado de la Böker por miedo a que su condición de nazi reconocido afectara los negocios. Había ocupado la primera plana de los periódicos varias veces. Se recluyó en su casa de Martínez, deprimido y luego enfermo. Wolf Franczok, el genio de la Orga-T, comenzó un emprendimiento privado en Punta Chica. Recursos técnicos y capacidad tenía de sobra. Dejó los asuntos políticos en otras

manos, lo suyo fueron siempre los radiotelégrafos, los receptores y las máquinas Enigma. El maestro de las intrigas era Becker.

Luego de asumir la presidencia, Perón había formado prontamente la División Informaciones, la cual respondía ante él mismo. ¿Su jefe? Rodolfo «Rudi» Freude, de apenas veintitrés años de edad. Trabajaba estrechamente con Abel Rodríguez y toda la nueva cúpula de Coordinación Federal.

Las potencias occidentales seguían presionando, no sólo para la expulsión de Ludwig Freude, sino también de Mandl, Heinrich Dörge, Thilo Martens,

Staudt, y, por supuesto, Becker. Ninguno de ellos sería expulsado jamás de Argentina. Freude padre fue siempre el más protegido por el ahora general y nuevo presidente, siempre reacio a las indiscretas intervenciones foráneas. A su vez, Becker, se sentía feliz y seguro de habitar bajo el ala poderosa del magnate. Estos últimos y Staudt fueron siempre los más requeridos, los más solicitados por las potencias extranjeras, para ser extraditados y sometidos a su propia justicia de posguerra.

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

A few of these names listed in the preceding paragraph are believed to be identical and therefore perhaps should be in this category but the information is all that is presently available to the Bureau.

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR OF INVESTIGATION

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

Bellevue No. 8 to inspect the same property 1, 100 from the University of Illinois at Urbana, Illinois.

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

MEMORANDUM

- 1. MONTANA, Miss
- 2. MONTANA, Miss
- 3. MONTANA, Miss
- 4. MONTANA, Miss
- 5. MONTANA, Miss
- 6. MONTANA, Miss
- 7. MONTANA, Miss
- 8. MONTANA, Miss
- 9. MONTANA, Miss
- 10. MONTANA, Miss

Listado de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires que indica la situación oficial de cada exagente para febrero de 1947.

Para fines de 1946, Argentina había expulsado aproximadamente a cuarenta y cinco personas, todas de menor valía o importancia dentro de lo que habían sido las organizaciones de espionaje dependientes del Tercer Reich. Apenas los nombres de Hermeyer, Amorín y Prieto destacaban en la larga lista de españoles, alemanes y uruguayos, entre varias otras nacionalidades. El pobre agricultor del Tigre, Bernardo Hingst, fue de los primeros en ser expulsado. Guillermo Lange, Herbert Jurmann, Guillermo

Maurer y Tadeo von Schulz Hausmann habían fallecido mientras estaban detenidos. Ante la necesidad de candidatos más potables, de llenadores de cuotas, División Informaciones y Coordinación Federal comenzaron a redactar listas de posibles deportados. Síntoma de que, a pesar de proteger a los mencionados alemanes importantes, la presión causaba cierta erosión en los argentinos. Con aquella maniobra buscaban calmar las aguas, apaciguar las demandas aliadas. Además de listar a los ya expulsados, la maniobra consistía en presentar a otros cuarenta y cinco exespías prófugos, «sospechados de haber dejado la Argentina» utilizando

medios desconocidos. Entre ellos se hallaban Becker, Franczok, Harnisch, Fandrich, Szeraws, Boettger, Eugenio Langer, Schröll y varios otros agentes importantes. Como era de esperarse, la mayoría de ellos serían recapturados y expulsados. Siempre y cuando fueran prescindibles, por supuesto.

Becker nunca apareció, aunque se sabe que paraba en casa del mencionado Menéndez. Freude figuraba en las listas, pero naturalizado gracias a la maniobra ya mencionada, así que difícilmente podía ser expulsado. Werner Koennecke ni siquiera era mencionado. Otros ocho exagentes alemanes esperaban juicio por cancelación de su naturalización, entre

ellos Thilo Martens, quien podía sentirse bien seguro de que no caería en desgracia tal como les sucedió a otros.

Parece que la novia de Becker, «Melita» Tietz, ya no era de su agrado. A comienzos de 1947 ya estaba disponible para ser expulsada junto a otros seis agentes menores, entre los que se encontraba el espía de la Orga-T, Willi Reichelt.

Las listas que se entregaban a la Embajada de los Estados Unidos incluían también a los argentinos procesados, Pedro Andrada y Schurer Stolle a la cabeza. A la hora de elucubrar aquellas oscuras nóminas de exagentes nazis no protegidos, tal vez, nuestro



viejo conocido, el subcomisario Fernando Amarante, representó algún tipo de escollo complicado de salvar... El pobre oficial apareció muerto en Río de Janeiro en 1946; casi durante aquellos mismos brumosos días. Según se dice, su muerte fue muy dudosa, un asunto irresoluto. No son pocos los que afirman que se trató de un suicidio simulado, instigado por algunos intereses ocultos en las sombras. El hombre no habría querido claudicar.

Perón había firmado el Decreto n.º 18180, de 15 de noviembre, a través del cual se expulsaba al remanente de agentes alemanes que Coordinación fue recapturando poco a poco. Un nuevo

contingente de cincuenta y dos exagentes nazis fue expulsado. Un enfermo Hans Harnisch, quien tal vez podría haber gozado de cierta inmunidad, al menos por lo que sabía del Caso Hellmuth, se entregó en febrero de 1947. Estaba harto de esconderse, pero más deseoso de gritar su verdad, viajar a Europa y ser interrogado por los agentes estadounidenses. Una vez en Alemania pudo declarar sin tapujos, pero sus confesiones, incriminatorias tanto para alemanes como argentinos, cayeron en el mismo saco roto que sus amenazas a Perón y Freude antes de partir. No se trató de que no fuera escuchado, por el

contrario. Dio todo tipo de detalles que terminaron de iluminarnos sobre todo lo narrado en este trabajo. Sus largas sesiones terminaron de rellenar los pequeños agujeros que dejó el *Segundo Sumario* confeccionado por Óscar Contal, resguardado del juez Fox.

El 22 de mayo de 1947, a bordo del *Río Teuco*, junto a un descorazonado Harnisch, el enigmático Franczok miraba calmo el horizonte. Tomado de la barandilla, veía como se achicaba la silueta de la interminable Buenos Aires. Él también se había entregado a las bondades de la deportación, no tuvo la «visión» de Becker ni su habilidad por las relaciones interpersonales. El jefe y

creador de la Orga-T, una organización hoy legendaria para muchos, no era un «llenador de cuota». Tampoco lo era Harnisch. Debemos ser justos en la real medida con el Gobierno de Perón. Si los argentinos hubieran expulsado a Becker, al menos podrían haberse jactado de completar gran parte del trabajo. Habrían enviado a los Aliados a las tres mentes maestras del espionaje argentino y sudamericano del Tercer Reich. Enviaron a dos de tres.

Por su parte, los estadounidenses parecieron quedar satisfechos con la cuota final. Franczok y Harnisch no eran elementos despreciables.

Estados Unidos aceptó a la

Argentina en el Acta de Chapultepec en junio de 1946. Finalmente podía incorporarse al concierto de naciones alineadas. Becker andaba suelto por Santiago del Estero, según supieron los norteamericanos. Ya no les importaba, ahora la prioridad eran los hostiles agentes soviéticos. El nazismo había acabado dos años antes, el 30 de abril de 1945.

Franczok retornó a la Argentina. El 31 de diciembre de 1948 desembarcó del vapor *Copacabana*. Se perdió en la inmensidad de la capital argentina, limpio de culpa y cargo. «Don Antonio», el genio de la Orga-T, apenas tenía treinta y cuatro años.<sup>44</sup>

# Notas Bibliográficas

1. El asunto del Deutsches Vereinshaus está basado en los archivos del Auswärtiges Amt (oficina exterior) del MRE del Reich. Allí se conservan los memorandos intercambiados entre Keller y Berlín por dicho asunto. Aparentemente la relación de Martin Arndt con los nazis era favorecida por el suegro del vicepresidente del DVA, Röhmer, de apellido Litzmann, según Keller un nazi muy activo. Ver: Newton, Ronald, página 67 y nota 4

de la página 77.

2. La cantidad de afiliados al NSDAP argentino en 1937 representaba el 3,5 % del total de ciudadanos del Reich estimado en cuarenta y dos mil seiscientos. Máxima cantidad de afiliados en Argentina, en 1936, dos mil ciento diez.
3. Sobre los primeros tiempos de Niebuhr en Buenos Aires, ver: Newton, Ronald. *El cuarto lado del triángulo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995, página 296.
4. Expedientes sobre las actuaciones del doctor Justo Bergadá Mujica en: AHCD, CEIAA, caja 1.5 a 2.1, legajo 6, cuerpo 1. Bergadá Mujica siguió representando a otros nazis importantes como Heinrich Volberg.
5. El escrito de trece páginas presentado por Bergadá Mujica aún sobrevive en: AHCD, CEIAA, caja 1.5 a 2.1, legajo 6, cuerpo 1. Sobre la falta de colaboración de la Embajada sobre el caso Müller

ver: diario *Crítica*, edición del 6 de mayo de 1939.

6. Archivos Kriegstagebücher (KTB) & Stehender Kriegsbefehl Des Führers/Befehlshaber der Unterseeboote (FdU/BdU). Ver especialmente los siguientes días: «Glendere», 8 de octubre de 1942, reportes sobre el enemigo punto 4; «Trafalgar», 16 de octubre de 1942, reportes sobre el enemigo, punto 5; «Empire Starling», 21 de noviembre de 1942, reportes sobre el enemigo, punto 5. Documentos originales microfilmados gentileza del capitán de la US Navy (retirado) Jerry Mason. Ver especialmente: *KTB* del *U-107*, séptima patrulla, entrada del 7 de octubre de 1942 a las 00:00 h. *U-156* ver *KTB* de cuarta patrulla, página 26, entrada del día 2 de octubre de 1942 a las 00:00 h y la siguiente de las 04:00 h. Documentos microfilmados gentileza del capitán de la US Navy (retirado) Jerry Mason.
7. Todas las declaraciones sobre Werner Koennecke y



el contenido de los libros contables han sido extraídos de su propia declaración ante Coordinación Federal, del 9 de agosto de 1944, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 1, folio 170 y siguientes, AGPJN. Las declaraciones de Becker y Harnisch también fueron extraídas del AGPJN. Las declaraciones de Thermann son de su interrogatorio registrado en NARA y están citadas en Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998, página 82.

8. El capítulo fue construido utilizando información aportada por Hilda Hingst, hija mayor de Bernhard Hingst, septiembre de 2013. También se entrevistó a Juan Hingst. Ambas entrevistas en archivo del autor. También ha sido especialmente reveladora la información hallada sobre los Hingst y las islas del Tigre en las viejas carpentas de la CEIAA y en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*.

9. Sobre el asunto de la estancia de Eickenberg en Mar del Sur y su intento de utilización como puerto de desembarco improvisado para un sumergible de Dönitz, ver: Mutti, Julio B. *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial II*, páginas 90 y 91 y los archivos KTB del BdU allí citados. Ver también, *Ecos Diario* del 23 de febrero de 1944. Sobre el aún hoy oscuro caso Hans Zweigert, ver: Güemes, Gontran de. *Así se gestó la dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Rex, 1956, página 26. Por último ver: declaración de Guillermo Otto Seidlitz ante Coordinación Federal, del 25 de septiembre de 1944, en *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 3, AGPJN.

10. Las excepcionalmente reveladoras declaraciones del espía E. Langer del 2 de septiembre de 1944 acerca de sus relaciones con el Gobierno argentino, y las cuales fueron utilizadas para

construir este capítulo, se hallan contenidas en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 3, fojas 513 a 517, AGPJN.

11. Declaración de Werner Koennecke ante Coordinación Federal, del 10 de agosto de 1944, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 1, folio 172, AGPJN; Domingo Ángel Paramidani, del 8 de agosto de 1944, cuerpo 1, folio 151; Ángel Garrido González, del 1 de septiembre de 1944, cuerpo 3, folio 499; Werner Lorenz, del 6 de agosto de 1944, cuerpo 1, folio 87; declaración de Wolf Franczok, del 23 de agosto de 1944, cuerpo 2, folio 388.
12. En el archivo de la CEIAA, del AHCD, existe una vieja carpeta que contiene el informe completo del 23 de enero de 1943 citada en el presente capítulo y publicada por el diario *La Prensa*. Ver: caja 1.5 a 2.1, legajo 6, cuerpo 1,

folio 146 y siguientes. Ver también: diario *La Prensa*, carpeta con las publicaciones de enero de 1943, *Biblioteca del Congreso de la Nación*.

13. Declaraciones de Carlos Kusters, del 17 de agosto de 1944, en *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 2, foja 319, AGPJN. Declaraciones de Wolf Franczok, del 23 de agosto de 1944, en mismo documento, cuerpo 2, foja 388 (ver especialmente foja 398). Declaraciones de Walter Junkers, del 16 de agosto de 1944, en mismo documento, cuerpo 2, foja 303. Actualmente en el establecimiento El Simbol funciona el colegio CER n.º 157, Ricardo Foster.
14. Declaraciones de Enrique Schibli, del 16 de agosto de 1944, en *Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 2, foja 289. Declaraciones de Carlos Leitner, del 30 de noviembre de 1944, cuerpo 4, foja 659.

15. Newton, Ronald. Lugar exacto: 46° 6'52.14" S, 67°37'40.78" O. Para un relato pormenorizado de las actividades nazis a mitad de camino entre Comodoro Rivadavia y Caleta Olivia, en una antigua y abandonada lobería, ver: US Naval Attaché 189 to JCS, Santiago, 12 May 41; en USNA, Record Group 38, C-10K 22986B. Ver: *Informe Preliminar CEANA*, febrero de 1998, «Actividades clandestinas de la Marina alemana en aguas argentinas, 1930-1945, con referencia especial a la rendición de dos submarinos alemanes en Mar del Plata en 1945». El detalle del viaje patagónico está recogido en la declaración de Edmundo Emilio Enrique Leeb, 22 de septiembre de 1944, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 3, foja 574, AGPJN.
16. Declaraciones de Johannes Siegfried Becker, del 16 de mayo de 1945 y días siguientes, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 7, foja

1293 en adelante, AGPJN. Ver también en mismo documento: declaraciones de Lasserre Mármol, del 12 de marzo de 1945, cuerpo 6, a partir de la foja 1045. Ver también declaraciones de Schurer Stolle, del 3 de septiembre de 1944, cuerpo 3, foja 524. Misteriosamente las declaraciones iniciales de Hans Hermeyer y José Heguy se hallan perdidas, con lo cual se entregan al olvido algunos detalles sobre la empresa «fantasma» comercializadora de drogas industriales de Cangallo, 439. Algunos detalles sobre Brinkmann se pueden encontrar en: Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998, página 95.

17. Ver declaraciones a Coordinación Federal en 1944 y 1945: Declaración de Werner Koennecke, del 10 de agosto de 1944, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 1, foja 172, AGPJN. En el mismo archivo, cuerpo 7, se hallan las siete extensas declaraciones de Siegfried

Becker, tomadas a partir del 16 de mayo de 1945. El testimonio de este último resulta de los más jugosos para el historiador. Sobre el golpe de Estado ocurrido en junio de 1943, ver: Luna, Félix. *El 45*. Buenos Aires: Sudamericana, 1973. Sobre la formación del GOU y su papel, ver: Potash, Roberto A. *Perón y el GOU*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984. Aunque de clara tendencia subjetiva y antiperonista, también aporta cierta información fidedigna sobre varios oscuros asuntos: Güemes, Gontran de. *Así se gestó la dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Rex, 1956.

18. Sobre la llegada de Moríñigo y el cable secreto firmado por Harnisch, ver: Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998, página 123. Cables cifrados en NARA, caja 102, cables Bolívar, 508 y 509. Sobre la declaración de Harnisch, ver: Interrogatorio Harnisch en NARA, 1947, RG 84. Las

declaraciones de Lasserre pueden consultarse en *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 6, foja 1045 y siguientes, AGPJN.

19. En los archivos del autor existe un extenso informe del material técnico secuestrado en Andonaegui, 1866, ciudad de Buenos Aires; una inestimable colaboración de José Ricardo Ahumada. Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que algunos de los insumos de Radione y las válvulas con logo Wehrmacht asociadas eran imposibles de conseguir en Argentina sin levantar sospechas, con lo cual seguramente fueron traídas desde Alemania de manera clandestina.
20. Para la elaboración de este develador capítulo ha sido fundamental contar con las declaraciones completas de Pio D'Negri y el agente alemán Edmundo E. Leeb. Ambas en *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, fojas 203 y 574, respectivamente, AGPJN.



21. Declaración de Siegfried Becker, del 16 de mayo de 1945 y siguientes, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7, foja 1323, AGPJN. Debe destacarse que el *Blue Book* (página 8) coincide exactamente en los mismos hombres participando de la reunión. Son citadas también en el presente capítulo las declaraciones de Becker, en fojas 1324/25/26.
22. Sobre la dilación intencionada de los alemanes del AA, Otto Reinnebeck y del SD, Theodor Paeffgen, ver: Declaración jurada de Reinnebeck (SD), febrero de 1946, TC-21540, NARA, RG 59, caja 25. Citado en Goñi, Uki, página 118.
23. Sobre la cena ofrecida por Freude en casa de los Ketelhohn ver: Goñi, Uki, página 112. Ver también: *Report on the Case of Osmar Hellmuth*, e interrogatorio Harnisch, 1947, NARA. La tarjeta de Perón con el sello del GOU se menciona en el *Blue Book*, página 10 y en la declaración de Becker en AGPJN. Ambos

documentos, no conectados entre sí, son extremadamente coincidentes.

24. Para la redacción de estos hechos ha resultado fundamental consultar la extensa y esclarecedora declaración de Siegfried Becker, del 16 de mayo de 1945 y días siguientes, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7, AGPJN. Declaraciones de Hellmuth, del 26 de octubre de 1945, en el *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, foja 182 y 183. Para un detallado análisis de las frenéticas reuniones del día 25, ver: Güemes, Gontran de. *Así se gestó la dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Rex, 1956. También: Potash, Roberto A. *El Ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984, páginas 334 y 342.
25. Declaraciones de Harnisch en NARA, 1947, RG 84, caja 102. Citado en Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998,

página 183. Ver también: *Report on the Case of Friederich Wolf*, NARA, citado en Goñi, Uki, página 172.

26. Sobre el *U-199* ver el documento *Kriestagebuch U-199 Aufgestellt v. 2.SKL/BdU.Op.*
27. Para un completo análisis de desembarcos clandestinos, supuestos y confirmados, de naves alemanas en las costas argentinas, ver: Mutti, Julio B. *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial II*. HistoryBook: Buenos Aires, 2013.
28. Declaración de Siegfried Becker ante Coordinación Federal, del 16 de mayo de 1945 y siguientes, *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7. Ver especialmente fojas 1344 y 1345, AGPJN. Sobre Andrada, ver: Declaración Guillermo Antonio Lasserre Mármol, del 15 de marzo de 1945, *Segundo Sumario de Espionaje*

*Alemán*, causa 793/45, foja 1101, cuerpo 6. Becker también lo menciona pero con menor detalle.

29. Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998, página 200.
30. *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 6, Declaración Lasserre en fojas 1104/5. Declaración jurada Theodor Paeffgen, del 4 de febrero de 1946, RG 59, caja 24, NARA. Citado en Goñi, Uki, página 188.
31. El autor hace un extenso relato del asunto sobre el caso del vapor, así como también sobre el desvío de un submarino de guerra alemán con el objetivo de asistir a dicho buque en un intento de ruptura de bloqueo. Sobre un detallado análisis de los veleros espías del Abwehr, ver: Mutti, Julio B. *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial II*. HistoryBook: Buenos Aires, 2013, página 101.

El autor también incluye un detallado relato de todos los viajes del *Santa Bárbara* y de los servicios de Garbers a bordo de esta y otras naves espías.

32. Declaración Jurada de Edvigia Weiglmayr, TC-22635, 28 de febrero de 1946, NARA, RG 59, caja 25, citada en Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
33. Las declaraciones de Franczok, del 10 de julio de 1945, sobre estos hechos en: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 7, foja 1399, AGPJN. Las de Becker, del 22 de mayo de 1945, en mismo documento: cuerpo 7, foja 1346 en adelante.
34. Para consultar la entrevista a Óscar Contal, y todos los dichos allí reproducidos, debe consultarse el artículo «Los espías de Perón» de Uki Goñi en el diario *La Nación*, 26 de octubre de 1997.

35. Sobre la detención de Franczok, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, cuerpo 2, foja 238, AGPJN. Para más detalles sobre la detención de Schibli ver foja 237 del mismo documento.
36. Sobre la detención de Schröll, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 2, foja 373. Allanamiento en Olivos: cuerpo 3, foja 480. Declaración de Schröll en cuerpo 3, foja 454 y de Boettger foja 464, AGPJN.
37. Primer allanamiento de la casa de la señora Wichmann y su resultado, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 3, foja 461 y 462. AGPJN. Para un extenso detalle de las drogas traídas por los alemanes, ver capítulo XIX.
38. Sobre el primer allanamiento de la casa de la señora Wichmann y su resultado, ver: *Segundo*

*Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 3, foja 461 y 462, AGPJN. Para un extenso detalle de las drogas traídas por los alemanes ver Capítulo XIX.

39. «Algunos oficiales de Coordinación florecieron en trajes nuevos.» Frase expresada por Wolf Franczok en su declaración ante los oficiales estadounidenses en 1947. NARA RG 84, caja 101, citado en Goñi, Uki, página 221. Allí también se menciona el caso de un particular damnificado por la compra de libras esterlinas falsas. Para el detalle de las operaciones de cambio de libras por orden del ministro de Hacienda, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 4, foja 764, AGPJN. A fines de 1944, 8.580 libras fueron cambiadas por 60.060 pesos moneda nacional, se saturó la plaza cambiaria porteña y no se hallaron nuevos compradores para las más de 18.000 libras restantes. Al 6 de diciembre de 1944 esa

cantidad de divisas quedaba en depósito.

40. *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 5, foja 820, AGPJN. Telegrama 134608/146 del señor jefe de la Policía de Montevideo, Juan Carlos Gómez Folle, destinado al jefe de la Policía Federal: «Estimo oportuno informarle que se detuvo a varias personas pertenecientes al grupo de espionaje dependiente de Siegfried Becker y Hans Hermeyer [...]. Apresados mantenían contacto con siguientes personas radicadas en Buenos Aires: Gustavo Seraphin; Jahyr Tavares [integralista brasileño]; doctor Francisco Caruso Gómez [integralista brasileño] y con los ciudadanos uruguayos Carlos Manfrini Castro y Nestor J. Mermot».
41. Sobre la detención de Gustav Seraphin en las playas de Mar de Ajó, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 5, foja 876, AGPJN. Becker habló extensamente



sobre sus días en la pequeña localidad balnearia durante su declaración del día 23 de mayo de 1945, foja 1353 y siguientes, cuerpo 7, AGPJN. Detención de Margarita Wilkening y allanamiento en Tucumán, 672, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, 8 de marzo de 1945, causa 793/45, cuerpo 5, foja 1031, AGPJN. Declaración de Gustav Seraphin comprometiendo a Lasserre y Wilkening, del 4 de marzo, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 5, foja 1014, AGPJN.

42. Seguimiento encubierto de Guillermo Antonio Lasserre Mármol por parte del agente Martínez, ver: *Segundo Sumario de Espionaje Alemán*, causa 793/45, cuerpo 5, fojas 997 y 1035, AGPJN. Su detención en fojas 1037, cuerpo 5. En aquel mes de febrero también fueron detenidos: Pedro Andrada, el oficial de la Policía involucrado en la provisión de cédulas falsas,

Acha, 4041, partido de Lanús; Juan Luis Silva, español, en Maipú, 1995, Vicente López; en marzo se arrestó a otro empleado de la casa Delfino, Guillermo Lindestruth, a quien los alemanes o españoles falangistas le encargaban falsificar la firma del jefe de la Policía para las cédulas en blanco que conseguían a través de Andrada. Foja 1148, cuerpo 6 del mismo documento.

43. Declaración de Franczok en NARA, año 1947, RG 84, caja 101.
44. Sobre el reparto del dinero del SD, ver: interrogatorio a Schröll, NARA, 1947, RG 84 caja 102. Sobre el retorno de Wolf Fraczok a la Argentina durante 1948, ver: Registro de desembarcos del 31/12/1948, CEMLA (Centro de Estudio para la Inmigración en América Latina). Ver también: Goñi, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

# Apéndice I

Agentes y  
colaboradores del  
espionaje alemán en  
Argentina

## GRUPO ABWEHR O HARNISCH

**Enrique Pablo Miguel Neilling:** hijo de alemanes, agente colaborador.

**Hans Leo Harnisch:** alemán, agente del Abwehr y jefe de grupo.

**Juan Carlos Mazzini:** argentino, vecino de Harnisch y amigo de Aumann.

**Juan Lutz:** capataz de Talleres Hempel, constructor de las cajas impermeables.

**Osmar Hellmuth:** hijo de alemanes, enviado a Europa por el GOU en misión especial.

**Werner Koennecke:** hijo de alemanes, yerno de L. Freude, contador de la Red Bolívar.

## GRUPO SD O BECKER

**Alberto Germán Wollkopf:** alemán, dueño del velero *Alga*.

**Alberto Treusch:** alemán, colaborador, escondió en su casa a Tietz y Becker.

**Alfredo Fernández Suárez:** español, sacerdote de la iglesia San Miguel, buzón del SD y falangistas.

**Alfredo Villa:** español, mozo de bar, reclutado por el padre Fernández como buzón.

**Antonio Scheurle:** alemán, agente colaborador de Becker, comerciante de *bijouterie* en la calle Bolívar, en Buenos

Aires, alojó al SS en su casa.

**Calderón:** argentino, policía, nombre de pila desconocido.

**Carlos Manfrini Castro:** uruguayo, agente del grupo en Uruguay.

**Carlos María Heguy:** argentino, testaferro, facilitador, reclutado por Hermeyer.

**Enrique Rouff:** alemán, ayudante de Schnieter en Paraguay.

**Esteban Jesús Amorín:** español, jefe de la falange en La Plata, agente activo en Buenos Aires y Montevideo.

**Eugenio Ellinger:** agente colaborador de Lange.

**Francisco Caruso Gómez:** integralista

brasileño, colaborador.

**Gerson Ganter:** posiblemente alemán, agente en Perú que respondía al mismo grupo.

**Gerstner Gotte:** alemán, empleado de Scheurle.

**Guillermo Antonio Lasserre Mármol:** argentino, periodista nacionalista, nexo con el GOU, reclutado por Hermeyer.

**Guillermo Lindestruth:** alemán, empleado de Delfino, agente colaborador de gran habilidad para falsificar firmas.

**Guillermo Maubach:** alemán, agente colaborador, poseía un local de fotografía en la calle Sarmiento, 381,

Buenos Aires.

**Gustavo Seraphin:** rumano, traductor de los informes secretos del SD, luego segundo al mando ante el arresto de Hermeyer.

**Hans Hermeyer:** alemán, gerente de Bayer, temporalmente segundo de Becker.

**Hans Ziegele:** alemán, colaborador de Fandrich, dio aviso a Becker de la detención de este último mediante una contraseña telefónica.

**Heinz Lange:** alemán, uno de los primeros agentes del SD en Argentina, se fugó del país en el velero *Santa Bárbara*.



**Helmuth Strehmel:** alemán, agente especializado en Bolivia y luego ubicado por Becker en la Embajada.

**Jahyr Tavares:** integralista brasileño, colaborador.

**Johannes Siegfried Becker:** alemán, jefe del SD para Sudamérica, capitán de las SS.

**Johnny Schnieter:** alemán, agente especializado radicado en Paraguay.

**Jorge Hery:** argentino, portero de edificio, amigo de Fandrich, ayudó a alquilar un departamento para Becker e intentó despistar a la policía.

**José Carracedo:** español, agente estacionado en el puerto de Buenos

Aires.

**Juan Alberto Bove:** posiblemente uruguayo, agente del grupo en Uruguay.

**Juan Otto Schurrer Stolle:** hijo de alemanes, agente colaborador.

**Juan Prieto:** español, al servicio de Seidlitz.

**Juan Pfeffer:** suizo, agente del grupo en Uruguay.

**Karl Fandrich:** alemán, agente colaborador, poseía una librería frecuentada por todo tipo de elementos nacionalsocialistas.

**Kurt Hortemeyer:** alemán, colaborador, prestó su automóvil DKW al servicio secreto y escondió a «Melita» Tietz.

**Manuel Arrastia:** español, reemplazo de Amorín.

**Margarita Wilkening:** alemana, agente colaboradora, empleada del Banco Germánico, alquiló para Becker el departamento de la calle Tucumán.

**Martín Félix Schwarz:** alemán, gerente de Siemens, implicado como colaborador.

«**Melita**» **Tietz:** alemana, pareja de Heinz Lange y luego vinculada a Becker.

**Néstor J. Mermot:** uruguayo, agente del grupo en Uruguay.

**Olegario Viethinhoff Scheel:** ruso, uno de los primeros agentes detenidos, recolector de informes técnicos.

**Pedro Andrada:** argentino, funcionario policial detenido en Acha, 4041, Lanús, proveía a los nazis de cédulas en blanco para fraguar identidades.

**Pedro Ilvento:** argentino, traductor del SD.

**Walterio Wilkening:** alemán, esposo de Margarita.

**Wilhelm Seidlitz:** alemán, uno de los primeros agentes del SD en Argentina y de los más exitosos durante los primeros tiempos.

## ANTIGUOS GRUPOS DEL ABWEHR

**Adolf Mech:** alemán, mano derecha de Engels en Brasil.

**Albretch Engels:** jefe del Abwehr en Brasil, viajó en varias oportunidades a Buenos Aires.

**Antonio López:** argentino, colaborador de Hausmann.

**Benos Sobisch:** alemán, agente técnico radicado en Brasil.

**Doctor Heinz Trutler:** alemán, agente del Abwehr detenido en Brasil, implicó a Marten y Nieburh con sus

declaraciones.

**Erico Spurkel:** supuestamente alemán, ayudante de Napp.

**Felipe Humber:** sudafricano, misterioso agente del que poco se sabe.

**Freidrich Kempter:** alemán, agente en Brasil a cargo de Engels.

**Georg Hohenstein:** alemán, operador de radio de Müller.

**Gerardo Margella Mello:** posiblemente brasileño, agente del Abwehr detenido en Brasil.

**Guillermo Scheckeback:** alemán, colaborador, dueño del hotel Viena ubicado en Lavalle, 368.

**Hans Napp:** alemán, uno de los

primeros agentes del Abwehr, llegó a liderar el grupo.

**Heinrich «Tom» Reiners:** alemán, colaborador de Hausmann.

**Herbert von Heyer:** alemán, colaborador, empleado de Theodor Wille & Cia.

**Karl Arnold:** alemán, vinculado a los grupos iniciales de la Embajada, también vinculado al SD, luego emigró a España.

**Ludovico Schuller:** hijo de alemanes, su misión era la de pasar por vagabundo en el puerto de Buenos Aires para luego informar al grupo de Napp sobre los movimientos de vapores enemigos, la

información fue aportada por su hijo Rodolfo.

**Martin Schneider:** austríaco, colaborador del servicio y encargado del bar Aldeano.

**Martin Schwartz:** alemán, colaborador y empleado de la Siemens-Schuckert, encargado de la sucursal de dicha firma en la calle Santa Fe, 2199, Buenos Aires.

**Oswaldo Hirner:** alemán, colaborador, empleado del hotel Viena.

**Oswaldo Riffel Franca:** posiblemente brasileño, agente del Abwehr detenido en Brasil.

**Ottomar Müller:** alemán, primer líder de campo del Abwehr, fue desvinculado



por su alto perfil.

**Ricardo Hoffmann:** alemán, agente radicado en Villa Ballester.

**Robert Kellmann:** alemán, agente radicado en Brasil.

**Rodolfo Hepe:** alemán, agente en el puerto.

**Rolf Edmund Stickforth:** alemán, agente colaborador y yerno de Hepe.

**Tadeo von Schulz Hausmann von Szimonsky:** alemán, director gerente de la famosa firma Bromberg & Cia., agente de Niebuhr en los años iniciales.

**Víctor Testoni:** italiano, agente colaborador.

**Walter Freiwald:** alemán, buzo y agente

reclutado para realizar atentados que no llegaron a concretarse.

**Walter von Simons:** alemán, conocido director de la agencia de noticias alemana Transocean, colaborador de Niebuhr.

**Wilhelm Lange:** alemán, agente recolector de información.

**Wilhelm von Pochhammer:** alemán, colaborador de Hausmann.

## ORGA-T, SD

**Anna Assmann de Sommermeyer:**

alemana, esposa de Werner Sommermeyer.

**Carlos Leitner:** alemán, agente colaborador y testaferro de estancia.

**Carlos Marcos Illing:** hijo de argentinos, agente colaborador.

**Edmundo Emilio Leeb:** hijo de alemanes, jefe de compras de la organización.

**Emmy Trappe:** alemana, agente colocada en las estaciones para colaboración.

**Enrique Reinhardt August Schibli:** hijo de alemanes, agente colaborador.

**Ernesto Ortiz de la Calle:** español, agente colaborador, alojó en su casa a Franczok.

**Federico Bade:** alemán-chileno, agente colaborador, escondió por un tiempo las drogas desembarcadas.

**Felipe Imhoff:** alemán, operador de la Orga-T, se fugó de Argentina a bordo de un velero.

**Fernando Ullrich:** alemán, agente colaborador.

**Gerardo von Schutz:** alemán, traído desde el Paraguay para administrar estaciones de la Orga-T.

**Gertrudis Pralle de von Schutz:**

alemana, esposa de Gerardo.

**Guillermo Maurer:** alemán, padre de Lina, alojó en su estancia de Santa Cruz una de las estaciones de la Orga-T.

**Hans Blume:** alemán, operador de la Orga-T.

**Hans Lieberth:** alemán, operador de la Orga-T.

**Herbert Jurmann:** alemán, agente colaborador, se suicidó en cautiverio.

**Hermann Ruckert:** alemán, agente colaborador.

**Irene Lina Preib Acher de Trier:** alemana, utilizada como agente buzón.

**Johannes Abrics Szeraws:** alemán,

operador técnico, segundo al mando en la Orga-T.

**Joseph Schröll:** luxemburgués, agente especial del SD, desembarcado en Mar del Plata en 1945, especialista en microfotografía.

**Karl Herlinger:** alemán, carpintero de la organización.

**Lina Maurer:** hija de alemanes, agente buzón.

**Luisa Matthies:** alemana, agente colocada en las estaciones para colaboración.

**Marcos Schulz:** alemán, agente colaborador de Franczok.

**Max Frankenberger:** alemán, albañil de

la organización.

**Olga Elvira Bade:** alemana-chilena, agente colaboradora ubicada en una quinta de la Orga-T.

**Óscar Germán Pedro Bade:** alemán-chileno, cómplice, hermano de Federico.

**Rodolfo Golzau:** posiblemente argentino, agente colaborador.

**Rodolfo Trier:** alemán, esposo de Irene.

**Sieglinde Bade de Szeraws:** alemana-chilena, se casó con Szeraws.

**Ulrich Guenter Fritz Daue:** alemán, radiotelegrafista del *Tacoma*, fugado a la Argentina, operador de la Orga-T.

**Waldemar Boettger:** alemán, agente

especial del SD, desembarcado en Mar del Plata en 1944, especialista en radiocomunicaciones.

**Walter Schwaiger:** austríaco, agente reclutado por Hermeyer, alojó en su casa el laboratorio de Schröll.

**Werner «Santos» Sievers:** alemán, exoficial del vapor *Widbuk* internado en el puerto de Santos, operador de la Orga-T.

**Werner Lorenz:** alemán, operador de la Orga-T.

**Werner Sommermeyer:** alemán, colaborador y casero de estaciones de enlace y escucha.

**Willi Reichelt:** alemán-paraguayo,



agente colaborador.

**Wolf Emil Franczok:** alemán, ingeniero SS, jefe y creador de la Orga-T.

## GRUPO EMBAJADA

**Dietrich Niebuhr:** alemán, jefe del Abwehr para Sudamérica, poseedor de los fondos de los diversos grupos.

**Eugenio Hans Frank Langer:** austríaco, el agente más importante en la organización del contrabando de personas y materiales.

**Federico Grimm:** alemán, funcionario de la Embajada.

**Franz Mammen:** alemán, funcionario de la Embajada.

**Friederich Wolf:** alemán, reemplazo de Niebuhr.

**Gottfried Sandstede:** alemán, funcionario de la Embajada, uno de los primeros agentes.

**Gualterio Pitzinger:** alemán, funcionario de la Embajada.

**Hans Schlueter:** alemán, ayudante de Wolf.

**Hermann Bohny:** alemán, agregado militar de la Embajada en Brasil, colaborador de Niebuhr.

**Martin Müller:** alemán, principal ayudante de Niebuhr.

**Thilo Martens:** un hombre del Abwehr reclutado por Niebuhr, mejor definido como un colaborador importante que como un agente clásico.

## OTROS COLABORADORES

**Alberto Brhun:** alemán, yerno de Hingst, colaboró en la instalación del aparato en el Tigre.

**Alfonso Denicoló:** italiano, mensajero de Harnisch.

**Antonio Solazzi:** argentino, instructor de la academia de radiotelegrafía donde se capacitaban los alemanes.

**Arnhim Stiehler:** alemán, electricista del *Tacoma*, se vio envuelto en asuntos de menor importancia.

**Bernard Hingst:** alemán, dueño de la isla del Tigre donde se instaló la primera

estación experimental de la Orga-T.

**Bernardo Teodoro Visser:** alemán, extripulante del *Spee*, fugado, cédula de internación 503, escondió en su casa de la calle Corrientes las drogas.

**Carlos Ávila:** argentino, empleado de Paramidani.

**Carlos Kusters:** alemán, tío de Osmar Hellmuth, reclutado por Harnisch para instalar en su casa una estación de la Orga-T.

**Domingo Ángel Paramidani:** argentino, testaferro de los alemanes en la compra de la estancia de Tandil.

**Doctor Ángel Garrido González:** argentino, testaferro de los alemanes en

la compra de la estancia de General Madariaga.

**Eduardo Aumann:** argentino, militar, doble agente.

**Elsa Catalina Hese de Wichmann:** alemana, ocultó en su casa a Schröll sin saber quién era, luego colaboró con los alemanes para cerrar el asunto de las divisas.

**Elsa Weight de Hann:** alemana, dio asilo a Eugenio Langer.

**Enrique Emilio Menossi:** argentino, cuñado de D'Negri, guardó bultos.

**Enrique Trappe:** alemán, colaborador, mecánico de la Orga-T, hermano de Emmy Trappe.

**Federico Carlos Brunner:** alemán, colaborador de Leeb, escondió bultos con elementos del servicio.

**Federico Risetto:** argentino, prestó su casa para guardar bultos.

**Fritjof Schmidt:** alemán, colaborador.

**Gustavo Eickenberg:** alemán, colaborador de importancia de varios de los grupos, empresario germano-boliviano.

**Hans Janzen:** alemán, amigo de Trappe, ocultó elementos en su casa.

**Hans Zweigert:** alemán, uno de los casos más enigmáticos, probablemente llegado a bordo de un submarino con desconocidas oscuras intenciones.

**Hedwig Pohlmann de Menne:** alemana, cuñada de Junkers, ama de llaves de Kusters.

**Herbert Exner:** alemán, marino del *Spee* escondido en casa de Hingst.

**Ingeborg Luisa Elsa Wichmann:** alemana, hija de Elsa.

**Jorge Enrique Richter:** alemán, director de la Siemens.

**José Meier:** alemán, empleado Herlinguer, citado y no detenido.

**Juan Schnaubert:** alemán, colaborador.

**Julio A. Ruth:** alemán, utilizado por Boettger y Schröll para sacar divisas y drogas de una de las quintas de la Orga-T.



**Maria Ullrich:** alemana, amiga de Anna Assmann, prestó su nombre para comprar un automóvil para Franczok.

**Maria Unger:** alemana, colaboradora.

**Obdulio Fleitas:** paraguayo, empleado de Franczok.

**Otto Meiling:** alemán, facilitó la huida de Schwaiger de Chile.

**Pío D'Negri:** argentino, colaborador en la instalación del taller de la calle Donado.

**Roberto Marano:** argentino, empleado de Heguy.

**Rolando Hasenjager:** estonio, ocultó a Langer en su casa.

**Schlosser:** alemán, casero en Bella Vista.

**Sara D'Negri:** argentina, hermana de Pio, colaboró por un breve tiempo con Fritjof Schmidt.

**Walter Junkers:** alemán, vecino de Kusters.

**\*Nota:** la lista precedente incluye agentes o colaboradores con un grado muy diferente de implicación en los hechos que se narran en este trabajo. Algunos nombres de pila de ciudadanos alemanes se han escrito en español, respetando textualmente los archivos argentinos consultados. Deliberadamente se excluyó de la lista a Ludwig Freude, quien se hallaba muy lejos de ser un agente de espionaje

ordinario. Su vida y su innegable vinculación a diferentes grupos de espionaje alemán deben ser estudiadas desde una óptica mucha más amplia que la abarcada en la presente obra.

## Apéndice II

Nombres falsos y en clave de algunos protagonistas de la historia narrada

**Wolf Emil Franczok:** utilizó los nombres falsos de Federico Parker, Gustav Utzinger (muchas veces confundido con su verdadero nombre) y Juan Stewar o Stewart. Entre sus apodos o nombres en clave utilizaba especialmente los de «Luna» y «Don Antonio» (el más utilizado entre los agentes en Argentina).

**Johannes Siegfried Becker:** utilizó los nombres falsos de José Luschnig, Juan Pedro MacDonal y Rodolfo Juan Moore. Entre sus apodos o nombres en clave utilizaba especialmente los de «Don Pepe», «Don José», Barón Pheeps y «Sargo».

**Dietrich Niebuhr:** «Diego».

**Hans Leo Harnisch:** «Boss».

**Ottomar Müller:** «Otis».

**Hans Napp:** «Berko».

**Edmundo Emilio Leeb:** «Don Emilio».

**Johannes Abrics Szeraws:** Rafael  
Noimann.

**Joseph Schröll:** «Valiente» o Alphonse  
Chatrain.

**Waldemar Boettger:** «Cobija», Pascual  
Rodríguez o Walter Burkhardt.

**\*Nota:** la gran mayoría de los agentes de mediana importancia y los más importantes poseían un alias dentro de la organización. Jamás se llamaban o trataban por el nombre real. En la lista

precedente apenas citamos aquellos de importancia o que, al ser nombrados de múltiples formas, puedan facilitar al lector una simple identificación.

# Bibliografía

BEEVOR, Antony. *Berlín*. Barcelona: Booket, 2005.

CAMARASA, Jorge. *Los nazis en la Argentina*. Buenos Aires: Legasa, 1992.

—, *Odessa al sur*. Buenos Aires:



Planeta, 1995.

CARTIER, Raymond. *Hitler, al asalto del poder*. Barcelona: Argos, 1978.

CHURCHILL, Winston. *La Segunda Guerra Mundial* (tomos I y II). Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.

DE NAPOLI, Carlos. *Nazis en el sur*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2007.

DICK, Enrique Rodolfo. *Tras la estela del Graf Spee*. Buenos Aires: Edivern, 1997.

FARAGÓ, Ladislás. *Aftermath, Martin Bormann and the Fourth Reich*.

Nueva York: Simon & Schuster, 1974.

GOÑI, Uki. *Perón y los alemanes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

—, *La auténtica Odessa*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

GÜEMES, Gontran de. *Así se gestó la dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Rex, 1956.

JACKISCH, Carlota. *El nazismo y los refugiados alemanes en Argentina*. Buenos Aires: Belgrano, 1997.

— *Revista Libertas*, n.º 8, edición del 8 de mayo de 1988. Buenos

Aires: Instituto Universitario  
ESEADE.

JACOBSEN, Hans Adolf.  
*Nationalsozialistische Aussenpolitik,  
1933–1938.* Francfort: Alfred  
Verlag, 1968.

LABOUGLE, Eduardo. *Misión en Berlín.*  
Buenos Aires: Editorial Kraft,  
1946.

LASCANO, Diego. *Historias de los marinos  
del Graf Spee.* Montevideo: Librel  
Editores, 1998.

LAURENCE, Ricardo. *Operativo Graf Spee,*  
Rosario: Edición del autor, 1996.

—, *Tripulantes del Graf Spee en tres atrapantes historias*. Rosario: Edición del autor, 1999.

LUNA, Félix. *El 45*. Buenos Aires: Sudamericana, 1973.

MACDONALD, Norman Pemberton. *Hitler over Latin America*. London: Jarrold, 1940.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. *Las memorias del general*. Buenos Aires: Planeta, 1996.

MCGAHA, Richard L. *The Politics of Espionage: Nazi Diplomats and Spies in Argentina, 1933-1945*. Ohio: Ohio University, 2009.

MEDING, Holger. *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*. Buenos Aires: Emece, 1999.

MOOREHOUSE, Roger. *Matar a Hitler*. Madrid: Debate, 2008.

MUTTI, Julio B. *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial I*. Buenos Aires: HistoryBook, 2013.

—, *Los verdaderos últimos días de la Segunda Guerra Mundial II*. Buenos Aires: HistoryBook, 2013.

NEWTON, Ronald. *Nazi Menace in Argentina, 1931-1947*. Stanford: Stanford University Press, 1992.

—, *El cuarto lado del triángulo*, Buenos Aires: Sudamericana, 1995.

NEWTON, Ronald y MRE. *Informe preliminar de la CEANA (actividades clandestinas de la Marina alemana en aguas argentinas, 1930-1945)*. Buenos Aires: MRE, 1998.

—, *Informe final CEANA*. Buenos Aires: MRE, 1999.

POTASH, Roberto A. *El Ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

—, *Perón y el GOU*. Buenos Aires:

Sudamericana, 1984.

ROPER, Hugh Trevor. *Los últimos días de Hitler*. Barcelona: Rotativa, Plaza & Janés, 1975.

ROUTE, Leslie B. y BRETZEL, John N. *The Shadow War*. Maryland: Frederick, 1986.

SANTANDER, Silvano. *Técnica de una traición*. Buenos Aires: Edición Argentina, 1955.

SKORZENY, Otto. *Luchamos y perdimos*. Barcelona: Ediciones Acervo, 1966.

UNITED STATES GOVERNMENT. *Blue Book on Argentina. Memorandum of the*

*United States Government.* Nueva York: Greenberg Publisher, 1946.

VON DER BECKER, Carlos. *Destrucción de una infamia.* Buenos Aires: Editorial DER, 1956.

WEBER, Gaby. *La conexión alemana.* Buenos Aires: Edhasa, 2005.



## OTRAS FUENTES DE INFORMACIÓN

AGN: Archivo General de la Nación.

AGPJN: Archivo General del Poder Judicial de la Nación.

CEIAA: Archivo de la Comisión Especial para la Investigación de Actividades Antiargentinas.

AHCD: Archivo de la Honorable Cámara de Diputados. Dirección de Archivo, Publicaciones y Museo.

AMRE: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Biblioteca del Congreso de la Nación.

CEMLA: Centro para el Estudio de la Migración en América Latina.

Hemeroteca del Congreso de la Nación.

NARA (EE. UU.): National Archives and Records Administration.

# NAZIS EN LAS SOMBRAS

Julio B. Mutti

Argentina fue un hervidero de espías nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Vinculados estrechamente con las altas esferas lucharon por el control estratégico de Sudamérica. Las actividades de estos agentes, sin embargo, no han sido reveladas hasta ahora. *Nazis en las sombras* desvela la historia documentada y nunca antes narrada de las redes de información nazis en Argentina durante el conflicto que dividió al mundo en dos. Su verdadero alcance, tamaño, objetivos y actividades clandestinas.

Es sabido que la Argentina fue el último puente con Occidente de la Alemania nazi. Sin embargo, la historia en las sombras de los más de ciento cincuenta espías que apuntalaron aquella situación ha permanecido oculta, a medio narrar o simplemente desconocida durante más de setenta años.

Las presentes páginas harán recorrer al lector la extensa geografía argentina. Desde la sureña Santa Cruz hasta el norte más árido, los alemanes expandieron sus redes de información y estaciones

clandestinas de radiotelegrafía. Chocros misteriosos, dobles agentes y desembarcos clandestinos en playas desoladas llevaron el relato a su punto culminante.

Las relaciones y pactos secretos de los espías nazis con el poder gobernante de los años cuarenta no pueden ser eludidos. Salvoconductos secretos, utilización de la información de espionaje y hasta acuerdos de alta política entre naciones sudamericanas aparecerán evidenciados en el transcurso de la presente investigación.

*«Cegadoras sumas de dinero, sofisticados recursos técnicos, contrabando de personas, materias primas estratégicas y medicamentos escasos: todo vale para resistir... hasta que Alemania se hunde en lo que el autor llama, con acierto, el averna».*

Xavier Alcalá, escritor



HISTORIA  InCognita

Visita tu web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.

[www.HISTORIAInCognita.com](http://www.HISTORIAInCognita.com)

  
nowtilus  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)



